Úrsula Llanos
LA CABAÑA

Úrsula Llanos

LA CABAÑA

Capítulo 1

Empezaba a declinar el sol cuando al doblar una curva del camino avistó la cabaña entre los árboles. Era de madera, constaba de dos cuerpos, el segundo más elevado, y el tejado sobresalía sobre los árboles que invadían su entorno y que formaban un claro a su alrededor. Crecían arracimados, dejando un espacio libre delante de la casa y para que discurriera el camino que llevaba hasta allí, por lo que podía ver ahora la veranda que hacía las veces de porche y a la que se accedía por tres peldaños. El portón estaba entreabierto. Al pie de esa cabaña estaba el automóvil de Marcial, en el que habría llegado instantes antes y que tenía que haber utilizado necesariamente para acceder hasta la ladera de la montaña en la que estaba enclavada. El pueblo más cercano se ubicaba a varios kilómetros y no había ningún otro medio de transporte que llevara hasta aquel solitario y empinado lugar a cuyos pies discurría el pantano.

Se podía ver el agua desde allí desperezándose lentamente hacia la presa, pero no se percibía su rumor ni ningún otro sonido. No se oía nada. Ni el piar de los pájaros ni el ladrido de un perro ni el aletear de las hojas de los árboles al compás de la brisa. Un silencio absoluto envolvía el paraje y se detuvo indecisa cuando paró el motor del coche, con la sensación de no estar sola y de que había alguien más oculto, que la estaba vigilando.

Fue solo un instante. La mecedora de rejilla que estaba en la veranda de la casa mantenía aún un ligero balanceo. Sin duda la había estado esperando Marcial allí sentado y debía de haber acabado de levantarse y de entrar en la cabaña. Tan solo tenía que subir ella los tres peldaños y empujar la puerta, tal y como le había indicado en el mensaje que le había enviado al móvil una hora antes, aunque lo habían hablado esa mañana al salir de la facultad de derecho en la que los dos daban clase.

No había sido esa la primera vez en la que le había propuesto él que pasaran juntos allí el fin de semana. Se lo insinuó cuando apenas había transcurrido un mes desde el inicio del curso y que consiguientemente se conocieran, pero desde el día en el que se lo tropezó por el largo pasillo que conducía al aula que le estaba asignada notó que la seguía con la mirada y que después se hacía el encontradizo con ella por todos los rincones del edificio. Y era un hombre tan atractivo… Aunque de mediana estatura, su figura era

enjuta y bien proporcionada, su cabello negro como ala de cuervo en el que campeaban algunas hebras grises, y aquella sonrisa cínica que le ascendía hasta los ojos y se los surcaba de arruguillas. Pero sobre todo era su mirada lo que le transmitía un mundo de emociones. Disimuladamente le dedicaba frases de doble sentido que los demás no solían captar, cuando se veían en compañía de otros profesores en la sala que les estaba destinada, en la cafetería, o en cualquiera de los interminables corredores de la facultad de derecho Fray Luis de León.

Se albergaba el centro docente en un edificio del siglo diecinueve. Había sido el palacio de un noble años atrás, y, pese a la restauración de su interior para adaptarlo a su nuevo cometido, conservaba el aire romántico y trasnochado de otras épocas en sus muros de granito semi cubiertos por una hiedra que trepaba hasta el tejado. También la altura de los techos era propia de tiempos pretéritos y lo eran también las grandes dimensiones de sus aulas, que se elevaban escalonadas hasta el fondo de las mismas para que los alumnos que se sentaban en las primeras filas de bancos no obstaculizaran la visión de la pizarra ni la del profesor a los que ocupaban las siguientes.

Se respiraba en su interior la nostalgia de un pasado más glorioso, aunque en el presente fuera una facultad privada, de élite, a la que no todos los estudiantes podían aspirar, ya que se requería que sus familias dispusiesen de una economía sumamente desahogada.

Diana se hubiera sentido a gusto en aquel ambiente tan solemne, si sus alumnos hubieran sido más fáciles de manejar. Además de hijos de papá eran indisciplinados y estaban acostumbrados a conseguir sus caprichos antes de haberlos deseado. Como era joven y bonita, la miraban con descaro e interrumpían sus explicaciones con alguna que otra chirigota, lo que le hacía sentir una tremenda sensación de impotencia que Marcial le decía que tenía que superar y hacerse respetar.

No era tan sencillo, aunque a él sí le respetaban, más aún, las chicas le perseguían a la salida de la clase con cualquier excusa y Marcial se dejaba querer. Para todas tenía un comentario amable, pero especialmente para Diana, lo que le había valido que algunas de las jóvenes de segundo curso, a las que ella daba clase de derecho de familia, la mirasen con malos ojos.

Y esa mañana había vuelto a proponerle Marcial que se reuniera con él esa tarde en una casita que poseía en la sierra y a la que denominaba “La cabaña”, para enseñarle la zona y para demostrarle sus habilidades culinarias. Era viernes y se respiraba en la facultad la proximidad de los días de asueto que precede a los fines de semana. Los alumnos de ambos entraban atropelladamente en el aula cuando él la había retenido durante unos instantes para sugerírselo.

Esa cabaña se hallaba en un lugar idílico, a media ladera de una montaña que encajonaba el pantano de San Juan y podrían tomar una copa juntos, lejos de los comentarios indiscretos de sus compañeros y de los chicos, y cenar después. No le había sugerido que pasara allí el fin de semana con él, pero se sobreentendía y Diana había aceptado su ofrecimiento con una sonrisa.

Estaba deseando recomenzar su vida y encontrar a un hombre que le ayudara a olvidar su ruptura con Saúl, un profesor de matemáticas, con el que había mantenido una interminable relación durante cinco años y con el que había terminado porque no podía soportar durante más tiempo el tedio que le inspiraba escuchar sus interminables explicaciones sobre cálculos matemáticos.

Llevaba por ese motivo una bolsa en el maletero con lo más indispensable, pero no la sacó porque no quería adelantarse a los acontecimientos. Se demoró unos segundos para contemplarse en el espejo retrovisor y para darse ánimos le sonrió a la bonita joven de semblante tostado por el sol que la miraba con sus grandes y claros ojos de color violeta. Se atusó ligeramente su melenita corta y se bajó luego del automóvil con el bolso colgado del hombro en bandolera.

El silencio era tan denso que parecía oírse cuando subió los escalones por los que se ascendía a la veranda. Una ráfaga de viento lo rompió y zarandeó las ramas de los dorados chopos que, entremezclados con los pinos, crecían apiñados alrededor de la cabaña, sobresaltándola. Creyó haber escuchado unos pasos que se le acercaban por detrás y se asió a la barandilla de madera escudriñando el camino, no más ancho que una senda, que la había llevado hasta allí.

No había nadie y dejó escapar un suspiro de alivio, repitiéndose que llegar hasta la cabaña a pie era poco menos que imposible, por lo que no había razón para que temiera que hubiera algún extraño por los alrededores y que en cualquier caso era absurdo que tuvieran que esconderse de un posible fisgón. Tenía treinta y tres años, quince menos que él. Los dos eran solteros por lo que podían disponer de sus días de descanso como tuvieran por conveniente sin darle explicaciones a nadie, pero sin saber por qué, se sentía vigilada. Si llegara a oídos de sus alumnos que había quedado en verse en la cabaña con Marcial, no tardarían en hacerlo público y en gastarles alguna broma pesada, pero afortunadamente no lo sabían y no se iban a enterar.

Al fin se decidió y se soltó de la barandilla. Recorrió el corto trecho de la veranda que mediaba hasta la puerta y la empujó. Accedió a un pequeño vestíbulo en el que comenzaba una escalera de madera por la que se debería subir al segundo cuerpo de la casa y pasó seguidamente, a través de una puerta de cristales, a una

desordenada sala de estar que estaba en penumbra, iluminada tan solo por la claridad que penetraba del exterior a través del filo de aquella. La había dejado entreabierta y parpadeó para acostumbrar sus ojos a la semioscuridad. Con un puntapié apartó un cojín que rodaba por el suelo y tropezó luego con una butaca volcada. Distinguió en la pared de su derecha una ventana con los postigos echados y se preguntó por qué no los habría abierto Marcial para que penetrara la luz y el sol de la tarde, ya en franco declive.

Avanzó unos pasos extrañada de que no hubiese él la habitación, ya que por su aspecto cabía suponer que se hubiera librado allí una batalla. Tal vez acabara de llegar, se dijo, y no hubiera tenido tiempo.

Fue apartando con los pies los troncos de leña que rodaban por el suelo y que sin duda estaban destinados a arder en la chimenea que vio al fondo de la estancia. Estaba apagada y encuadrada por un sofá y unas butacas tapizadas con cretona floreada. Una de esas butacas había ido a caer al suelo sobre uno de sus costados y la levantó colocándola en su lugar. Luego se giró en redondo buscándole. ¿Dónde se habría metido?

—Marcial— le llamó bajito.

Le pareció que el silencio levantaba ecos por todos los rincones y repetía el nombre de él por lo que se volvió hacia la puerta sobresaltada. ¿Dónde estaría? Tenía que encontrarse dentro de la cabaña, porque su coche estaba estacionado fuera y debería haber salido a su encuentro al oírla llegar. Pensó aturdida que quizás hubiera ido a buscar leña para encender la chimenea, porque hacía frío allí dentro, pero desechó inmediatamente esa suposición al fijarse nuevamente en los leños que había ido retirando para abrirse paso y que deberían estar apilados en el cesto de mimbre que se hallaba junto a la chimenea. Se arrebujó en su chaquetón azul marino mientras avanzaba hacia el fondo de la estancia, diciéndose que tal vez sería oportuno que la encendiera ella mientras él regresaba de dondequiera que hubiera ido. No se decidió y volvió a llamarle levantando la voz:

—Marcial.

Una ráfaga de viento penetró por el resquicio de la puerta y se paseó por la desarreglada habitación con un rumor sordo que olía a monte y que volvió a sobresaltarla. Decidió que debía buscar el conmutador de la luz y accionarlo para iluminarla. Después le esperaría sentada en el sofá, en el que colocaría los cojines de varios colores que se hallaban desperdigados en los lugares más insospechados de la habitación, pero se detuvo al escuchar un leve sonido procedente de la puerta que veía cerca de la chimenea, de la que supuso que daría acceso a un pasillo que llevaría a su vez a las restantes habitaciones de la vivienda. Marcial le había dicho que esa

planta disponía también de una cocina y de un cuarto de baño y que los tres dormitorios se ubicaban en el segundo cuerpo de la casa, al que se accedía por la escalera de madera que había visto, por lo que debía de ser él el causante del ruido que había oído y avanzó unos pasos en esa dirección. Tropezó con algo que estaba en el suelo y que la obligó a aterrizar a su lado de rodillas, a la par que se abría su bolso y su contenido se dispersaba a su alrededor sembrando el pavimento de menudos objetos.

A gatas recuperó su móvil, el monedero, la polvera, y algunas cosas más que no llegó a identificar al percibir en el aire algo extraño que la alertó. Se respiraba en el ambiente un olor dulzón que conocía. Parecía proceder del bulto alargado que en el suelo ocupaba todo el espacio disponible entre el sofá y las dos butacas y palpó incrédulamente lo que en un primer momento creyó que era una húmeda alfombra enrollada, que al inclinarse sobre ella le impregnó la mano de un líquido oscuro.

Con la linterna de su móvil lo fue iluminando hasta que alcanzó a ver un rostro, lívido y cerúleo. Era él. Tenía una profunda brecha en la frente, de la que manaba la sangre que formaba un charco a su alrededor.

Se llevó ambas manos a la boca sin querer creer lo que veía y luego le tomó el pulso. No respiraba ya y como atontada permaneció unos segundos acuclillada a su lado, sin conseguir reaccionar. Se debatió ante la duda de que lo que estaba viviendo fuese real y no el producto de una espantosa pesadilla hasta que con un dolor agudo dentro del pecho logró recuperar el uso de sus miembros. No era posible que aquel hombre tan apuesto y tan seductor, que encandilaba a sus alumnas y llenaba con su presencia todos los rincones de la facultad, yaciese sin vida a sus pies.

¿Pero por qué?, se preguntó. ¿Se habría caído, golpeándose en la cabeza contra el suelo? Un sinfín de confusos pensamientos pasaron atropelladamente por su mente. Se dijo que debería llamar a una ambulancia o llevarle en su coche al hospital más cercano e hizo un infructuoso intento de levantarlo del suelo. Pesaba como el plomo y lo dejó caer nuevamente sobre el pavimento. Fue entonces cuando reparó en el candelabro que brillaba en la oscuridad y que estaba caído al lado de su cuerpo con evidentes manchas de sangre.

Con una mano lo recogió y lo sopesó, desviando después su mirada hacia la herida que tenía él en la frente. Era obvio que alguien lo había utilizado como arma. Le habían golpeado en la sien y nuevamente se preguntó cómo era posible que hubieran agredido a un hombre que tenía una personalidad tan atractiva.

Aturdida, se dejó caer sentada a su lado con un espantoso vacío en su interior. Pensó que no podía ser verdad lo que le estaba

sucediendo y que no tardaría en despertarse y a duras penas y como una autómata consiguió ponerse en pie y agarrarse al respaldo del sofá para no caerse. Le habían matado, no cabía duda, le habían sacudido con el candelabro. Recorrió la habitación con la mirada y vio sobre la chimenea otro idéntico. sobre la repisa de la chimenea. ¿Pero quién o por qué? Quizás fuese un ladrón que hubiese asaltado la cabaña y que aún estuviese escondido dentro, en alguna de las habitaciones que aún no había visto.

El leve sonido que había escuchado antes se repitió ahora, procedente de la puerta cerrada que estaba junto a la chimenea, y durante unos segundos se quedó mirándola con los ojos agrandados por el miedo. El autor de la muerte de Marcial estaba allí, al otro lado de la hoja de madera y no tardaría en salir para atacarla a ella.

Reaccionó de golpe y retrocedió de espaldas hacia la salida, atravesando el pequeño vestíbulo. El aire frío le dio en el rostro cuando alcanzó la veranda y tropezó con la mecedora, a cuyo respaldo se asió para no caerse. Luego echó a correr hacia la escalera. Bajó saltando los peldaños de dos en dos y se abalanzó luego hacia su coche. Le costó encontrar las llaves dentro del bolso. Revolvió los mil objetos que tenía dentro y, cuando finalmente lo logró y puso en marcha el motor, arrancó y tomó el camino de regreso hipando inconteniblemente. Antes de llegar a la carretera detuvo el automóvil en el arcén y llamó a la Guardia Civil por el móvil para denunciar lo sucedido, pero no quiso dar su nombre. Había dejado sus huellas por todas partes y llevaba los pantalones llenos de sangre, por lo que sin duda creerían que había sido ella la autora de su muerte.

Cuando cortó la comunicación y se secó las lágrimas, hizo un esfuerzo por razonar y llegó a la conclusión de que era preferible que nadie supiera que había estado allí. No se lo había comentado a ninguno de sus compañeros y aclarándoselo a la Guardia Civil no la ayudaría a encontrar al culpable. No, lo que debía hacer era buscar cuanto antes a un abogado que le aconsejara.

Capítulo 2

Era evidente que la chica que acababa de sentarse en su despacho, enfrente de ella y al otro lado de la mesa, estaba asustada. Lo denotaba la expresión de su rostro y también como cruzaba y descruzaba nerviosamente los dedos mientras le refería lo que le había sucedido el viernes anterior en una cabaña, sita en el pantano de San Juan, en la que había quedado con un compañero de trabajo. Era una muchacha esbelta y agraciada, de una edad similar a la suya. De tez

morena, destacaban en su semblante sus grandes ojos, de color violeta, ligeramente almendrados y poblados de espesas pestañas. Vestía un pantalón de paño gris oscuro y un chaquetón de cuadritos blancos y negros sobre un jersey azul pálido y se mesaba a menudo su melenita castaña que le llegaba hasta los hombros como si ese ademán le ayudase a controlar su inquietud. Sus ademanes eran desenvueltos. Por la forma de expresarse parecía ser una persona fuerte y estar acostumbrada a hablar en público pero algo debió de cruzar por su mente que nubló esa aparente seguridad. Con los ojos cuajados de lagrimones levantó la mirada hacia su rostro e inquirió con cierta timidez:

—¿Cree que hice lo correcto? Me costó asimilar que Marcial hubiera dejado de existir y hasta llegué a pensar que estaba en peligro yo también, porque oí un ruido dentro de la casa, detrás de una puerta que estaba al fondo de la sala de estar, junto a la chimenea. No había ningún otro coche delante de la cabaña, pero el que le golpeó pudo haber llegado a pie y con la intención de robarle, porque me cuesta creer que nadie que le conociera pudiera haberle deseado algún mal. Era un hombre muy afable que se llevaba bien con todo el mundo. El caso es que salí corriendo como un conejo asustado y me he estado preguntando después si no debería haberme presentado en una comisaría para explicarle a la policía que había encontrado muerto a Marcial y que era indiscutible que le habían matado antes de que llegara yo. Si no lo hice, fue porque temí verme implicada.

—¿Cómo autora?

—Sí, claro.

—Pero usted denunció telefónicamente lo que había sucedido en esa casa, ¿no es así?

Asintió Diana con la cabeza agitando a su compás su cabello, que osciló con reflejos dorados a la luz de la lámpara que Noelia Villarroel tenía sobre la mesa.

—Sí, antes de salir a la carretera. Hay un camino sin asfaltar que se desvía de esta, sube por la montaña y lleva hasta la cabaña, que es de madera. En el cruce me detuve para llamar por el móvil a la Guardia Civil y al agente que atendió mi llamada le expliqué lo que le había sucedido a Marcial. Le di la dirección, pero no me identifiqué cuando me preguntó mi nombre, porque, como le he dicho, pensé que podía creer que había sido yo la culpable. Supongo que me entendería, aunque tartamudeé y farfullé un rosario de incoherencias. Como comprenderá, las palabra no me salían de la garganta. Al menos, no en orden.

Un lagrimón le resbaló por la mejilla y Noelia se apresuró a tranquilizarla.

—Lo comprendo, claro que lo comprendo— le aseguró con una

media sonrisa— ¿Eran ustedes muy amigos?

Vaciló Diana rememorando sus encuentros por los pasillos de la facultad, en la cafetería, en la zona de aparcamiento y por cualquier rincón del edificio y cómo alargaban los dos esos momentos mágicos. También eran mágicas la indirectas que le dedicaba él y sobre todo la incipiente ilusión que le había hecho sentir y que empezaba a apagar la sensación de fracaso que le había provocado su ruptura con Saúl.

—Le conocí cuando comenzó el curso en la universidad, hará unos tres meses. Marcial era profesor de tercer curso de derecho en la misma facultad que yo. Coincidíamos entre clase y clase y a veces en la cafetería, pero no manteníamos otra relación que la de unos compañeros que se llevan bien, si es eso lo que me pregunta.

—Fue entonces su primera cita la del fin de semana pasado, ¿no es eso?

Tardó la chica en contestarle. Parecía estar meditando la respuesta.

—Bueno, sí. Él hablaba a menudo de esa cabaña que tenía en el pantano. Es una vivienda muy pintoresca, enclavada a media altura de una montaña y en un entorno verdaderamente hermoso, y me propuso enseñármela. Comentaba cuando tomábamos algo en la cafetería con otros profesores que estaba ubicada en un lugar solitario, en plena naturaleza, donde únicamente se oía el sonido del agua al pie de la ladera y el piar de los pájaros y por esa razón quedamos allí el viernes.

—¿Para escuchar a los pájaros? — inquirió Noelia sin que su tono denotase el menor conato de ironía.

Volvió a encogerse Diana de hombros. Sin duda se estaba preguntando si debería o no hacer objeto de sus confidencias a la abogada a la que había ido a pedir consejo. Era joven y muy bonita. Aparentaba incluso menos edad que ella, y tenía un cabello negro y ensortijado que le resbalaba hasta media espalda y unos ojos muy oscuros que denotaban una perspicacia poco común. Parecía comprensiva, pero no se sintió con ánimos de reconocerle que Marcial le había atraído seriamente desde el primer día en el que se lo tropezó por el pasillo, porque no estaba segura de no haber sido una más entre las estudiantes que le asediaban. Él se dejaba querer por la especie de harén que pululaba a su alrededor, y no había tenido tiempo de constatar si pretendía algo más que satisfacer su ego cuando la distinguía entre las demás y le dedicaba frases halagadoras.

—Ya le he dicho que éramos compañeros. Los dos dábamos clase en la facultad y nos gustaba charlar sobre nuestro trabajo, pero, como le he comentado, nuestra relación no era íntima, si es eso lo que me pregunta.

—Se lo pregunto porque es una de las cosas que tratará de

averiguar la policía cuando investiguen el caso— replicó Noelia, para que quedara claro que no era una cotilla y que ese era el motivo al que obedecía exclusivamente el interrogatorio al que estaba sometiendo a su nueva cliente—. Me ha dicho que no había nada entre ustedes y que fue a la cabaña el viernes pasado a verla y a contemplar el paisaje y el cantar de los pájaros, ¿no es eso?

— Sí.

—¿Y se lo dijo a alguien?

Rememoró Diana el momento en el que intercambiaron esas palabras y lo mucho que le ilusionó el plan.

—No. Me lo propuso en el pasillo, en voz baja, y en un aparte. Es una galería ancha con unos bancos adosados a la pared, bajo las ventanas, donde se aglomeran ruidosamente los estudiantes y se gastan bromas los unos a los otros antes de entrar en clase, ya que procuran retrasar ese momento con cualquier excusa. Recuerdo que una alumna suya, una rubia de pelo largo a la que tenía en el bote y que le perseguía, nos interrumpió cuando estaba dándome él la dirección. Se interpuso entre los dos y le pidió que le explicara la diferencia entre el contrato de mandato y el de apoderamiento, por lo que tuvo que atenderla y yo me aparté y a continuación me metí en mi clase. Esa chica es un plomo que no le dejaba tranquilo ni a sol ni a sombra, por lo que tuvo Marcial que enviarme luego un plano a mi móvil para que no me perdiera.

—¿Y está segura de que no les oyó?

Al bonito semblante de la chica asomó cierta inquietud.

—Pues… segura, lo que se dice segura, no lo estoy. Se llama Sara y, además de perseguirle por todos los rincones de la facultad, me mira mal cuando me la tropiezo, como si me considerase una rival que estuviese dispuesta a quitarle a su chico. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Cree que puedo tener un problema por no haber comparecido personalmente en una comisaría a presentar la denuncia?

Efectuó Noelia un ademán que no significaba nada con la mano con la que sostenía el bolígrafo.

—No, si nadie puede situarla en la cabaña esa tarde. Usted también es licenciada en derecho, ¿no?

—Obtuve el doctorado después de terminar la carrera— le aclaró— pero no he ejercido nunca la profesión. Me he dedicado fundamentalmente a la enseñanza del derecho civil, especialmente de la normativa de familia, y del derecho penal solo recuerdo nociones muy elementales.

—Si no lo recuerda, le refrescaré las nociones más básicas. Es obligatorio denunciar la comisión de un delito del que se ha tenido conocimiento, aunque no se haya presenciado, y usted lo ha efectuado anónimamente, ya que llamó a una comisaría con su móvil, de modo

que cumplió con ese deber.

—¿No tengo entonces de qué preocuparme?

— Eso no se lo puedo asegurar— replicó Noelia—. La Guardia Civil estará investigando el caso y tomando declaración a las personas que tuvieron relación con él, así que es posible que la citen para que les diga lo que sepa sobre él y con quien se relacionaba. Si tenía algún enemigo, ya sabe… Porque supongo que ha desechado la idea de presentarse ahora en una comisaría a explicarle detalladamente a la policía lo que vio.

Un sol pálido se filtraba a través de los cristales de la ventana que Noelia tenía a su espalda y un rayito recaló sobre la melena de Diana, que rechazó vigorosamente esa opción.

—Por supuesto que quiero mantenerme al margen. Sería la comidilla de mis alumnos, de los de Marcial, y puede que hasta del rectorado en pleno y no podría aportar ningún nuevo dato. Pero el motivo fundamental es que no me conviene que puedan relacionarme con la persona que le mató, porque hice muchas tonterías que pueden comprometerme. Todavía no me explico que me comportara de una forma tan estúpida.

—¿A qué se refiere?

—A que en la cabaña dejé mis huellas por todas partes, incluso en el candelabro con el que lo mataron. En las películas que veo en la televisión le grito siempre a la protagonista que no toque el cuchillo o la pistola con los que han asesinado a la víctima, pero no sé por qué reaccioné como reaccioné cuando vi a Marcial en el suelo tan pálido y con aquella horrible expresión. Me pareció imposible que fuese verdad que estuviese muerto y actué como una atolondrada, sin medir las consecuencias.

—¿Sí?, ¿qué fue lo que hizo?

Tardó Diana unos segundos en referírselo. Había fruncido los labios con los ojos fijos en la ventana, a través de la que podían verse los jardines de la biblioteca nacional y parecía observar cómo abstraída cómo se movían los árboles al compás de la brisa y como revoloteaban sus hojas doradas antes de caer al suelo. Dedujo Noelia que estaba reviviendo en su mente esos momentos y que le costaba trabajo traducirlos en palabras.

—Pues… Primero intenté levantarlo del suelo para llevarle a un hospital, pero no pude. Era un hombre de talla media y delgado, pero pesaba como el plomo. Y luego, cuando reparé en algo que estaba a su lado y que brillaba en la semioscuridad, tuve la ocurrencia de cogerlo, a decir verdad no sé por qué ni para qué. Era el candelabro con el que le golpearon. Lo sé porque estaba manchado de sangre, así que imagino que dejé también mis huellas en su base.

—¿Lo cogió? — insistió Noelia deseando que lo desmintiera,

aunque el relato de la otra le había quedado absolutamente claro.

—Sí.

—¿Y no llevaba guantes?

—No.

Se la quedó mirando la abogada sin decir palabra y Diana se rebulló inquieta en su butaca.

—Está pensando que soy una idiota, ¿verdad? — le preguntó.

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo está pensando.

—No. Ninguno sabemos cómo reaccionaríamos en una situación tan anómala como la que vivió y la mayoría de la gente lo hace de una forma que ni ella misma se explica. Además, lo que yo pueda opinar no hace al caso. Lo importante es lo que pueda deducir la policía en su investigación y posteriormente el juez. ¿Ha oído en la televisión o en la radio la noticia o la han dado los periódicos?

—No.

—¿No la han publicado los medios de comunicación? La policía se presentaría el viernes en la cabaña y al encontrar a ese hombre asesinado le comunicaría la noticia a sus parientes próximos. Yo no he tenido tiempo este fin de semana de leer la prensa, pero supongo que contendría una reseña sobre el caso.

Al agraciado semblante de su interlocutora asomó claramente su desasosiego. Se rebulló en la butaca, cruzó las piernas, las volvió a descruzar, y finalmente se dejó resbalar hasta el mismo borde.

—Yo sí los he escuchado todos y ninguno ha referido el suceso. Hoy es lunes y como es lógico esta mañana no se ha presentado Marcial en la facultad, lo que a todo el mundo le ha extrañado. No faltaba nunca y nadie ha llamado a dar una explicación.

—¿Era soltero y vivía solo?

—No lo sé, aunque supongo que sí. No le conocía lo suficiente como para estar al tanto de esos detalles, porque no solía hablar de sus intimidades.

—Pero sí de la cabaña— apuntó Noelia.

—Sí y del pantano. Los dos eran sus temas favoritos. Sé que le gustaba navegar y que tenía un barquito de vela en el puertecillo que está al pie de la montaña en la que está enclavada la casa. Le eché una ojeada el viernes cuando me bajé del coche y sí, comprendo que aquello le gustara, aunque el lugar me pareció demasiado solitario.

Se mordió los labios antes de decidirse a pedírselo.

—Yo… quisiera, si le es posible, que averiguara cómo van las pesquisas de la Guardia Civil. Desde la secretaría de la facultad han llamado a la casa de Marcial esta mañana a preguntar si él estaba enfermo y si era esa la razón de que hubiera faltado a clase, pero no ha cogido nadie el teléfono. ¿Podría usted hacer algo?

Asintió Noelia con la cabeza al tiempo que descolgaba el auricular del aparato que tenía sobre la mesa.

—Por supuesto. ¿En qué termino municipal está enclavada la cabaña?

—En el de San Martín de Valdeiglesias.

— ¿Y tiene algún nombre especial esa vivienda?

—Sí, la había bautizado Marcial como "La cabaña". Es una construcción de madera, de dos cuerpos y enclavada a media ladera. Tengo en el móvil el plano de su ubicación.

Se lo alargó a la abogada y ésta, tras echarle una ojeada a la pantalla. descolgó el teléfono fijo que tenía sobre la mesa y pulsó la tecla de la línea interior para ponerse en contacto con la secretaria, a la que le dio las instrucciones precisas. Luego se lo devolvió a la chica que aguardaba inquieta sus palabras. No fue capaz esta de esperar a que le diese su opinión sobre la cuestión que había ido a consultarle y le preguntó:

—¿Lo ve muy mal?

Esbozó Noelia un gesto vago.

—Dependerá de muchas cosas, así que es mejor que no nos adelantemos a los acontecimientos. Es posible que no se averigüe nunca que estuvo usted en ese lugar a la hora aproximada en la que se cometió el crimen y también lo es que sus huellas no quedaran claramente marcadas en el candelabro.

Una expresión de alivio asomó al semblante de Diana.

—¿Lo cree posible?

—No lo sé aún, pero a veces ocurre.

—¿Y si no hubiéramos tenido tanta suerte? — insistió la chica con voz temblona.

Se encogió Noelia de hombros para no decirle la verdad, pero la otra no se conformó con ese ademán evasivo e insistió.

—Prefiero que me hable claro. ¿Cree que me acusarían a mí del asesinato de Marcial?

No tuvo tiempo la abogada de contestarle. Al oír la llamada de la línea interior del teléfono fijo, la atendió. Intercambió unas palabras con la secretaria y cuando cortó la comunicación se acodó sobre la mesa y se llevó un dedo al rizo que le colgaba sobre la frente trasluciendo perplejidad.

—¿Qué le ha dicho? — inquirió Diana casi sin voz.

No le contestó de inmediato. Le pareció que la examinaba ahora con una curiosidad nueva, no exenta de desconfianza, por lo que se inclinó hacia ella apremiándola a que le diera una respuesta.

—Dígamelo.

Con un ademán le indicó Noelia que se calmara. Luego carraspeó y finalmente le dijo con voz clara:

—El agente de la Guardia Civil del puesto de esa localidad le ha dicho a mi secretaria que recibieron efectivamente su denuncia y que se personaron en "La cabaña" sin pérdida de tiempo.

—Sí, ¿y qué?

—Que no había ningún cadáver en la casa ni sangre sobre el pavimento de la sala de estar ni ningún candelabro tirado por el suelo. Que la habitación estaba en orden y la casa con los postigos de las ventanas cerrados, sin ningún detalle que indicase que había estado nadie allí en las últimas horas. La puerta de entrada estaba además cerrada con llave.

Abrió la boca Diana hasta formar con ella un círculo y se quedó mirando a la otra con los ojos muy abiertos.

—Eso no es posible— susurró apenas—. Estaba entreabierta cuando llegué y creo que la dejé así cuando salí corriendo.

—¿De veras? Tampoco había ningún automóvil estacionado delante de esa casita ni señal alguna de que dentro de esta hubiera tenido lugar un altercado con unas consecuencias tan trágicas como las que me ha referido, así que suponen que la denuncia fue la broma de una mujer que se debía creer muy graciosa y que no tenía nada mejor que hacer que molestar a las fuerzas de seguridad para hacerles perder el tiempo.

Sin parpadear, sostuvo Diana su mirada hasta que sus palabras fueron haciéndose inteligibles en su cerebro. Luego sacudió la cabeza como si quisiera con ese movimiento volver a poner en funcionamiento su mente y finalmente asomó a su rostro la indignación que sentía.

—¿No cree lo que le contado? ¿Supone que estoy chiflada o que me lo he inventado? Le vi tirado en el suelo, lo mismo que la estoy viendo a usted, y le habían matado. ¿Por qué si no habría de haber faltado hoy a la facultad?

—Tranquilícese— le recomendó Noelia persuasivamente— Solo le he repetido lo que le han dicho a mi secretaria, lo que bien mirado le beneficia a usted. Si la Guardia Civil no ha encontrado el cadáver de ese profesor al que ha aludido, no podrán imputarle a usted su homicidio y si ha desaparecido también el candelabro con el que le golpearon, no tendremos que preocuparnos por las posibles huellas que hubiera dejado en su base, ¿no lo entiende?

Los ojos de Diana brillaron iracundos.

—Claro que lo entiendo, lo entiendo perfectamente. A mí no podrán acusarme de ese delito ni al tipo que le mató tampoco. El cuerpo de Marcial se ha volatilizado en el aire, lo mismo que su coche y lo que debo hacer yo es alegrarme porque eso me deja a mí a salvo de toda sospecha, ¿no es eso? — concluyó hoscamente—. ¿Y él? ¿Debo alegrarme también de que su asesinato quede impune?

Tabaleó Noelia con el bolígrafo sobre la mesa durante unos segundos con la intención de dar lugar a que la otra se calmase.

—¿Quiere tratar de razonar con la cabeza fría? — le pidió sin alterarse—. ¿Qué sabe usted de ese hombre?

—¿Se refiere a Marcial?

—Sí, claro.

—Pues… lo que ya le he comentado, que estaba contratado por la facultad como profesor de los alumnos de tercer curso y que era un hombre muy especial en todos los aspectos. Buen profesional, buen compañero y…

—Y sumamente atrayente para las mujeres, ¿no?

—Bueno, sí— admitió Diana a regañadientes—. Pero eso no es un motivo para que le hayan matado.

Esbozó Noelia un gesto ambiguo que a la otra no le pasó desapercibido y que la obligó a contraatacar nuevamente.

—¿Está pensando que la autora de su muerte ha podido ser una de las componentes de su harén al enterarse de que había quedado conmigo?

—No estoy pensando nada, porque no tengo suficientes datos— replicó Noelia levantando una mano como si le estuviera pidiéndole una tregua a su interlocutora—. Me pregunto si está usted segura de que estaba muerto cuando le encontró. ¿Le tomó el pulso?

Trató de precisar Diana el instante en el que tropezó con su cuerpo y se arrodilló a su lado, pero no fue capaz de determinar con exactitud lo que había hecho. Solo la conmoción que experimentó y la espantosa angustia de negarse a admitir que fuese real lo que tenía ante sus ojos.

—No lo sé, creo que sí y que era obvio que no respiraba ya. Tenía una herida muy profunda en la cabeza y el color de su cara era… era como si la hubieran esculpido en cera. Puedo asegurarle que si hubiera creído que aún vivía no habría salido corriendo, sino que hubiera llamado a una ambulancia y permanecido a su lado para acompañarle después al hospital.

Tabaleó Noelia sobre la mesa con el bolígrafo e hizo un leve gesto de asentimiento, antes de decidirse a hacerle otra pregunta, para la que buscó cuidadosamente las palabras.

—¿Alguna vez… alguna vez ha visto usted a otra persona muerta?

Le pareció que le costaba trabajo a la chica entender lo que le estaba preguntando, porque tardó más de lo necesario en contestarle.

—Pues… creo que no. Mis padres viven en Ávila y están bien, gracias a Dios, mis abuelos paternos fallecieron cuando yo era pequeña y no me llevaron al sepelio, y los maternos cuando estaba en Italia, en el viaje de fin de carrera. No, no había visto antes a nadie en

ese estado. ¿Es que cree que me confundí? Eso es absurdo. Aún en el supuesto de que solamente estuviera herido, no hubiera podido levantarse del suelo después de que me marchara ni limpiar la sangre que había formado un charco alrededor de su cuerpo, ni arreglar el desorden de la habitación para luego largarse. ¿A dónde y para qué? No tendría sentido.

No le contestó Noelia. Se limitó a encogerse de hombros y a sonreírle, como si le estuviera pidiendo disculpas por haberlo sugerido. Luego murmuró en otro tono:

—Me pregunto qué habrá sido de su coche, Me ha asegurado usted que lo vio estacionado delante de la cabaña.

—Sí.

—Y el agente de la Guardia Civil le ha dicho a mi secretaria que no había ningún automóvil en ese lugar.

—Sí, ¿y qué?

—No se enfade, pero cabría dentro de lo posible que ese compañero suyo haya fingido su muerte y que se haya largado, conduciéndolo. Por lo que me acaba de comentar, no sabe usted nada de él ni de su vida anterior. Puede que sea un delincuente perseguido por la policía y que haya puesto pies en polvorosa por un motivo que de momento no se nos alcanza ni a usted ni a mí.

Lo consideró Diana durante unos segundos, antes de mover negativamente la cabeza.

—En ese caso, que considero sumamente improbable, no me hubiera citado el viernes pasado, ¿no lo entiende? ¿Para qué habría de haberlo hecho? Hubiera huido y no hubiéramos vuelto a saber de él. A no ser que…

Se interrumpió y una sombra de sospecha veló su bonito rostro que expresó ahora confusión.

—A no ser que me necesitara para que encontrara yo su cadáver, ¿verdad?

Parecía estar a punto de echarse a llorar, por lo que Noelia se rebulló inquieta en su butaca. Pese a que su experiencia jurídica podía considerarse muy sólida ya y había tenido clientes con problemas muy variados, no alcanzaba a reaccionar adecuadamente cuando enganchaban una llantina. Se apresuró por esa razón a interrumpirla.

—Yo no he dicho eso. La desaparición de su coche puede obedecer a otros muchos motivos.

—Pero lo cree posible. Y que me haya utilizado a mí para que la Guardia Civil le crea muerto y no le busque, ¿verdad?

—No saque conclusiones precipitadas— le aconsejó Noelia— De haber querido fingir que le habían asesinado no habría limpiado la sangre del suelo, retirado el candelabro, y arreglado la habitación como si allí no hubiera ocurrido nada. Tiene que haber otra

explicación, pero le repito que la información que nos ha dado la Guardia Civil le favorece a usted. Márchese ahora a su casa y procure borrar de su mente el horrible espectáculo que vio en la cabaña.

Se enjugó Diana las lágrimas con un pañuelo que sacó de su bolso y asintió.

—Porque me cree, ¿verdad? Y sí, supongo que por los periódicos tendremos noticias. ¿Puedo llamarla en cuanto haya alguna novedad?

—Por supuesto y procure no obsesionarse. De momento no hay huellas ni ninguna prueba que la inculpe y en el caso de que por algún motivo se viera implicada puede contar conmigo.

—¿Me defendería usted?

—Desde luego. Y dado que las dos somos profesionales del derecho, creo que debemos tutearnos.

Asintió Diana. Se levantó de la butaca y se despidió de la abogada saliendo al pasillo. Le abonó luego la consulta a la secretaria que estaba en la antesala, escribiendo en el ordenador que tenía sobre la mesa, y abandonó a continuación la oficina. Estaba aún en el ascensor cuando sonó su móvil y antes de llevárselo al oído comprobó en la pantalla quien era la persona que la llamaba. Solo constaba en esta un número que no conocía y pensó que podía tratarse de la secretaría de la facultad, por lo que murmuró:

—Diga.

No obtuvo respuesta. Solo un silencio denso, que sin saber por qué la sobresaltó. No se le hubiera ocurrido antes de su visita a la abogada, pero ante las dudas con la que esta había acogido su narración, se preguntó si realmente estaría muerto Marcial cuando había entrado en la sala de estar de la cabaña o se habría tratado de un montaje para… ¿para qué? Con la frente perlada de sudor, repitió:

—Diga.

Oyó el clic que cortaba la comunicación y se quedó mirando incrédulamente el aparato. Luego lo guardó en el bolso y cuando llegó al portal y salió a la calle se detuvo para mirar recelosamente en todas direcciones. No vio a nadie conocido, pero le pareció que entre los transeúntes que deambulaban por la calle había alguien que la observaba y echó a correr hacia la parada del autobús.

Capítulo 3

Tras su ruptura con Saúl había abandonado Diana la casa en la que había vivido con él, sita en el barrio de Salamanca, y había alquilado un minúsculo apartamento en el de Chamberí, que constaba de un solo dormitorio, una sala de estar, una cocina americana y un baño. Disponía de una zona de estacionamiento de vehículos en el sótano y esa había sido la razón fundamental de que se decidiera a arrendarlo, ya que aparcar en el centro de Madrid constituía a menudo una proeza y valoraba poder dirigirse a su centro de trabajo, sito en el extrarradio, conduciendo su propio automóvil en lugar de tener que tomar dos autobuses.

Había amanecido un día tristón cuando se levantó a la mañana siguiente. Grisáceo y otoñal y cuando llegó a la facultad se encaminó hacia la sala de profesores a dejar en su taquilla su bolso y su chaquetón. Había sido esa estancia antaño el dormitorio de los condes, al que habían unido el saloncito privado de estos, y era ahora una habitación que hacía esquina, por lo que daba a dos fachadas, y conservaba aún las molduras en el techo que había tenido el palacio. Al reconstruirlo, habían prescindido de las pinturas originales que las decoraban y las paredes eran ahora blancas sin ningún tipo de adorno, y aunque no había otra cosa en la habitación que mesas funcionales con sus correspondientes sillas, persistía allí la atmósfera de esa época, ya remota. Se captaba en el ambiente, a la par señorial y utilitario, en una mezcolanza paradójica que reinaba en todos los rincones del edificio.

Encontró allí colgando su abrigo en la percha de una larga barra metálica adosada a la pared a Flora, que era la profesora que impartía la asignatura de derechos reales a los alumnos de tercer curso y con la que se llevaba razonablemente bien. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, delgada hasta resultar huesuda, y poco agraciada. No se maquillaba en absoluto ni debía preocuparse demasiado por su aspecto, porque la piel de su rostro, manifiestamente reseca, pedía a gritos un tarro de crema hidratante. Vestía invariablemente unos holgados pantalones negros y un jersey de apagado color lila, lo que unido a que llevaba su cabello, negro y ensortijado, sujeto sobre la sien derecha con una horquilla, le hacía aparentar más edad de la que realmente tenía.

—¿Te has enterado? — le preguntó la otra con su habitual gesto adusto en cuanto la vio aparecer.

Quizás hubiera sido su aspecto más agradable si iluminara de cuando en cuando su semblante una sonrisa, porque lo cierto era que no inspiraba simpatías, lo que sin embargo le ayudaba a controlar a

sus alumnos que no se atrevían a rechistar en su presencia.

—¿De qué? — inquirió Diana fingiendo ignorancia.

—De que nadie sabe el paradero de Marcial. Ha llamado su mujer a primera hora de la mañana a la secretaría y estaba muy asustada. Le ha dicho a Teresa que incluso había ido a última hora del domingo a una comisaría a presentar una denuncia. Al parecer, le había dicho él que iba a pasar el fin de semana en la sierra con unos amigos, a cuya casa no llegó, y no había regresado ni atendía tampoco sus llamadas a su móvil. La pobre está preocupadísima.

Se quedó Diana con la percha en la mano y los ojos muy abiertos, creyendo haber oído mal.

—¿Su mujer? — repitió con voz apenas audible—. No sabía que estuviese casado.

—No, no lo está— admitió Flora en tono ligero y de espaldas a ella—. Candela es su pareja y viven juntos desde hace muchos años. Marcial debía querer darles una sorpresa a esos amigos o eso le había dicho a ella, porque lo cierto es que no tenían conocimiento de que hubiera decidido ir a visitarles. Tienen su segunda residencia en la sierra de Guadarrama, pero no llegó hasta ese chalé y Candela teme que haya tenido un accidente por la carretera. Además de a la policía, ha llamado a todos los hospitales de la Comunidad de Madrid, pero hasta el momento no lo ha localizado en ninguno.

Acabó Diana de colgar el abrigo con la impresión de que el mundo se había hundido bajo sus pies. La experiencia que había vivido el viernes anterior al entrar en la cabaña había sido espantosa, pero ahora, al enterarse de que tenía él una pareja estable, se sentía también abochornaba y con una aguda sensación de ridículo por haberse ilusionado por un hombre con el que había estado a punto de pasar un fin de semana a espaldas de la que era su mujer, aunque no hubieran pasado por el altar ni por el juzgado. Había sido una buena estudiante y se había considerado inteligente, pero no cabía duda de que se había equivocado al conceptuarse a sí misma de una forma tan optimista. De otra forma no se hubiera enamorado años atrás de Saúl, que la había hecho bostezar más tarde de puro aburrimiento, ni que tampoco se hubiera dejado deslumbrar a los tres meses de su ruptura por un hombre que debía ser un galán trasnochado que contaba sus conquistas por docenas y al que probablemente solo le importaba la mujer con la que convivía. Se sonrojó ante el descubrimiento y se dejó caer en una silla sin fuerzas, incapaz de continuar en pie, procurando que Flora no pudiera mirarla de frente y lo advirtiera.

—¿Te pasa algo? — le preguntó ésta cuando se volvió hacia ella, acercándosele solícita—. Pareces estar al borde de un soponcio y no me extraña, porque Marcial es un hombre que a todo el mundo le cae bien, por lo que estamos todos muy preocupados. Imagino lo mal

que lo estará pasando Candela, porque son una pareja muy unida.

—No conocía la existencia de esa chica— consiguió articular a duras penas Diana, fingiendo sonarse con un pañuelo que sacó del bolso para que la otra no adivinara el motivo de su sofoco—. ¿La has visto alguna vez?

—Sí, en muchas ocasiones en las que ha venido a buscarle a la facultad. En alguna, incluso, tomé algo con los dos en la cafetería. Es profesora de gimnasia y trabaja dando clase en un centro del que no recuerdo el nombre, hasta media tarde. Por esa razón no había nadie en la casa cuando ayer llamó la secretaria a preguntar por qué había faltado él y no había venido a impartir sus clases.

—¿Y cómo es?

Vaciló Flora antes de describirla, reuniendo en su mente los detalles más destacados de su fisonomía.

—Pues es alta y angulosa, no muy agraciada. Como él, tendrá unos cuarenta y tantos años o quizás más, y da la impresión de tener mucho carácter. La mañana en la que le recogió en el vestíbulo estaba él hablando con un grupo de chicas, ya sabes que le adoran. El caso es que se lo llevó tirando de su brazo sin darle tiempo ni tan siquiera a permitirle que pudiera despedirse. Marcial se dejó conducir como un manso cordero, lo que no dejó de extrañarme, porque aquí se comporta como si fuera a comerse el mundo. Ya sabes.

—Sí, sí, claro— logró musitar ella.

—Por lo que le he oído a otros profesores, Candela es la que lleva los pantalones y la que mantiene a raya sus escarceos —continuó diciéndole Flora—. No sé qué le ven sus alumnas, porque a mí me parece que se le nota mucho el plumero. A todas les dedica las mismas sonrisas y los mismos piropos, y a ellas se les cae la baba sin caer en la cuenta de que no es más que un conquistador de vía estrecha que solo pretende ligárselas para satisfacer su ego. ¿No crees que salta a la vista que se considera irresistible y que utiliza su atractivo como un deporte?

Con la garganta seca asintió Diana.

—Sí, sí, salta a la vista.

Se retiró Flora de su rostro el rizado cabello que enmarcaba su reseco semblante con expresión dubitativa y frunció desdeñosamente los labios.

—Yo no lo entiendo— reconoció—. Aunque sea un compañero de trabajo agradable, en ningún caso un tipo tan frívolo como él me hubiera alterado a mí el pulso, aunque me hubiera recitado al oído la rima más inspirada de Bécquer.

No era fácil que Marcial ni ningún otro hubiera querido dedicarle un verso a Flora ni incorporarla a su harén, aunque fuera por unos minutos, pensó Diana. Era soltera y que ella supiera no había

mantenido a lo largo de su vida ninguna relación seria con un hombre. Quizás hubiera sido una suerte porque así no se había equivocado, se dijo con una amarga sensación de frustración. Haciendo un enorme esfuerzo por disimularlo, se puso dificultosamente en pie y de espaldas a Flora, le preguntó:

—¿Y dices que Candela cortaba en seco los ligues de él con sus alumnas?

Asintió su interlocutora con el ceño fruncido.

—Sí, por lo visto la pareja tiene una cabaña en la sierra y la utilizaba Marcial en cuanto conseguía engañar a alguna idiota para que pasara allí con él el fin de semana.

Estuvo Diana a punto de ahogarse con la bola de algodón que se le había atascado en la garganta. Sintió que una ola de calor le ascendía hasta el rostro y aparentó estar colocando su chaquetón entre los que estaban allí colgados con mayor lentitud de la necesaria para que la otra no la viera roja como una amapola.

—¡Ah!, ¿sí? — articuló a duras penas.

—Sí, claro. Por esa razón, el mismo viernes, imaginando que la visita a esos amigos no era más que una excusa para marcharse a la cabaña con alguna, se plantó Candela allí creyendo que les iba a pescar in fraganti, pero esa vez se equivocó. No estaba él ni había nadie.

Al oírla, notó Diana que un chorro de sudor frío le corría por la espalda. Imaginó que Candela pudiera haberles encontrado en la casita a los dos y se ruborizó de nuevo, al tiempo que revivía en su mente la impactante escena con la que se había encontrado al entrar en una habitación en la que parecía haberse librado una batalla, con el resultado de haber muerto uno de los contendientes. Vaciló de nuevo y se sentó en una silla preguntándose si la visita de Candela habría tenido lugar antes o después de la de ella. Tenía que haber sido después, cuando ya había desparecido su cadáver, porque de otro modo lo que habría denunciado habría sido su asesinato.

Lo consideró durante unos segundos y terminó por asaltarle una duda. ¿Y si, como le había sugerido la abogada, Marcial no hubiera muerto? No acababa de considerarlo posible, pero eso explicaría que los agentes hubieran visto más tarde que en el interior de la cabaña no quedaba rastro de esa escena.

Al barajar esa posibilidad se sintió mejor, aunque no por ello menos abochornada. Se había comportado como una colegiala tonta, y sin saber por qué recordó lo que le decía Saúl, que durante los largos años que habían compartido conseguía convencerla, mientras la explicaba cómo hacer un logaritmo a mano, de que él era un genio y ella corta de luces. Quizás no fuera esa su intención, pero a fuerza de ridiculizarla por ser una negada para las matemáticas, había logrado

también que perdiera por completo su autoestima y la había convertido en un ser dependiente e inseguro.

Con un esfuerzo se levantó de la silla, pero se asió a su respaldo e inquirió:

—¿Y eso cómo lo sabes?

Le sonrió la otra con suficiencia.

—Lo sabe toda la facultad. Que no estaba Marcial en la cabaña, se lo ha dicho ella a la secretaria cuando la ha llamado para informarla del motivo por el que él no se presentó ayer ni tampoco esta mañana.

—¿Le ha dicho que había ido a pescarle con las manos en la masa?

Se echó a reír Flora con ganas.

—No. Le ha dicho que había ido a la sierra a buscarle pensando que lo encontraría allí. Solo eso. El resto nos lo hemos imaginado todos. Cuando aparezca él, en un hospital, o simplemente regrese a su casa por las buenas, le echará ella una buena bronca, le tendrá unos días a pan y agua, y después harán las paces. Llevan así muchos años y a su modo han sido felices.

—Ya, claro, claro.

Analizó Flora su expresión, pero no debió captar lo que sentía ni imaginar que por su gusto se hubiera quedado sola y derrengada en la sala destinada a los profesores para poder llorar hasta quedarse seca. No habría sabido Diana qué contestar si alguien le hubiera preguntado si prefería que él hubiera muerto o que se hubiese largado a Sudamérica con otra. Notaba la mente espesa, pero sí le constaba que hubiera dado algo por haber denegado el ofrecimiento que le había hecho él el viernes anterior y haberse excusado diciéndole que tenía otros planes.

Sin ni tan siquiera imaginar lo que sentía, la animó la otra con ademán a que saliera con ella de la estancia y la siguiera por el largo pasillo, que recorrieron en silencio hasta que al aproximarse a sus respectivas aulas le preguntó:

—¿Y qué tal se portan últimamente tus alumnos contigo? Tienes que hacerte respetar, como hago yo. Cuando recorro el aula con los ojos y les miro, se agachan como conejos en sus mesas y no se atreven a levantar la mirada ni a rechistar. Saben que se arriesgan a que les suspenda y es lo que debes hacer tú.

Se dijo ella que el aire autoritario de Flora y su huesuda silueta constituían una inestimable baza para meterlos en cintura. Estaba segura de que no había tenido que escuchar ningún silbido admirativo de los estudiantes cuando se volvía de espaldas a ellos para escribir algo en la pizarra, como le sucedía a ella, y levantó ambas manos con las palmas hacia arriba en un ademán de impotencia.

—Lo intentaré.

Se despidió de Flora en el pasillo y entró en el aula, donde fue recibida con un silencio sepulcral. Sin duda se habían enterado ya de la noticia, porque Marcial era muy popular, incluso entre los estudiantes de otros cursos como era el caso, y les había afectado la noticia de su desaparición. Lo constató por la pregunta que le formuló una alumna que se sentaba en una de las primeras mesas y que era también una de las más aplicadas. Se llamaba Merche, lucía una profusión de granos en su rostro y llevaba unas gafas de gruesos cristales, pese a lo cual y a no ser precisamente agraciada, solía piropearla él siempre que tenía ocasión.

—¿Se sabe algo nuevo de don Marcial?

No le respondió de inmediato. Subió primero a la tarima, tomó asiento tras su mesa y buscó la respuesta más adecuada en el desorden de su ofuscada mente.

—No, aún no, pero espero que esta misma mañana tengamos noticias. Ahora vamos a tratar el tema que tenemos para hoy, de la nacionalidad española y de los requisitos para obtenerla. ¿Hay algún voluntario?

La mayor parte de los estudiantes desviaron en el acto la mirada y se hicieron los distraídos, pero Merche levantó la mano, como siempre, y disertó durante un ratito sobre esa materia, lo que a Diana, sin escucharla, le permitió ir asimilando la información que había recibido de Flora sobre Marcial y a intentar buscar la manera de disculparse a sí misma por su estúpida forma de proceder. No llegó a conseguirlo, por más que se repitió que había obedecido sin duda a que se sentía sola y a que necesitaba sentirse querida tras haber terminado con Saúl. La hora de clase se le hizo interminable y cuando al fin sonó el timbre que la daba por finalizada, con un suspiro de alivio salió de la facultad sin despedirse de nadie ya que no tenía ninguna más esa mañana.

Un sol pálido se había abierto paso entre las nubes conforme avanzaban las horas. Era aún demasiado pronto para comer y cuando llegó a su casa y estacionó el coche en el aparcamiento del sótano optó por demorar la subida a su piso y salió del portal con la intención de tomar el aire e ir ordenando en su mente lo que había sabido por Flora. A paso ligero cruzó la calle de Santa Engracia y fue a sentarse en un banco de la plaza de Chamberí, una de las más castizas de Madrid, solitaria y caldeada por los rayos del astro rey.

El rumor del agua de la fuente de piedra, que como un macizo rocoso se elevaba a pocos metros del banco en el que se había apoltronado, le recordó al pantano que había entrevisto entre los pinos el viernes a los pies de la montaña. Aunque desde la altura en la que se hallaba la casa no se oía el sonido de la corriente, se preguntó

una vez más si lo que había creído ver en la cabaña no habría sido más que un espejismo, una estúpida puesta en escena orquestada por él, cuya finalidad no acababa de entender. ¿Sería posible que tuviera razón la Guardia Civil cuando le había asegurado a la secretaria de la abogada que en aquella pintoresca casita no habían matado a nadie y que sin duda la denuncia anónima que habían recibido no era más que la broma de un gracioso?

Quizás apareciera él al día siguiente en la facultad o les llegaran noticias de que se encontraba hospitalizado en un centro sanitario o que había huido a algún país ignoto para ponerse a salvo de las exigencias de una chica a la que hubiera dejado embarazada, y la vida volviera a ser a partir de entonces lo que había sido.

Aunque eso no sería posible, se dijo. No era tan tonta como le había hecho creer Saúl. No lo era en absoluto, aunque utilizara una calculadora para las operaciones aritméticas más difíciles, pese a que hasta la fecha no hubiera acertado con los hombres de los que había creído enamorarse. En lo que se refería a su expareja, su separación había sido para ella una liberación, pero le había dejado un hueco en sus sentimientos que había tratado de llenar y se había aferrado por esa razón a un hombre atractivo que le había hecho sentir que ella también lo era. Le faltaba por averiguar si era real lo que había creído ver en la cabaña o un montaje. Una estúpida puesta en escena de la que no entendía el significado.

En ese instante experimentó algo que sintió como un calor candente en su espalda y que cortó en seco sus pensamientos. Algo que creyó identificar como una mirada fija que irradiaba un calor similar al de los sofocantes rayos del sol en un caluroso día de verano. Unos ojos la estaban observando desde el otro extremo de la plaza con una intensidad tal que percibió ese fuego antes de volverse para buscar al que lo producía. Los árboles se agitaban levemente al compás de la brisa luchando por retener sus últimas hojas, pero no había nadie que se ocultara detrás de sus troncos ni tampoco al otro lado de la fuente. Ni del templete destinado a la música que pudiera tocar una orquesta popular. Tampoco había ninguna mamá en los bancos de la plaza, que hubiera sacado a pasear a sus bebés. Solía ser habitual en días más cálidos, pero esa mañana hacía frío, aunque no tanto como el que ella sintió.

Terminó por desviar sus pupilas hacia la calle de Santa Engracia, que la cercaba por uno de sus extremos y entonces lo adivinó. La desazonante sensación que experimentaba de estar siendo vigilada provenía de un automóvil aparcado junto a la acera, un coche gris oscuro que no recordaba haber visto antes, e intentó identificar al conductor que ocupaba el asiento delantero. Brillaba el parabrisas bajo los rayos del sol que arrancaban reflejos del cristal y los

transeúntes que deambulaban por la calle ocultaban intermitentemente el vehículo, por lo que no consiguió distinguir su rostro, aunque sí alcanzó a ver que era un hombre. No podía ser el coche de Marcial, que era un deportivo rojo, pero experimentó sin saber por qué una aguda sensación de peligro y se puso en pie.

Una chica joven que llevaba a dos niños cogidos de la mano se dirigía hacia ella en esos momentos atravesando la plaza. Uno de los chiquillos se le escapó y echó a correr hacia Diana tropezando con ella, que se tambaleó bajo su embestida.

—Disculpe— le oyó decir a su madre— ¿Le ha hecho daño?

—No, no— murmuró apenas.

Oyó como le reñía a su hijo, pero no se detuvo. Apresuradamente y, sin apartar los ojos del automóvil que continuaba aparcado en el mismo lugar, cruzó la calle y echó a correr hacia su casa, subió en el ascensor y cuando entró en el piso cerró la puerta con llave y le echó el cerrojo.

Capítulo 4

No tuvo la Guardia Civil la menor noticia sobre el paradero de Marcial en los días que siguieron. No había sido ingresado en ninguno de los hospitales de la región ni se tenía conocimiento de que se hubiera producido un accidente de tráfico en las carreteras por las que podría haber circulado. Candela ignoraba su paradero y no había recibido llamada telefónica alguna comunicándole que hubiera sido secuestrado, por lo que en la facultad empezó a cundir el rumor de que o se había marchado al extranjero con otra mujer o había huido de la policía, aunque nadie tenía constancia de que hubiera cometido ningún hecho delictivo que motivara su fuga.

En las clases que impartía había sido sustituido momentáneamente por otros compañeros entre los que estaban incluidas Flora y Diana, pero todos sabían que era una solución temporal que no tardaría en resolverse de una u otra manera, por lo que a ésta última no le extrañó que unos quince días más tarde la llamara el rector a su despacho. Era un hombre bajito, de cabello entrecano y expresión bondadosa, que le pidió que se sentara enfrente de él, al otro lado de la mesa que ocupaba. Le agradeció su ayuda por haber asumido parcialmente la docencia de los alumnos de Marcial y le anunció la llegada de un nuevo profesor que le sustituiría hasta que este reapareciera.

—Se trata de un joven del que nos ha hablado su mujer y que se ha mostrado dispuesto a echarnos una mano.

—¿Se refiere a Candela? — inquirió ella.

—Si, claro— corroboró él, que no debía de estar al tanto de que Marcial y la aludida no estaban casados—. Le conocían desde hace tiempo, porque, aunque vive en Madrid, tiene también una casa en el pantano de San Juan a poca distancia de la de ellos.

—¿De "La cabaña"? — insistió sorprendida, porque no había visto ninguna edificación por los alrededores cuando se había bajado del coche y los había oteado.

—Sí, no sé a qué distancia, pero lo bastante cerca como para recorrerla a pie, por lo que en ocasiones se han pedido ayuda mutuamente. Se llama Jaime Llorente, ¿le suena?

—No— reconoció ella.

—Es un abogado especializado en derecho civil que ejerce la profesión, pero que puede disponer de las horas que le exija la función docente que realizaba Marcial de la Prada, por lo que va a cubrir así la vacante que ha dejado éste. Temporalmente, claro, según me ha advertido, porque supongo que, si se ha ofrecido a sacarnos del atolladero, lo habrá hecho para incrementar también su prestigio, lo que hará valer en su curriculum. Quería expresarle a usted mi agradecimiento y que lo supiera.

Le correspondió Diana diciéndole que era lo menos que se merecían Marcial y la facultad y salió del despacho aligerada de un gran peso. Los estudiantes de tercer curso no eran muy distintos de los de segundo, pero varias de las alumnas de él le manifestaban claramente su animadversión como si tuviera ella la culpa de haberle perdido como profesor, y una concretamente, que se llamaba Sara, no perdía ocasión de demostrarle claramente su antipatía. Era una joven muy bonita y muy pagada de sí misma que hasta la fecha había despuntado en el curso por sus buenas notas. Solía ofrecerse como voluntaria para exponer verbalmente el tema del que se tratase mientras Marcial estuvo al frente de la clase, pero había cambiado radicalmente de actitud desde que Diana se había hecho cargo del grupo. La oía también ridiculizarla entre susurros cuando se volvía ella de espaldas y las risas con las que la coreaban los demás, por lo que estaba deseando perderla de vista.

El nuevo profesor se presentó el lunes siguiente. Era mucho más joven que Marcial y no tenía además nada que ver con él. Era más alto, más delgado, y carecía por completo del halo de seducción que envolvía al otro, pero su porte le confería un aurea de autoridad que los jóvenes no se atrevían a traspasar. Poseía un abundante cabello castaño y unos ojos perspicaces de la misma tonalidad Aunque bien parecido, su expresión era distante, por lo que las chicas no se atrevieron a bromear con él ni a intentar un acercamiento. Sara, que sí se arriesgó y se le aproximó en el pasillo para preguntarle por unas

cuestiones que no había entendido, sufrió una amarga decepción. No solo no correspondió a su sonrisa ni le exteriorizó la menor simpatía. Se limitó a indicarle la lección del libro en la que podía consultar sus dudas y siguió camino adelante por el pasillo sin volver la cabeza.

Flora se lo comentó a Diana una mañana en la que las dos volvieron a coincidir en la sala de profesores.

—¿Qué te ha parecido el sustituto de Marcial? — le preguntó —. Es educado, pero un completo sieso que no le consiente a sus alumnos la menor aproximación. No guarda punto de contacto con el anterior ni parece tener interés en conectar personalmente con los chicos. Imagino que cree estar haciéndole un favor a la facultad, a los profesores y a los estudiantes, y que pondrá pies en polvorosa en cuanto aparezca el otro, exhalando un suspiro de alivio.

No tenía tan claro Diana que Marcial volviera a aparecer. Dudaba cada vez más de que lo que había creído ver en "La cabaña" fuera real, porque últimamente se sentía vigilada. Desde la mañana en la que se había sentado en un banco en la plaza de Chamberí, el peligro que la había acuciado ante la mirada fija del conductor de un coche aparcado junto a la acera se había repetido y en todas las ocasiones había sido provocada por un hombre que la seguía y al que no había llegado a verle la cara, pero que tenía que ser él. Unos días más tarde de esa primera vez en la plaza, había notado unos pasos detrás de ella al salir del supermercado. Caminaba por la calle de Santa Engracia entre los numerosos transeúntes que deambulaban con prisas. Solía ser una vía sumamente concurrida y a esas horas lo estaba, pero al volverse le atisbó detrás de una farola, aunque no exactamente a él. Lo que vio fue la silueta de un hombre con un abrigo oscuro y un sombrero en la cabeza que se había detenido de espaldas a ella y aparentaba estar leyendo un periódico con el que se cubría el rostro, pero tenía que ser Marcial. ¿Quién si no?

Otra vez le sucedió algo parecido al salir de la facultad. Había tenido que dar dos clases por la tarde y cuando al término de la jornada se encaminó por la explanada que rodeaba el edificio al lugar en el que había estacionado su automóvil oyó unas pisadas que se acompasaban a las suyas. En el mes de noviembre anochecía pronto, pero a la luz de la farola que sobre la acera expandía una claridad mortecina distinguió su abrigo y el sombrero con el que se cubría la cabeza. Esa tarde llevaba también gafas oscuras, totalmente inadecuadas a esas horas del crepúsculo, pero no se detuvo ella a tratar de descubrir su identidad. Echó a correr y cuando alcanzó su coche se introdujo dentro y lo arrancó apresuradamente sin volver la vista atrás.

Y también se sucedían las llamadas a su móvil, en las que el que debería ser su interlocutor no pronunciaba una sola palabra. Se

repetían a diario, casi siempre por la noche cuando iba a acostarse, por lo que le costaba conciliar el sueño y cuando lograba adormecerse se despertaba sobresaltada creyendo haber oído que intentaban forzar la puerta de entrada del apartamento.

Nada parecido le había sucedido antes de aquel fatídico viernes, ¿pero qué pretendería conseguir fingiendo su muerte y acosándola a ella? No le encontraba explicación y hojeaba las noticias de todos los diarios que caían en sus manos y veía los telediarios de todas las cadenas. De vez en cuando algún informativo hacía mención a la labor conjunta de la policía y de la Guardia Civil, que seguían buscándole, sin ninguna pista por el momento. A veces se preguntaba si no debería presentarse en una comisaría para declarar con todo detalle lo que había visto al llegar a "La cabaña" aquella tarde, pero el miedo a verse implicada la hacía desistir de dar ese paso.

Flora aguardaba su comentario y cuando se cansó de su mutismo insistió.

—¿Crees que aparecerá?

Se encogió Diana de hombros.

—Pues no lo sé.

—Cada día que pasa me parece más improbable y lo mismo debe pensar Candela. Coincidí ayer con ella cuando salía del despacho del rector y por su actitud me dio la impresión de que había superado ya el duelo. Debe mantener algún tipo de relación con el nuevo, ya me entiendes.

Se volvió Diana hacia ella con la curiosidad reflejada en su semblante.

—¿A qué te refieres?

—No, a nada concreto— se defendió su interlocutora temiendo haber hablado de más—. Jaime es más joven que ella, pero no creo que la edad sea determinante. Me ha parecido que a ella le gusta y que él se deja querer, aunque puedo estar equivocada. ¿Qué opinas tú?

Se había limitado Diana a cruzarse con él por el pasillo y a intercambiar un corto saludo, pero al oír a Flora se preguntó si habría habido algo entre Jaime y Candela con anterioridad a lo que había sucedido aquella tarde en "La cabaña" y fuera eso lo que lo había motivado. Cabía en lo posible que los dos hombres se hubiesen peleado y que Jaime le hubiera sacudido en la cabeza con el candelabro causándole la muerte. En ese caso lo probable sería que Candela le hubiera ayudado a deshacerse del cadáver y a borrar todo vestigio de la batalla campal que había tenido lugar en la sala de estar. Le hubiera parecido una solución razonable al enigma, pero dudó nuevamente cuando volvió a preguntarse quién sería entonces quién la vigilaba y para qué.

Quizás el nuevo estuviera implicado de un modo o de otro, por lo que decidió buscar la forma de hablar con él con cualquier excusa para poder así sonsacarle. Solía ir a la facultad informalmente vestida y sin preocuparse mucho de su aspecto, pero esa mañana al levantarse se entretuvo más de lo acostumbrado ante el espejo. Se maquilló ligeramente, se cepilló su corta melena castaña y cuando acabó de arreglarse se puso sus pantalones nuevos y un jersey de pico verde claro bajo el que asomaba una camisa de cuadritos del mismo color. Parecía una estudiante más y estaba muy bonita, por lo que soportó estoicamente las miradas de sus alumnos mientras les daba clase y sus cuchicheos en cuanto se volvía hacia la pizarra. Lo importante era que el nuevo se dignara darse cuenta de que existía y en cuanto salió del aula se dirigió a la cafetería, donde esperaba encontrarle desayunando.

Efectivamente estaba sentado en una mesa hojeando un libro de texto mientras se tomaba a sorbos su café con leche. Lo que en otros tiempos fuera el salón de baile del palacio albergaba en el presente la cafetería. Se hallaba en la planta baja, próxima al vestíbulo y era una luminosa estancia oblonga, en la que se había situado la barra en elipse delante de la pared del fondo y habían sido diseminadas por el espacio libre un sinfín de mesas para cuatro comensales. A través de los ventanales se veía la zona de césped que precedía al edificio de la facultad y más allá la zona de aparcamiento con los toldillos de brezo bajo los que estacionaban los automóviles.

El carácter de Diana era más bien retraído, pero se atrevió a tomar asiento frente a él con su taza en la mano y a sonreírle mientras le preguntaba:

—¿Te molesta que comparta la mesa contigo?

Levantó él unos ojos castaños que denotaban la indiferencia más absoluta y los clavó sin el menor interés en su rostro. Por un instante temió Diana que le contestara que efectivamente le molestaba y que se encontraba más a gusto a solas con su libro, pero la buena educación se lo impidió. Se limitó a hacer un gesto vago.

—No, claro, no, pero ya he terminado de desayunar por lo que puedes contar con toda la mesa para ti sola, porque ya me marcho.

Le retuvo ella con otra sonrisa.

—No, espera. Quiero agradecerte que te hayas brindado a sustituir a Marcial hasta que vuelva a dar señales de vida. Era un buen amigo mío y supongo que también tuyo.

Tampoco ahora correspondió a su gesto amistoso. Serio, meneó negativamente la cabeza.

—Apenas si mantuvimos otra relación que la de ser los únicos vecinos en un lugar muy solitario— le aclaró—. En una ocasión vino a mi casa su mujer a pedirme un par de huevos y en otra se refugió en

mi salón hasta que dejó de llover y escampó, porque le sorprendió una tormenta cuando daba un paseo por la montaña.

—¿Entonces no le conociste a él?

Vaciló durante unos segundos, pero terminó por asentir.

—Conocerle, le conocí. Nos veíamos desde lejos, a veces nos encontrábamos paseando y en ocasiones me pidió leña para encender la chimenea o algo para cenar que había olvidado comprar. Sí, pero menos que a ella. El viernes en que al parecer fue a "La cabaña" y no se volvió a saber de él, vi su coche desde mi casa. Está enclavada en la cumbre de esa montaña y lo atisbé desde la terraza cuando llegué. Ya lo he declarado a la policía cuando me citó en la comisaría.

Empezó a sentir Diana un sudor frío al imaginar que pudiera haberla divisado a ella también desde esa terraza, pero no dejó traslucir lo que sentía y le preguntó con aparente indiferencia:

—¿Y qué más viste?

—Que poco después llegó otro automóvil. Estaba preparando un demanda y me había llevado los papeles a la sierra para que no me molestara nadie. Vivo solo con un mastín muy gruñón, pero tengo unos vecinos jóvenes y muy ruidosos que ponen la música a todo volumen y a los que les encanta el reguetón.

Temió Diana que se apartara del tema y se explayara sobre lo molesto que era este último género musical que no debía gustarle en absoluto, por lo que le interrumpió para reconducir la conversación al punto que le interesaba.

—¿Y cómo era ese coche?

—Pues… no me fijé mucho. No pude darle ningún detalle de él a la policía, porque la distancia entre mi casa y la de Candela no me permitía apreciarlo, pero no era blanco, ni amarillo.

El de Marcial era un deportivo de color rojo cereza con el que acababa de encandilar a las chicas más esquivas, pero le vino a la memoria a Diana el que estaba estacionado junto al bordillo de la acera en la plaza de Chamberí aquella mañana, con un hombre en el asiento del conductor al que no había llegado a distinguir su rostro e inquirió con un hilo de voz:

—¿Podía ser oscuro?

—No. Yo diría que era azul. Sí, estoy seguro de que era un Renault Clio azul claro.

El automóvil que acababa de describir era el suyo, por lo que le preguntó con un hilo de voz:

—¿Y qué pasó?

—Nada, no lo sé. Volví a entrar en mi casa y continué formulando la demanda que había dejado a medias. Cuando me atasqué escribiendo, salí de nuevo a refrescar mis ideas y ya no estaba el coche azul.

Contuvo Diana la respiración y balbuceó:

—¿Y no llegó ninguno más?

Le sonrió él por primera vez dejando al descubierto unos dientes blancos y bien alineados.

—Eres muy curiosa, pero como ya se lo dije a la policía, te contestaré. El coche azul fue el único en llegar y de él bajó una chica, pero no le vi la cara, solo su pelo que brillaba a la luz del sol con mechas doradas. Llevaba un chaquetón, yo diría que azul marino, y pantalones.

Notó Diana el temblor de sus piernas y las descruzó por debajo de la mesa. Luego agitó en el aire su melenita como había visto hacer a Sara con la suya, larga y rubia. Se había dado cuenta de que solía producir un efecto fulminante en el sexo masculino y necesitaba disimular la ansiedad que le estaba ocasionando lo que acababa de decirle. Quizás le hubiera descrito esa chica a la policía y estuviera ésta indagando entre el elenco femenino de la facultad.

—¿Y viste algo más?

Se acodó en la mesa y la observó intrigado.

—¿Eras muy amiga de Marcial?

Procuró ella que asomara a su rostro una expresión ingenua y levantó ambas manos como quitándole importancia a lo que iba a responder.

—Éramos compañeros aquí, en este centro, donde he empezado a trabajar al inicio de este curso, por lo que no le conocía mucho ni tampoco a su mujer. Le he estado sustituyendo en alguna de sus clases y… sí, me gustaría saber que está bien y que no le ha ocurrido nada malo. Supongo que estará retenido en alguna parte en contra de su voluntad y por eso te pregunto si viste algo más.

Asintió él y le sonrió por primera vez.

—Sí, y cómo te he dicho ya, lo he declarado en la comisaría. Salí luego a buscar leña para encender la chimenea y para que mi perro estirara las piernas y advertí que ya no estaba ninguno de los coches, ni el azul, ni el de Marcial. Llegó entonces Candela en el suyo con dos agentes de la Guardia Civil y luego subieron a mi casa a preguntarme si sabía algo de él.

—¿Y qué hora sería?

—Pues… no lo sé con seguridad, pero estaba anocheciendo. Solo pude aclararles lo que te he dicho.

—¿Lo de los coches?

—Sí. Cuando se marcharon los agentes, me quedé con Candela, porque estaba muy asustada. Marcial era un poco… un poco viva la Virgen y ella sospechaba que muchos fines de semana los pasaba en “La cabaña” con alguna, pero se había hecho a la idea de que eso era así y se hacía la desentendida cuando regresaba él a su casa los

domingos por la noche. Le conocía bien y unas veces le abroncaba y otras se lo tomaba con filosofía, pero después de haber sabido por la Guardia Civil que una mujer había presentado una denuncia informándoles de que le habían asesinado, me pidió que no me marchara. Estuvimos inspeccionando la casa y luego me siguió en su coche hasta Madrid, donde la acompañé a una comisaría.

—¿Y cómo se lo tomó?

—¿Te refieres a Candela y a la denuncia?

—Sí, claro.

Esbozó él un gesto con el que parecía querer decir que había reaccionado como cualquier persona normal lo haría.

—Pues te lo puedes imaginar, con un ataque de ansiedad. La llevé luego al piso en el que vive y me quedé con ella hasta que se tranquilizó. Hace unos días me llamó para comentarme las dificultades por las que estaba atravesando esta facultad para encontrarle un sustituto temporal a Marcial y me pidió que me ofreciera. Es lo que he hecho.

La miraba ahora divertido, como si considerara que había respondido adecuadamente al cuestionario que le había formulado y se dio cuenta Diana de que también era un hombre atractivo aunque una forma diametralmente opuesta a la de Marcial. No recordaba al otro en absoluto. Imaginó el asedio al que le someterían sus alumnas en cuanto se fijaran mejor en él y le compadeció. Le sonrió nuevamente y se puso en pie.

—Te agradezco que me lo hayas aclarado tan pormenorizadamente. Todos estamos muy preocupados por Marcial.

Asintió Jaime.

—Sí, y yo también.

Se alejó Diana de la mesa para salir de la cafetería, preguntándose por qué ese último comentario de él le habría sonado a falso.

Capítulo 5

No volvió a verle durante el resto de la mañana, pero como coincidió su última clase con la de él y sonó al mismo tiempo el timbre que anunciaba que habían finalizado ambas, tomó al marcharse toda suerte de precauciones para que al salir del edificio no la viera dirigirse a su automóvil en la zona de aparcamiento. Lo había atisbado desde la casa que poseía en la montaña, por lo que podía reconocerlo y atar cabos.

Se detuvo por esa razón en la puerta de cristales del amplio vestíbulo de paredes y pavimento de mármol, abarrotado a esas horas del mediodía por los jóvenes que se congregaban allí para marcharse en grupos, y oteó recelosamente el exterior. Lucía un sol espléndido y una multitud de estudiantes de ambos sexos bajaban en ese momento los peldaños por los que se accedía al edificio charlando animadamente y se encaminaban hacia la parada del autobús haciendo crujir bajo sus pies las hojas secas de los árboles que sembraban la calle y que el otoño había arrancado de sus ramas. Algunos chicos, la mayoría, la saludaron, pero Sara no. Fingió no haberla visto y se alejó también entre la cohorte de muchachos de la que siempre iba rodeada, sin volver la cabeza.

También varios profesores pasaron por su lado, entre ellos Fabián, que daba clase de derecho romano, y Flora, que se despidieron de ella hasta el día siguiente, pero no iba Jaime con ellos, por lo que dedujo que debía encontrarse todavía dentro del centro. Pensó que quizás el rector le hubiera retenido o estuviera todavía en su aula recogiendo sus papeles, por lo que, para evitar encontrárselo, echó a andar apresuradamente hacia la plaza en la que había estacionado su Renault Clío y una vez que se subió al coche hizo intención de arrancarlo.

Fue entonces cuando se fijó en un Nissan gris oscuro, detenido en segunda fila junto a la acera y a pocos pasos delante del suyo. Se sobresaltó al verlo porque creyó identificarlo con el que conducía el hombre que aquella mañana la observaba fijamente cuando estaba sentada en un banco en la plaza de Chamberí. Últimamente tenía los nervios a flor de piel, pero se tranquilizó al distinguir al volante a una mujer. Era rubia y la brisa que penetraba por a ventanilla, cuyo cristal mantenía bajado, le revolvía el cabello en todas direcciones. No debía ser rubia natural porque la raíz de su pelo era oscura. Tampoco a esa distancia le pareció que fuera guapa y aunque no consiguió distinguir con claridad sus facciones, calculó que rondaría la cincuentena. Se preguntó si no sería Candela y con disimulo le hizo una fotografía con el móvil. Tuvo el tiempo justo después para agacharse sobre el volante, porque en ese preciso instante vio avanzar a Jaime entre los automóviles y dirigirse en línea recta hacia el coche de la otra.

Debía de haber quedado con ella, porque la saludó e intercambiaron unas palabras, antes de que él le diera una vuelta al vehículo y se subiera al asiento del copiloto.

Esperó Diana unos segundos a que el Nissán se alejara por la avenida central que partía desde la misma puerta de la facultad, atravesando los jardines de césped, hasta la amplia avenida que conectaba con la autovía, antes de arrancar el motor y perderse después entre el sinfín de automóviles que seguían el mismo trayecto,

por lo que pronto le perdió de vista.

Se felicitó por ello, pero no se atrevió a la mañana siguiente a utilizar su automóvil para dirigirse a la facultad. Tomó dos autobuses, por lo que llegó tarde a la primera de las clases que debía dar, lo que aparentemente no molestó a sus alumnos, sino al contrario. Se había arreglado tan cuidadosamente como la víspera, esperando tener oportunidad de volver a sondear al sustituto de Marcial, y oyó algún silbido suelto que fingió no haber escuchado cuando paseó con severidad su mirada por los rostros juveniles que tenía frente a su mesa y que ahora la observaban con expresión de inocencia. Pensó que merecían un escarmiento y secamente les anunció que esa mañana iban a realizar un ejercicio en el que le responderían por escrito a unas preguntas que les iba a formular sobre la materia que les había explicado el día anterior, lo que produjo un murmullo de pavor entre ellos con el que se sintió reivindicada. Las escribió en la pizarra y disfrutó intensamente del momento, ya que lo único que escuchó a su espalda fue el silencio sepulcral con el que las fueron acogiendo.

Se lo refirió más tarde a Flora, con la que desayunó y que la felicitó por ello.

—Me parece muy bien que hayas tomado esa medida y que les hayas demostrado que la que mandas eres tú. Yo no consentiría que silbaran a mi paso ni que me miraran con descaro.

No era probable que ninguna de las dos cosas le sucediese a la otra, se dijo ella, pero cambió de tema en el acto, porque le interesaba más averiguar quién era la mujer que conducía el coche gris. Por esa razón le mostró la fotografía que le había tomado con su móvil y que Flora analizó con la gravedad que la caracterizaba.

—Es Candela, no cabe duda— repuso sin una sola vacilación, extendiendo hacia ella su huesuda mano y devolviéndole el aparato—. ¿Y dices que habían quedado en que iría a recogerle?

—Eso no lo sé, aunque él se encaminó hacia el coche como si supiera que ella estaba estacionada en ese punto y que le estaba esperando.

Asintió la otra y frunció sus finos labios.

—No quiero imaginar lo que no sé ni hablar de más, pero si yo fuera una chismosa elucubraría sobre lo que me has contado y supondría que hay algo entre ellos, ¿no crees? Y no la culpo. Marcial se la pegaba con todas las que se le ponían a tiro y lo menos que se merecía es que ella hiciera lo mismo—. Frunció el ceño dubitativamente como si lo estuviera sopesando y añadió—: Aunque no sé, no estoy segura de que sea lo mismo. ¿Tú que crees?

No necesitó Diana ni una décima de segundo para darle una respuesta. Si Saúl se hubiera enredado con otra, hubiera terminado con él en el acto, pero no pertenecía al sector de individuos incapaces

de serle fieles a su pareja, sino al contrario. Era serio y muy formal, de los que consideraban que el compromiso de una pareja debía serlo para toda la vida. Lástima que su conversación versara sobre un soporífero monotema y que su cerebro se asemejara tanto a una máquina de calcular.

—Por supuesto que sí— repuso.

—Bueno, puede que tengas razón— admitió Flora dubitativamente—. Quizás por esa razón llevaban juntos tantos años, porque otra cualquiera le habría dejado la primera vez que hubiera tenido conocimiento de que era un mujeriego en grado superlativo.

En ese momento entró Sara en la cafetería entre el grupo de muchachos que solían acompañarla y que se la disputaban. Era una chica realmente bonita que disfrutaba sintiéndose el centro de atención del elemento masculino. Pasó cerca de la mesa que ocupaban Flora y Diana y esbozó un gesto desdeñoso cuando su mirada y la de ésta última se cruzó. Fue tan evidente que hasta Flora se dio cuenta.

—¿Has tenido algún problema con esa chica? — le preguntó—. Tengo entendido que es una buena estudiante. Al menos era lo que opinaba Marcial de ella y lo que me comentó una mañana en la que nos tomamos un café entre clase y clase. Puede que le molestara que le hicieras la competencia.

Sintió Diana un toque de alarma al oírla y se irguió recelosamente en su silla.

—¿A qué te refieres?

Vaciló la otra, diciéndose probablemente que había hablado de más.

—Pues ya lo sabes. Eres la profesora más joven de la facultad y, desde el día en el que se inició el curso y apareciste, tus alumnos organizaron un alboroto. Por eso te he recomendado tan a menudo que te muestres firme con ellos.

—Sí, ¿pero qué has querido decir antes?

—Nada, no te vayas a molestar, pero es que parecía tan evidente…

—¿Qué es lo que parecía evidente?— insistió Diana a punto de perder la paciencia.

Le costó a la otra expresarlo. Se mordió los labios, tomó un par de sorbitos de su café con leche y finalmente levantó ambas manos como si pretendiera quitarle importancia a lo que iba a decir.

—Pues eso— murmuró en un susurro—. Que Marcial y tú os llevabais demasiado bien. Incluso oí rumorear que le habían oído citarte en una casa que tiene en la sierra el día en el que desapareció. Un picadero. Yo pensé que pecabas de inocente y estuve a punto de advertirte que no era de fiar y que estaba casado, o emparejado que es más o menos lo mismo, pero no me atreví. Se te ve tan segura de ti

misma…

Parpadeó Diana, perpleja de que pudiera conceptuarla así. Lo había sido antes de conocer a Saúl, pero tras cinco años de aguantar sus sesudas explicaciones señalándola con un bolígrafo y meneando decepcionado la cabeza ante sus respuestas como si la considerara una discípula extremadamente obtusa, se había ido tambaleando la buena opinión que había tenido de sí misma.

Pero eso pertenecía al pasado. Lo importante era que se hubiera chismorreado a cuenta de los dos y sobre todo que alguien le hubiera oído a Marcial proponerle que fuera con él a una cabaña de su propiedad, porque podían implicarla en el motivo de su desaparición. Ciertamente, y como le había reconocido a la abogada, no había visto antes de esa tarde a ninguna persona muerta, pero el aspecto que ofrecía cuando se había inclinado sobre él no permitía dudar que había abandonado ya el mundo de los vivos. Era tan evidente…

Y además, ¿para qué habría de haberlo fingido? De haberlo planeado y necesitar un testigo podía haber utilizado a Sara, que tenía admiradores a docenas y no luchaba por reponerse de un fracaso sentimental, como ella. Pero tenía que rebatirle a Flora lo que le acababa de decir. No dejaba de ser preocupante que hubiesen dejado entrever Marcial y ella con demasiada claridad que se atraían y que se habían citado ese fin de semana, porque si llegaba a oídos de la policía podía verse en un serio aprieto.

—No sé en qué pudiste basarte para pensar que había algo entre Marcial y yo— masculló desdeñosamente—. No me gusta el tipo de hombre galanteador que lo intenta con cualquiera que lleve faldas. Le seguía la corriente, que no es lo mismo, porque procuro llevarme bien con todo el mundo, pero nunca se me hubiera ocurrido quedar en su casa con un hombre al que apenas conocía.

La envolvió Flora en una sorprendida mirada de incredulidad.

—¿No quedaste con él?

—No, claro que no.

—¿Sabías que llevaba años con Candela?

—No — reconoció Diana—. Nadie me lo dijo y él no hablaba nunca de ella, pero tampoco es ese un asunto que me interesara especialmente.

—¿Y no quedaste con él ese viernes?

Le costó volver a negarlo, pero pensó que las mentiras pueden ser a veces imprescindibles.

—Ya te he dicho que no.

Dejó escapar la otra un suspiro de alivio.

—Pues me alegro, porque podías haberte metido en un lío. Es posible que esté en estos momentos en Canadá y…

—¿Por qué en Canadá?

—Porque está muy lejos— replicó incongruentemente.

—Nueva Zelanda está más lejos aún— apuntó ella.

—Bueno, da igual. Sería una suerte para ti.

Estaba tomando Diana un sorbo de café en ese instante y se atragantó.

—¿Por qué? Yo no sé a dónde se ha ido. A veces me preguntaba él cómo se habían comportado mis alumnos en la clase que acababa de dar, pero nuestras conversaciones no fueron nunca más allá. No me habló de su mujer ni de sus intenciones respecto a su futuro ni yo se lo pregunté. Y me gustaría saber quién ha sido la persona que dice que nos oyó citarnos esa tarde.

Abatió Flora los párpados en un rectado gesto, más propio de una novicia que de una profesora de derecho.

—Te lo diré, si prometes no enfadarte con ella y que no irás a pedirle cuentas.

—Vale, ¿quién fue?

—Creo habértelo dicho ya. Fue Sara, que al parecer oyó a Marcial proponértelo.

—¿Y a mí aceptar?

—Sí, dijo que sí.

—Pues es una lianta, que se lo ha inventado para perjudicarme. Le caí mal desde el día en el que llegué— se indignó Diana, aun temiendo que efectivamente le hubiera oído a él sugerírselo.

Fue Flora a hacer un comentario sobre la aludida, pero ese momento sonó una llamada en el móvil de Diana por lo que lo extrajo de su bolsillo y comprobó en la pantalla quien era la persona que trataba de ponerse en contacto con ella. Como de costumbre, solo vio el número que desconocía y que debía pertenecer a un extraño que se divertía molestándola. O quizás no, se dijo seguidamente, sintiendo que se aceleraba su ritmo cardíaco. Quizás no fuese un extraño. Quizás fuera Marcial que estuviese buscando el momento oportuno de ponerse en contacto con ella, porque era la única explicación posible. Se preguntó si no debería cortar la llamada sin atenderla. Se lo planteó durante unos segundos pero optó finalmente por darle la oportunidad de aclarárselo y qué era lo que pretendía con su estúpida y muda asiduidad.

—Diga.

El silencio más absoluto fue la única respuesta, por lo que insistió.

—Diga.

Aguardó unos segundos y al no obtener contestación cortó la conexión, con aparente indiferencia, disimulando el frío intenso que de improviso se le había calado hasta los huesos. Sin saber por qué creyó ver el semblante de Marcial y su sonrisa irónica con el teléfono

en la mano.

—¿Quién era? — le preguntó Flora.

Le costó a Diana encontrar las palabras que parecían habérsele perdido en la garganta. Tomó otro sorbo de café y, cuando consiguió tragarlo, replicó:

—Nadie. Uno que se había equivocado al marcar el número.

Apartó en ese instante la otra la mirada para fijarla en alguien que acababa de entrar en la cafetería y su semblante se iluminó. Se giró Diana de medio lado para averiguar de quién se trataba y al ver a Jaime Llorente acompañado de Fabián Rodríguez, volvió a su anterior posición de espaldas a ellos, pero Flora les saludó levantando una mano para llamar su atención y este último se les acercó sonriente, seguido a regañadientes por el otro.

—¿Podemos sentarnos con vosotras? — les preguntó Fabián, que era un hombre de mediana edad, bajito, regordete, y extremadamente afable.

—Por supuesto— repuso Flora indicándoles las dos sillas libres.

No parecía Jaime muy dispuesto a compartir la mesa con las dos mujeres, pero aunque Fabián solo le llegaba al hombro, tiró de su brazo con una fuerza insospechada en un hombre de su estatura y le hizo sentarse en la silla que quedaba libre.

—Me alegro de veros— les dijo—. Y este también— añadió señalando a Jaime e indicándole a este la silla que queda libre—. Está de malhumor, pero charlando un ratito con vosotras se le pasará.

—¿Y por qué estás de malhumor? — le preguntó Flora, tras comprobar que su gesto era ciertamente hosco.

—Porque los estudiantes que le han tocado en suerte son insoportables o eso opina él— repuso Fabián, riéndose divertido—. Marcial les tenía acostumbrados a un trato muy cercano, sobre todo a las chicas, y Jaime opina que se pasan.

—Es que se pasan— remachó el aludido—. Me parece una falta de respeto que se me dirijan como si fuera un muchacho de su pandilla y que corran detrás de mí por el pasillo cuando termina la clase para proponerme cualquier estupidez.

—¿A qué le llamas una estupidez? — quiso saber Flora.

—Pues a todas las simplezas que les pasa por la cabeza. Me han pedido que les ayude a preparar el trabajo que deben aportar al seminario de procesal en el que van a participar, a organizar la fiesta con la que la facultad celebra el mes que viene el final del primer trimestre a…

Dejó escapar Fabián una sonora carcajada.

—Bueno, no te quejes. Te persiguen, lo mismo que hacían con Marcial, porque él lo fomentaba. Las acostumbró mal y hacen lo mismo contigo, pero no te preocupes, porque tendrás que sustituirle

solo unos días o como mucho un mes. Aparecerá él a no mucho tardar y nos contará que enganchó una borrachera colosal de la que le ha costado mucho reponerse, que perdió temporalmente la memoria y que ha tardado en recuperarla o que se fue a esquiar al Pirineo, se perdió, y hasta ahora no le ha encontrado la Guardia Civil. No sería la primera vez.

—¿Tú crees? — inquirió incrédulamente Diana.

Fue Flora la que se inclinó hacia ella para explicárselo.

—Bueno, sí, alguna vez ha faltado por un motivo similar a los que ha apuntado Fabián, pero no durante tanto tiempo. Esta vez ha debido de ocurrirle algo más serio. ¿No crees que tengo razón, Jaime?

Se encogió este de hombros.

—No lo sé, no le he conocido lo suficiente como para poder darte una respuesta. Lo que sí puedo asegurarte es que estoy arrepentido de haber accedido a lo que me pidió Candela. Ella también creía que aparecería Marcial tarde o temprano y pensé entonces que no me costaría nada sustituirle durante unos días, pero es que desde entonces ha transcurrido una eternidad.

—Se te han hecho muy largos, porque habrán sido unos veinte — consideró Fabián—. A veces, pueden efectivamente parecer eternos.

—Y para colmo, me ha vuelto a llamar la policía— continuó Jaime, como si no le hubiera oído—. Al parecer, una de mis alumnas ha ido a la comisaría y ha aportado unos nuevos datos al caso que pretenden que corrobore.

—¿Qué datos? — le preguntó Diana procurando que su voz sonara firme.

—Pues… no estoy seguro, pero creo que versan sobre el coche que vi llegar a "La cabaña" esa tarde. Ya me interrogaron a raíz del suceso y contesté todo lo que sé. Era azul, un Renault Clío. Creo que lo conducía una chica, con la que es posible que se haya largado a alguna parte, porque no parecía que hubieran estado mucho rato en la casa, cuando Candela me pidió que bajara con ella. Más bien me pareció que habían cambiado de opinión sobre la marcha y que en lugar de pasar allí el fin de semana se habían largado.

—¿Fuiste con ella a buscarle dentro de esa choza? — quiso saber Flora.

—No es una choza, es una vivienda de madera, pequeña, pero muy acogedora. No estaba él allí, ni, como he dicho, debía de tener intención de pernoctar, porque, aunque hacía frío, no había encendido la chimenea. Vi en cambio que en la cocina había enchufado la nevera y había metido dentro una botella de cava. Sobre la encimera había dejado dos copas, un pollo asado y una ensalada, pero, como os he dicho, debió cambiar de planes y a los pocos minutos se marchó.

—¿Y recuerdas qué hora sería?

Frunció el ceño él tratando de precisarlo.

—Pues yo diría que aún no eran las seis, aunque no miré el reloj.

—Ya— murmuró Flora pensativa—. ¿Y no ha encontrado la policía nada que le ayude a averiguar lo que pasó?

Esbozó él un gesto vago.

—¿Te refieres a la ropa de abrigo? Seguía colgada en el armario del dormitorio. La de él y la de Candela. Si se marchó a alguna parte, no se la llevó. Lo que sí encontró uno de los agentes de la Guardia Civil que registraron la casa fue un espejito, de esos que suelen llevar las mujeres en el bolso. Estaba debajo de uno de los sillones en la sala de estar y Candela les dijo que no era suyo y se lo llevaron para detectar las posibles huellas que pudiera tener.

Al oírle, sintió Diana un vuelco dentro del pecho y que el corazón emprendía una desenfrenada carrera. Ese espejito era suyo. Lo había echado en falta y rememoró ahora el instante en el que, al tropezar con el cuerpo de Marcial, se había caído al suelo de rodillas y el contenido del bolso se le había desparramado por doquier. Creía haberlo recogido todo, pero sin duda ese espejo habría ido a parar debajo de un sillón y no lo había visto.

¿Y qué sucedería si comprobaban que las huellas eran las suyas? La detendrían y la acusarían de su muerte, pensó angustiada. Era el colmo de la mala suerte que esa primera cita con él hubiera tenido unas consecuencias tan inesperadas y tan alarmantes. Tendría que ir a ver a la abogada para que la aconsejara qué debería hacer y le pediría al cielo mientras tanto que a Marcial no le hubieran asesinado, que lo hubiera simulado. Que lo que había creído ver en la sala de estar de “La cabaña” fuera tan solo un espejismo y que se hubiera marchado a cualquier lugar del globo terrestre y con cualquiera, pero que estuviese vivo.

Capítulo 6

Acababa de despedir Noelia a un cliente y estaba recogiendo la documentación que le había entregado, cuando entró Miriam apresuradamente en el despacho y desde la puerta le preguntó:

—¿Te has enterado?

Terminó ella de formar un montoncito con los papeles que tenía sobre la mesa y levantó la mirada sin mucho interés hacia el agraciado semblante de su compañera de despacho. El ritmo acelerado de su respiración denotaba que había venido corriendo desde de la

habitación contigua para informarla de algo que debía considerar trascendental.

—No, ¿de qué?

—De la noticia. La acabo de oír por la radio. Mejor dicho, la ha oído Flor y me ha llamado por la línea interior para comunicármela. A ti no te ha dicho nada, porque estabas con ese cliente que se acaba de marchar, pero es importante. El caso es que lo han encontrado.

Parpadeó ligeramente Noelia y se acodó en la mesa apoyando la barbilla en ambas manos.

—¿Qué es lo que han encontrado?

—El coche— le aclaró su amiga tomando asiento frente a su mesa en el borde de una de las butacas, como si la importancia de lo que venía a decirle fuese lo primordial y no le permitiera arrellanarse antes de haberlo efectuado—. Los buzos de la Guardia Civil estaban buscando el cuerpo de un hombre que se ahogó ayer en el pantano y han encontrado el coche de ese profesor sumergido en el agua.

—¿Me estás hablando…?

—Sí, de ese profesor de la universidad Fray Luis de León que se había citado con una cliente tuya en las proximidades de ese pantano y que había desaparecido sin dejar rastro. El coche debió precipitarse ladera abajo, si es que fue un accidente, o puede que lo empujaran adrede, y se hundió al pie de la montaña en la que ese hombre tenía una casa.

—¿Y estaba él dentro?

Creyó Miriam haberla oído mal, por lo que insistió en que se lo repitiera:

—¿Cómo dices?

—Que si estaba ese profesor dentro del vehículo, cuando han dado con él.

La observó Miriam durante unos segundos con sus ojos azules muy abiertos y parpadeó perpleja.

—No estaba, no, ¿cómo iba a estar? ¿No te había dicho tu cliente que le habían asesinado y que le había encontrado ella en la sala de estar?

—Sí, efectivamente, eso fue lo que me dijo ella— replicó pacientemente Noelia— ¿Pero estaba o no estaba?

—No, claro que no. El automóvil de ese hombre es un deportivo rojo y cuando han dado con él estaba destrozado y completamente vacío, a excepción de un candelabro que estaba encajado entre los dos asientos delanteros. Ya han sacado el coche a la superficie.

Asintió Noelia y con un gesto maquinal se llevó un dedo al rizo que le caía sobre la frente y se lo enrolló en él. Luego, como ensimismada, se quedó callada con sus grandes ojos negros perdidos

en el vacío. El sol pálido que penetraba por la ventana iluminaba su morena mejilla y el gesto dubitativo que traslucía su semblante.

—¿Qué estás pensando? — quiso saber la otra, tras esperar inútilmente a que le comentara sus impresiones sobre lo que le acababa de referir—. ¿Te alegras o lo lamentas?

Esbozó ella un gesto vago.

—No lo sé, me faltan datos, pero de momento no me alegro, más bien me preocupo. Mi cliente tuvo la ocurrencia de coger el candelabro con el que le abrieron a la víctima una brecha en la cabeza, cuando, al entrar en la cabaña, tropezó con su cuerpo, por lo que dejaría en él sus huellas y no tomó la precaución de borrarlas después. Que haya aparecido ese chisme dentro del coche lo complica todo.

—Sí, claro que lo complica— corroboró Miriam, que no sabía que había sido el arma del crimen.

— Solo caben dos opciones. O fue el propio profesor el que, después de fingir su muerte, se subió a su coche, perdió el control y se despeñó montaña abajo o fue su asesino el que se desembarazó del vehículo y probablemente del cuerpo de la víctima introduciéndolo dentro, antes de empujarlo para que se precipitara por la ladera hasta el agua.

—Sí, ¿y qué? ¿Había otro coche cerca de la cabaña cuando llegó ella?

—No, solo estaba el deportivo de él.

—Llegaría entonces a pie. ¿Hay alguna otra vivienda en las proximidades?

—Una algo más arriba. El dueño es un abogado que ha sustituido a la víctima en la facultad y que conocía también a su pareja, pero en principio no parece que haya tenido nada que ver.

—Lo probable entonces es que el asesino llegara hasta esa cabaña trepando por el monte o caminando desde la carretera. Quizás pretendiera robar y le sorprendiera el profesor cuando llegó poco después. Si se le enfrentó. forcejearían y el intruso le atacó con lo primero que encontró.

—Sí, es posible.

—Después, cuando oyó llegar a tu cliente, se escondería y, cuando salió corriendo de allí asustada y se marchó, borró en el escenario del crimen todo vestigio de lo que había sucedido allí y se desembarazó del cuerpo y del arma homicida.

—Sí, pudo suceder así — admitió Noelia— pero es que no acabo de entender este caso. Al saber que había desaparecido el coche, pensé que el profesor podía haber fingido su muerte por alguna razón que no se me alcanza y haberse largado en él, pero ahora no sé qué pensar. ¿Cómo estaban las portezuelas del coche cuando lo han

encontrado? ¿abiertas o cerradas?

—No tenía puertas ya. Las fue perdiendo contra los árboles y contra las rocas contra las que fue tropezando y llegó abajo destrozado, con las ventanillas sin cristales, el techo hundido y… siniestro total ¿por qué lo preguntas?

—Porque si habían sentado al conductor al volante cuando estaba muerto, puede haber salido el cuerpo del vehículo y rodado por la montaña o caído al pantano unos metros más allá de donde cayó el vehículo.

—En la montaña no lo han encontrado y en el agua tampoco— le aclaró Miriam deseando ayudarla—. Pero siguen buscándole, así que antes o después aparecerá.

—Puede ser— musitó apagadamente Noelia.

—¿No lo crees?

—No lo sé, ¿cómo lo voy a saber? Te repito que todo es muy confuso, porque desconocemos el móvil al que obedecieron los hechos y tanto puede haber muerto, como desaparecido. En un primer momento esa chica estaba segura de que le habían asesinado, pero no recordaba haberle tomado el pulso ni se cercioró de si aún respiraba y cuando unos minutos más tarde lo denunció a la Guardia Civil y se personaron los agentes en esa cabaña, no hallaron ningún cadáver ni señal alguna de que se hubiera cometido allí un asesinato. Nada de lo que había hecho constar en la denuncia.

—Y el candelabro tampoco estaba.

—No, para entonces el asesino, si es que hay un asesino, ya se había deshecho de todo y dispuso para hacerlo de unos pocos minutos, porque la Guardia Civil se presentó poco después.

—¿Y si no hay ningún asesino? — insinuó Miriam intrigada.

—En ese caso tuvo que ser el propio profesor el que se ocupara de dejar como una patena la sala de estar de su casa y de empujar su deportivo por la ladera de la montaña para arrojarlo al pantano. Después se largaría a pie, o con un cómplice que le recogiera.

—¿Con una de sus múltiples admiradoras?

—Podría ser. Cabe que estuviera harto de su mujer o que hubiera dejado embarazada a alguna de sus alumnas y no se sintiera capaz de afrontar las consecuencias. Sería un descrédito para él, perdería su puesto de trabajo y probablemente su pareja rompería con él, después de atronarle los oídos con cajas destempladas.

—O puede ser que en cualquiera de los dos casos fuera un cobarde y quisiera poner tierra por medio.

—También, aunque no lo sé. Conozco ese pantano. Está encajonado entre montañas cubiertas de pinos y esa chica me dijo que se accedía a esa casa por un camino sin asfaltar que se desvía de la carretera. Ya te he dicho que me había inclinado a pensar que el

profesor había simulado su muerte cuando la Guardia Civil le comunicó a Flor, y ella me lo transmitió, que su coche no estaba ya estacionado delante de la casa y había desaparecido él, pero si lo han encontrado en el fondo del pantano la cosa varía.

Observó Miriam la preocupación que traslucía el semblante de la otra y le preguntó:

—¿Qué pasa? Tú preferirías que estuviera vivo en una isla del Caribe, ¿a que sí?

Le sonrió Noelia, pero fue la suya una sonrisa pálida, cansada.

—Me daría igual que en lugar de a una isla, se hubiera ido a la Antártida— replicó—, pero, sí, tienes razón, lo preferiría. Este es un caso peliagudo y temo que se complique aún más.

—¿Estás pensando en el candelabro y en las huellas que habrá dejado en él tu cliente?

—Sí, claro.

—Pero no debemos adelantarnos a los acontecimientos. Ese candelabro ha estado muchos días bajo el agua.

Desalentada, levantó Noelia ambas manos.

—No se borran necesariamente las huellas dactilares en un objeto que ha estado sumergido durante unos días. La impresión de la grasa de los dedos requiere por regla general el uso de un producto de limpieza para hacerlas desaparecer.

—Pues vaya por Dios— se lamentó Miriam—. Qué mala suerte ha tenido esa chica. Su intención sería pasar un final de semana romántico con un hombre atractivo y sin comerlo ni beberlo puede verse implicada y acusada del asesinato de él. Claro que si el cuerpo de ese hombre no aparece…— apuntó esperanzada.

—Esa no es una circunstancia decisiva, porque aunque no aparezca el cadáver, no es el único elemento de prueba. Si se acredita que mi cliente estuvo en la cabaña esa tarde, que en el candelabro hay restos de sangre de él y que las huellas del candelabro son suyas, la juzgarán y probablemente la declararán culpable. Lo que falta por dilucidar es si en ausencia del cuerpo del delito la acusarían de homicidio o de asesinato, pero en cualquier caso la condenarían a varios años de prisión. Lo que podría variar sería el tiempo de reclusión penitenciaria, no su culpabilidad.

Se lo decía Noelia con el semblante ensombrecido y quiso Miriam animarla, sugiriéndole:

—Puede que a pesar de todo las huellas de los dedos de tu cliente en el candelabro estén ya borrosas y no se pueda determinar con claridad que son las suyas. Puede que…

La interrumpió ella antes de que pudiera acabar de exponer lo que iba a decir.

—Las habrá dejado también impresas en el picaporte de la

puerta de entrada y en todo lo que haya tocado dentro de la casa, por lo que no podrá negar que ha estado allí si la relacionan con el caso. Esperemos que nadie de la facultad les oyera citarse a los dos esa tarde y que, si alguien les oyó, no vaya a declararlo al puesto de la Guardia Civil o a una comisaría.

Escucharon en ese instante el sonido de unos golpecitos en la puerta del despacho, y poco después entró Gabriel, otro de los tres letrados del bufete y el más joven, seguido de la secretaria. Era esta una mujer de mediana edad y de porte distinguido. Los clientes que se presentaban en el bufete por primera vez solían creer que era ella la titular, pero, aunque desempeñaba un puesto subalterno, su relación con los abogados era de amistad y no la de una empleada. Comentaban con ella los casos que llevaban entre manos e incluso a veces la consultaban, porque como había vivido más, tenía también más experiencia en temas cotidianos que a ellos se les escapaban. Fue ella la que, como una tromba, se dirigió a Noelia:

—¿Te lo ha dicho Miriam?

—Sí.

—¿Y cómo lo ves?

—¡Phs! — fue todo lo que la otra logró articular.

—¿Qué es eso de phs? Me parece que no se te ve muy contenta — dedujo Flor tras analizarla detenidamente.

—No estoy muy contenta, no— reconoció Noelia.

—Pues yo de ti me alegraría de que empecemos a salir de dudas — replicó Flor con los ojos brillantes—. Verás cómo después de aparecer su coche lo encontrarán a él a cierta distancia del vehículo.

—Pero es que le preocupa que detecten las huellas de su cliente en el objeto que se utilizó como arma homicida — le aclaró Miriam.

—¡Bah! — refunfuño ella— Seguro que el forense que le practique la autopsia no será capaz de determinar si la brecha de la frente se la ocasionó alguien con ese candelabro o si se abrió la cabeza al estamparse contra una roca de las muchas que hay en esa montaña. Conozco bien la zona, porque iba a bañarme a ese pantano con mi marido y con mis hijos cuando eran pequeños.

A su pesar, se echó a reír Noelia.

—Me parece que tienes poca confianza en los médicos forenses.

Hizo Flor un gesto de suficiencia, mientras tomaba asiento en la butaca gemela a la de Miriam y Gabriel seguía en pie, asido a su respaldo. Recorrió luego con la mirada a las presentes para comentarles:

—Aprendí mucho en el prestigioso bufete de Daniela Rivero, en el que trabajé como secretaria y en el que os conocí a las dos y veo también muchas películas en la televisión de juicios, de abogados muy listos y de fiscales malísimos y en todas ellas los forenses no están

nunca seguros de nada.

—El procedimiento judicial americano no tiene nada que ver con el español— la corrigió Gabriel que, aunque fuera el más joven del grupo y el que menos experiencia tenía en los tribunales, era también el que más alardeaba de su dominio del derecho. Respondía su aspecto al estereotipo de intelectual que le proporcionaban las gafas de concha que cubrían sus ojos castaños y que se colocó debidamente sobre el puente de la nariz, mientras le explicaba a la secretaria en tono doctoral—: El nuestro es mucho menos espectacular, pero más garantista y la autopsia suele ser determinante en la mayoría de las ocasiones. En lo que sí coincido contigo es en que es positivo que haya aparecido el deportivo de ese hombre.

—¿Y por qué te parece positivo? — quiso saber Noelia, que en absoluto lo veía de ese modo.

—Es un principio, ¿no te parece?

—¿Un principio de qué? ¿De que se desenrede la madeja?

—Sí, de que se esclarezcan los hechos, el móvil y la identidad del criminal.

Clavó en él sus ojos Noelia y le observó con cierta indulgencia. Le había encomendado los temas civiles más sencillos y del procedimiento penal sabía muy poco, por lo que no era extraño que mantuviera esa opinión tan infantil. Nada solía ser tan sencillo como él lo veía, ni la inocencia de un inculpado, cuando lo era, resultaba siempre palpable a primera vista.

—Ojalá tengas razón— le dijo—. Ojalá, si aparece su cuerpo, el forense dictamine que la brecha de la frente se la hizo la víctima al chocar de frente con una roca contra la que se estampó al rodar cuesta abajo por la ladera y que le produjo la muerte, que el candelabro lo llevaba en el coche porque era un recuerdo de familia y que la sangre que han detectado podía pertenecer a un conejo al que atropellara el coche en su caída.

—Yo no he dicho eso— protestó ofendido—. Lo que he querido decir es que debe prevalecer siempre la verdad, aunque sea perjudicial para nuestros clientes.

—¿Estás seguro de eso? — le preguntó Flor perpleja.

—Bueno… sí, supongo que sí— repuso vacilante.

Miriam, que era un alma de Dios, le envolvió en una mirada de ternura.

—Pero la obligación de un abogado es defender a su cliente y no siempre le conviene que la verdad se esclarezca. En este caso, la cliente de Noelia es ajena por completo a la comisión del delito que podría imputársele, pero podría resultar complicado demostrarlo, porque las pruebas parecen acusarla.

No se dejó intimidar Gabriel por ese argumento, porque aún

prevalecían en su mente las teorías que había estudiado en la facultad sobre la experiencia adquirida en el ejercicio de la profesión y replicó:

—Es al fiscal al que compete aportar las pruebas que acrediten los hechos, no al abogado.

Se echó a reír Miriam con ganas.

—Eso es lo que dice la Ley de Procedimiento, sí, pero en ocasiones no es tan sencillo. De todas formas procuraremos alegrarnos de que hayan encontrado el coche de ese hombre y esperemos que aparezca su cuerpo también. Lo que sería estupendo es que la policía encontrara al verdadero culpable.

Capítulo 7

Se enteró Diana de la noticia cuando salía de la biblioteca de la facultad, que estaba en la segunda planta del edificio y a la que había subido a documentarse para preparar la clase del día siguiente. En la puerta tropezó con Fabián, que entraba, y que la abordó en el acto.

—¿Sabes que lo han encontrado?

Se lo preguntaba ensombrecido y sintió ella un toque de alarma al imaginar de quien se trataba. Inquieta, escudriñó su semblante, ausente por completo del bonachón optimismo que solía derrochar, e inquirió:

—¿A quién?

—No, a él no, a su coche. Puede que bebiera de más esa tarde, porque se despeñó conduciéndolo a pocos pasos de la vivienda que tenía en la sierra. O eso supone la Guardia Civil.

Se quedó mirándole aturdida, con sus ojos de color violeta muy abiertos.

—¿Me estás hablando de Marcial?

—Sí, claro, lo han sacado ya del pantano, pero a él no le han encontrado dentro, lo que no es de extrañar, porque debió de dar el vehículo varias vueltas de campana antes de sumergirse en el agua y saldría despedido en alguna de ellas. Lo están buscando ahora los buzos.

Rememoró ella el llamativo deportivo rojo con el que iba por las mañanas a la facultad, provocando la envidia de los chicos y de los profesores y la admiración de sus alumnas. Y también la suya. En los últimos tiempos había fantaseado, imaginando un paseo con él por las afueras, lejos de las miradas indiscretas de las estudiantes, ocupando ella el asiento del copiloto, sin que en ningún momento hubiera

pasado por su mente que pudiera acabar sus días tan catastróficamente bajo el agua.

Pero no podía haber sucedido como Fabián le decía, pensó. En el estado en el que lo había encontrado y aún en el caso de que no estuviera muerto sino solo herido, era imposible que hubiera sido capaz de levantarse por sí solo del suelo y de caminar hasta su automóvil y arrancarlo. La explicación tenía que ser otra. Más probable le parecía que el culpable, si es que había existido un culpable, se hubiera escondido detrás de la puerta tras la que creía haber oído un ruido y que durante el lapso de tiempo que transcurrió entre su huida y la llegada de la Guardia Civil cargara con el cuerpo de Marcial, lo metiera en el deportivo y lo empujara para que rodara por la ladera y se hundiera en el pantano.

Aturdida, trató de rememorar el momento en el que llegó a la cabaña. Había quedado con Marcial a las cinco y media y ella era siempre muy puntual. Jaime le había dicho que no se había presentado ningún otro coche antes que el suyo azul, exceptuando el deportivo de Marcial, por lo que ese desconocido tenía que haber llegado hasta "La cabaña" andando.

La voz de Fabián la sacó de su ensimismamiento.

—Yo también siento su pérdida— le dijo entristecido—. Marcial y yo teníamos poca relación, pero han sido muchos años los que hemos compartido en este centro. Supongo que no tardarán en hallar su cuerpo y…

—Sí, sí, claro.

—He llamado a Candela al enterarme para ofrecerme para lo que pueda necesitar y estaba sorprendentemente entera. Me ha dicho que ya se temía ella ese final, pero que aún conserva la esperanza de que se haya largado y de que reaparezca cualquier día. Que han sido demasiadas las mujeres a las que ha embaucado con falsas promesas y que, aunque era previsible que alguna se tomara la justicia por su mano, también cabe en lo posible que se haya tomado unas vacaciones con alguna y vuelva dentro de poco con las orejas gachas.

—¿Y qué le has contestado tú?

Se encogió Fabián de hombros con una sonrisa irónica.

—Pues te lo puedes imaginar. He tratado de quitarle hierro al asunto y le he sugerido lo que te he dicho a ti. Que podía haber bebido Marcial de más esa tarde y haber metido la marcha atrás al arrancar el coche, en lugar de la primera, con la deplorable consecuencia que hemos conocido. Pero no me ha hecho mucho caso. Lo curioso es que se ha echado a reír, sardónicamente, claro.

—¿Por qué?

—Porque se ha dado cuenta de que trataba yo de echarle un capote a él y ha replicado que cuando fue a buscarle a la cabaña con

Jaime no vio ninguna copa ni ninguna botella de bebida alcohólica empezada que pudiera corroborarlo, solo una de cava sin descorchar y que ni tan siquiera había encendido la chimenea. En su opinión solo estuvo dentro de esa casa unos pocos minutos.

Con la cabeza ladeada, hizo una pausa para inspirar aire y vaciló luego ostensiblemente sin decidirse a continuar, por lo que Diana le animó a que acabara de referírselo.

—¿Y qué opinas tú?

—Es que no sé si debo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Porque debemos respetar la memoria de los muertos.

—Bueno, sí, pero como no sabemos si ha muerto, mientras no lo sepamos puedes barajar las posibilidades que se te ocurran.

Le sonrió aun indeciso, pero terminó por inclinarse hacia su oído.

—Está bien, pero no lo comentes, ¿eh? Creo que puede tener ella razón, porque no sería la primera vez.

Parpadeó Diana perpleja.

—¿Piensas que por esa razón no sonaba desanimada su voz?

—Sí, yo diría que más bien que lo que traslucía era rencor, lo que por otra parte es lógico. Marcial era muy particular. Como no estaba casado con Candela no tenía necesidad de divorciarse ni de montar la comedia que ella sugiere. Le hubiera bastado con decirle que lo suyo se había acabado, pero yo creo que en cierto modo le tenía miedo.

—¿A qué?

—Tampoco lo sé. Supongo que a que le hiciera una escena tormentosa, a que en público le montara un numerito que le desacreditara, no lo sé, pero me parece demasiado forzado y mantengo la tesis de la borrachera. Puede que se llevara la botella con él al coche para darle un par de sorbos más y que con el accidente se rompiera en mil pedazos, porque por lo que he oído no había ninguna dentro.

—¿Ninguna botella?

—Eso es.

—¿Y han encontrado algo más?

—Sí, un candelabro con restos de lo que supone la Guardia Civil que es sangre de él. La han detectado con luminol, ya sabes.

Le pareció a Diana que se le detenía de golpe el corazón y que se le desbocaba después dentro del pecho al emprender una loca carrera, porque la noticia no podía ser más catastrófica.

—¿Un candelabro?

—Sí, plateado por lo que he oído. Desentonaría en una vivienda rústica. Si encuentran el cuerpo de Marcial, le practicarán la autopsia,

pero hasta entonces y salvo el caso de que aparezcan otras pruebas que lo contradigan, la tesis de las fuerzas de seguridad es que se ha tratado de un accidente.

—Ya— musitó ella con simulada indiferencia. Consiguió aparentarla durante unos segundos, pero no tardó en sentir que le temblaban las piernas y que necesitaba tomar el aire, por lo que se despidió de él con una sonrisa forzada, antes de que pudiera advertirlo.

—Bueno, me voy. Trataré de enterarme de algo más.

—De acuerdo, hasta luego.

Bajó despacio la escalera, diciéndose que tenía que hacerse la encontradiza con Jaime para que le diera más detalles sobre quién pudiera ser la persona que había llegado a pie, ya que, aunque de vista, probablemente conocería a sus amigos. No sabía qué pensar. Hubiera dado algo porque la hipótesis de Candela fuera cierta, porque además, desde la tarde en la que había visitado a la abogada en su despacho y evocaba lo ocurrido en aquella casa, le asaltaban unas dudas que consideraba irracionales. A ratos analizaba lo que vio sin decidirse por una u otra conclusión y en otros, para tranquilizarse, le imaginaba en algún lugar paradisíaco dándose la gran vida, pero la noticia que acababa de darle Fabián sobre el descubrimiento de su automóvil en el fondo del pantano con el candelabro en su interior había dado al traste con las fantasías que ideaba y había acabado de atirantarle los nervios. Si la policía detectaba que las huellas impresas en su base eran las suyas, la acusarían de haberle asesinado. Sara testificaría que les había oído citarse en la cabaña esa tarde y Jaime que la había visto llegar en su coche, por lo que la condenarían a muchos años de prisión, aunque ella asegurara que ya había muerto cuando llegó.

Le encontró en el aula en la que daba clase a esas horas de la mañana y que había tocado ya a su fin, porque los alumnos salían en ese instante al pasillo. formando grupos entre risas y chirigotas. A través de la puerta de cristales vio que Jaime seguía sentado en su mesa revisando unos papeles, por lo que esperó a que saliera el último de los jóvenes y luego entró con aparente calma y se inclinó hacia él al hacerle la misma pregunta que Fabián le había formulado a ella.

—¿Te has enterado?

Desvió él la mirada de los papeles que examinaba y la levantó para fijarla en su rostro. La sostuvo durante unos segundos y terminó por asentir impasible para acabar aventurando lo mismo que el otro.

—Sí, supongo que el cuerpo saldría despedido del interior de su automóvil y que no tardará la Guardia Civil en dar con él.

No parecía lamentar su muerte y por primera vez analizó ella su gesto imperturbable, extrañada de que no manifestara el menor

pesar.

—¿No te importa lo que le ha ocurrido?

Con un ademán de la mano en la que sostenía el bolígrafo trazó él un círculo en el aire, al que Diana no supo darle un significado claro.

—Ya te he comentado que le conocía poco— replicó—. Y que tampoco me caía demasiado bien. Era un tarambana, pese a lo cual Candela bebía los vientos por él y soportaba con paciencia sus infidelidades y los líos en los que se metía.

—¿Líos?, ¿qué clase de líos?

Plegó los labios con dureza y meneó la cabeza para darle a entender que no le iba a aclarar a qué se refería, por lo que Diana trató de dirigir la conversación al tema que le interesaba.

—Yo quería preguntarte por las amistades de él que solían visitarle y si sabes de alguno que viviera cerca y que hubiera podido llegar hasta "La cabaña" andando.

—Si me estás preguntando por un hombre, no recuerdo haber visto a ninguno.

—¿Solo a chicas?

—Sí casi siempre a la misma, una alumna de su curso.

—¿Una joven rubia con la melena larga, a la que ahora le das clase tú y que se llama Sara?

—Sí, pero dejó de presentarse en su casa cuando se inició el nuevo curso. Desde entonces a la única mujer a la que he visto llegar ha sido a la del Clío azul. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada, solo trato de reconstruir los hechos y de encontrarle una explicación a la circunstancia de que Marcial acabara con su deportivo en el pantano. Fabián opina que pudo beber esa tarde más de la cuenta.

—Es posible, sí— admitió él—. No era un borrachín, pero le gustaba tomar una copa cuando recibía a alguien. Ya te comenté que vi llegar a una chica en un coche y que…

—Sí, sí— le interrumpió Diana para impedir que se explayara describiéndole su propio automóvil y deseando que se olvidara de él cuanto antes—. Esa chica fue a "La cabaña" y se marchó poco después. ¿Qué pasó a continuación?

La observó con los ojos entornados, como si tratara de adivinar lo que pasaba por su mente al hacerle la pregunta y luego repuso:

—¿Cómo sabes que se marchó enseguida? Probablemente la teoría de Fabián sea la acertada y estuvo bebiendo durante un buen rato con ella.

—Sí, pero eso no explica el accidente— le hizo notar Diana nerviosa.

—No, no lo explica— admitió pensativo—. Yo no regresaba

nunca a Madrid a media tarde del viernes, ni él tampoco. Lo hacíamos el domingo. Desde mi casa le veía llegar a la suya los fines de semana, a veces con Candela, pero generalmente solo. Ya te he dicho que en estas últimas ocasiones solía aparecer poco después una chica, no siempre la misma, aunque generalmente la rubia, que se quedaba con él esos días.

—Pero la muchacha del coche azul sí se marchó enseguida— le recordó Diana.

La miró ahora con suspicacia.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Se mordió los labios inquieta creyendo haber hablado de más y haberse descubierto, pero recordó a tiempo que se lo había dicho él y replicó apresuradamente:

—Sé lo que me comentaste el otro día, que se había ido a los pocos minutos.

—¿Te dije eso? — inquirió con el ceño fruncido—. Pues no me acuerdo.

—Sí, sí que me lo dijiste. ¿Era un buen conductor?

—¿Marcial? Pues no lo sé, Ya sé que no tiene pies ni cabeza la conclusión a la que he llegado, pero no hay otra explicación posible.

Meneó Diana negativamente la cabeza al compás de su melena y se la retiró maquinalmente de su rostro mientras replicaba:

—Fabián me ha comentado que Candela no cree que esté en el fondo del pantano. Que piensa que se ha largado con otra y que lo ha simulado para que ella no le busque.

El moreno semblante de él manifestó sorpresa.

—Eso es una tontería. Aunque se la pegara con todas las que se le ponían a tiro, no sabía vivir sin esa mujer. La necesitaba para… para casi todo y volvía siempre a su lado con la cabeza gacha. Además…

Había fruncido el ceño al interrumpirse y sus labios se habían curvado en una sonrisa irónica que la intrigó.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir?

—Que en ningún caso, en ninguno, hubiera destrozado su automóvil para fingir que había muerto y librarse de Candela, porque fanfarroneaba lo indecible desde que lo adquirió, ante las miradas envidiosas de los transeúntes, de sus compañeros, de sus chicas y de todo el mundo.

—¿Estás seguro entonces de que fue eso lo que pasó?

Hizo él un gesto vago.

—Pues… ¿qué quieres que te diga? Lo único que se me ocurre es que, como cree Fabián, hubiera bebido directamente de una botella y que se la llevara en el coche para seguir empinando el codo. Probablemente sus cristales, hechos añicos, estén diseminados por el

monte y nadie dé nunca con ellos. Es lo más probable.

Había bajado la mirada hacia sus papeles y como no parecía dispuesto a añadir nada más, se despidió Diana de él y salió al pasillo. No tenía que impartir ninguna clase más esa mañana por lo que se encaminó hacia la sala de profesores a recoger su abrigo y su bolso. Por la galería vio venir a su encuentro a Flora. Caminaba apresuradamente y con la cabeza baja, pero se detuvo al llegar a su lado. No dejó de sorprenderle a Diana el lamentable aspecto que ofrecía. Parecía haber envejecido de repente, con los hombros inclinados como si llevara un peso que le impidiera enderezarse y la expresión de condolencia de su rostro.

—Es horrible lo que le ha pasado, ¿verdad? — murmuró con un soplo de voz.

—Sí, sí que lo es.

—Y para Candela, un golpe duro del que dudo que se pueda reponer— continuó diciéndole apesadumbrada—. Acabo de hablar con ella. La he llamado por el móvil para decirle que puede contar conmigo para lo que necesite y estaba muy angustiada.

Le extrañó a Diana que en el escaso espacio de tiempo que había transcurrido desde que había hablado con Fabián en la puerta de la biblioteca hubiera sufrido un cambio tan radical el estado de ánimo de la aludida, pero se limitó a asentir.

—Sí, claro, es natural. Era una pareja muy unida.

El gesto compasivo de Flora dejó paso a otro que expresaba más bien animadversión

—Él no se la merecía. Ha destrozado estúpidamente su coche y se ha largado al otro mundo, si es que se ha largado, dejándole como recuerdo un sinfín de pufos.

—¿A qué te refieres?

—Al dinero que le ha dejado a deber. Tanto “La cabaña” como el deportivo los adquirió a su nombre con sendos créditos que ella le avaló. No es tonta, pero sí lo estaba por él y cometió esa tremenda estupidez. Me ha comentado que cree que Marcial ha fingido su muerte por esa razón.

—¿Porque no podía hacer frente a los pagos que le reclamará el banco?

—Sí. Ella no ganaba demasiado en el gimnasio en el que daba clase, pero era una hormiguita y subvenía los caprichos de él. Las cosas no iban bien en ese gimnasio y temía que la fueran a despedir. La había llamado su jefe para sugerirle que fuera buscándose otro puesto de trabajo y se lo comunicó a Marcial por teléfono la mañana del viernes, del mismo día en el que desapareció. Le insinuó que le pidiera una moratoria a la entidad bancaria, pero él no debió hacerle caso. Teme ahora que le embarguen la casa en la que vivían los dos y

que constituye todo el patrimonio de Candela. Se ve sin marido y en la calle.

Parpadeó incrédulamente Diana.

—¿Te ha contado todo eso? Fabián la ha llamado también y me ha dicho que estaba segura de que él no había muerto, de que se había largado con otra y de que no tardaría en arrepentirse y en volver.

Asintió Flora con pocos ánimos.

—Sí, es lo que creía, porque es lo que había pasado en otras ocasiones, pero esta vez es distinto. En cierta manera era o es como un niño, incapaz de afrontar las dificultades cuando se le presentaban y se las trasladaba a Candela, que era la única fuerte de los dos. Tanto si ha muerto como si no, le ha caído a ella encima una deuda importante, que no cree que pueda afrontar y como es natural teme las consecuencias.

—Pero si no ha muerto él…

—Puede que no, pero lo cierto es que no ha dejado rastro, por lo que lo probable es que la policía no le encuentre nunca.

— Pues pobrecilla— se condolió Diana— Como avalista responde frente al banco como deudora, pero quizás pudiera hacer recaer el impago sobre "La cabaña", vendiéndola, de modo que quedara su casa libre de responsabilidad.

—Sí, pero el coche, que le costó a Marcial una fortuna, no lo tenía pagado, y al parecer ha quedado irreconocible. De siniestro total lo calificará el perito del seguro y no le darán nada por él. Dudo además que él hubiera hecho testamento, pero en cualquier caso tendrían que declararle fallecido para que pudiera ella heredarle y para eso se necesita que transcurran varios años. Es muy capaz de haber puesto tierra por medio y de haberle dejado a ella el regalito.

Por un segundo y aunque se recriminó por su egoísmo, creyó ver Diana el cielo abierto.

—¿Quieres decir que tú también piensas que fue él el que condujo el coche hasta el mismo borde de la zona escarpada y que lo empujó para que cayera al pantano y todos creyeran que se había ahogado?

Hizo Flora un gesto dubitativo.

—No sé ya que pensar, pero podría ser. Es lo que cree Candela.

¿Sería posible que tuviera ella tanta suerte?, se preguntó Diana. ¿Habría visto verdaderamente cuando entró en la sala de estar lo que había creído distinguir y podía asegurar ahora sin género de duda que aquello era real? Quizás se hubiera confundido, quizás tuviera razón Candela y él estuviera vivo y se hubiera largado a alguna parte. Daría algo porque así fuera, por poder recuperar la monotonía de antes y la placidez de los días que a veces le parecían demasiado largos y aburridos, con tal de que aquello no hubiera sucedido. Y no porque

deseara volver a verle y revivir sus furtivos encuentros por los pasillos de la facultad. Con él se había equivocado por segunda vez en pocos meses, pero eso no era lo importante en ese momento. Lo importante era que la Guardia Civil no detectara sus huellas en el candelabro y no pudiera consiguientemente involucrarla en la muerte de Marcial.

Capítulo 8

Cuando media hora más tarde llegó a su casa y cerró con llave la puerta de entrada, respiró aliviada. Aunque de pequeñas dimensiones, aquel era su hogar y dentro de sus paredes se sentía a salvo.

Se preparó una ensalada en la cocina y se frio un filete. Cuando recogió los platos y el menaje sucio que había utilizado, se encaminó por el corto pasillo a la sala de estar y se tumbó en el sofá con la intención de echar una buena siesta. Era lo que le recomendaba su abuela mientras vivió, que se acostara con los pies en alto y que durmiera sus preocupaciones. Que comprobaría al despertar que ya no lo eran tanto.

Apoyó la cabeza en un cojín y cerró los ojos dispuesta a seguir sus consejos, pero cuando empezaba a adormecerse oyó la llamada de su móvil. Lo había dejado muy cerca, sobre la mesita delantera, y no tuvo más que alargar el brazo para cogerlo pensando que sería su madre que vivía en Ávila y con la que a diario mantenía largas conversaciones, o alguno de sus cinco hermanos que residían también en la misma ciudad, pero cuando fijó la mirada en la pantalla del aparato respingó sobresaltada y se incorporó bruscamente. Se destacaba en negro en el iluminado rectángulo el número del desconocido que no pronunciaba una sola palabra cuando atendía la llamada y estuvo por colgarle. Lo dudó durante unos segundos sin decidirse y finalmente se preguntó si no sería Marcial el que intentaba ponerse en contacto con ella desde algún lugar ignoto en el que las comunicaciones no hubieran alcanzado el necesario desarrollo y ese fuera el motivo de que no lograra establecer la conexión.

No sentía el menor deseo de mantener una charla con él, no quedaba nada en su interior de lo que creía haber sentido por aquel hombre atractivo que no era más que pura fachada, pero pensó que averiguar dónde se hallaba podría servirle para demostrarle a la policía que seguía vivo. Pulsó por tanto la tecla pertinente y se lo llevó al oído.

—Diga.

No escuchó absolutamente nada, ni tan siquiera la respiración de su mudo interlocutor. Un silencio denso que sin saber por qué le sonó a amenaza y, como tenía los nervios rotos, le increpó ásperamente.

—Oiga usted, ¿quiere dejar de molestarme? Si no tiene otra cosa que hacer, cómprese un pito o una flauta y toque lo que sepa, pero déjeme en paz. ¿Me ha oído?

Colgó de golpe y se quedó mirando el móvil como si esperara que insistiera su frustrado y desconocido interlocutor, pero no lo hizo y con el pulso acelerado terminó de sentarse. Ya no se sentía tan segura dentro de aquellas cuatro paredes como había creído instantes antes y se puso en pie para dar un corto paseo por la habitación. El sol entraba a raudales por la ventana y en el edificio en el que vivía, de pequeños apartamentos alquilados por gente joven, no se oía un solo ruido, pero le dio la impresión de que la vigilaban desde la casa de enfrente y se acercó a comprobarlo apartando disimuladamente el transparente visillo.

No vio a nadie asomado a sus balcones y retrocedió sobre sus pasos para dirigirse nuevamente hacia el sofá, en el que no tuvo tiempo de volver a sentarse. El sonido de la musiquilla de su móvil se dejó oír de nuevo y respingó otra vez, pero en esta ocasión con los ojos desmesuradamente abiertos. Como si temiera que el desconocido pudiera verla, se aproximó de puntillas al aparato y le lanzó una ojeada desde cierta distancia. Luego dejó escapar una exclamación de alivio al reconocer el número de Saúl. Hacía más de un mes que no sabía nada de él, desde que había ido a recoger las cosas que se había dejado en el piso que habían compartido, y por su gusto hubiera dejado transcurrir unos cuantos más. Los que fueran necesarios para superar la amarga frustración que aún padecía, pero se dijo que no sería justo y mecánicamente tomó el móvil en sus manos para contestar a su llamada.

—Diga.

—Diana, ¿cómo estás?

Era su voz, pero no su tono. No recordaba que fuese tan cálido ni que anteriormente manifestara alegrarse tanto al oírla, por lo que perpleja replicó:

—Bien ¿y tú?

—Yo estoy bien, pero me han preocupado las noticias que acabo de oír en la televisión. Ese profesor que ha desaparecido y cuyo automóvil han encontrado en el pantano de San Juan daba clase en la misma facultad que tú, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y le conocías?

—Sí, claro.

—Te habrás llevado un disgusto entonces. Por eso te llamo, por si necesitas distraerte. Sé cuánto te afectan las desgracias ajenas y quería decirte que puedes contar conmigo para lo que necesites. Guardo el mejor recuerdo de ti.

También ahora sonaba cálida su voz y Diana apartó el aparato de su oído para mirarlo extrañada. ¿Cuándo había sabido Saúl que ella poseía una extrema sensibilidad y cuando se había preocupado por lo que pudiera sentir? Nunca, que recordara. Ni tan siquiera se había mostrado dispuesto a acudir a una clínica de fertilidad cuando se había lamentado de no haberse quedado embarazada después de cinco años de convivencia. Y cuando había insistido, se había excusado diciéndole que en esos momentos le resultaba imposible, porque su trabajo no se lo permitía. Organizaba por aquellas fechas un seminario de actualización de matemáticas al que estaban invitados los profesores de otros colegios, lo que ocupaba todo su tiempo, pero cuando se clausuró este, fue alegando diversos subterfugios para no cumplir lo que le había pedido y tampoco le preguntó si tener un hijo era importante para ella. Y lo era.

—Gracias— repuso— pero estoy bien y no necesito nada. Espero que tú también lo estés.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Gozaba él de una envidiable facilidad de palabra, pero debió de fallarle en esos momentos porque carraspeó inseguro antes de hacerle una proposición.

—Verás, es que me gustaría hablar contigo por otras razones. Que hayamos roto nuestra relación no es motivo para que dejemos de vernos y deberíamos mantener nuestra amistad. ¿Tienes algún plan para esta noche?

No tenía ninguno para esa ni para las siguientes, pero volvió a extrañarle su ofrecimiento porque mientras vivieron juntos se negaba sistemáticamente a trasnochar cuando ella le sugería que podían ir al cine o al teatro.

—No, ¿por qué? — repuso, preguntándose si estaría hablando con el mismo hombre con el que había vivido durante los cinco largos años en los que se le había desencajado la mandíbula de bostezar de puro aburrimiento.

—Porque me gustaría invitarte a cenar para que charláramos tranquilamente. Repito que necesitarás distraerte. ¿Te recojo a las nueve?

No creía Diana que su compañía pudiera servirle para tranquilizarse ni para levantarle el ánimo, pero no supo cómo negarse.

—Bueno… no sé. Tengo que dar una clase mañana a primera hora y no puedo acostarme muy tarde.

—A la hora que me digas te dejaré en tu portal. Reservaré una

mesa en un restaurante muy tranquilito en el centro. En uno que está cerca de la Plaza Mayor, que sé que te gusta. ¿Te parece bien?

—Sí, bueno, sí.

—Pues hasta luego entonces. Como en esa zona no hay quien aparque, sé puntual, porque te recogeré en un taxi a las nueve.

Había cortado la comunicación y Diana se quedó confusa con el móvil en la mano, preguntándose qué podía haberle sucedido a él en los tres meses que habían transcurrido desde que se habían separado para haberse convertido en un hombre tan diferente. Tan atento, tan preocupado por lo que pudiera sentir, opuesto por completo al erudito ejemplar matemático al que había tenido que aguantar durante media década, y al que había dejado en contra de la opinión de su familia, que lo adoraba, y de la mayor parte de sus conocidos.

Posiblemente hubiera hecho un esfuerzo durante los escasos minutos que había durado la conversación que habían mantenido para hacérselo creer y esa noche, en cuanto superara la tensión inicial de reencontrarse, ahora como dos extraños, retomaría su tedioso monotema. Pero le convenía distraerse, pensó. Cambiar de escenario y olvidarse del riesgo que corría a causa del hallazgo del dichoso candelabro. Se había comprado además unos meses antes un traje negro que le sentaba bien y que no había llegado a estrenar, por lo que podía ser una ocasión de lucirlo. Dudaba de que Saúl se fijara en lo que llevara puesto, pero a pesar de ello decidió arreglarse para estar lo más bonita posible y se entretuvo más de lo que acostumbraba en el cuarto de baño para lograrlo. Tampoco se daría cuenta él. pero quizás otros la miraran por la calle o en el restaurante y eso la ayudara a sentirse mejor consigo misma.

Horas más tarde se contempló satisfecha en el espejo que pendía sobre el lavabo y, en cuanto se calzó unos zapatos de tacón alto y se puso el abrigo, salió del piso cerrando la puerta con llave. Como le había anunciado, la esperaba Saúl en un taxi en segunda fila y se bajó del automóvil para recibirla, lo que tampoco había hecho nunca anteriormente. Incluso le pareció que la contemplaba admirativamente y debió de ser así, porque le dijo cuando se montaron los dos en el asiento posterior del taxi:

—Estás muy guapa.

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas, es la verdad.

No recordaba que mientras vivieron juntos le hubiera prodigado esa clase de cumplidos y enrojeció tontamente. Por fortuna él no lo advirtió. Miraba por la ventanilla por lo que pudo Diana observarle a su vez. También parecía haberse esmerado en ofrecer su mejor aspecto. Llevaba un abrigo gris sobre un traje oscuro, una corbata de seda natural y unos zapatos inmaculadamente limpios, en contra de lo

que antaño acostumbraba, porque se los quitaba en el dormitorio y de un puntapié los lanzaba debajo de la cama, de donde los rescataba a la mañana siguiente, tan sucios como el día anterior.

Pese a que lo era, no respondía su fisonomía al estereotipo de hombre intelectual, sino más bien a la de un fornido deportista, aunque no practicaba ninguno, o a un hombre de campo que pasara muchas horas al aire libre. De mediana estatura, espeso cabello oscuro, que llevaba demasiado largo para el gusto de Diana, y unos ojos muy negros bajo unas cejas muy pobladas, no era guapo, pero tampoco feo. Esa noche se había cortado el pelo y también se había afeitado la barbaza negra que le ocultaba medio rostro y que a ella le desagradaba profundamente. Sin aquel frondoso atributo parecía más joven y también más aseado y debió adivinar lo que pasaba por la mente de Diana, porque se lo preguntó en cuanto tomaron asiento frente a frente en una mesa del restaurante.

—¿Cómo me encuentras? Como puedes comprobar, me he quitado la barba y las greñas que llevaba para que no me riñas.

Esbozó ella un gesto de aprobación.

—Sí, ya lo he notado y también que te has limpiado los zapatos, lo que es de alabar. En casa llevabas unas zapatillas rotas en las que sacabas el dedo gordo del pie por un agujero y las tiré aprovechando un día que estabas en el colegio y llegué yo a casa antes que tú. Te enfadaste muchísimo cuando te enteraste. A esas zapatillas y a un jersey viejo, lleno de bolitas y desgastado por los codos les tenías un apego exagerado y con esas prendas parecías un pordiosero.

Se dio cuenta nada más decirlo que había derivado la conversación hacia un terreno demasiado íntimo que quería evitar y se mordió los labios, pero a él parecía haberle agradado, porque se echó a reír con ganas. Esperó no obstante a que el camarero tomara nota de lo que deseaban cenar y cuando se alejó de su mesa se inclinó sobre ella para preguntarle:

—¿Y a ti cómo te ha ido? Imagino que la desaparición de ese profesor os habrá supuesto en la facultad muchos problemas.

—No… bueno, sí. Habían contratado a un sustituto creyendo que no tardaría más de unos días en reaparecer, pero la noticia que han dado esta mañana los medios ha cambiado por completo el panorama.

—Claro, ese hombre debe de estar en el fondo del pantano, lo que os habrá supuesto un duro golpe. ¿Ha dejado mujer e hijos?

—Mujer sí, aunque no estaban casados. No la conozco, pero supongo que para ella ha tenido que ser terrible la noticia de que hayan encontrado el coche de él sumergido bajo el agua, porque todo parece indicar que se habrá ahogado.

Asintió pensativo y cambió de tema en el acto para referirle los últimos incidentes acaecidos en la facultad de matemáticas, donde daba clase desde que había ganado la cátedra. Luego se quedó callado y como ausente, como si estuviera buscando la forma de decirle algo y no acabara de encontrar las palabras adecuadas.

—Te he echado de menos— murmuró al fin en voz muy baja—. Los años que vivimos juntos han sido los mejores de mi vida y me gustaría saber qué hice mal.

Sintió Diana al oírle una bola de algodón en la garganta que le impedía articular las frases oportunas. Le tenía cariño, eso era indudable, porque no en vano habían compartido los días y las noches durante aquellos largos años, pero no deseaba remover el pasado ni retomarlo donde lo habían dejado al separarse. Había leído en alguna parte que no había nada más muerto que un amor muerto y, aunque en su caso ese aserto se cumplía sobradamente, no quería herirle si podía evitarlo.

—No hiciste nada mal— repuso—. Simplemente no hemos nacido el uno para el otro. Para ti tu trabajo es lo primordial y yo diría que además de absorberte por completo es lo único que te interesa, y para mí no lo es. Es importante, pero también me gusta la playa, pasear, salir al campo, leer novelas e ir al cine. Todo lo que tú consideras que es perder el tiempo.

La observaba fijamente con sus ojos oscuros mientras se lo decía, en los que leyó ella un atisbo de esperanza.

—Entonces, ¿fue por eso?

—No solo por eso, pero creo que debemos dejar de darle vueltas al motivo y superar amistosamente el trauma que nos ha supuesto a los dos. Debes tratar de encontrar una chica que sea acorde con lo que necesitas, que te entienda, y que no te pida que la entiendas a ella.

Abatió él los párpados y fijó la mirada en el mantel, de cuadros azules y blancos. Luego empezó a pasar un dedo por una de esas rayas como si quisiera comprender lo que acababa de decirle.

—¿Crees que no te entendía yo a ti? — le reprochó incrédulamente

—. Por las noches, cuando terminábamos de cenar, manteníamos largas conversaciones y nos referíamos mutuamente cómo nos había ido durante el día y lo que nos preocupaba, lo que queríamos conseguir, nos lo contábamos todo.

Consiguió Diana permanecer impasible y no dejar traslucir la opinión que le merecían las soporíferas charlas de esas noches. Él sí, él sí se explayaba interminablemente sobre su disciplina favorita sin dejarla intervenir y le detallaba punto por punto los problemas que les había escrito en la pizarra a sus alumnos y las dificultades que les había suscitado. No la escuchó nunca cuando pretendía abrir la boca ni llegó a enterarse cuando al finalizar su colaboración con el catedrático de derecho civil en la redacción del libro de texto que estudiarían los alumnos el curso siguiente se quedó sin trabajo, aunque le anunció que al día siguiente iría a darse de alta en la oficina de desempleo. Ni la llevó a urgencias cuando se resbaló en la cocina y se fracturó una costilla. Tuvo que llamar a una amiga que la recogió. Ni la acompañó tampoco a Ávila cuando enfermedad su padre de gravedad. Estaba demasiado ocupado con los exámenes de sus chicos. Ni… la lista de reconvenciones que podría formularle podía llegar a ser interminable.

—Da igual, Saúl, no importa ya— musitó sin mirarle—. No conduce a nada que nos echemos en cara ahora las equivocaciones que hemos podido cometer.

—Pero es que aún podemos arreglarlo— insistió—. Sabes que soy muy tozudo y estoy dispuesto a enmendar los errores que me señales. Si para ti es fundamental que vayamos al cine, iremos los sábados. ¿Por qué no me lo dijiste?

Claro que se lo había dicho y no una vez, pero, si la había escuchado, no había procesado en su cerebro su significado. Pero era inútil, ella necesitaba a otra clase de persona, por lo que hizo un intento de cambiar de conversación.

—Dejemos ese asunto y cuéntame cómo te ha ido a ti últimamente.

El semblante de Saúl se iluminó y como de costumbre pasó a comentarle detalladamente las incidencias acaecidas en la facultad de matemáticas. Como siempre. Fingió escucharle mientras paseaba distraídamente la mirada por el comedor y en ese momento vio entrar por la puerta del restaurante a Fabián acompañado de una señora tan bajita y regordeta como él, de la que supuso que sería su mujer. Se dirigieron directamente a la mesa que les indicó el camarero y seguidamente apareció detrás de ellos otra pareja que fue a reunirse con la primera y que se sentó frente a ellos. Reconoció en el acto a Jaime Llorente y a la mujer que iba con él. Era Candela.

Había supuesto que esa noche estaría en su casa, ya que la noticia que había recibido esa mañana la habría dejado destrozada y sin

ánimos para pisar la calle, pero no era ese el aspecto que ofrecía. La veía de perfil, pero pudo analizar el traje de color fucsia que enfundaba su angulosa silueta y cómo bamboleaba su melena rubia al compás de sus palabras mientras hablaba con su acompañante. No era una mujer guapa, pero sí poseía una indiscutible personalidad.

Jaime llevaba un traje oscuro y parecía estar pendiente ella y de lo que le decía. Parecían estar muy a gusto el uno con la otra en unas circunstancias que no eran las más oportunas para que hubiera de decidido ella salir a cenar, por lo que se preguntó si no habría algo entre los dos. Pero en ese caso…

Saúl seguía hablando de lo de siempre y como de costumbre aparentó que le escuchaba, pero en su lugar trató de analizar los gestos y las expresiones de esa pareja y se preguntó si no se habrían confabulado Jaime y Candela para librarse de Marcial. Entre las casas de los dos mediaba una distancia lo suficientemente corta como para que Jaime la hubiera recorrido andando y, si hubiera sido él el que le hubiera golpeado con el candelabro después de pelearse, podría haberse escondido detrás de la puerta que llevaba al pasillo cuando ella llegó y deshacerse del deportivo y del cadáver en cuanto se marchó.

En ese momento la mirada de Jaime y la suya se cruzaron y el semblante de él manifestó sorpresa. Le pareció que la observaba y que luego les comunicaba su presencia a sus acompañantes, porque los otros tres se volvieron hacia su mesa y los dos hombres la saludaron con la mano. Candela se limitó a contemplarla durante unos segundos con los ojos guiñados, antes de volverse hacia sus amigos para seguir charlando con ellos.

Trató de atender a Saúl que le preguntaba en ese momento:

—¿Conoces a los de esa mesa? No me estás escuchando.

Capítulo 9

En cuanto finalizó la clase que había impartido a primera hora de la mañana, se encaminó Diana hacia la sala de profesores, dispuesta a aprovechar el tiempo libre que le quedaba hasta la clase siguiente para corregir el ejercicio que les había mandado a sus alumnos el día anterior. Había amanecido un día tristón y su luz grisácea se había adueñado de los largos corredores del edificio con su tinte ceniciento. Se le fue contagiando conforme veía a través de las ventanas que encontraba a su paso aquel panorama tan otoñal. O

quizá no fuera esa la causa, se dijo mientras recorría el pasillo. Tal vez obedeciera su frustración al amargo poso que le había dejado la cena con Saúl la noche anterior. Hubiera querido olvidar la etapa que habían compartido y empezar una nueva sin el lastre doloroso de haber roto algo que había creído que duraría siempre. Sobre todo, porque quería evitar hacerle daño.

Se había negado él a admitir que la relación que habían mantenido se hubiera acabado para siempre y no había sido capaz ella de mantenerse firme ni de convencerle de que no había vuelta atrás posible. Al despedirse en el portal de la casa en la que vivía, había insistido él en repetir la velada de esa noche y no se había sentido con fuerzas para negarse. Y debería haberlo hecho. No servía para nada prolongar una situación que solo podía concluir con una nueva y definitiva despedida, pero no había conseguido hacérselo entender. Y para colmo, la culpabilidad que esa situación le hacía sentir acrecentaba también el peso que gravitaba sobre su cabeza de que de un momento a otro detectara la policía sus huellas en el candelabro y tirando del hilo descubriera que había ido a "La cabaña" aquella tarde.

Cansinamente llegó a la sala a la que se dirigía y se aproximó a una de las ventanas para mirar el exterior. Se veía desde allí la zona de césped que rodeaba el edificio en la que crecían algunos árboles sin apenas hojas. Se balanceaban al compás de la brisa con un rumor con el que parecían quejarse de que el otoño se las fuera arrebatando y meneó la cabeza reconviniéndose a sí misma por permitirse unas ideas tan sombrías.

Cuando se sentó en su mesa, extrajo de sus cajones los ejercicios de sus alumnos y empezó a corregirlos. El de Merche era excelente y también los de algunas chicas, pero la generalidad dejaba mucho que desear. Sin duda su decisión de evaluarles el día anterior les había cogido de improviso, porque se notaba que no habían estudiado ni habían atendido tampoco a la exposición que les había efectuado ella sobre la materia que había preparado concienzudamente en su casa la víspera.

Los fue guardando en el cajón conforme los iba examinando y cuando le faltaban unos pocos oyó pasos que se acercaban por el pasillo, por lo que levantó la mirada para fijarla en la puerta de entrada. Era Jaime Llorente el que acababa de llegar, quien, en contra de lo que acostumbraba, pareció alegrarse de verla y se le acercó sonriente.

—Hola, ¿qué haces?

—Repartiendo suspensos a diestro y siniestro— replicó con pretendido humorismo.

—¿Tan malos estudiantes son tus chicos?

—Hay de todo— repuso evasiva—. En general son más empollonas ellas, quizás porque a la misma edad maduran antes. ¿No opinas lo mismo tú?

Le dio la impresión de que la había oído, pero que no la había escuchado. Se había sentado enfrente de ella sin contestarle y cambió en el acto de tema.

—¿Qué tal lo pasaste anoche? — inquirió sin mirarla, con los ojos fijos en un bolígrafo que le había cogido del cubilete en el que los colocaba ella ordenadamente dispuestos. Los había de todos los colores y había elegido uno verde, probablemente porque no se había fijado.

—Bien.

—¿Era tu marido?

—No, no estoy casada. ¿Y tú?

—No, tampoco. Me había llamado Fabián para decirme que Candela estaba hecha polvo y necesitaba compañía y decidimos entonces llevarla a cenar para que no se quedara sola anoche. Como puedes imaginar lo está pasando muy mal.

—Pues no lo aparentaba— replicó, rememorando su aire desenvuelto mientras conversaba con él y lo arreglada que se la veía con su ajustado traje de color fucsia. No era lo que habría querido decir y se mordió los labios recriminándose a sí misma por haberlo dejado escapar.

Frunció él el ceño y se la quedó mirando perplejo.

—¿Eso crees? Pues estás equivocada. Fabián y su mujer eran muy amigos de la pareja. Salían a menudo los cuatro y me comentó él que, aunque a Candela le sobra entereza, en estos momentos estaba hundida. Por eso me presté a formar parte del cuarteto cuando me lo pidió. Para que se distrajera y supiera que podía contar con nuestro apoyo.

Noto Diana que estaba incómodo y de que estaba tratando de justificar el comportamiento de ella y también el suyo. Pensó que debía aceptar su explicación y cambiar de tema, pero sin saber por qué se le atropellaron las palabras en la garganta y las pronunció antes de conseguir impedirlo.

—¿Sí? Suponía ya que erais buenos amigos, porque la vi el otro día en la zona de aparcamiento, cuando vino a recogerte con su coche.

Le dio la impresión de que su incisivo comentario le había impactado de lleno, porque se quedó inmóvil, sin pestañear, con sus ojos castaños clavados en ella. Se acarició luego la barbilla y finalmente sonrió forzadamente.

—Sí, quería oír por enésima vez lo que había visto yo desde mi casa aquella tarde. No pude añadir nada más a lo que ya le había dicho a ella y a la Guardia Civil cuando vinieron los dos agentes a

buscarme y bajé con estos y con ella a “La cabaña”. Me preguntó varias veces si no había aparecido por allí ninguna chica y le mentí, porque pensé que era lo más consolador que podía hacer. Le respondí que no, que no había visto a ninguna, ni tan siquiera a Marcial. Ya estaba su coche aparcado delante de la casa cuando llegué yo a la mía y él debía de estar dentro de la suya, aunque no salía humo por la chimenea y hacía frío. No sé si me creyó. Supongo que no, porque anoche volvió a la carga.

Le pareció a Diana que le estaba dando una versión que se acababa de inventar, máxime por la prisa que se dio en cambiar de conversación y en preguntarle:

—¿Y tú? Se te veía muy contenta anoche en el restaurante. ¿Es tu novio?

—¿Quién?

—El hombre con el que cenabas.

Dudó en un primer momento en aclararle la verdad. No era asunto suyo y le había dado la impresión además de que le había mentido sobre la relación que mantenía con Candela, pero estaba cansada, tristona, y no tenía a nadie a mano en esos instantes con quien desahogarse. Estaba además tan asustada…

—No, no es mi novio. Fue mi pareja, pero ya lo dejamos.

No le hizo el menor comentario. Se quedó callado, como si quisiera así darle ocasión a que continuara explayándose y lo hizo a su pesar.

—Terminamos hará tres meses— siguió diciéndole para romper aquel silencio tan incómodo— pero no hay ninguna razón para que no podamos continuar siendo amigos y anoche quedamos en iniciar así una nueva etapa. No estoy segura de haber acertado prolongando esta situación. Nuestros caracteres son muy distintos y yo… yo necesitaba otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Pues… a un hombre para el que fuera yo lo más importante. Que me atendiera y que me entendiera. Con él tenía la sensación de que estaba de más, de que le bastaba con su trabajo y con sus fórmulas matemáticas. Es que es profesor de esa asignatura— le explicó—. Es catedrático y da clase en la universidad.

Le pareció que ahora era a él al que le costaba encontrar las palabras para hacerle la siguiente pregunta.

—¿Y no crees que lo vuestro pueda tener arreglo? Tal vez haya aprendido la lección y en el futuro modifique su comportamiento, ¿no lo crees posible?

—No. Todos somos como somos y no podemos cambiar en lo esencial— sonrió nostálgicamente y añadió con cierta picardía —. Ya sé que los hombres y las mujeres somos diametralmente distintos y que por esa razón no os resulta fácil entendernos. La mayoría lo

consideráis imposible, pero lo que yo pedía era sencillo. Que antepusiera mi costilla a la corrección de los ejercicios de sus chicos— balbuceó incoherentemente— y que…

Parpadeó él confuso.

—¿Qué costilla? — trató de averiguar, interrumpiéndola.

—La que me fracturé.

—¿Te rompiste una costilla? — se interesó, parpadeando perplejo.

—Sí, me caí. Tropecé con unos pantalones suyos. Los había tirado detrás de la puerta de la cocina para que los lavara. Solía hacerlo en lugar de dejarlos en el cesto de la ropa sucia. Esa puerta estaba cerrada, la abrí, los pisé, me resbalé y aterricé un par de metros más allá.

—¿Y qué hizo?

—Nada. Cuando me levanté del suelo, fui a buscarlo con una mano en el costado a la habitación que utilizaba para trabajar, a su despacho, y le conté lo que me había pasado. Se rascó la cabeza y me preguntó si no podía esperar a que terminara de evaluar los exámenes de sus alumnos. Y esperé.

—¿Cuánto tiempo?

—Por lo menos una hora. Una hora muy larga. Cuando me cansé, llamé a una amiga, que me recogió con su coche y me llevó al hospital. Me hicieron una radiografía y el médico me dijo que las costillas fracturadas no tenían otro tratamiento que el reposo, así que, cuando esa amiga me dejó en mi casa, entré en la sala de estar y me tumbé en el sofá. Él apareció unos minutos más tarde a interesarse por mí.

—¿Y qué hizo cuando se lo contaste?

Sonrió ahora ella, pero con cierta amargura.

—Nada, primero me riñó por ser tan alocada y me recomendó que llevara más cuidado en lo sucesivo. Llevaba en la mano el ejercicio de uno de sus alumnos y se le notaba que estaba deseando volver a su despacho a seguir corrigiendo los que había dejado sobre su mesa, pero antes de marcharse me soltó como siempre un sermoncito.

—¿Sí?, ¿qué te dijo?

— Que se alegraba de haber acertado al no haberme acompañado al hospital, porque era evidente que había perdido el tiempo visitando a un médico, ya que no me había resuelto nada. Que hubiera sido más práctico que en su lugar me tumbara directamente en el sofá.

—Debe de ser entonces un idiota— masculló él, pero se corrigió inmediatamente—. Perdona, no he querido decir eso.

—No te disculpes, no. Es lo mismo que pensé yo. Y no solo en esa ocasión, por lo que considero imposible que pudiera cambiar. Es como es y con otra que no le necesite ni tan siquiera cuando se fracture las costillas, podría ser muy feliz.

—¿Crees que habrá alguna así? — inquirió divertido—. Lo dudo.

—¿Por qué lo dudas? Debe de haber personas de todas las clases y es lo que traté anoche de hacerle comprender. A mí no me puede cambiar. No me siento feliz oyéndole disertar sobre el teorema de Pitágoras cuando necesito que me escuche porque tengo un problema serio, pero puede que haya alguna que no tenga problemas o que sea retraída y que prefiera guardárselos para ella sola.

—¿Tú crees?

Se encogió Diana de hombros y se dio cuenta en ese instante de que se sentía más aliviada después de habérselo contado.

—No lo sé. De lo que sí estoy segura es de que no es mi caso y de que le haría un favor si dejáramos de vernos.

—Pero no está dispuesto a hacerte caso.

—No conseguí convencerle, no.

Asintió él y dijo de pronto algo completamente inesperado.

—Anoche llevabas un traje muy bonito.

Era la último que hubiera imaginado que le fuera a alabar y farfulló atropelladamente:

—Me lo había comprado meses antes, pero no había llegado a estrenarlo y…

—Y también estabas muy guapa— volvió a interrumpirla—. No me extraña que ese hombre no se resignara a que le despidieras definitivamente. Si esa era tu intención, deberías haberte arreglado de otra forma, con una vestimenta más monjil, y haberte recogido el pelo en una coleta en la nuca. Te lo recomiendo para la próxima vez.

Se lo decía con guasa, pero había un trasfondo de sinceridad en sus palabras, por lo que estuvo a punto de enrojecer. Agachó la cabeza procurando que la melena le cubriera el rostro y se esforzó en dirigir la conversación hacia otros derroteros.

—¿Y Candela? — le preguntó con esa intención—. ¿Conseguisteis levantarle el ánimo anoche?

—Lo procuramos. Elisa, la mujer de Fabián es muy simpática y muy charlatana y cuando la dejé en su casa estaba más tranquila. No sé cómo se habrá tomado esta mañana la noticia que he oído en el cuarto de baño por la radio, mientras me afeitaba.

Contuvo Diana la respiración al oírle, al tiempo que su corazón emprendía una loca carrera. Le martilleaba dentro con tanta intensidad que llegó a temer que lo oyera él.

—¿Qué noticia? — inquirió casi sin voz.

—Me refiero al candelabro que encontró la Guardia Civil dentro del coche de Marcial y que se llevó para buscar posibles huellas.

—Sí, ¿y qué?

—Que no, que no han encontrado ninguna, lo que no ha dejado de extrañarles a los agentes de la Científica. Deberían haber quedado

impresas al menos las de él, ya que tendría que haberlo cogido por su base o por alguno de sus brazos para llevárselo en su automóvil, pero no había ninguna. Son expertos en la materia y han deducido que Marcial lo había limpiado a conciencia, lo que no parece tener mucho sentido.

Abrió la boca Diana hasta formar un círculo con ella y permaneció así unos segundos. Luego dejó escapar disimuladamente el aire que había retenido, aligerada de un gran peso.

—¿No había ninguna?

—No.

—Bueno, puede que el agua las borrara— le sugirió en tono ligero, ya que consideró que habría sido lo más probable—. Ese candelabro ha estado muchos días sumergido.

—Sí, pero al parecer esa circunstancia no las elimina por completo ni tampoco las huellas de sangre que tenía ese chisme y que han detectado mediante un producto químico. Por esa razón siguen una nueva pista. Creen ahora que pudo alguien golpearle con él, meterle dentro de su automóvil y empujarlo montaña abajo para que se hundiera en el pantano. En resumen, que le mataron.

La sensación de alivio que había experimentado se desvaneció como un soplo de viento. Sintió frío y calor al mismo tiempo y temió que le asomara al rostro el miedo que experimentaba.

—¿Quieres decir que le asesinaron? — balbuceó a duras penas— ¿Quién?

Esbozó Jaime un gesto vago sin percatarse de cómo estaba acogiendo ella las noticias de las que le estaba informando.

—Eso no lo sé. La policía y la Guardia Civil colaboran juntas en el caso y me han vuelto a citar en la comisaría esta tarde para que les vuelva a detallar lo que vi aquel viernes. No sé por qué insisten, porque no sé nada más de lo que ya les dije a raíz de la desaparición de Marcial. Les dije que había visto llegar un coche azul a “La cabaña” y que lo conducía una chica, pero que no sabía nada más.

Se quedó inmóvil ella al oírselo decir, como si se hubiera convertido en una estatua, con la sensación de que los músculos del cuello se le habían atirantado y de que no le permitían esbozar el menor gesto. Por fortuna oyeron ambos unas pisadas que se aproximaban por el pasillo y volvió él la cabeza en esa dirección sin fijarse en su expresión. Era Flora la que entró en la sala, a tiempo de escuchar las últimas palabras de él. Se les acercó apresuradamente, deseosa de tomar parte en la conversación que estaban manteniendo y tomó asiento en otra silla, delante de la mesa de Diana.

—¿Estáis enterados de la noticia? — les preguntó.

Le respondió Jaime, ajeno por completo al mal rato que estaba pasando ella y a los esfuerzos que estaba haciendo para que no

aflorara a su rostro lo que sentía.

—Sí, la estábamos comentando y que me han citado nuevamente en la comisaría para que les aporte alguna nueva pista, pero, como ya les advertí, no puedo decirles nada nuevo sobre el coche que vi ni sobre la chica que estacionó el suyo al lado del de Marcial.

—Sí, ya lo sé, pero es natural que quieran profundizar ahora en la investigación, ya que está claro que no fue un accidente— comentó Flora con su reseco semblante velado por una sombra de amargura— Yo me lo temía.

—¿Qué es lo que te temías? — quiso saber ella con la mayor naturalidad que fue capaz de fingir.

—Pues eso, lo que le pasó. Que cualquier día una mujer despechada le envenenara.

Se echó a reír Jaime, aunque, después de desviar su mirada hacia la recién llegada y ver lo apesadumbrada que estaba, adoptó un tono más indulgente.

—No sabemos si fue una mujer, y es más probable que muriera a consecuencia del golpe que debió recibir con el candelabro.

—Bueno, sí— admitió Flora—. Pero, aunque tú lo dudes, yo creo que sí fue una mujer la que le mató. Habría quedado con ella en "La cabaña" y cuando se enterara de que no era ni mucho menos la única, agarraría ese candelabro y se lo estamparía en la cabeza. No tendría nada de extraño. Y también puede ser esa la razón de que el candelabro haya sido limpiado a conciencia, porque un comportamiento así es más propio de una mujer que de un hombre. Los hombres son más sucios y más zafios.

—Vaya— masculló Jaime divertido— Pues muchas gracias.

Se apresuró ella a recoger velas tras dirigirle una mirada de soslayo.

—No lo digo por ti, que eres bastante aseado. Desde que te conozco no he notado que te faltara nunca un botón en la camisa— le contestó con una mirada aprobatoria a su indumentaria—. Llevo bastante tiempo en esta facultad y he conocido profesores de todas clases. Recuerdo a uno que se cerraba la chaqueta hasta el cuello para que no se le notara que había perdido dos o tres botones y, cuando le reñí por presentarse de esa guisa, me contestó que si se entretuviera en pedirle a su mujer que se los cosiera antes de salir de su casa, llegaría tarde a dar la primera clase.

Por asociación de ideas desvió sus ojillos hacia Diana y se la quedó mirando reprobadoramente.

—Y por cierto—le dijo— También a ti se te están pegando las sábanas últimamente. Tus alumnos celebran tu demora porque pueden así seguir con su algazara durante más tiempo, pero creo que deberías tomártelo en serio. ¿Es que se te ha roto el coche? He visto

que esta mañana llegabas en el autobús.

Controló a tiempo Diana su sobresalto, pero palideció y después sintió que el calor le ascendía hasta su rostro. Se dijo que debía de haberse puesto roja como un pimiento y desvió su mirada hacia Jaime que seguía impasible. Aún no la había relacionado con lo que Flora acababa de decir, pero como temió que la otra siguiera hablando de más, se lanzó a toda prisa a interrumpirla.

—No se me ha roto, es que está muy cara la gasolina y quiero llegar desahogadamente a fin de mes.

Como si no la hubiera oído, se volvió Flora hacia Jaime para referírselo.

—Es una lástima, porque tiene un Renault Clío azul muy bonito.

No llegó a saber si realmente se había quedado mirándola Jaime con suspicacia, aunque sí notó que la observaba ahora con sus brillantes ojos castaños, fijos en su rostro.

—¿Tienes un Clío azul? — le preguntó.

Aunque carraspeó, la voz le salió ronca de la garganta.

—Sí, me lo compré hará cosa de un año.

—¿Azul pálido? — insistió él en un tono que no significaba nada.

—Bueno… no muy pálido, azulón— mintió Diana sintiendo la boca seca.

—Nada de azulón— la corrigió Flora— azul purísima o azul cielo, como más te guste. Como el del firmamento en los días de verano.

—Ya— musitó él.

No se atrevió Diana a negarlo ni tampoco a añadir nada más. Se levantó de la mesa con los ejercicios de sus alumnos en la mano y se despidió de los dos después de mirar el reloj.

—Hasta luego. Me están esperando mis chicos y a la mayoría voy a darle un disgusto.

—¿Qué clase de disgusto? — le preguntó Flora que no había captado el nerviosismo de ella al haber aludido a su automóvil.

Envolvió Jaime a Diana en una mirada que a ella le pareció extraña, mientras le contestaba a la otra:

—Va a repartirles unas cuantas calabazas—. Luego se dirigió a ella para que se lo confirmara—: ¿A que sí?

No le contestó. Salió apresuradamente de la sala y, cuando se alejó lo suficiente por el pasillo para que no la oyeran, marcó el número de la abogada en su móvil. Atendió la llamada su secretaria que en tono impersonal le dijo que le era imposible citarla para un día de esa semana y que el primero en el que doña Noelia Villarroel podría atenderla sería el jueves de la siguiente. No podía esperar tanto. Le hubiera levantado la voz para hacérselo entender de no temer que pudieran escucharla Flora y Jaime, pero aun así, el susurro que emitió debió sonarle a su interlocutora como un trallazo, porque carraspeó,

se tomó un tiempo para contestarle y finalmente le dijo que podía presentarse en el despacho esa misma tarde, a las siete.

Capítulo 10

Se había enterado Noelia de la noticia de la que habían informado los medios esa mañana, por lo que supuso que era lo que motivaba que Diana insistiera en que la recibiera cuanto antes. Había anochecido ya y caía además una lluvia fina que empañaba los cristales de la ventana del despacho, por lo que había encendido la lámpara que tenía sobre la mesa mucho antes de que Diana se presentara. Ahora, la luz que proyectaba le daba de lleno a esta en el rostro y ponía de manifiesto la ansiedad que experimentaba, por lo que trató de tranquilizarla en cuanto tomó asiento frente a ella al otro lado de la mesa.

—Es lo mejor que te podía haber ocurrido— le dijo —. Que no haya aparecido el cuerpo de ese hombre y que no hayan encontrado huellas tuyas en el arma homicida implica que, por el momento, no haya ninguna prueba contra ti. Tienes que relajarte, hacer vida normal y procurar no darle más vueltas.

Asintió Diana como si fuera una niña que acabara de recibir una regañina y no fuera capaz de cumplir los consejos que estaba recibiendo.

—Es que no es tan fácil, pero no es ese el tema que quería comentarte. Al menos, no el único.

— ¿No? ¿Cuál es entonces?

Le refirió ella la conversación que había mantenido con Flora y con Jaime en la sala de profesores y como la otra, al aludir al color y a la marca de su automóvil podía haber despertado las sospechas de él, ya que había visto llegar uno igual a “La cabaña” aquel fatídico viernes.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

Le pareció a Diana que no había medido Noelia las previsibles consecuencias de lo que le acababa de contar.

—¿No lo entiendes? — protestó, inclinándose hacia ella—. La policía ha citado esta tarde a Jaime. Tengo entendido que en el curso de la investigación de un asesinato, los familiares y los allegados son las primeras personas de las que sospecha la policía, por lo que supongo que, después de hacerle repetir lo que vio aquella tarde desde

su casa, le preguntarán si entre el personal de la facultad hay alguna mujer que tenga un automóvil azul celeste, ¿comprendes?

—Y temes que les diga que sí, que el tuyo es azul, ¿no?

—Sí, claro.

—Y que como además ya sabrá la policía a estas alturas que ese profesor era un ligón y tú una chica joven y atractiva, deducirá que ha podido haber una relación íntima entre vosotros dos y que le mataste por celos.

—Sí, es lo que creo. Y que consecuentemente me detendrá.

La había escuchado Noelia con atención y aunque pensó que sus suposiciones no eran ni mucho menos descabelladas, procuró hacerle ver que la cosa no era tan grave como suponía.

—¿Qué tal te llevas con ese compañero? — le preguntó.

—¿Con Jaime Llorente?

Rememoró la conversación que habían mantenido esa mañana y lo aliviada que se había sentido después de desahogarse con él, pese a lo poco que se conocían y a que su carácter no era en absoluto proclive a las confidencias con extraños. A ella misma le había extrañado la comodidad con la que se había explayado al referirle una etapa de su vida que no había compartido con nadie más.

— No sabría decirte— replicó—. Hasta esta mañana no habíamos intercambiado más de dos palabras seguidas y pensaba que también él era introvertido o que incluso yo le caía mal. Es un hombre muy serio, completamente diferente a Marcial. Físicamente está bastante bien, por lo que las chicas le recibieron encantadas cuando llegó y debieron creer que podrían tomarse con él las mismas libertades que con el otro, lo que él no les ha consentido, supongo que porque no quiere dar lugar a falsas interpretaciones. Si, como todo parece indicar, ha muerto Marcial, imagino que renunciará a continuar cubriendo su puesto y que no tardarán en contratar a otro con carácter definitivo.

La observó Noelia inquisitivamente con sus grandes ojos oscuros.

—¿Ya no estás segura de lo que viste aquella tarde? — inquirió analizando su expresión—. La primera vez que viniste a este despacho no dudabas de que le hubieran asesinado.

Asintió Diana vacilante, porque ya no sabía qué creer. Intentó rememorar una vez más la penumbra de la sala de estar de “La cabaña” cuando entró, el absoluto silencio que allí se respiraba y el olor a pinos que traía la brisa por el resquicio de la puerta entreabierta. Un tétrico escenario que podía haber servido para el rodaje de una película de miedo y que quizás no fuera real, porque lo sintió como una pesadilla cuando se cayó de rodillas al lado del cuerpo de Marcial. Apenas pudo distinguir su lívido semblante cuando se había inclinado sobre su rostro, pero hubiera asegurado…

—Fuiste tú la que me hiciste dudar de que hubiera visto lo que creí

ver—objetó aún aturdida y levantando la voz—Cuando tu secretaria te informó de que la Guardia Civil no había encontrado el cuerpo de él en "La cabaña" ni ningún signo de violencia en la sala de estar, fue cuando empecé a dudarlo. Sobre todo, cuando me enteré de que había desaparecido también su deportivo. Me dijiste que quizás hubiera sido un montaje la escena que vi. Que podía haber fingido su muerte, pero que en realidad se hubiera largado él en su automóvil ¿no te acuerdas? — protestó acusadoramente señalándola con un dedo.

—Sí, claro que me acuerdo y reconozco que me equivoqué. Pensé entonces que podía haber tratado de engañarte, porque por alguna razón le convenía desaparecer, pero han encontrado en el fondo del pantano su coche y eso parece avalar lo contrario. Debemos esperar no obstante a que den con su cuerpo, si es que iba él dentro.

—¿No lo crees así?

—No lo sé, ¿y tú?

—Tampoco lo sé. Solo puedo decirte que tengo la sensación de que se está estrechando un cerco a mi alrededor. Que de un momento a otro me va a detener la policía y que acabarán juzgándome por un delito del que soy inocente y por el que hasta puede que me condenen.

También Noelia lo temía, pero se dijo que debía minimizar en lo posible el riesgo de que eso llegara a sucederle, por lo que le dijo para que se calmase:

—¿Por qué piensas eso? Te repito que de momento no hay nada que te inculpe, ni huellas ni testigos de que estuviste esa tarde en "La cabaña". Nada.

—No, incomprensiblemente no, o al menos la Guardia Civil no ha caído todavía. Al parecer, y por lo que le dijo Candela a Flora, encontraron los agentes rodando por el suelo de la sala de estar de "La Cabaña" un espejito mío. Se me cayó el bolso del hombro esa tarde, cuando tropecé con el cuerpo de Marcial, y su contenido se dispersó por el suelo. Creía haberlo recogido todo, pero ese espejo fue a parar debajo de un mueble y no lo vi, porque la habitación estaba casi a oscuras.

—¿Y han hallado huellas tuyas en ese espejo?

—No lo sé, Flora no me ha vuelto a comentar nada sobre ese tema. Y para colmo, lo que le ha dicho a Jaime sobre el color de mi coche, ha acabado de rematarlo. Me temo lo peor. Me preocupa que ate cabos él. Al parecer, Marcial y yo no fuimos lo bastante precavidos y se notaba la atracción mutua que sentíamos cuando nos veían charlando por algún pasillo o a la salida de la facultad.

—¿Y que ese compañero tuyo le diga a la policía que pudiste ser tú la que te reuniste con ese hombre, porque tienes un coche que podía ser el que vio llegar?

Reflexionó Diana durante unos segundos y se encogió de hombros.

—Sí, aunque no lo sé. Supongo que no dirá nada hasta que esté seguro. Tiene una alumna que perseguía a Marcial y que ahora le acosa a él. Una estúpida que va comentando que nos oyó citarnos esa tarde y que se lo habrá dicho, ¿comprendes?

—Sí, pero ya te recomendé el otro día que no te adelantes a los acontecimientos. Ni siquiera estas segura de que ese compañero tuyo haya muerto y, si no lo está, no hay crimen ni delito ni responsabilidad tuya por su autoría. ¿O es que ha sucedido algo nuevo? — le preguntó con curiosidad observándola fijamente.

Dudó Diana en referírselo, porque temió que pensara que la sensación que tenía de estar siendo vigilada no eran más que imaginaciones suyas, pero finalmente se decidió. Acabó por relatarle las silenciosas llamadas telefónicas que estaba recibiendo y que también había notado que la seguían por la calle, aunque no había conseguido identificar a su perseguidor.

Al moreno semblante de Noelia asomó la preocupación que le produjo la noticia. —¿Y piensas que puede ser él?

Levantó Diana ambas manos como si la respuesta fuera obvia.

—¿Quién si no? No me había sucedido antes. Recibí la primera llamada a mi móvil la tarde en la que vine verte, a raíz de su muerte o de su desaparición. Acababa de salir de esta oficina y al tomar el ascensor fue cuando sonó la musiquilla en el aparato y no escuché más que silencio cuando contesté. Desde entonces me llama casi a diario y a los pocos segundos cuelga, si no le he colgado yo primero.

Disimuló Noelia la irritación que le producía el no acabar de entender el caso. Y no porque no hubiera tenido otros tan complicados o más que el de ella. Al enterarse de que había aparecido el coche de él en el fondo del pantano había llegado a la conclusión de que era cierto lo que Diana le había referido la primera vez que se había presentado en su despacho y que no tardarían en dar con el cuerpo de Marcial, pero las llamadas que estaba recibiendo Diana y que la estuvieran siguiendo parecían desmentir esa posibilidad.

—Le he dado muchas vueltas— siguió diciéndole Diana— y creo que no caben más que dos hipótesis. Una de ellas es que puede que esté escondido en algún lugar que no disponga de conexión wifi o que esta sea muy defectuosa.

—¿Y por qué?

—Al parecer estaba muy endeudado cuando desapareció. Su pareja, Candela, le había avalado cuando compró “La cabaña” y el coche deportivo que conducía y como no puede hacer frente a los pagos del crédito que solicitó él, teme que ahora la entidad bancaria le embargue su casa.

—¿Le crees capaz de haberla dejado a ella en la estacada?

Evocó Diana su atezado semblante, su cabello oscuro, siempre revuelto y su cínica sonrisa, tan atrayente, con la que aparentaba sentirse al margen y por encima de cualquier regla y se dio cuenta de que sabía muy poco de él. Ni tan siquiera conocía entonces la existencia de Candela, porque de haber tenido noticias de tal cosa nunca se le hubiera ocurrido ir a su encuentro aquella tarde.

—Tampoco lo sé— reconoció—. Jaime Llorente, que, como sabes, era vecino suyo, me dijo en una ocasión que en su opinión era un frescales.

— ¿Un caradura?

—Sí, algo así, no sé cómo explicártelo. Un hombre que sabe cómo meterse en el bolsillo a las mujeres y que no desaprovecha la ocasión de mejorar el número de su colección.

—¿Y cuál es la segunda hipótesis?

Abatió Diana los párpados y fijó la miranda en la raya de sus pantalones. La siguió con un dedo con la melena cubriéndole parte del rostro y sin levantar los ojos hacia la otra, replicó:

— Me he preguntado también si esa persona que me llama por el móvil sin pronunciar una palabra no podría ser el que mató a Marcial y que lo que trata es de asustarme. Si estaba escondido cuando entré en la casa, tal vez saliera de detrás de la puerta que da al pasillo cuando eché a correr hacia mi coche y me viera y tema ahora que le denuncie a la policía.

Implicaba la posibilidad que había apuntado que ese desconocido, si es que había existido, tratara ahora de silenciarla, por lo que se tomó unos segundos Noelia antes de aconsejarle:

—En ese caso, deberías ponerle en conocimiento de la policía y procurar no salir de noche ni caminar por lugares solitarios.

—No puedo pedirle ayuda a la policía— refunfuñó Diana—. En estos momentos, no. Necesito, por el contrario, que se olvide de mí hasta que esto se aclare. En cualquier instante pueden encontrar el cuerpo de Marcial y… ¿Qué sucedería entonces?

— Dependería del informe de la autopsia, porque podría dictaminar que había muerto accidentalmente.

—¿Y si no fuera así?

—En ese supuesto, si ese otro compañero tuyo llegara a sospechar que eres tú la chica que vio llegar a “La cabaña” y lo declarara a la policía, podrías negarlo. Hay muchos Renault Clío azules y él te vio bajar del coche y entrar en la casa desde lejos. La prueba es que no te ha reconocido.

—No, pero…

La interrumpió Noelia sin dejarla terminar.

—Como recordarás, los procesados no juran en el juicio decir la verdad y la Constitución permite que mientan y que inventen todo lo

que se les ocurra que les pueda favorecer, de modo que ya lo pensaríamos. Te repito que, aunque sea incomprensible, no dejaste huellas de tu visita ni te vio nadie que pueda asegurar sin género de duda que entraste en la casa.

Dejó escapar Diana un desalentado suspiro, pero casi inmediatamente se irguió en su butaca más animada.

—Tienes razón. Solo quería que supieras lo del espejito de mi bolso y que Flora se ha ido de la lengua esta mañana. Es una buenaza, aunque no siempre oportuna. Pero ya me marcho.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, desde donde se volvió hacia ella:

—Gracias por recibirme y… Te llamaré si hay alguna novedad.

En cuanto salió al pasillo y el sonido de sus pasos se fue alejando, guardó Noelia el bolígrafo en el cubilete y formó un montoncito con los papeles que tenía encima de la mesa. Iba a levantarse ya de su butaca, cuando oyó unos golpecitos en la puerta de su despacho y unos segundos después entró Flor, que desde el mismo umbral le dijo en tono regañón, como si ella fuera su madre y la titular del bufete una hija díscola:

—Tienes que marcharte ya a tu casa. La niña te estará esperando y tu marido también. Le he dado esta mañana una cita fuera de horario a esa cliente que se acaba de marchar, porque parecía estar muy angustiada, pero no lo volveré a hacer. A las siete tienes que poner punto final a tu jornada laboral para dedicarle las últimas horas de la tarde a tu hija.

—Sí, sí— admitió Noelia que lo había acordado así con los restantes miembros del despacho. Había hecho intención de levantarse, pero se dejó caer de nuevo en la butaca, cuando la secretaria avanzó unos pasos hacia ella y le preguntó:

—¿Y era grave lo que le pasaba a esa chica que se acaba de ir? Estaba ojerosa y con la cara desencajada cuando ha llegado y le he abierto la puerta, pero cuando hace un momento se ha despedido de mí parecía otra.

—Pues… — empezó a decirle ella—. De momento no lo es, pero se puede complicar su situación de un momento a otro. Firmaría yo porque el profesor que ha desaparecido se hubiera ido a Sudamérica solo o con otra, ¿pero y si no ha sido así y le encuentran los buzos de la Guardia Civil?

Terminó de recorrer Flor la distancia que las separaba y finalmente se sentó en la butaca que Diana había dejado libre para levantar la cabeza hacia ella con curiosidad.

—¿Qué pasaría entonces? — le preguntó.

—Que trasladarían el cuerpo al Instituto Anatómico Forense de Madrid y le practicarían a autopsia.

—Bueno, sí— rezongó la otra que había trabajado durante toda su vida en despachos de abogados y conocía sobradamente ese proceso —. Lo que quiero saber es qué consecuencias tendría para esa chica que a ese hombre le hubieran matado.

—No sabría decirte… aún— repuso Noelia pensativa—. Se encontró en el escenario del crimen por casualidad, pero el tribunal podría llegar a la conclusión contraria. Podría aparecer un testigo insospechado, por ejemplo, ese otro profesor que la vio desde su casa, o encontrar la Guardia Civil huellas suyas en la puerta de entrada o en el espejo que perdió. Serían pruebas indiciarias, pero suficientes para condenarla.

—Bueno sí, pero hoy por hoy no ha aparecido el cuerpo de ese hombre— se alegró Flor, pretendiendo animarla con esa optimista posibilidad— Y no sería raro que no apareciera nunca.

—Ojalá— musitó Noelia—. En ese caso sería más sencillo, porque probablemente sobreseerían la causa.

—Esperémoslo entonces.

Capítulo 11

Había oscurecido ya cuando Diana salió del despacho. En el mes de noviembre anochecía pronto y estaban ya encendidas las farolas cuando salió del portal. Recorrió el corto trecho de la calle Villanueva, y desembocó en la de Serrano, bulliciosa a esas horas, con la que el edificio de la oficina de la abogada hacía esquina. Todos los escaparates de las tiendas estaban iluminados y las aceras sumamente concurridas por los transeúntes que se detenían a contemplar los artículos de última moda que allí se exponían y por otros que simplemente paseaban, pero Diana sintió que alguien la seguía nada más haberse unido a la multitud, por lo que se volvió a mirar a su espalda.

Una pareja madura caminaba detrás de ella y algo más allá un grupo de jóvenes se reían a carcajadas ignorándola, pero sentía cercana su presencia, aunque no logró identificar a nadie conocido en los rostros de los que le pisaban los talones. Fue Marcial la primera persona que le vino a la cabeza, su silueta ocultándose entre la gente, y se reprochó a sí misma haber tenido la ocurrencia de ir a reunirse con él a la “La cabaña”, ignorando que era un vividor. Y si no era él el que la perseguía y estaba en el fondo del pantano, también tenía la

culpa del riesgo que corría en el presente de ser inculpada de su muerte.

Cruzaron esas ideas por su mente en un confuso e incoherente torbellino del que solamente logró entresacar que no sentía el menor deseo de volver a verle. Tenía que despistarle y que llegar cuanto antes a su casa y como la parada del autobús estaba cerca, echó a correr hacia ella, abriéndose paso entre los que le obstaculizaban el camino.

Creyó oír detrás la jadeante respiración de alguien que corría también y volvió nuevamente la cabeza, pero tampoco ahora reconoció al chico que iba en cabeza de un grupo numeroso, que fue disgregándose. No tendría más de dieciocho años, por lo que se preguntó si sería el que la llamaba a su móvil y no pronunciaba una sola palabra. Si era él no lo manifestó, porque sin mirarla apretó el paso y siguió de largo.

Tropezó después con dos hombres que venían de frente, que amablemente le dijeron que la cosa no tenía importancia cuando ella se excusó y luego con un operario que portaba una escalera, que dejó escapar un rosario de frases malsonantes. A empujones llegó a la parada y se sentó en el banco a esperar al autobús mirando recelosamente en todas direcciones. Notó entonces algo a su espalda que la hizo girar nerviosamente la cabeza, pero no, la que se acercaba era una señora que se ayudaba a caminar con un bastón y que se detuvo ante un escaparate de ropa femenina. Luego pasó por delante un joven que tiraba de un perro enorme y después cinco señoras que buscaban una cafetería en la que merendar. Por la acera caminaba un gentío, pero nadie que aparentemente se fijara en ella. ¿O sí?

Le distinguió de repente entre otro grupo que corría también hacia la parada en cuyo banco se hallaba sentada y parpadeó perpleja sin querer creer lo que veía, porque era la última persona de la que hubiera imaginado que pudiera estar vigilándola. Era Jaime Llorente. Fingió no haberla visto y se quedó de pie a pocos pasos, oteando el fondo de la calle como si estuviera esperando ver llegar el autobús, pero después bajó los ojos hacia el banco y cuando sus miradas se cruzaron esbozó un gesto de sorpresa, como si se debiera a la casualidad el que se hubieran encontrado allí, aunque desde su perspectiva era obvio que no había sido así.

—¡Ah!, ¿tú aquí? — tuvo la desfachatez de exclamar—. No sabía que vivieras en este barrio.

—No vivo en este barrio— replicó Diana esforzándose en responderle en tono normal, aunque le hubiera apetecido pedirle explicaciones de su conducta. ¿Y tú?

—No, yo tampoco. Vengo de la comisaría donde me habían citado esta tarde. Creo que te lo comenté esta mañana.

Se lo decía con expresión de absoluta sinceridad, pero no le creyó y analizó recelosamente su semblante, que, aunque algo enrojecido por la carrera, no denotaba nada. Ni que la hubiera estado siguiendo ni que se sintiera avergonzado por haber sido descubierto. Iba siempre a la facultad con un traje gris y una corbata, que solía ser bonita, sobre una camisa blanca, pero en ese momento llevaba una cazadora de piel de color castaño y un pantalón de esa tonalidad, aunque más oscura. Se fijó en lo revuelto que tenía el cabello y en que jadeaba ligeramente, lo que corroboró sus sospechas de que había venido corriendo detrás de ella.

¿Pero por qué?, se preguntó. ¿Sería por lo que había dicho Flora esa mañana sobre su coche? No le pareció oportuno dejarlo entrever y le preguntó con aire impersonal:

— ¿Y cómo te ha ido?

—Bien— replicó lacónicamente tomando asiento a su lado bajo el alero que lo protegía—. Me han preguntado lo de siempre y les he contestado lo mismo de siempre.

—¿Lo mismo?

—Sí, casi lo mismo, porque me han enseñado también un espejito de esos que las mujeres soléis llevar en el bolso por si tenía idea de a quién podía pertenecer, porque no es de Candela. Lo encontraron aquella tarde en la sala de estar de "La cabaña" debajo de un sillón, cuando estaba yo presente y negó ella que fuera suyo. Se lo llevaron esa tarde para analizar las posibles huellas.

Al oírselo decir, le pareció a Diana que se le había detenido el corazón de repente y que había echado a correr tumultuosamente después. A duras penas consiguió permanecer impasible al preguntarle:

—¿Y las han encontrado?

—No, me han dicho que estaban muy borrosas.

Estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de alivio, pero se contuvo a tiempo y con un esfuerzo consiguió sonreírle. Tenía que hacerle creer que no se había dado cuenta de que la había estado siguiendo y averiguar el motivo de que lo estuviera haciendo sin despertar sus sospechas, porque era la única persona que podía descubrirla. Supuso que se habría enterado de que tenía ella una cita con la abogada y que se había hecho el encontradizo. Que incluso su intención de tomar el mismo autobús no era más que un pretexto para sonsacarle algo sobre sobre la relación que había mantenido con Marcial, por lo que, decidida a averiguarlo, le preguntó con aire inocente:

—¿Y dónde está esa comisaría? ¿Por aquí cerca?

No aparentó él que se sintiera cogido en falta, sino que, por el contrario, lo único que expresó fue fastidio.

—Como a diez manzanas, en la calle Príncipe de Asturias, pero por las tardes trabajo en mi despacho y como hoy había cancelado mi secretaria todas mis visitas y ya estaba en la calle, he venido andando a comprarme un jersey en un tienda de la calle de Serrano. Un jersey gordo, porque en mi casa de la sierra hace un frío que pela. Tiene calefacción, pero tarda más de un día en calentarse,

—¿Vas a menudo?

—Sí, los fines de semana.

Desvió Diana la mirada hasta sus manos buscando el paquete de la prenda a la que había aludido, pero no llevaba nada y se las señaló.

—¿Y no lo has comprado?

—No, no tenían mi talla.

—Pues vaya por Dios, te has dado un paseo en balde.

Se encogió de hombros él como quitándole importancia.

—Sí, pero tenía ganas de dar un paseo para desahogar mi malhumor Estoy cansado de este asunto y de repetirle lo mismo a la policía. No sé lo que le pudo pasar a Marcial, no tengo la menor idea, y porque me citen para repetirme que haga memoria y que trate de precisarles cualquier detalle por insignificante que me parezca, no voy a poder decirles nada más.

—Claro, claro, deberían dejarte en paz.

—También Candela me asedia con las mismas preguntas— siguió diciéndole con el ceño fruncido—. Y no solo ella. También el decano, los compañeros y sobre todo Flora. Se llevaba muy bien con Marcial y en cuanto me ve por un pasillo me insiste en que le diga lo que vi y si que creo que puede estar vivo, como si por tener una casa en la montaña, más arriba que la de él, supiera lo que pasó en la suya.

—¿No llegaste a verle?

—¿Esa tarde? No. Creo haberte dicho ya que cuando llegué yo, ya estaba su coche estacionado delante de “La cabaña”. También me lo ha preguntado Flora varias veces esta mañana.

Le extrañó a Diana el interés que al parecer le había manifestado esta última, porque con ella siempre se había referido a Marcial desdeñosamente, censurándole su faceta de faldero.

—¿Y dices que Flora y Marcial eran muy amigos?

Fue Jaime a contestarle, pero lo pensó mejor y se mordió los labios. Luego replicó en tono ligero:

—Bueno, ya sabes. Él se llevaba bien con todas las mujeres, aunque no fueran jóvenes ni muy agraciadas. Es lo que he oído, porque llevo menos tiempo en la facultad que tú, así que no me hagas mucho caso.

Le dio la impresión de que le estaba dando a entender que también había hecho a Flora objeto de sus atenciones y rememoró las ocasiones en las que hablando con ella se había referido a Marcial de

una forma claramente reprobatoria. ¿Sería posible que se sintiera despechada por su conducta? Nunca lo hubiera imaginado, pero notó la mirada de él fija en su rostro y no quiso dejar traslucir lo que estaba pensando, por lo que trató de desviar la conversación.

—¿Y ha descubierto la policía algo nuevo? — le preguntó.

Asintió Jaime, aunque sin darle importancia.

—Sí, el móvil de Marcial en la oquedad de una roca de la montaña por la que se precipitó su coche. Debía llevarlo en el bolsillo y en una vuelta de campana de su deportivo saldría despedido por una ventanilla. Están analizando ahora su contenido.

Transcurrieron unos segundos antes de que apreciara ella la importancia de lo que acababa de decirle. Lo oyó sin concretar su alcance, aunque inmediatamente después le pareció que se le detenía de golpe el corazón. El móvil de él podía dar al traste con su libertad. Había sido en la puerta de la facultad cuando aquel viernes había recibido un mensaje de él recordándole su cita. Lo habían convenido en el pasillo por el que se accedía a su aula, pero no había tenido tiempo él de precisarle su situación. A ese mensaje le adjuntaba un plano especificándosela para que pudiera encontrarla y no se perdiera. Si no lo había eliminado Marcial, la policía detectaría que había sido con ella con la que había quedado en su casa y deduciría asimismo que era la autora de su muerte.

Inspiró hondo para conseguir asimilarlo. Se dijo que Marcial lo habría borrado para que no lo viera Candela, ¿pero y si no había sido así? Tenía entendido además que en los móviles, lo mismo que en los ordenadores, quedaba el historial de lo que se había suprimido y que la policía podía recuperarlo con lo que no tardaría en detenerla.

Notó que Jaime se la había quedado mirando con extrañeza.

—¿Te pasa algo? — le preguntó—. Me da la impresión de que te encuentras mal.

—No, estoy bien— mintió—. Es solo que me estaba preguntando qué constancia habrá dejado Marcial en su móvil de sus líos de faldas. Imagino que habrá ido eliminando los mensajes que enviara a sus chicas y los que recibiera de estas para que Candela no se enterara.

Esbozó él un gesto displicente.

—Debería de haberlo hecho, si, pero me temo que no tomó esa precaución, porque el agente que me ha tomado declaración ha mascullado algo entre dientes.

—¿Algo como qué?

—Como que Marcial era un don Juan. Supongo que lo habrá averiguado por los mensajes que hayan ido recuperando.

—¿Incluso lo que hubiera eliminado?

—Sí, claro.

—¿Y te ha dicho el agente si por esos mensajes han averiguado

algo de interés? — inquirió con la garganta seca.

—Ha farfullado algo así como que tenían una nueva pista y que volverían a llamarme para que la confirmara, pero no me ha aclarado a qué se refería— repuso con gesto de cansancio— Pero vamos a dejar ese tema que me tiene muy aburrido y dime, ¿Dónde vives?

—En la calle Santa Engracia, enfrente de la plaza de Chamberí. ¿Y tú?

—En la de Eduardo Dato, no muy lejos de la tuya. Podría recogerte con el coche los días en los que los dos tengamos clase a primera hora.

Se había equivocado entonces al imaginar que había tomado el mismo autobús como una excusa para poder indagar lo que le interesaba, se dijo Diana. Le miró con nuevos ojos y su propuesta le pareció una idea magnífica. No tendría así que tomar dos autobuses ni levantarse al alba para llegar a tiempo, porque lo que evidentemente no podía hacer era ir conduciendo su propio automóvil, no al menos hasta que apareciera Marcial o la policía descubriese al verdadero culpable.

—Pues sí, te lo agradecería— repuso—. Soy dormilona y me cuesta levantarme cuando aún no ha amanecido. Cuando alquilé el piso en el que vivo, a mediados de agosto, no me había surgido aún la oportunidad de dar clase en la facultad y no pensé por esa razón en que me quedaba muy lejos. De otro modo hubiera buscado otro menos céntrico. Lo alquilé cuando… bueno, cuando terminé con Saúl. Es muy pequeño, pero muy confortable. ¿Y el tuyo?

—El mío también lo es. Ya te dije que tengo un perro y entre los dos hemos conseguido que se parezca a una galguera, pero estamos muy gusto porque no tenemos a nadie que nos riña.

—¿Te refieres a ninguna mujer?

—Sí, claro.

Pensó que no debía preguntárselo, pero no lo pudo evitar.

—¿Vivías antes con una que te reñía?

—Sí. No le gustaban los animales y no soportaba al perro.

—¿Y tuvo la ocurrencia de darte a elegir entre el perro y ella?

Se echó él a reír con ganas.

—Algo así, pero conste que ya lo había decidido antes, y no solo por el perro. Tenía un carácter horrible. No le gustaba tampoco la sierra ni el pantano y en los últimos tiempos me marchaba yo solo a la casa de la montaña los fines de semana. Descubrí que estaba mucho más a gusto allí solo que con ella.

—¿Y se lo dijiste?

No le contestó. Llegaba en ese instante el autobús a la parada y se subieron los dos a él, a la par que un grupo de desconocidos, pero tuvieron la suerte de hallar dos asientos contiguos, en los que se dejaron caer con un suspiro de satisfacción. Le repitió Diana la

pregunta y él se volvió a reír.

—Se lo di a entender, sí. Supongo que lo mismo harías tú con el hombre con el que te vi en el restaurante.

Rememoró Diana el momento en el que rompió con Saúl. Había sido un sábado en el que había pasado él la mañana encerrado en el despacho del piso que compartían y en el que después, mientras comían. le había sugerido ella algo que le había irritado profundamente.

—Lo mío fue peor— repuso.

—¿Por qué fue peor?

—Porque me llamó frívola y superficial cuando le propuse salir e ir a un cine o a un teatro. Me miró reprobadoramente como si hubiera tenido una ocurrencia y me regañó luego como si, pese a mis treinta y tres años, fuera una colegiala estúpida. Incluso frunció el ceño buscando nuevos epítetos que me cuadraran, pero no esperé a que terminara de localizar en su insigne cerebro los más idóneos. Le dije que estaba harta de él. Harta del todo, absolutamente harta, y lo sorprendente fue que no trató de justificarse. No llegó a reconocer que también él estaba harto de mí, pero cuando le dije que me marchaba esa misma tarde, lo aprobó. Me fui a casa de una amiga, hasta que encontré el piso en el que vivo ahora. Y no le he echado de menos.

La observó en silencio durante unos segundos con sus perspicaces ojos castaños y luego objetó irónicamente:

—Pues no me dio la impresión anoche de que le cansaras ni de que te encontrara soporífera y mucho menos de que no pretendiera arreglar las cosas. Puede que haya recapacitado, lo que no sería extraño.

—Es posible, sí— admitió Diana, incómoda tras recibir lo que le había sonado como un halago—. Habrá comprobado que no es fácil encontrar una oyente como yo, pero por mi parte no necesito recapacitar. Me encuentro muy a gusto sola.

Se quedó callado Jaime. Parecía darle vueltas a algo en la mente que se le resistía y que no acababa de entender. Incluso la pareció cuando giró la cabeza hacia ella que le costaba encontrar las palabras. Brillaba en sus ojos una lucecita extraña cuando le dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué clase de pregunta? — inquirió removiéndose inquieta en su asiento.

—Una bastante indiscreta.

Dejó escapar Diana una risita falsa.

—Preguntar, puedes preguntar, pero no puedo asegurarte que te conteste.

—Y si lo haces, ¿me dirás la verdad?

Sintió una punzada de alarma y fingió tomárselo a broma.

—Pues… dependerá de que en qué consista lo que quieres saber. No suelo mentir, pero como todo el mundo, defiendo mis intimidades.

Asintió Jaime y bajó la mirada hacia sus manos, que cruzó y descruzó un par de veces.

—Verás, es que la gente es muy chismosa y he oído comentar…

—¿Te refieres al personal de la facultad?

—Sí y concretamente a una alumna que no pierde ocasión de intentar entablar conversación conmigo y a la que no debes caerle muy bien.

—¿Te refieres a Sara?

—Da igual como se llame. Lo que quiero saber es muy sencillo. ¿Tuviste algo que ver con Marcial cuando le conociste en la facultad?

Se quedó Diana inmóvil, con la sensación de que su ritmo cardíaco se lanzaba a una desenfrenada carrera.

—¿Yo? — logró pronunciar con la garganta seca.

—Sí, esa chica me ha comentado que oyó a Marcial citarte esa tarde en la cabaña y… cuando oí a Flora decir que tú tenías un Clío azul, pensé que podías haber sido tú la que vi salir de un coche de ese color aquella tarde.

Como un relámpago atravesaron por la mente de ella esos instantes. Se vio a sí misma caminando por la pedregosa explanada en la que se ubicaba la construcción de madera donde creía que él la esperaba y aspiró el aroma de los pinos cuando subió los escalones por los que se accedía a la veranda. Allí se había detenido unos segundos a contemplar aquel entorno tan hermoso sin imaginar, ni por lo más remoto, lo que iba a encontrar dentro de la casa. Pero tenía que negarlo. Jaime era la única persona que podía testificar en su contra y no podía arriesgarse a que se sintiera obligado a decir la verdad.

—¿Yo? — repitió con fingida ligereza—. Claro que no. No me gustan los ligones ni me siento todavía en condiciones de iniciar una nueva relación. Necesito tiempo para poder interesarme por otro y en ningún caso ese otro sería un hombre como Marcial.

Le pareció que se sentía él más aliviado.

—Me alegro. Me ha preguntado el agente si sabía de algún miembro del personal de la facultad que tuviera un coche azul de las características que describí en mi primera declaración.

—¿Y qué le has contestado?

—Que no.

Se arrellanó Diana en el asiento y desvió los ojos hacia la ventanilla. Atravesaba el autobús en ese instante la plaza de La Cibeles, iluminada por miles de luces que brillaban en la noche, y contempló abstraída los chorros de agua que los leones de la fuente dejaban escapar. Luego giró la cabeza hacia él.

—Gracias— le dijo—. Gracias por haber evitado que me den la lata a mí también.

Capítulo 12

El día siguiente se dirigió a la facultad por sus propios medios, ya que no coincidía su horario con el de Jaime, y al entrar en el inmenso vestíbulo se encontró con Teresa, una chica de una edad aproximada a la suya. Vestía una falda tableada que le estaba grande y un jersey una talla mayor de la que le correspondía, lo que unido a que no se pintaba en absoluto le confería un aspecto poco o nada atrayente. Era la secretaria del decano y no solía salir de su despacho, sito en la planta baja, por lo que Diana había hablado con ella solamente lo imprescindible y siempre sobre temas relativos a la facultad. En esa ocasión sin embargo fue la otra la que se le acercó y la que la animó a retirarse con ella hacia un rincón del vestíbulo apartado de los estudiantes que se aglomeraban ruidosamente por la estancia.

—Han llamado hace unos minutos preguntando por tí — le susurró al oído.

—¿Quién?

Le hizo Teresa una seña de que hablara bajo y se inclinó hacia su oído para decirle:

—La policía. Un agente de la brigada de homicidios y desaparecidos. Quería saber si había aquí una chica que se llamara Diana Lagos.

— ¿Y qué les has dicho?

—Que sí, que eras una profesora de segundo curso y que esta mañana terminarías tu jornada laboral a las doce y media. Supongo que querrán preguntarte algo sobre Marcial, ya que os llevabais muy bien.

Consiguió Diana que asomara a su semblante la extrañeza que debía dejar traslucir y protestó:

—¿Marcial y yo? Le conocí muy poco. Me gastaba bromas cuando me veía porque me consideraba una persona demasiado formal para mi edad y en alguna ocasión me dio consejos sobre cómo manejar a mis alumnos, porque los primeros días me lo hicieron pasar mal, pero eso es todo.

—¿Y nunca se pasó de la raya? — inquirió Teresa observándola con curiosidad.

—No, claro que no.

—Pues has debido ser la única que ha tenido esa suerte.

Analizó Diana el anodino semblante de la secretaria y el cabello liso y sin brillo que lo enmarcaba y se preguntó si también ella habría formado parte de su cohorte femenina. Le pareció imposible que Marcial hubiera perdido el tiempo en galantearla, pero después de haber sabido por Jaime que había hecho también objeto de sus atenciones a Flora, que le sacaba bastantes años a Teresa, se dijo que era más que probable y le preguntó:

—¿Contigo también se extralimitó?

Esbozó la otra un gesto como si le escandalizara su pregunta.

—No, claro que no, porque no se lo permití.

—Pero lo intentó— afirmó ella más que lo preguntó.

No le contestó Teresa. Se limitó a encogerse de hombros y Diana trató de averiguar hasta qué punto era cierto lo que le había comentado Jaime sobre la otra profesora.

—Pero con Flora sí, ¿verdad? — se aventuró a inquirir.

Lo admitió Teresa, aunque con cierta reticencia.

—Bueno, no sé hasta donde llegó la cosa, porque ella conocía a Candela. Puede que él le hiciera creer que le interesaba o simplemente le dedicó algún que otro piropo, pero si fue así, se ganó a pulso lo que le pasó. Si es que le pasó— añadió vacilante.

—¿Quieres decir…?

Se mordió los labios Teresa temiendo haber hablado de más.

—No me hagas caso, porque no lo sé, aunque es lo que opina todo el mundo.

—¿Que se lo cargó una de sus chicas cuando se dio cuenta de que era una más en su harén?

—Sí, ¿no te parece a ti lo más probable? Uno de estos días le encontrará la Guardia Civil en el fondo del pantano y todas las que con uno u otro puesto trabajamos aquí estaremos bajo sospecha.

—¿Tú crees? — articuló a duras penas Diana, imaginando como la sacaban esposada del edificio ante la expectación general.

—Sí, ya lo verás. Nos llamarán a la comisaría a declarar, nos preguntarán donde estuvimos esa tarde y qué coche tenemos. Nos tomarán las huellas dactilares y las contrastarán con las que han ido tomando y…

—¿Es que han encontrado huellas en su casa del pantano? — la interrumpió Diana sobresaltada.

—Sí, claro, ¿es que no oyes las noticias? En el pomo de la puerta de entrada, aunque no saben aún si pueden pertenecer al que le mató o a algún amigo que hubiera ido a visitarle recientemente, ¿comprendes?

—Sí, claro, ¿pero por qué das por hecho que ha muerto?

—¿Y qué otra cosa cabe creer? — inquirió Teresa con gesto de

sabueso listo—. Ese hombre tentó a la suerte y no midió las consecuencias. En cierto modo tuvo lo que se merecía— concluyó con los ojos brillantes.

Parecía alegrarse de que su final hubiera sido ese, de lo que dedujo Diana que también ella había interpretado demasiado optimistamente sus galanteos, pero lo preocupante era lo que lo que le había comunicado al inicio de la conversación que mantenían sobre la llamada de la policía que había recibido, por lo que insistió sobre ese tema.

—¿Y te han dicho los agentes, cuando has hablado con ellos y han preguntado por mí, qué es lo que querían?

Hizo la otra un gesto de ignorancia levantando ambas manos.

—Supongo que vendrán a buscarte a las doce y media y te pedirán que les acompañes a la comisaría donde te preguntarán qué sabes de él y qué imaginas que pudo pasarle. También a Jaime Llorente le citaron ayer con esa finalidad y, creo, cómo te he dicho, que nos harán desfilar uno por uno hasta que encuentren al culpable.

—¿De qué? — la rebatió Diana, aunque con escasa convicción—. Puede que no haya muerto y que se haya fugado para empezar su vida en otra parte.

Vio en los ojos de la secretaria la lucecita de astucia que se encendió en el fondo de sus pupilas.

—¿Para librarse así de las deudas que le ha dejado a Candela? Tengo entendido que ya no se va a la cárcel por ese motivo— manifestó con suficiencia—. ¿No es así?

—Sí que lo es, pero el deudor responde de por vida con todos sus bienes presentes y futuros. En otro país podría empezar de cero.

Debió considerarlo la otra y encontrarlo más que posible, porque permaneció durante unos segundos con la cabeza baja y, cuando la levantó y sus miradas se enfrentaron, sonreía con el aire de sagacidad del que ha dado con la solución del problema.

—Tienes razón, el muy cerdo se habrá largado para no tener que responder ante la entidad bancaria y le habrá dejado el muerto a Candela. La verdad es que la compadezco.

—Y yo— corroboró Diana, haciendo intención de despedirse—. Y perdona, pero tengo que irme a dar mi clase.

—Sí, pero mañana me cuentas lo que quería la policía, ¿eh? Imagino que te estarán esperando a la puerta de la facultad.

También se lo temía Diana y antes de entrar en el aula llamó a Noelia por el móvil, pero la secretaria le dijo que en esos momentos se encontraba en un juzgado y que no podría atenderla hasta primeras horas de la tarde, lo que acabó de atirantarle los nervios. Perdió el hilo varias veces mientras les explicaba a sus alumnos las diversas clases de adopción y consultó otras tantas su reloj de pulsera que

parecía avanzar con más lentitud de la acostumbrada. Los minutos se desgranaban lentos, aunque paradójicamente con una velocidad mayor de la que hubiera deseado, pese a que esa mañana los estudiantes la escucharon con atención y se portaron mejor de lo que tenían por costumbre. Quizás intuyeran la ansiedad que estaba padeciendo, porque en las preguntas que le fueron formulando no se contenía el menor asomo de sarcasmo ni de falta de respeto, sino al contrario. Se hubieran podido calificar de modélicas y sintió Diana por primera vez que se había establecido un nexo de simpatía entre los jóvenes y ella. En otra ocasión cualquiera lo habría apreciado en toda su valía, pero ese día sintió tan solo alivio cuando la clase finalizó, unido a la incertidumbre por lo que vendría a continuación.

No había visto esa mañana a ninguno de los profesores con los que mantenía alguna relación, por lo que no pudo comentarles lo que le había dicho Teresa para que minimizaran su importancia y la animaran. Jaime lo habría hecho y Fabián también. De Flora no podía esperar lo mismo, porque no era precisamente optimista y solía disfrutar augurando males futuros, que en esa ocasión y desafortunadamente eran presentes. Aún se demoró unos instantes en el pasillo para volver a llamar al despacho de la abogada y cuando recibió la misma contestación se encaminó cabizbaja hacia la sala de profesores, donde recogió su abrigo y su bolso y sin apresurarse se dirigió hacia el vestíbulo.

Estacionado enfrente de la puerta vio el coche de la policía, del que salieron dos agentes uniformados que se dirigieron a su encuentro. Eran los dos de mediana edad, uno perfectamente afeitado y el otro con una barba negra que le ocultaba medio rostro. Fue este el que se le dirigió:

—¿Doña Diana Lagos?

—Sí, soy yo.

—¿Quiere acompañarnos a la comisaría, por favor? Tenemos que hacerle unas preguntas.

Se resistió ella a seguirles, alegando su derecho a que la asistiera en su declaración un abogado en ejercicio, pero el de la barba le aclaró que no lo necesitaba.

—No está usted detenida, solo queremos puntualizar unos hechos sobre don Marcial de la Prada que puedan aclararnos el motivo de su desaparición, si es que lo fue.

Les siguió Diana hasta el automóvil donde ocupó el asiento posterior y durante el trayecto fue hilando en su mente los consejos que le había dado Diana la tarde anterior sobre lo que debería declarar en el caso de que hubieran encontrado algún dato que la inculpara. Le había recomendado que negara que hubiera estado aquella tarde en “La cabaña” y fue lo que hizo cuando la hicieron

pasar a una sala sin ventanas donde un agente que no conocía y que parecía ostentar mayor rango le fue haciendo las preguntas que, unidas a sus respuestas, fue escribiendo otro agente en un ordenador.

—Soy inspector y mi apellido es Peláez — le dijo amablemente—. ¿De qué conocía usted a don Marcial de la Prada? — inquirió —. ¿Eran amigos?

—No, compañeros solamente. A veces me lo encontraba por los pasillos de la facultad. Él daba clase a los alumnos de tercer curso y yo a los de segundo, por lo que podría decir que nuestra relación era inexistente. Coincidíamos a veces en el mismo edificio, pero eso era todo.

Asintió el agente observándola con atención como si estuviera evaluando la sinceridad de sus palabras.

—¿Solamente eso?

—Sí, nada más.

—¿No quedaron nunca en realizar ninguna actividad fuera del centro?

—No, claro que no. Tengo entendido que él era un profesor que llevaba años dando clase en la universidad Fray Luis de León, pero yo había comenzado a hacerlo a primeros del mes de septiembre último, dos meses antes de que desapareciera, por lo que no puedo decirles mucho sobre él.

Le pareció que el agente que la interrogaba aprobaba sus palabras, pero debía ser una añagaza, porque seguidamente cambió de actitud y adoptó otro tono más perentorio al inclinarse hacia ella sobre la mesa para decirle:

—No obstante y aunque solo se conocían de vista, la citó, precisamente el día en que desapareció, para verse esa misma tarde en una casa que poseía en la sierra de Madrid. ¿No fue así?

—Bueno… sí, pero…

—Lo hemos constatado por su móvil, en el que le envió ese mensaje adjuntándole un plano del lugar en el que se hallaba esa casa. ¿Puede entregarme el suyo?

Vaciló Diana mientras se preguntaba si habría tomado ella la precaución de borrar ese mensaje después de lo que había sucedido. Llegó a la conclusión de que no lo había hecho, pero no se le ocurrió cómo podría negarse a hacer lo que le pedía, por lo que lo buscó en su bolso y luego se lo alargó por encima de la mesa.

No tardó él más de unos segundos en hallar lo que buscaba, porque la observó a continuación con una expresión muy diferente, que traslucía una clara sospecha.

—Así que, aunque ustedes apenas se conocían, se citaron en la casa de él esa tarde que era viernes. ¿Qué planes tenían ustedes dos? ¿Pasar allí el fin de semana?

—Claro que no— replicó Diana con la garganta seca—. El profesor de la Prada alardeaba mucho del maravilloso entorno en el que estaba enclavada esa vivienda. Lo hacía a diario y me animó a que fuera a visitarle esa tarde para mostrármelo y pudiera constatar que era difícil encontrar otro lugar más bonito. Incluso me envió un plano con la situación en la que se hallaba, pero no fui.

—¿No fue usted?

—No, claro que no. Esa proposición no me la hizo solamente a mí. Se la hizo a la mayor parte del personal femenino de la facultad en distintas ocasiones y yo no pertenezco al sector de mujeres que mantienen relaciones más o menos equívocas con hombres que están casados.

—Pero el profesor de la Prada no lo estaba — arguyó él.

—No, pero estaba emparejado, que a esos efectos es lo mismo.

Tabaleó él con un bolígrafo encima de la mesa siguiendo sus movimientos con la mirada, que levantó luego para clavarla inquisitivamente en ella.

—Así que dice que no fue a esa casa.

—Eso es.

—¿Está segura?

—Sí, claro.

—¿Está segura de que no ha ido nunca?

—Desde luego.

Sonrió ahora él, pero no con una sonrisa amistosa. Era más bien la del gato que se relame cuando va a comerse a un ratón al que mantiene acorralado.

—¿Sabe usted lo que es el fichero ADDNIFIL de datos biométricos?

Negó Diana con la cabeza.

—No, ¿qué es?

—El registro de las huellas contenidas en el DNI de los españoles. Podemos cotejar las suyas con las obtenidas en esa casa, así que será mejor que me diga la verdad.

Temió Diana que asomara a su semblante el sobresalto que experimentó. Intentó tragar luego la bola de algodón que se le había formado en la garganta y con un esfuerzo que atirantó todos los músculos de su rostro hizo un gesto desdeñoso.

—¿Me está acusando de algo? — protestó airada—. Si es así, será mejor que me lo aclare, porque en ese caso no diré una sola palabra más sin la presencia de un abogado. No sé dónde está el profesor de la Prada, ni si está vivo o si falleció en el accidente que sufrió con su coche y como estoy segura de que usted tampoco lo sabe, no se me alcanza de qué delito pretende inculparme.

La sonrisa desapareció como por encanto del semblante de él, que adoptó una expresión adusta.

—No la estamos acusando de nada… todavía, pero si encontramos su cuerpo con señales de que no ha muerto a resultas de ese accidente, la volveremos a llamar y esa vez sí que tendrá que contar con la asistencia de un abogado. Porque nos consta que estuvo usted en la casa que él llamaba "La cabaña" esa tarde. ¿Tiene usted o no tiene un Renault Clío azul claro?

Hizo ella un nuevo esfuerzo por continuar impasible y replicó:

—Sí, ¿y qué? Hay cientos de modelos como el mío y multitud de chicas que los poseen.

Volvió a sonreír él, satisfecho de haberla pillado en un renuncio.

—¿Y cómo sabe que es una chica la propietaria de ese automóvil?

Apresuradamente trató de recordar Diana la literalidad de las noticias de las que a ese respeto había informado la televisión. No estaba muy segura de lo que había oído, pero decidió arriesgarse.

—Porque lo comunicaron así los informativos que vi— repuso aparentando una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

La observó atentamente con aire desdeñoso.

—Me parece que no, pero puede marcharse en cuanto firme su declaración. Tenga presente lo que le he dicho y vaya buscando un abogado que la defienda para el caso de que aparezca el cuerpo de ese profesor con señales de violencia. Es un consejo.

Alargó Diana la mano para que le devolviera su móvil, pero él hizo un gesto negativo.

—No, necesitamos analizar su contenido.

—Pero es que… — intentó ella protestar.

—No se preocupe. Se lo devolveremos sano y salvo… en su momento.

Capítulo 13

El cielo estaba despejado cuando salió de la comisaría. Un sol pálido caldeaba la calle, pero le produjo a Diana la impresión de que el panorama que se cernía sobre ella no podía ser más sombrío. Incluso cuando al alejarse unos metros hizo intención de llamar nuevamente a Noelia, y se dio cuenta de que no podía hacerlo porque el policía se había quedado con su móvil, se sintió huérfana, aislada en la gran ciudad que era Madrid y sin poder contactar con la abogada, cuya ayuda necesitaba urgentemente. Ya no existían las cabinas telefónicas, que habían devenido innecesarias tras el maravilloso invento de aquel aparato que servía para todo y que en ese instante echó acuciantemente de menos. Intentó animarse diciéndose que hablaría con ella en cuanto llegara a su casa y que no debería permitir que las veladas amenazas del agente que la había interrogado la desmoralizasen. Sin el cuerpo del delito no había constancia de que se hubiera cometido un crimen, por lo que de momento no podían acusarla de haber sido la autora.

Llegó a la parada del metro y mientras bajaba los escalones se preguntó si le bastaría a la policía y luego al tribunal para considerarla culpable con identificar sus huellas en el pomo de la puerta de “La cabaña”. Reflexionando sobre esa posibilidad recorrió los largos pasillos que conducían al andén y cuando tomó el tren y se acomodó junto a una ventanilla estuvo reproduciendo en su mente ese instante y se preguntó por qué habría hecho esa tontería. La puerta estaba entreabierta y le hubiera bastado con empujarla, pero en ningún momento había pasado por su cabeza que pudiera encontrarse dentro con lo que se encontró ni esa mañana se le había ocurrido tampoco que mediante el fichero del que le había hablado el policía pudiera este constatar que le había mentido al negar que había estado en la casa de Marcial aquel fatídico viernes.

Fue al salir del suburbano, en la calle Santa Engracia, cuando notó por primera vez que alguien la seguía y se giró sobresaltada sobre sí misma. A esas horas del mediodía la calle se extendía soleada y aparentemente inocua hasta la Glorieta del pintor Sorolla sin el tráfico ensordecedor que la caracterizaba y con tan solo algún que otro transeúnte deambulando por sus aceras, pero, aunque no reconoció a ninguno de los que caminaban a su espalda, lo sintió tan certeramente como si le rozara por detrás y fuera acortando esa distancia conforme la perseguía.

Disimuladamente apretó el paso hasta que llegó al portal del edificio en el que vivía. No estaba el portero y se encontraba a media luz y silencioso, pero no se sintió a salvo hasta que el ascensor la dejó

en la quinta planta y entró precipitadamente en su piso.

No se escuchaba el menor sonido en el pequeño pasillo que hacía las veces de vestíbulo, pero notó algo extraño nada más cerrar la puerta de entrada y darse la vuelta. La consola de transparente metacrilato, adosada a la pared, estaba tal y como la había dejado esa mañana al salir para la facultad de derecho. Sobre ella pendía un espejo en el que se había echado a sí misma una última ojeada antes de marcharse y junto al taquillón había una butaca que continuaba estando en el mismo sitio. ¿Qué era entonces lo que notaba diferente?

Se dio cuenta de pronto. Había comprado un par de días antes un ramo de rosas que en un jarrón había colocado sobre la consola. Las había olido al pasar por su lado y había contemplado luego desde la puerta como alegraba la estancia y cómo el aroma que desprendía coadyuvaba a crear una impresión hogareña en su vivienda. Ahora una de esas rosas estaba en el suelo y alguien la había pisado, porque estaba aplastada y mustia contra el pavimento de parqué.

La recogió con una mano que temblaba, preguntándose si no habría echado la llave al salir. A veces, cuando tenía prisa, lo olvidaba y esa mañana se había arreglado con el tiempo justo. ¿Estaría todavía el intruso dentro de su piso?

Se quedó inmóvil aguzando el oído, pero el silencio era absoluto. Aun así no se atrevió a dar ni un solo paso antes de extraer de su bolso el spray de pimienta que llevaba siempre en previsión de algún encuentro desagradable y con él en la mano avanzó hacia el salón. Entreabrió la puerta y por la rendija atisbó su interior. Estaba como siempre, con el sofá bajo la ventana del fondo, la mesita delante de él con unas revistas encima, la librería con el aparato de televisión enfrente y una mesa redonda, con seis sillas en derredor en el rincón opuesto. El sol entraba a raudales por esa ventana iluminando la habitación que estaba desierta, por lo que se animó a acabar de abrir la puerta y a avanzar unos pasos dentro.

Se giró en redondo sobre sí misma sin encontrar nada anómalo, hasta que se fijó en las sillas. Una estaba fuera de su sitio, como si alguien que se hubiera sentado en ella no la hubiera vuelto luego a colocar en su lugar, por lo que levantó la mano en la que tenía el spray y aguardó con la frente perlada de sudor.

En los segundos que siguieron no oyó ningún sonido extraño. La vecina del apartamento contiguo era una joven aficionada a la música cubana y la escuchaba a todo trapo, pero no debía de estar en su piso porque tan solo su propia respiración rompía aquel silencio tan denso que parecía oírse. De puntillas, salió nuevamente al pasillo y recorrió el resto de la casa. Quienquiera que hubiera estado antes allí se había marchado ya y aparentemente no se había llevado nada, pero, angustiada, echó a correr hacia la puerta de entrada y le echó el

cerrojo, antes de dirigirse a toda prisa hacia el salón, donde tenía el aparato fijo del teléfono. Se peguntó si debería llamar a la policía, pero desistió en el acto. Lo probable era que no la creyera y que encima le registrara su casa. No, lo que tenía que hacer era llamar al despacho de Noelia.

La impersonal voz de la secretaria estuvo a punto de ponerla histérica, cuando la informó de que la aludida no había regresado todavía y que había llamado para advertirle que se demoraría, ya que la Vista del juicio se prolongaría durante toda la tarde.

—Pero es que necesito hablar con ella con urgencia— casi le gritó Diana—. Es muy importante y no puedo esperar.

—Podría recibirla mientras tanto otra abogada, compañera suya— le sugirió la secretaria sin alterarse.

No le gustó la solución que le daba, pero como era mejor que nada, aceptó.

—Vale, ¿a qué hora?

—¿Le viene bien a las cinco?

—Sí, sí. ¿Y cuando llegue doña Noelia me pasará con ella?

—Se lo diré. Tiene a otros clientes citados, pero ya les he avisado de que probablemente no podrá venir esta tarde.

Cortaron al mismo tiempo la comunicación y Diana se pasó una mano por la melena, atusándosela, como si con ese gesto quisiera poner en orden sus ideas. Recordó luego que no había comido, pero como no se sentía capaz de ingerir nada se preparó una taza de café con leche y con un par de bollos en la mano se encaminó hacia la mesa redonda del salón. Paradójicamente se sintió mejor después de tomar un par de sorbos e incluso evocó con cierto humorismo la imagen del policía que la había interrogado y que se había quedado con su móvil. Se preguntó qué pensaría en el caso de que recibiera la silenciosa llamada del desconocido que no pronunciaba una sola palabra cuando ella la atendía y, pese a la ansiedad que experimentaba, se echó a reír nerviosamente imaginándolo. Quizás investigara su identidad, lo que sería una suerte, ya que disponía de medios para averiguarlo y se lo haría saber en cuanto lo supiera, lo que le supondría un alivio. Hasta debería alegrarse de que se lo hubiera confiscado temporalmente.

Lo meditó después tumbada en el sofá y se reafirmó en ese punto de vista. Porque… ¿Y si su mudo interlocutor era Marcial? En ese caso se acabarían todos sus problemas, ya que si él estaba vivo no podrían acusarla de asesinato y el hecho de haber acudido a su cita no constituía ningún delito. Como mucho pensaría de ella el policía que era una chica tonta, ya que se había hecho ya una idea él de la fama de conquistador que tenía Marcial.

Pero lo sabría toda la facultad. Imaginó la severa expresión de

Flora al enterarse y enrojeció. Además de mentirosa, la consideraría ligera de cascos, capaz de liarse con un hombre que tenía una relación seria con otra.

¿Y Jaime?, ¿qué pensaría de ella?, se preguntó después. También se quedaría mirándola sorprendido y probablemente decepcionado, y lamentó esto último más de lo que había imaginado que pudiera importarle.

Y todos en la facultad de derecho lo comentarían, siguió diciéndose, incluyendo al decano y a sus alumnos, que se pitorrearían en cuanto se diera la vuelta hacia la pizarra. Volverían a silbarle admirativamente y a lanzarle aviones de papel a la espalda, como antes de que se hubiera ganado su respeto y no se sentía con fuerzas para soportarlo. Tendría que buscar otro trabajo y olvidarse de la docencia. Casi echó de menos en ese momento la aburrida etapa de su vida con Saúl y sus interminables y sesudos monólogos, aunque inmediatamente reaccionó negándoselo a sí misma. No, aún no estaba todo perdido y tenía que buscar la forma de solucionarlo.

Se puso en pie de un salto y se dirigió al despacho de Noelia antes de la hora en la que la había citado la secretaría, por lo que tuvo que aguardar en la sala de espera un buen rato con otras personas que parecían estar tan inquietas como ella, pero al fin, al fin, la recibió una muchachita rubia que no habría cumplido los treinta, en el despacho contiguo al de la otra. Era muy bonita, con unos grandes ojos azules y el aire delicado de una figurita de porcelana.

Por la secretaria supo que se llamaba Miriam y le refirió lo que había declarado esa mañana ante la policía. La escuchó sin interrumpirla y cuando terminó de explicarle lo sucedido, asintió con una sonrisa.

—Sí, conozco tu caso, porque Noelia me lo ha comentado. Puedo tutearte, ya que también eres abogado, ¿verdad?

—Licenciada en derecho únicamente— la corrigió Diana—, pero sí y te lo agradezco— Se arrellanó en la butaca dispuesta a serenarse y a sentirse cómoda, pero inmediatamente volvió a escurrirse hasta el borde—. Perdona, pero es que estoy muy nerviosa. Temo que, aunque no aparezca Marcial ni tampoco su cuerpo, me detengan en cuanto cotejen las huellas del pomo de la puerta con las de mi D.N.I. y que me acusen de su muerte.

Arqueó Miriam las cejas sin perder la sonrisa con la que la había acogido.

—¿Te ha amenazado con eso el policía?

—Sí. Me ha hablado el inspector Peláez de un fichero que las contiene y que tiene una siglas imposibles de recordar.

Se echó a reír la otra.

—Será en su día una herramienta magnífica para identificar a los

culpables de un delito, pero en el presente solo utilizan las fuerzas de seguridad el de los delincuentes que están fichados, así que no te preocupes, porque tú no lo estás.

—¿Así que me ha tomado el pelo? — inquirió Diana escocida, recordando el gesto amenazador del policía.

—Yo diría más bien que ha tratado de embarullarte para que cantaras. Pero me has dicho que han encontrado las tuyas en el picaporte de la puerta de la casa del profesor, ¿no?

—Sí, eso es lo que me ha dicho.

—Ya— murmuró reflexivamente Miriam—. Tengo entendido que no las había en cambio en el candelabro, lo que es curioso, porque implica que el que lo hizo las limpió a conciencia, aunque, como es natural, no consiguió eliminar las huellas de sangre. Sabrás que la policía puede detectarlas aunque se haya fregado el suelo o limpiado el arma homicida.

—Efectivamente, lo he oído.

Se acodó Miriam sobre su mesa y desvió la mirada hacia un punto indefinido, mientras comentaba:

— Le extrañó a Noelia la ignorancia del que lo hizo. Hoy día, y sobre todo por las series de la televisión, todo el mundo conoce los métodos de los que se vale la policía y los medios que utiliza en su investigación para descubrir las manchas de sangre. Le extrañó por esa circunstancia que esa persona limpiara tan concienzudamente el candelabro y lo introdujera en el deportivo del profesor.

—No te sigo — reconoció Diana.

Se inclinó Miriam hacia ella, dispuesta a explicárselo.

—Verás, las dos nos preguntamos por qué lo habría hecho. Si el que lo hizo quería fingir un accidente, cometió un claro error al meter el arma homicida en el coche, ya que no se le debió ocurrir que la policía lo trataría con luminol y descubriría así que el profesor había sido agredido con ese objeto.

Trató Diana de seguir el hilo de las elucubraciones de la aludida, sin conseguirlo. —¿Y qué es lo que, según vosotras, debería de haber hecho?

— Es obvio que volverlo a colocar en el lugar en el que estaba su pareja, una vez que hubiera borrado las huellas. En ese caso nadie se hubiera fijado en él ni hubiera averiguado la policía que era el arma del crimen. ¿Viste dónde estaba el otro?

Frunció Diana el ceño intentando hacer memoria y por un instante se sintió transportada a aquella sala de estar y al momento en el que con el candelabro en la mano lo buscó inconscientemente

—Sí, sobre la repisa de la chimenea. Aunque había poca luz, la vi al fondo de la habitación. Era de piedra y estaba apagada, pero no sé qué conclusiones habéis sacado.

Le sonrió Miriam como disculpándose.

—No me hagas caso. Es solo una especulación sobre la personalidad del culpable. Parece deducirse de ese hecho que no se trata de un delincuente habitual ni de un jurista especializado en derecho penal.

Esbozó Diana un mohín de duda.

—¿Habéis descartado entonces que pudiera haberle matado después de discutir con él una profesora o una alumna de la facultad?

—No. Una alumna no tiene por qué saberlo ni tampoco una profesora especializada en derecho civil o en mercantil, pongo por ejemplo. ¿Lo sabías tú?

—No— reconoció ella.

Asintió Miriam pensativa.

—Yo diría que el autor del ataque que sufrió la víctima, si es que lo sufrió, no suele ver la televisión ni es aficionado a las novelas policíacas, pero eso acota un campo demasiado amplio.

—Sí que lo es— admitió Diana.

—Pero vamos al grano. Te preocupa que por el cotejo de las huellas en el pomo de la puerta te detengan y desgraciadamente no podemos descartarlo, aunque no creo que la policía actúe con tanta precipitación. Supongo que en ese caso y antes de hacerlo te volverían a tomar declaración en la comisaría.

—¿Y qué debería decirles en ese supuesto?

Frunció Miriam el ceño.

— Noelia te aconsejaría lo mismo que yo, que te acojas a tu derecho a no declarar y exijas su presencia en la comisaría, así como una entrevista previa con ella, a la que no se pueden negar. Y procura calmarte. Esas huellas que dejaste acreditan que has estado en “La cabaña” de ese hombre, pero no que estuvieras allí precisamente el día en el que le mataron—. La observó atentamente con la cabeza ladeada antes de preguntarle—: Porque estás completamente segura de que le mataron, ¿verdad?

Como un relámpago cruzaron por la mente de Diana aquellos angustiosos momentos y asintió.

—Sí, al menos creo que sí, y no albergaría la menor duda a no ser porque desde entonces he notado que alguien me sigue por la calle y me llama también al móvil sin decir palabra.

—¿Tienes teléfono fijo en tu casa?

—Sí.

—¿Y conocía el profesor el número?

—No, pero sí el del móvil, que es al que me llama.

—¿Y qué te dice?

—Nada, nada en absoluto. Esta mañana además ha entrado en mi piso y me ha despachurrado una flor.

Se la quedó mirando Miriam interrogativamente y ella trató de explicarse.

—Me he dado cuenta por algunos detalles. Uno de ellos ha consistido precisamente en eso que te he dicho. Era una rosa y estaba en el suelo del vestíbulo pisoteada y marchita. Cuando he salido de casa esta mañana para ir a la facultad, estaba dentro del florero y en perfecto estado.

—¿Y no se ha llevado nada ni te ha dejado una nota?

—No.

—Pues no tiene sentido— opinó Miriam—. Si ha sido obra de ese profesor, porque hubiera querido simular su muerte para librarse de sus deudas y de su mujer, pretendería ahora que te reunieras con él para huir juntos, ¿no te parece?

Esbozó Diana un gesto amargo.

—No sé si llegué a interesarle tanto a Marcial como para lo que estás sugiriendo. Creo más bien que fui una novedad y que se hubiera cansado de mí como de todas las anteriores— Una sombra veló su bonito semblante cuando murmuró—: Me has preguntado si estaba segura de que había muerto y te he contestado que sí, pero no podría asegurarlo sin género de dudas. ¿Quién podría ser si no ese hombre que me persigue? Lo denunciaría a la policía si no me encontrara en la situación en la que me encuentro, porque no me creería, ya que en estos momentos debo de ser la principal sospechosa. ¿Qué me aconsejas que haga?

—Le sonrió Miriam persuasivamente.

—Que contrates una alarma conectada a tu móvil para que te avise en el caso de que allane tu piso cualquier extraño y que procures en lo posible salir a la calle acompañada. Esto no durará mucho. O encontrarán en breve el cuerpo de ese hombre o dará señales de vida y en cualquiera de las dos opciones cuenta con este despacho.

Asintió Diana, aunque con escaso convencimiento.

—Sí, sí, y te agradezco que me hayas recibido, pero ya me voy. Dile a Noelia que he estado aquí y cuéntale lo que me preocupa.

Se dirigió hacia la puerta del despacho y se despidió más tarde de la secretaria que tecleaba en el ordenador en la antesala. Hacía frío cuando salió a la calle y se encaminó hacia la parada del autobús, pero no había dado más de una docena de pasos cuando le sintió detrás de ella y estuvo a punto de gritar. No llegó a hacerlo porque cuando se giró precipitadamente no vio a nadie conocido. Ni tampoco cuando tomó el autobús, pero cuando se bajó de éste al llegar a su parada volvió a notar su presencia a pocos pasos, por lo que, asustada, echó a correr hacia el portal del edificio en el que vivía.

Capítulo 14

Tomó al día siguiente dos autobuses para ir a la facultad y al salir de su casa y durante todo el trayecto que realizaron éstos fue mirando asustada en todas direcciones, temiendo verle aparecer de improviso en cualquiera de las paradas y subirse al vehículo como un fantasma que hubiera revivido. Porque tenía que ser Marcial. ¿Quién si no? Quizás la persona que le mató, se dijo. Tenía los nervios a flor de piel y no estaba muy segura de cómo reaccionaría en ese caso. Incluso recorrió con la mirada el interior de cada uno de los autobuses antes de tomar asiento y se preguntó qué haría ella si se lo encontrara en el contiguo, mirándola o sonriéndole con aquella expresión cínica que le caracterizaba y con la que se le formaban unas arruguillas junto a los ojos.

Empezaba a amanecer y hacía frío cuando el segundo autobús llegó al fin del trayecto y se bajó ella frente a la zona ajardinada que rodeaba el edificio de la facultad. A la luz grisácea que a esas horas se iba abriendo paso entre las nubes, con sus muros de piedra y la hiedra que crecía por ellos hasta el tejado de pizarra, parecía irreal y más que un centro docente aparentaba haberse escapado de la ilustración de un libro que tratara sobre la nobleza que hubiera vivido en siglos anteriores.

No lo vio así Diana. Únicamente se fijó en los conductores de los automóviles que los iban estacionando en la zona de aparcamiento y se dirigían ahora a paso ligero hacia la puerta de cristales de la entrada. En su mayoría eran los profesores y al menos de vista los conocía a todos, pero no se tranquilizó hasta que empujó esa puerta y accedió al vestíbulo, que, como siempre, estaba sumamente concurrido, sobre todo, por la multitud de jóvenes que se dirigían apresuradamente a sus respectivas aulas, temiendo llegar tarde. Allí dentro se sintió segura. Marcial, o quienquiera que fuese, no se atrevería a presentarse en el edificio y, después de dejar su abrigo en la sala de profesores, se encaminó sin prisas hacia la estancia en la que estarían esperándola ya sus alumnos.

Se portaron bien esa mañana y la clase transcurrió sin incidentes dignos de mención. Estaba aún Diana en el aula recogiendo sus libros, cuando entró Jaime sorteando a los jóvenes que iban saliendo al pasillo y que se disgregaban allí. Se acercó a la mesa tras la que se hallaba ella y simuló ayudarla a recoger sus papeles, aunque su intención era esperar a que el último se hubiera alejado lo suficiente para preguntarle sin que le oyera:

—¿Qué pasó ayer? Vine a buscarte en cuanto me quedé libre y al no encontrarte le pregunté a Teresa. Me dijo que había llamado

preguntando por tí la brigada de homicidios y desaparecidos de la policía y que te habías ido en su coche. Te llamé luego a tu móvil para preguntarte dónde estabas y qué querían saber, pero lo tenías apagado.

Evocó ella la fornida silueta del inspector Peláez y el instante en el que le pidió que se lo entregara. Lo previsible era que no lo mantuviera disponible, pensó, y que la persona que la llamaba asiduamente sin pronunciar una sola palabra se estuviera llevando chasco tras chasco al no conseguir asustarla, si es que era ese su propósito. Aunque quizás hubiera atendido las llamadas y se estuviera preguntando quién sería ese pelmazo. También era posible que se hubiera limitado a guardarlo en un cajón y no las hubiera oído. Parecía Jaime estar preocupado por su situación y aguardaba impaciente su respuesta, lo que en cierto modo la reconfortó.

—Sí, me llevaron a la comisaría pero no en calidad de detenida. Querían que declarara lo que supiera sobre Marcial y me confiscaron el móvil.

Eludió añadir que habían detectado sus huellas en la puerta de "La cabaña", aunque le hubiera gustado poder hacerlo para desahogarse, pero se dijo que perdería muchos puntos en la estimación de él si llegaba a enterarse de que se había citado aquella tarde con Marcial. Pensaría que era completamente tonta y no le faltaría razón.

—¿Y por qué se quedaron con tu móvil?

—Porque… — Como no se le ocurrió un motivo verosímil hizo un gesto que no significaba nada—. No lo sé. El inspector dijo algo así como que tenía que comprobar las últimas conversaciones que había mantenido.

—¿Con Marcial?

—No me dijo con quién— replicó con la garganta seca—. Solo que era una cuestión de puro trámite.

Notó que la observaba él con suspicacia. La analizaba en silencio, como si quisiera leer en su mente y averiguar lo que le estaba ocultando, porque le preguntó con el ceño fruncido:

—¿Te consideraban sospechosa?

—No, no lo creo. Solo querían preguntarme lo que sabía sobre Marcial— replicó en tono ligero tras carraspear para aclararse la voz, que pese a ello la emitió ronca—. Te repito lo que me dijeron, que estaban interrogando a todas las personas que podían haber tenido con él algún tipo de relación.

Estudiaba ahora su semblante con una fijeza excesiva y creyó ver Diana que cruzaba por su mente una sombra de desconfianza.

—¿Te puedo hacer una pregunta? — inquirió, tras un paréntesis de silencio que aunque solo debió de durar unos segundos a ella se le hizo eterno—. Ya te lo he preguntado una vez en el autobús y lo

negaste, pero quiero que ahora me digas la verdad.

Se removió ella inquieta, pero trató de fingir que, pese a lo inquisitivo de su tono, se lo tomaba a broma.

—¿Y por qué no habría de decirte la verdad? ¿Quieres saber cuántos años tengo? A las mujeres no nos gusta que se sepa los que hemos cumplido, pero si sientes mucha curiosidad te diré que treinta y tres y que…

—No digas majaderías— la interrumpió hosco, con un brillo especial en sus pupilas—. Lo que quiero que me contestes es a si estuviste allí aquella tarde. Si la conductora del coche azul eras tú.

Desafiante, sostuvo Diana su mirada durante unos segundos. Había en sus ojos un cúmulo de interrogantes que no supo desentrañar y aunque se dijo que debería darle una respuesta negativa, no fue capaz de seguir mintiéndole.

—Sí— admitió en un susurro—. No conocía yo la existencia de Candela y cuando me invitó Marcial a tomar una copa en su casa y me propuso enseñarme aquel paraje tan hermoso, acepté. No podía imaginar entonces ni por lo más remoto lo que me encontraría en su sala de estar ni…

—¿Y qué fue lo que encontraste?

Su tono le sonó duro, incluso amenazador y parpadeó perpleja, porque no lo esperaba de él. Interpretó que la estaba conceptuando como una chica facilona, dispuesta a pasar un fin de semana con el primero que se lo propusiera y le dolió. Se dio cuenta de que le importaba su opinión más de lo que había supuesto, y replicó precipitadamente:

—Me había alabado mucho aquel entorno, el rumor del pantano al pie de la ladera, el pinar que tapizaba la montaña y el piar de los pájaros. Me lo había descrito, como un lugar idílico y como no tenía nada mejor que hacer aquella tarde, acepté.

—Ya— masculló él con un gesto indefinible—. Así que eras tú la chica que atisbé desde la terraza de mi casa. ¿Y qué fue lo que viste en su sala de estar?

Le extrañó la agresiva forma en la que se lo preguntaba, como si le estuviera pidiendo cuentas por haberse presentado intempestivamente en la casa de Marcial, pero, aunque le pareció fuera de lugar, no se entretuvo en indagar el motivo, porque lo que necesitaba era justificarse.

—¿Que qué vi? — replicó reprimiendo las ganas de llorar, porque el recuerdo aun la conmocionaba— A Marcial en el suelo, en un charco de sangre, y con un trallazo en la cabeza. No sé si le tomé el pulso. Me pareció oír un ruido sospechoso y como temí que el que le había agredido estuviera todavía dentro de la casa, salí corriendo.

—¿Y llamaste a la policía?

Volvió a extrañarle la forma en absoluto amistosa en la que se lo preguntaba. Con los ojos entornados, parecía estar atando unos cabos que hasta ese momento se le habían resistido y que le inquietaban.

—Sí, sí la llamé, aunque no le di mi nombre. El lunes siguiente visité el despacho de una abogada para que me recomendara lo que debía hacer y ella me dijo que los agentes de la Guardia Civil que se habían presentado en "La cabaña" a raíz de mi denuncia no habían encontrado ningún cadáver dentro de la casa ni señal alguna de que se hubiera cometido un crimen. Tampoco estaba ya el automóvil de Marcial a la puerta de la casa, por lo que dedujeron que había visto visiones y que él se había marchado conduciéndolo después de que yo saliera a escape.

—Ya— masculló sardónicamente—. ¿Y sigues viéndolas ahora?

—¿Qué cosa? — inquirió Diana sin comprender.

—Visiones. Me refiero a si sigues creyendo que le asesinaron y que hicieron desaparecer su cuerpo. Cuando esa misma tarde bajé yo con Candela y con los agentes de la Guardia Civil a la casa, estaba vacía y no había en su interior señal alguna de que ese hombre hubiera sufrido una agresión, pero es posible que la persona que lo hizo, si es que existió esa persona, tuviera tiempo suficiente para recomponer el escenario, meter el cadáver en su coche y arrojarlo al pantano. ¿Qué te ha dicho tu abogado?

—Es abogada. Opina que no debo preocuparme demasiado mientras no aparezca el cuerpo de él, de lo que no estoy ni mucho menos segura que llegue a suceder, porque es misma tarde empecé a recibir llamadas en mi móvil, aunque no pronuncia una sola palabra cuando las contesto. Se lo conté también y…

—¿Y qué?

—Que también desde entonces me sigue alguien por la calle, aunque no he conseguido verle la cara ni identificarle. Pero tiene que ser él. Ayer incluso entró en mi casa mientras estaba yo en la comisaría.

—¿Marcial?

—Sí, bueno, no sé si era él, pero antes no me había sucedido nada parecido.

—¿De qué me estás hablando? — inquirió alarmado.

Se lo aclaró detalladamente, pese a lo cual no pareció tranquilizarse, sino al contrario. Incluso le levantó la voz y se volvió luego preocupado hacia la puerta de cristales del aula, a través de los cuales se veía a los estudiantes formando grupos y charlando, temiendo que le hubieran oído.

—¿Lo has denunciado a la policía? — inquirió aproximándose para susurrárselo.

—No, no.

—¿Por qué no?

—Porque no me atrevo y porque no me creería.

Se acarició pensativo el cogote y terminó por menear negativamente la cabeza en respuesta a lo que había estado barajando en su mente.

—No creo que sea Marcial—. Si fuera él el que intenta ponerse en contacto contigo, te habría abordado ya. Han transcurrido muchos días desde entonces. Aunque…

Se había interrumpido sin acabar de pronunciar lo que iba a decir y le animó Diana a continuar.

—¿Qué?, ¿aunque qué?

—No, nada, no es nada importante— murmuró con vaguedad y como si le costara hilar las palabras—. Es solo que el otro día, en la sierra, me pareció… pero probablemente porque también haya visto yo espejismos en esa casa.

—¿Qué es lo que te pareció? — insistió ella impaciente.

Hizo él un gesto vago como quitándole importancia.

—Fue el fin de semana último. Lo pasé en el pantano con Titán, como de costumbre, y cuando el domingo iba a regresar a Madrid y estaba metiendo al perro en el coche miré distraídamente hacia abajo, hacia “La cabaña”.

—Sí, ¿y qué?

—Que vi luz en la sala de estar.

Se quedó mirándole Diana sin procesar lo que acababa de decir. Le costó entender sus palabras, pero terminó por evocar esa casa de madera, aislada en la montaña entre los pinos que se apretujaban a su alrededor, y la escondían de la vista de cualquiera que no se dirigiera expresamente a visitarla porque conociera su existencia de antemano. La imaginó en la oscuridad del crepúsculo con esa ventana iluminada y sintió un escalofrío.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Y no podría ser Candela la que estaba dentro? ¿Viste su coche estacionado delante?

—No. No había ninguno—. Volvió a pasarse desorientado una mano por el cogote y luego se encogió de hombros—. Puede que hubiera ido ella a recoger algo en otro momento y se olvidara de apagar la luz.

—Sí, es lo más probable— admitió Diana sin ninguna convicción.

Le costó ordenar a ella las ideas que tumultuosamente se agolparon en su cerebro, pero conforme logró colocarlas en su lugar, fue sintiendo también un inmenso alivio, porque la certeza de que estuviera vivo sería la mejor noticia que podría recibir.

—Ojalá no haya sido Candela, ojalá sea él el que haya ido a

ocultarse en esa casa, porque en ese caso no podrían acusarme de su muerte. Dejaría de sobresaltarme a cada paso sin temor a que en cualquier momento se presente nuevamente el agente de la barba, o el otro que no llevaba barba, y me detengan. Si lo que creí ver aquella tarde hubiera sido un montaje que escenificara él por un motivo que no se me alcanza, sería yo la más feliz de las mujeres.

—Y muchas como tú— rezongó Jaime por lo bajo.

—No es lo que tú crees, no me has entendido— protestó—. No quedé con él aquella tarde porque me hubiera flechado. Admito que resultaba halagador su trato y la forma en la que me miraba. A cualquier mujer le gusta gustar, máxime después de haber vivido con un hombre que ni tan siquiera se fijaba en si me había cortado el pelo o si me lo había recogido en lo alto de la coronilla. Marcial era un individuo estimulante. No tenía además nada que hacer aquel viernes. Durante los años que estuve con Saúl me fui distanciando de mis amigas y me esperaba un aburrido fin de semana, con el televisor por toda compañía.

—Vale, vale, no hace falta que te justifiques— la interrumpió en otro tono —. Es solo que no acababa de entender que una chica lista como tú pudiera haberse interesado por la clase de hombre que era él. Lamento además los quebraderos de cabeza que la decisión que tomaste pueda acarrearte ahora, pero en lo que pueda ayudarte, cuenta conmigo.

Se lo agradeció Diana con una sonrisa, pero se le borró en el acto de su rostro al asaltarle una idea que la preocupó.

—Oye, ¿cuándo dices que viste encendida la casa de él? ¿El fin de semana pasado?

—Sí.

—¿Y crees que…?

—¿Que debería ir a comprobar si hay alguien dentro? — reflexionó durante unos instantes y luego asintió.

—Tienes razón y si es él el que se ha escondido allí, lo celebraremos por todo lo alto. Podría ir esta tarde, antes de que tome otra decisión y se esfume. ¿Pero por qué no vienes conmigo? Así podrás comprobarlo por ti misma.

—Pero es que… — empezó a objetar.

—Llamaré a la secretaria de mi despacho y le diré que cancele las visitas que me haya citado o que las reciba alguno de mis compañeros y así, si tomamos algo en la cafetería, podríamos salir para la sierra nada más terminar de comer. ¿Qué te parece?

Se lo preguntaba ilusionado ante la perspectiva, pero rememoró Diana aquella tarde, la soledad del lugar y la mecedora que se aun balanceaba en la verada y sintió un nudo en el estómago. No quería volver allí. Aun veía esa mecedora en sus pesadillas y no quería correr

el riesgo de encontrarle apoltronado en esa especie de hamaca bamboleante con la cabeza apoyada en el respaldo. Jaime lo notó y se apresuró a intentar convencerla.

—No vas a entrar en "La cabaña". Cuando anochezca, veremos desde mi casa si hay luz en la de Marcial y en caso afirmativo bajaremos andando y echaremos una ojeada por la ventana de la sala de estar sin que nos vea quienquiera que esté dentro. En el supuesto, claro está, de que no se trate de un descuido y de que se la haya dejado Candela encendida. Podría ser, pero tenemos que salir de dudas cuanto antes, sobre todo por lo mucho que te afecta a tí.

Aún le costó decidirse. Estuvo por sugerirle que lo averiguara él solo y le dirigió una mirada de soslayo, preguntándose cómo se lo tomaría. Podría decirle que aún la asaltaba la imagen de ese entorno cuando caminaba por una calle solitaria y cuando de noche no conseguía conciliar el sueño. Cuando daba vueltas y más vueltas en la cama, a veces hasta creía oír el sonido del agua del pantano discurriendo lentamente hacia la presa y el gemido del viento retorciendo los troncos de los árboles. Necesitaba borrar ese escenario de su mente y olvidar que había tenido la ocurrencia de citarse allí con un hombre al que apenas conocía. Levantó los ojos hacia su rostro y le sugirió:

—¿Y por qué no llamas a Candela y le preguntas si ha sido ella la que se ha dejado la luz encendida? Sería más sencillo.

Creyó ver que su propuesta le contrariaba y también detectó en su reacción algo que no consiguió interpretar, aunque dedujo que acababa de aguarle el plan y temió haberle incomodado. Si se molestaba con ella quizás no pudiera contar en adelante con su ayuda. Y la necesitaba. Era el único que, en su caso, podría declarar ante la policía o en el juicio subsiguiente que no la reconocía en la chica que se había bajado de su Clío aquella tarde y había entrado en la casa de él, por lo que se apresuró a rectificar:

—No, tienes razón, será mejor que la mantengamos al margen, porque podríamos despertar en ella falsas ilusiones. Voy ahora a empezar a corregir el ejercicio que esta mañana han realizado mis alumnos y te veré al mediodía en la cafetería.

Capítulo 15

Empezaba a declinar el sol cuando esa tarde alcanzaron la cumbre de la montaña donde se hallaba la casa de él. Se iba ocultando

como un globo rojo tras los picachos más altos, pese a lo temprano de la hora. Habían dejado atrás el camino que conducía directamente a "La cabaña" y tomado una desviación a su izquierda que finalizaba en una explanada en la que estaba enclavado un chalé de dos plantas, precedida de una terraza cubierta por una pérgola por la que trepaba una enredadera. Un grupo de sauces crecían junto al costado de la casa descolgando sus ramas doradas hasta el suelo, con una gama de tonalidades que iban del ocre al amarillo y que deslumbraban. Parecía un colorido demasiado bello para ser real.

Detuvo Jaime su Rover oscuro delante de la casa y bajaron los dos al mismo tiempo del automóvil. También allí se percibía el olor intenso de los pinos. Crecían arracimados más allá, circundando un claro en la vegetación en el que se hallaba el chalé y Diana se alejó unos pasos para aproximarse hasta el borde de la quebrada y echar una ojeada a la ladera que se extendía en suave pendiente hacia el pantano. Abajo, en otro calvero, entre otro espeso pinar, distinguió el tejado de "La cabaña". Se dominaba desde esa altura, como si fuera el perfecto observatorio desde el que vigilar a su vecino, e imaginó a Jaime sentado a la sombra en la terraza aquel viernes. Sin moverse de su asiento la habría visto llegar, descender de su automóvil y entrar en la casa.

Pero no podían distinguirse sus ventanas desde allí. Las ocultaban la hilera de chopos, que la rodeaban. El otoño los iba despojando de sus hojas y dejaban entrever entre sus ramas desnudas el agua verdosa del pantano, al fondo de la hondonada. Discurría silenciosamente y lo único que podía oírse era el rumor de la brisa agitando las ramas de los árboles.

Sintió a Jaime a su espalda y le señaló "La cabaña".

—Desde aquí no se ve si hay luz dentro de la casa— le dijo—. ¿Cómo pudiste darte cuenta el otro día de que estaba encendida?

Se había girado Diana hacia él al preguntárselo para mirarle de frente y le pareció que no la había escuchado, aunque no debía de ser así, porque le respondió:

—Me di cuenta, porque era más tarde y estaba anocheciendo—. Cambió inmediatamente de tema para señalarle su casa. ¿Qué te parece? — inquirió como si le interesara especialmente la respuesta—. ¿Te gusta?

Había esperado que le propusiera bajar en el acto a comprobar lo que habían ido a averiguar y le desorientó que se entretuviera en pedirle su opinión sobre un asunto tan intrascendente, pero como no quiso decepcionarle, asintió.

—Claro que me gusta. ¿Pero no te sientes muy solo aquí, sin ningún vecino con el que poder charlar?

—Al contrario— replicó riendo—. Aquí me encuentro bien.

—Con tu perro, claro.

—Sí, porque es el perfecto compañero. Está siempre callado y cuando ladra lo hace por una razón.

Le pareció a Diana que le estaba dando a entender que hablaba ella demasiado y le señaló nuevamente la cabaña que a media ladera se adivinaba apenas entre el espeso follaje.

—¿Bajamos?

Esbozó él un gesto negativo y en contra de lo que esperaba la tomó del brazo para encaminarse con ella hacia su casa.

—No, aún no, debemos esperar a que anochezca. Antes quiero enseñarte mi leonera. La heredé de una abuela que me quería mucho. Soy el mayor de tres hermanos y el preferido de ella y me la dejó en su testamento. Veraneábamos aquí con mis padres mientras vivió y la tenía siempre limpia y ordenada. Me preguntó qué pensaría si la viera ahora.

—¿Por qué? ¿La tienes hecha un asco?

Se echó a reír de nuevo.

—Tanto como eso, no, pero quité todos los tapetes de ganchillo con los que protegía los respaldos de las butacas, los cortinones de las ventanas y las cornucopias de las paredes—. Al ver la expresión de desconocimiento de Diana se lo explicó—: Las cornucopias son unos espejos dorados con unas velas adosadas. Un chisme anticuado que ya no se lleva.

—¿Y las quitaste?

—Sí, me libré de todo lo que daba trabajo y no servía para nada. ¿Te gustan a ti esos enredos?

Se lo preguntó a sí misma Diana, a la par que subían los dos los escalones que llevaban a la terraza y se sacaba él del bolsillo la llave de la casa. Le pareció que estaba deseando enseñársela y mientras la giraba en la cerradura repuso:

—A mí, algunos sí. Sobre todo las flores y de vez en cuando compro rosas y las coloco en jarrones que distribuyo por el piso. Y también los visillos en las ventanas, las alfombras y los cojines. Tengo un montón de varios colores sobre el sofá de la sala de estar. A mí sí me gustan lo que tú llamas enredos, porque contribuyen a darle un toque hogareño a una casa, que de otro modo sería tan impersonal como la habitación de un hotel.

Enarcó Jaime las cejas con un cómico gesto de desaliento antes de empujar el portón.

—Pues entonces te va a parecer horrible mi guarida— Debió reflexionar sobre la posibilidad de solucionar el problema, porque con el ceño fruncido murmuró entre dientes y como para sí—: Puede que no sea muy complicado colocar unos cuantos floreros con margaritas por aquí y por allá. Crecen mucho esas flores por el monte. Pero pasa,

pasa.

Acababa de encender la luz y la animó a entrar en un pequeño vestíbulo en el que se iniciaba una escalera, y en el que por una puerta de cristales se accedía a una sala de estar. Le produjo a Diana la impresión esta última estancia de que o era demasiado grande o le faltaban muebles. Había abierto él los postigos de los dos enormes ventanales y vio en la pared del fondo una chimenea de piedra encuadrada por dos sofás y bajo uno de los ventanales una mesa de pino con seis sillas. Hubiera podido resultar confortable si se hubiera avenido Jaime a completar el mobiliario con lo que consideraba chismes superfluos y debió caer en la cuenta también él en ese momento de que la habitación parecía estar desmantelada, porque se dio una vuelta completa sobre sí mismo para contemplarla con disgusto. Luego detuvo su mirada en la chimenea y debió pensar que era el único elemento capaz de crear un ambiente íntimo, porque le preguntó:

—¿Te parece que la encienda? Hace frío aquí dentro en esta época del año.

Por primera vez se preguntó ella si la luz que le había dicho que había visto en la casa de Marcial no habría sido una excusa para que le acompañara esa tarde a la sierra y poder así disfrutar de su compañía. No hubiera tenido inconveniente en otra ocasión cualquiera. Estaba lo bastante lejos de la casa de Marcial como para que no le recordara lo que había vivido en esta. El entorno merecía la pena, la vivienda de él, aunque desastrada, podía resultar muy agradable al calor del hogar crepitante y también lo era Jaime o había pensado anteriormente que lo era. Pero en ese instante le observó con nuevos ojos. Como a Marcial, apenas le conocía y en ese instante no le cupo duda de que la había convencido para realizar juntos esa inspección con una idea preconcebida que no era solo la de comprobar si estaba el profesor desaparecido dentro de su casa.

—¿Pero no deberíamos bajar ya? — se apresuró a replicar —. No tardará en oscurecer.

—Nos sobra tiempo. Tenemos al menos dos horas por delante si queremos atisbar el interior de la sala de estar por la ventana sin que nos vean, en el supuesto de que haya alguien dentro — alegó impasible—. ¿No te apetece un chocolate caliente? Tengo un Brik en la despensa y nos bastará con meter las tazas servidas en el microondas durante un par de minutos para que esté listo.

No quiso desilusionarle. Estaba impaciente por averiguar si había alguien en “La cabaña”, si es que era cierto lo que le había dicho, y no perder más tiempo en casa de él, donde además hacía frío. Se arrebujó en el chaquetón que llevaba sobre un jersey azul y un pantalón oscuro y él lo notó.

—Encenderé la chimenea— decidió, obviando su opinión e indicándole que tomara asiento en uno de los sofás mientras él se aproximaba a ésta para acuclillarse delante del hogar. Tenía delante un cesto con leños que fue introduciendo y a los que prendió fuego. Cuando empezaron a chisporrotear se sentó a su lado.

—La apagaremos en cuanto anochezca y nos iremos— le dijo como si temiera que protestara ella por la demora en permanecer en la casa.

Aunque el ambiente al calor de la lumbre no podía ser más agradable, se removió Diana inquieta.

— Comprende que tengo los nervios de punta— le dijo a modo de disculpa—. Necesito saber cuánto antes a qué responde la luz que viste, porque para mí es trascendental. Además de resolver mis problemas con la policía, podría aclarar también la cuestión de las llamadas telefónicas que recibía y quizás también la identidad de la persona que me sigue por la calle.

Le pareció leer en su rostro cierta decepción, cuando se le quedó mirando sin pestañear.

—¿Qué pasa? ¿No crees posible que se haya escondido ahí Marcial? Tú misma me has dicho que no estabas segura de que hubiera muerto.

—No lo sé, ¿y tú?

Desvió Jaime sus ojos hacia la ventana como si desde el lugar en el que se hallaba pudiera ver la casa de su vecino y meneó escépticamente la cabeza.

—A decir verdad, tampoco lo sé.

No esperaba Diana esa respuesta y le señaló con un dedo, recriminándole.

—¿Cómo que no lo sabes? Esta misma mañana me lo has insinuado tú. ¿Por qué has cambiado de opinión en tan poco tiempo?

Hizo él un gesto vago que no significaba nada.

—Porque lo he pensado mejor y lo que te he dicho antes en la facultad no tiene sentido. Imagina que Marcial hubiera fingido su muerte. ¿Qué habrías hecho tú en ese caso?

No necesitó Diana meditarlo para darle una respuesta.

—Antes habría retirado del banco una buena suma de dinero y adquirido un billete para un país en el que tuviera amigos que me ayudaran a comenzar una nueva vida.

—Pero no se te ocurriría venir a esconderte en una casa que vigila la policía y en la que se presenta Candela de cuando en cuando— le hizo notar él—. A no ser…

Debía habérsele ocurrido una idea que no se atrevía a acabar de exponer y que Diana insistió en que lo hiciera.

—A no ser, ¿qué?

—A no ser que lo hubieran planeado juntos.

—Al oírle, abrió ella desmesuradamente los ojos y lo desaprobó en el acto.

—¿Tú crees? Eso no tiene sentido. Ella es su avalista y responde de las deudas de él, tanto si está vivo, como si le mataron. Y no creo que se prestara a fingirlo porque no sacaría nada en limpio.

—Sí, eso es cierto— admitió él—. Y además…

No completó la frase al oír el rugido del motor de un automóvil por el camino que conducía a la casa en la que se hallaban. Se dirigía sin duda hacia ésta y Jaime se puso en pie para salir de la habitación y averiguar de quien se trataba. Oyó Diana como se detenía el coche delante de la terraza y la voz de una mujer que no le sonó conocida hablando con él, por lo que se encaminó también hacia el pequeño vestíbulo con la misma intención. No llegó a traspasar el portón de entrada porque ya volvía él con una mujer alta y angulosa en la que reconoció a Candela. Se quedó Diana tras la hoja de madera cuando la empujó la recién llegada, por lo que no la vio. Pasó por su lado comentándole algo a Jaime y siguió camino hacia la sala de estar donde debió de dejarse caer en uno de los sofás, porque oyó ella el chirriar de sus muelles. Poco después vio venir a su encuentro a Jaime.

—¿Pero qué haces ahí? Ven. Es Candela, que ha venido a preguntarme si también he visto yo luz en su casa. Por lo que me ha dicho, la ha avisado uno de los guardas.

Le siguió Diana y la otra hizo un gesto de sorpresa al verla entrar. No debía esperar que se encontrara acompañado y le pareció a ella que asomaba a su semblante un gesto de contrariedad. Jaime las presentó y se sintió analizado meticulosamente por la recién llegada, que no pareció sentirse satisfecha por su presencia en la casa.

—Así que eres otra profesora de la universidad Fray Luis de León— afirmó más que preguntó Candela—. Conocerías entonces a Marcial.

—Sí, claro que le conocí— afirmó ella tomando asiento en el sofá de enfrente al que ocupaba la otra—. Me lo encontré alguna vez por el pasillo. Siento mucho lo que le ha pasado, que para ti ha tenido que ser un golpe muy duro.

Asomó al rostro de Candela una expresión difícil de interpretar.

—Sí, aunque al principio no fue una sorpresa. Esta no ha sido la primera vez y esperaba que reapareciera cualquiera de estos días.

—¿De veras? — musitó Diana haciéndose de nuevas.

—Sí. Marcial ha tenido desde niño alma de aventurero y no siempre mide las consecuencias de sus actos. En una ocasión, en el mes de junio y cuando habían finalizado ya las clases, decidió pasar unos días con una orden religiosa de budistas y tardó más de quince días en volver. Me dijo luego que había sido una experiencia única y no se le ocurrió siquiera que pudiera sentirme decepcionada por

haberme dejado sin las vacaciones en la playa que habíamos proyectado. Pensé al principio que esta vez podía haberse ido a escalar el Everest o… — Se le quebró la voz y se sonó sonoramente con un pañuelo.

Diana intercambió una mirada con Jaime. La de él expresaba claramente la contrariedad que sentía, pero lo disimuló antes de volverse hacia Candela.

—¿Has venido entonces a apagar la luz de tu casa?

—Sí. Me había devuelto la llave el inspector Peláez, dando por concluida la inspección que realizaron. Iba a marcharme ya, pero cuando he visto que salía humo por la chimenea de esta casa he subido a buscarte, porque quería pedirte que me acompañaras abajo. Que me acompañarais— rectificó englobando a Diana— Quiero comentarte, comentaros— se corrigió de nuevo—lo que me ha dicho esta mañana el inspector — Se dirigió a Diana para explicarle de quien se trataba— Es el policía de la brigada de homicidios que lleva la investigación.

No le aclaró ella que le conocía, que le había tomado declaración y que le había confiscado su móvil. Se limitó a asentir con la cabeza y esperó a que continuara explayándose.

—¿Y qué es lo que te ha dicho? — le preguntó Jaime.

Un lagrimón asomó a los ojillos de Candela y se lo enjugó de un manotazo.

—Me ha dicho que en su opinión esta vez no ha sido como las otras y que me vaya haciendo a la idea de que puede haber muerto. Los agentes, que a raíz de la denuncia, se presentaron en la casa no hallaron nada que avalara que allí se hubiera cometido un crimen, pero al hallar el coche de Marcial en el pantano han retomado la investigación.

—¿Y qué? — inquirió Jaime.

—Que aunque alguien fregó el suelo de la sala de estar, han detectado rastros de sangre entre los dos sofás de esa habitación, por lo que han deducido que pueden ser ciertos los hechos que una mujer denunció por teléfono.

No hizo Jaime ningún comentario, pero como Diana era la principal sospechosa para la policía de su muerte y necesitaba encontrar pruebas que la exculparan, inquirió:

—¿Y se sabe a quién pertenecía la sangre?

—No, de momento no. Utiliza la policía un compuesto químico que se llama luminol y que emite una luz azul cuando la detecta, pero eso no permite analizarla. Quería pedirte que bajaras conmigo, que bajarais— volvió a corregirse Candela—. Necesito una copa que me entone, además de vuestra compañía. ¿Me haréis ese favor?

Capítulo 16

Aunque Diana había acompañado a Jaime a la sierra con la intención de echar una ojeada por las ventanas al interior de "La cabaña" para averiguar si había alguien dentro, sintió una momentánea aprensión al pensar que tendría que volver a entrar en el escenario en el que había vivido los minutos más traumáticos de su existencia. Estuvo por alegar una excusa y lo hubiera hecho de haber ido hasta allí en su propio automóvil, pero como tenía que regresar en el de Jaime y además no se le ocurrió ninguna, permaneció en silencio mientras él apagaba la chimenea, cerraba los postigos de las ventanas y las animaba a precederle hacia la terraza. Candela se introdujo en su coche y arrancó delante de ellos, que la siguieron por un camino de tierra que bajaba la suave pendiente recorriendo varias curvas.

No tardaron más de un par de minutos en llegar a su destino. Había anochecido ya y no se divisaba una sola luz por los alrededores cuando bajaron de sus respectivos vehículos y se encaminaron hacia la negra sombra, que apenas se distinguía como otra cosa que como un manchón negro contra un firmamento plomizo.

Candela caminaba delante de ellos y subió ligera los escalones por los que se accedía a la veranda, abrió la puerta y encendió un farol que colgaba del techo de aquella. Jaime la había seguido y Diana inspiró hondo antes de traspasar del portón que llevaba directamente a la sala de estar para reunir fuerzas.

Se detuvo un instante en el umbral con las piernas flojas, pero acompañada por los otros dos e iluminada, le pareció distinta. No quedaba ya en la estancia el menor rastro de aquella perturbadora experiencia ni del olor dulzón que percibió nada más entrar. Olía ahora a campo y a los leños que se amontonaban en un cestillo de mimbre junto a la chimenea. En el espacio entre los dos sofás que la encuadraban y en el que tropezó con el cuerpo de Marcial había ahora una mesita alargada de madera en la que aquella tarde no reparó y el pavimento de terrazo relucía limpio, sin visos del charco de sangre que le rodeaba ni de la batalla campal que se había librado allí.

Candela se dirigió directamente al mueble bar que se hallaba adosado a la pared, junto a la puerta por la que habían entrado, y con tres copas y una botella fue a tomar asiento en uno de los sofás indicándole a Jaime que lo hiciera junto a ella. Diana se sentó enfrente de los dos con la molesta sensación de estar de más. Le había dicho Jaime que Candela no era más que una vecina con la que se encontraba en ocasiones por la montaña, pero no debía de ser cierto, y notó también que él no se sentía a gusto desde que había llegado la otra. Le dirigía a Diana de cuando en cuando miradas de soslayo como si se preguntara si le incomodaba su intromisión.

Sirvió vino en las copas y apuró la suya de un trago. Con ella en la mano giró la cabeza hacia Jaime como si Diana no se hallara en la

habitación.

—¿Qué me aconsejas que haga? — le preguntó—. Estoy en un serio aprieto y al borde de un embargo. No me preocupé demasiado los primeros días, porque pensé que reaparecería Marcial como otras veces, pero después de que los buzos encontraran su coche en el pantano la opinión de Peláez ha cambiado radicalmente, como te he dicho, y la mía también, porque hasta entonces había conservado algo de esperanza. Incluso llegué a convencerme a mí misma de que podía haberse despeñado con su deportivo, pero que aun así podía haberse salvado de morir ahogado y que le hubieran recogido los dueños de alguna casa, a los que no hubiera podido decirles quien era porque no lo recordara.

—Cabe dentro de lo posible— corroboró Jaime en un tono que a Diana le sonó poco convincente.

—Pero ya te he comentado que la conversación que he mantenido con el inspector Peláez hace dos días terminó de hundirme— añadió Candela con voz casi inaudible.

—¿Por qué? ¿Qué te dijo?

Se sirvió otra copa antes de responderle.

—Ya sabes, porque te lo dije en su momento, que aquel viernes en el que Marcial se despidió de mí y que se vino a esta casa a pasar el fin de semana, recibieron en la central una denuncia anónima— le comentó sin mirarle—. La de una mujer que no quiso decir su nombre y que informó a la policía de haber encontrado en esta habitación a Marcial en un charco de sangre y ya sin vida, pero que en el atestado de los dos agentes que se presentaron inmediatamente aquí hicieron constar que no había señal alguna de tal cosa. Que no había ningún cadáver, ni sangre en el suelo, ni ningún indicio que permitiera sospecharlo.

—Sí, ¿y qué?

—Que lamentablemente ha tenido que rectificar su opinión y lo que me dijo. Ahora están siguiéndole la pista a una mujer que podía haber sido la autora de su muerte, pero que no tienen intención de detenerla antes de haber hallado el cuerpo de Marcial y de que le sea practicada la autopsia. Mañana van a intentarlo de nuevo los buzos de la Guardia Civil a una distancia mayor del lugar donde hallaron su coche. ¿Pero y si no lo encuentran?

Le chocó a Diana la frialdad con la que se expresaba. No parecía sentir la muerte del que había sido su pareja durante cinco años, pero les explicó el motivo a continuación con el aire ausente y duro del que ha estado pidiéndole al cielo que no llegara a suceder lo que había acaecido.

—Esto tenía que ocurrir un día u otro— se lamentó llenando otra vez su copa—. Yo me lo temía. Era un hombre demasiado atractivo y

demasiado mujeriego, que iba dejando tras él a un montón de mujeres despechadas, con lo que yo contemporicé por no perderle. Sabía que no le bastaba conmigo, pero no se me ocurrió que cualquiera de ellas le liquidara de una forma tan terrible y que me dejara a mí en una situación tan precaria.

—¿A qué te refieres? — le preguntó Jaime, que la escuchaba en silencio y absolutamente imperturbable.

—A las deudas que fue concertando. No estábamos casados y adquirió esta casa a su nombre y también su deportivo, ambos a crédito. Yo le avalé y en compensación suscribió él un importante seguro de vida a mi favor, pero si no aparece su cuerpo no lo cobraré, ¿no es así? Tú eres un buen civilista, Jaime.

Esbozó este un gesto vago.

—Dependería. Si los buzos no lo encuentran, podría el juez declararle fallecido al año de haberse encontrado su automóvil o al mes en el supuesto de que lo considerara un siniestro, pero no hay una regla fija en estos casos y dependería del criterio del que enjuiciara el caso. En cuanto al seguro, sería más problemático que pudieras cobrarlo, porque las aseguradoras suelen resistirse lo más posible a hacerlo efectivo hasta que se aclara la última duda.

Levantó Candela ambos brazos como si no pudiera soportar tanto imponderable.

—Ya, ¿y qué hago mientras tanto? Por los mismos motivos y aunque el juez me declarara heredera de Marcial por ser su pareja de hecho, no me permitiría vender esta casa para hacer frente a sus deudas, hasta… ¿hasta cuándo?

—Probablemente hasta que hubiera transcurrido un año a contar desde su desaparición. Tendrías que pedir una moratoria al banco— repuso él.

—¿Y me la concedería? En caso contrario me embargarían mi vivienda y no tendría a donde ir. ¿Qué voy a hacer?

Parecía sentir más su preocupante situación económica que la muerte de Marcial o esa fue la impresión que le produjo a Diana. La imagen de Candela en esos momentos, pese a no ser muy agraciada, era a pesar de todo la de una mujer fuerte, capaz de arrostrar cualquier dificultad y se preguntó si no habría sido ella la que aquella tarde y en un rapto de furor se hubiera presentado en la cabaña y al darse cuenta de que estaba esperando a una chica, se hubieran tirado los trastos a la cabeza, y hubiera terminado por asestarle un golpe con el candelabro. Solo faltaba un detalle para que esa posibilidad adquiriera visos de verosimilitud y era que no estaba su coche delante de la casa cuando ella había llegado. Lo meditó durante unos segundos y llegó a la conclusión de que eso no era determinante, porque podía haberlo ocultado entre los árboles para que no la viera

llegar y poder así sorprenderle de improviso.

La observó ahora con atención. Aunque delgada, casi podría calificársela de flaca, era una gimnasta, por lo que quizás dispusiera de la fuerza necesaria para, después de que ella hubiera llegado a la casa, le hubiera encontrado muerto en el suelo y hubiera huido, cargara con el cuerpo de Marcial, lo introdujera en su deportivo y lo empujara ladera abajo para despeñarlo y sumergirlo en el pantano. Sin duda no habría pasado por su mente en esos momentos la cuestión de las deudas que le dejaba y la demora que eso le supondría en poder cobrar el seguro. Esos inconvenientes se le habrían ocurrido después.

Desde su sofá les veía a los dos de frente y se advertía que su familiaridad era palpable, por lo que se preguntó por primera vez si Jaime habría tenido algo que ver. No creía posible que hubiera intervenido como autor ni tampoco como inductor, pero sí como encubridor. Hasta cabía imaginar que le llamara Candela para pedirle que le ayudara a arrojar el coche por la ladera.

Le molestó tanto la idea, que se recriminó a sí misma por poseer una mente demasiado calenturienta, a la par que se preguntaba qué sabía de él en realidad. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que le atraía y se preguntó si no se habría equivocado una vez más, porque no cabía duda de que había demostrado sobradamente su escasa perspicacia respecto de los hombres. Primero Saúl, después Marcial y finalmente Jaime, pero no estaba dispuesta a seguir cometiendo los mismos errores. Saúl la había deslumbrado al principio con su erudición, Marcial porque sabía la tecla que debía tocar para halagar a las mujeres y Jaime… No supo determinar qué había visto en él, quizás su aplomo, la seguridad con la que se enfrentaba a sus alumnos, o tal vez que era el polo opuesto a Marcial y no se permitía la menor frivolidad con las mujeres. No fue capaz de analizarlo, pero nuevamente se sintió de más en el terceto que formaban y le dolió.

Le pareció que incluso en esos momentos Candela coqueteaba con él y decidió que estaba harta de asistir como espectadora a esa situación. Hizo intención de ponerse en pie para anunciarles que debía marcharse ya, pero pensó que debería pasar antes por el cuarto de baño y le pidió a la otra que le indicara donde se hallaba. Se levantó también Candela y la acompañó hasta la puerta que se hallaba al fondo de la estancia, junto a la chimenea.

Detrás de esa puerta había oído ella un ligero ruido aquella tarde, lo que le había impulsado a salir corriendo de la casa pensando que el intruso se había ocultado allí. Daba a un corto pasillo que conducía en primer término a un baño y al fondo a la cocina.

Candela le señaló la primera de esas puertas y entro Diana a un cuartito alicatado de azulejos blancos que constaba tan solo de un

inodoro y de un lavabo. Después de lavarse las manos se contempló durante unos segundos en el espejo. Su gesto era malhumorado, lo que no le extrañó, porque Candela le había hecho sentir que sobraba en la reunión y que hubiera preferido mantenerla a solas con Jaime Fue a secarse las manos en la toalla y un objeto diminuto se desprendió de esta y cayó al suelo con un tintineo metálico, por lo que lo recogió y lo acercó a la luz. Era una insignia estudiantil de las que los jóvenes solían llevar en la solapa de sus chaquetas como un signo de pertenencia al centro en el que cursaban sus estudios. También era frecuente que las usaran con la misma finalidad las personas que habían superado ya esa etapa de sus vidas y las que formaban parte de una asociación o de un centro de trabajo. La había visto antes, ¿pero dónde?

Capítulo 17

La había dejado Jaime frente al portal de su casa la noche anterior y durante el trayecto había hecho él un débil amago de disculpar a Candela por su actitud, lo que aún la malhumoraba al recordarlo. Debía de haber imaginado la otra que era ella una más de las chicas de Marcial y a eso obedecería la displicencia con la que la había tratado. O también era posible que le hubiera molestado encontrarla con Jaime cuando esperaba contar con poder desahogarse a solas con él, pero en cualquier caso le daba igual. O eso se dijo, porque lo cierto fue que le costó dormirse y que lo estuvo rumiando con la almohada durante un largo rato.

Esa mañana le sobraba tiempo y se levantó tarde. Tenía señalada la primera clase a las once y antes de salir se acercó a la ventana para otear la plaza que veía enfrente y hacerse así una idea del tiempo que reinaría en el exterior. El cielo estaba encapotado y los árboles de la calle apenas si retenían ya alguna que otra hoja, que no tardaría en desprenderse de sus ramas y en ir a revolotear por el suelo, junto con las que se le habían anticipado. Una estampa otoñal y tristona que auguraba la próxima llegada del invierno.

También la imagen de los escasos transeúntes que caminaban por la acera cuando salió del garaje conduciendo su automóvil era acorde con el melancólico ambiente que se respiraba a aquellas horas de la mañana. Lo hacían deprisa y con la cabeza baja para defenderse del frío. También se sentía dentro del coche, por lo que puso en marcha la calefacción y después encendió la radio. Había decidido que no tenía sentido ya que tomara dos autobuses para ir a la facultad, puesto que Jaime sabía que el Clío azul que había visto llegar a "La cabaña" aquella tarde era suyo y que lo conducía ella, por lo que en cuanto se vistió bajó al garaje en el ascensor y se introdujo en él y arrancó.

Le gustaba oír música durante el trayecto que debía recorrer y siguió el ritmo de una rumba pensando que pronto llegaría la Navidad y con ella unas cortas vacaciones que aprovecharía para ir a Ávila a pasarla con sus padres y con sus hermanos.

Se animó ante la idea de perder de vista Madrid, la facultad, y todo lo que asociaba con aquella casita de madera. Necesitaba borrarlo de su mente como si nunca hubiera sucedido y comenzar después una etapa nueva. Estuvo a punto de arrojar por la ventanilla la insignia estudiantil que había encontrado en el cuarto de baño de la casa de Marcial y olvidarla también. La llevaba en el bolsillo con la intención de enseñársela a Flora para que le identificara el centro escolar que lo utilizaba como distintivo y averiguar así a quién podía pertenecer, porque seguía sin recordar donde la había visto antes. No era desde luego el emblema de la facultad de derecho en la que impartía clase y no cabía suponer por lo tanto que fuera Marcial el que lo había perdido, aunque quizás sí lo fuera del gimnasio donde Candela trabajaba. Flora solía estar al tanto de esos detalles y podía ayudarla a descubrir de quien se trataba y tal vez la identidad de la persona que debía de haberse escondido en el cuarto de baño al oírla entrar en la cabaña aquel viernes.

De improviso la música se cortó en seco y escuchó la voz de un locutor transmitiendo una noticia de última hora. Los buzos de la Guardia Civil habían hallado el cuerpo de un hombre en el pantano de San Juan, y se suponía, no sin fundamento, que pudiera pertenecer al profesor de la facultad Fray Luis de León que había desaparecido. Lo habían encontrado a unos quinientos metros del lugar en el que se había sumergido su automóvil y había sido llevado al Instituto Anatómico Forense, donde había sido citada su mujer para que efectuara el reconocimiento de sus restos.

Al oírlo, aproximó Diana el coche a la acera y frenó. Luego se quedó quieta, con las manos en el volante y la sensación de que el mundo se había detenido de repente. Había temido tanto que aquello llegara a suceder… Aunque a ratos le había aterrorizado la idea de que esa información fuera inminente, en otros había llegado a

convencerse de que no darían con su cuerpo, e incluso, en los momentos de mayor optimismo, había dudado de que Marcial hubiera muerto y había optado por repetirse que lo había simulado. No se le alcanzaba el motivo, pero era lo que le convenía creer.

Se hubiera decantado por esta última posibilidad si le hubieran dado a elegir, pero acababa de ocurrir precisamente lo que más podía perjudicarla y permaneció inmóvil, tratando de asimilarlo, con la vaga sensación de que debería de hacer algo, aunque no se le ocurría qué.

Intentó luego razonar, pero notaba la mente espesa. ¿Quién sería entonces la persona que la llamaba a su móvil sin pronunciar una sola palabra?, se preguntó. Había llegado a convencerse a ratos de que era él. ¿Y el que la seguía por la calle sin dejarse ver? Tal vez fuera el mismo individuo y quizás se tratara del tipo que se había escondido en el cuarto de baño de la casita cuando llegó ella y estuviera esperando el momento más oportuno para liquidarla.

Con un esfuerzo por salir de su marasmo arrancó de nuevo y enfiló la calle Isaac Peral para desembocar después en La Moncloa. El tráfico era intenso, pero aunque no distinguió ningún automóvil conocido ni tampoco a ningún transeúnte caminando por la acera que se fijara en ella, se sintió vigilada y temió que en cuanto llegara a la facultad se presentara la policía a detenerla. Porque lo tenía todo en su contra. Ni a propósito hubiera podido dejar aquella tarde más pistas que la comprometieran.

Se detuvo en un semáforo en rojo y echó mano a su bolso para extraer su móvil y llamar a Noelia, pero recordó a tiempo que se lo habían confiscado y, aunque fuera ese un problema menor, se sintió impotente, como si el no poder disponer de su aparato rematara el cúmulo de desastres que se habían abatido sobre su cabeza en los últimos segundos. Tendría que llamarla desde el teléfono de la secretaría, con lo que la oiría Teresa, que, aunque fuera una buena chica, disfrutaba divulgando los chismes que llegaban a sus oídos. Quizás si Flora le prestara su móvil durante unos minutos podría quedar esa tarde con la abogada sin que esa cita llegara al conocimiento de ninguno de sus compañeros.

Pero lo más práctico sería que se presentara por las buenas, sin pedir cita previamente, se dijo. Tenía que aparentar que la noticia no le había afectado más que a cualquiera del resto de los mortales, porque no era la culpable de su muerte. Aunque lamentándolo, tenía que entrar en la facultad pisando fuerte, exteriorizando que no tenía nada que temer.

Estacionó su automóvil a unos metros de la puerta de entrada, se miró luego en el espejo retrovisor y, cuando consiguió esbozar una sonrisa pálida, aunque despreocupada, se bajó del vehículo y echó a andar hacia el edificio. Se cruzó con un grupo de estudiantes que no

repararon en ella y luego con un par de profesores que la saludaron al pasar. Tampoco en el vestíbulo se volvió nadie a observarla, pese al revuelo reinante. Había corrido ya la voz de que el cuerpo de Marcial había sido encontrado y lo oyó comentar a un grupo de jóvenes que dejó atrás y luego a otros que le preguntaban los detalles al profesor de derecho romano. Nadie se fijó en ella, pero se sintió el centro de todas las miradas mientras se abría paso hacia el pasillo por el que se accedía a su aula, en el que se agolpaban ya los estudiantes que tenía a su cargo y que debían conocer también la noticia, porque oyó algún comentario suelto. Al verla llegar fueron ocupando los bancos que les estaban destinados sin que sus rostros denotaran que la relacionaban con el suceso.

La hora que duró la clase se le hizo interminable. De cuando en cuando volvía la cabeza hacia la puerta de cristales por donde temía ver entrar de un momento a otro a la policía con el inspector Peláez al frente, pero nada de eso se produjo. Pensó marcharse de inmediato a su casa cuando sonó el timbre que anunciaba que había finalizado, porque no tenía ninguna clase más esa mañana, pero coincidió en el pasillo con Jaime y con Flora que salían de sus aulas a la vez que ella y esta última la retuvo.

—¿Te has enterado? — le preguntó a su oído—. Era de esperar y puede que sea mejor así, porque al fin podrá descansar Candela. Pienso que es preferible recibir una mala noticia que la incertidumbre de no saber a qué atenerse.

—¿Tú crees? — musitó Diana notando la garganta seca.

Un grupo de jóvenes salió del aula más lejana del corredor y pasó por delante de ellos. Entre estos iba Sara que la envolvió en una mirada acusadora antes de chismorrearle algo por lo bajo a sus compañeros, que se volvieron a mirarla, lo que Jaime captó, pero Flora estaba de espaldas y no vio a la chica. Por esa razón se limitó a asentir trasluciendo en su reseco semblante lo mucho que lamentaba la noticia que acaba de conocer.

—Sí, será un golpe duro del que se repondrá, pero resolverá así sus problemas económicos, ya que podrá cobrar el seguro y saldar las deudas de él. Ella me comentó el otro día que si no aparecía su cuerpo se iba a ver muy apurada. ¿No te parece que tengo razón, Jaime?

Se había mantenido él a cierta distancia, pero se aproximó a tiempo de oír sus últimas palabras y aunque hizo tan solo un gesto de asentimiento, le dio la impresión a Diana de que le había afectado más la noticia de lo que cabía esperar. Le pareció incluso que estaba profundamente decaído, lo que pensó que no se compadecía con la escasa relación que le había dicho que habían mantenido.

—Sí, supongo que sí— murmuró apenas.

—¿Qué es lo que te preocupa entonces? — insistió Flora

observándole con algo de extrañeza —. Que había muerto era lo que todos sospechábamos y que haya sido accidentalmente era lo mejor que le podía ocurrir. Candela es una mujer fuerte y él no era más que un tarambana que solo le aportaba quebraderos de cabeza. Probablemente heredará ella esa casa que había comprado él en la sierra y quizás con el tiempo encuentre a otro que sea más de fiar que Marcial, lo que no creo que sea muy difícil, porque él era un caso único.

Lo afirmaba Flora convencida de que había recibido lo que se merecía y que en adelante Candela se sentiría liberada de una pesada carga, pero no debía compartir Jaime esa opinión, porque levantó ambas manos en un ademán del que cabía deducir que no coincidía con su punto de vista.

—No lo creo. Ella se lo consentía, porque no se sentía capaz de romper con él. Y no creo que tenga ningún interés en conservar "La cabaña". Nunca le gustó y conocía además para qué la utilizaba él. Además…

Adivinó Diana a que iba a aludir a que la policía sabía ya que la muerte de Marcial no había obedecido a un accidente, pero no llegó a hacerlo. Sus miradas se cruzaron y vio en el fondo de sus ojos la advertencia de que tenían que evitar despertar sospechas en la otra que la involucraran. Flora no se dio cuenta y les propuso que la acompañaran a la cafetería para seguir comentándolo.

—Tengo media hora libre y me gustaría que me dierais vuestra opinión— les dijo apartándolos en el pasillo de los grupos de jóvenes que iban saliendo de las aulas al finalizar sus respectivas clases y que lo enfilaban en dirección a la cafetería —. He oído que le van a practicar la autopsia a Marcial para determinar si ha muerto ahogado o si la causa ha obedecido a algún golpe que recibiera en la caída. ¿Creéis posible que en su caso lo pueda determinar el forense?

Esbozó Jaime un gesto indefinible con el que parecía querer decir que no era un entendido en la materia y que solo sabía lo que habían informado los medios.

—No soy penalista. Me especialicé en derecho civil cuando terminé la carrera y no he defendido nunca a un delincuente, pero me dijo el inspector que lleva el caso que habían encontrado en el candelabro que estaba en el coche restos de sangre.

Parpadeó Flora sorprendida y luego le observó con la boca abierta.

—Y eso quiere decir…

—Que si era de él, alguien podía haberle golpeado con ese chisme.

Tardó ella en entender el significado de lo que le decía. Intercambió una mirada de perplejidad con Diana y la desvió luego interrogantemente hacia el rostro de él.

—O sea, que puede que le mataran.

—Sí, eso parece.

Se quedó callada meditándolo y no debió de ver las cosas claras porque levantó hacia Jaime un semblante que traslucía incredulidad y también confusión.

—No lo entiendo— reconoció—. Por lo que he oído, la policía no encontró en el candelabro una sola huella, lo que parece significar que lo habían limpiado a conciencia, porque debería tener al menos las de Candela y las de Marcial. Y también las de la persona que aquel viernes lo metió dentro del coche, a la par que el cuerpo de él.

—Sí ¿y qué?

—Que si le mataron, las eliminaría su asesino.

—Es de suponer que sí— corroboró Jaime.

—Pero en ese caso debería haber limpiado también la sangre de él, o mejor aún, tirar el candelabro al fondo del pantano en lugar de meterlo en el coche para que la policía creyera que había muerto en el accidente. ¿No os parece que no tiene sentido lo que hizo?

Capítulo 18

No aguantó Diana más tiempo en la cafetería del imprescindible para tomar el café que les propuso Flora a los dos. Vieron al entrar en la cafetería a Fabián, acompañado por Arsenio, un hombre de unos cincuenta años, bajito y barrigón, que era profesor de historia del derecho y al que sus alumnos temían porque tenía fama de ser un hueso, y les hicieron un hueco en su mesa. También ellos estaban comentando la noticia, especulando sobre si sería conveniente llamar a Candela para ofrecerle su ayuda en lo que pudiera necesitar o si sería más adecuado visitarla por la tarde en su casa. Les pidieron su opinión y ellas dos se consultaron con los ojos, porque no lo tenían claro. Jaime tampoco llegó a dársela, porque recibió una llamada en su móvil y se levantó para atenderla. Aunque se apartó hacia un rincón para hablar sin que le oyeran, adivinó Diana que su interlocutora era Candela, lo que corroboró él cuando segundos más tarde se les acercó nuevamente a la mesa para despedirse.

—Me voy, hasta luego— les dijo lacónicamente.

—¿Te marchas a tu casa ya? — quiso saber Flora—. ¿Ocurre algo?

—No, nada. Era ella, Candela. Me ha pedido que la acompañe al Instituto Anatómico Forense, donde ha sido citada para que identifique el cuerpo que han recuperado en el pantano. Es un trámite muy desagradable, por lo que le han recomendado que vaya

acompañada de algún familiar.

Se le quedó mirando Arsenio con el ceño fruncido.

—¿Y te ha llamado a ti? — le preguntó de extrañado— ¿No tiene parientes? No sabía que fuerais tan amigos.

—No lo somos— replicó Jaime sin dejar traslucir lo que pudiera estar pensando —. Somos únicamente vecinos, pero ayer coincidimos en la sierra y estuve con ella en su casa. Me comentó alguno de los problemas económicos que la desaparición de Marcial le suscitaban para que la ayudara a resolverlos, así que será ese el motivo por el que me ha llamado, para matar dos pájaros de un tiro. Los abogados somos imprescindibles en estos casos— terminó con humorismo.

—Desde luego— corroboró Fabián—. Dile que puede contar también con nosotros y transmítele nuestras condolencias. Averigua cuál sería el momento más oportuno para que vayamos a visitarla o si prefiere que no lo hagamos, porque en estos casos no sabe uno como acertar.

Asintió Jaime con un gesto y se alejó hacia la puerta. Cuando desapareció de su vista pensó Diana que era el momento oportuno para despedirse también. A duras penas conseguía dominar su inquietud y necesitaba llegar a su casa cuanto antes para llamar a Noelia, por lo que en cuanto le pagó su café al camarero se puso en pie.

—Yo también tengo que marcharme. He terminado mis clases por hoy y me urge resolver algunas cosas. Mañana nos veremos.

Salió de la cafetería sin volver la cabeza y en cuanto recogió su abrigo se encaminó apresuradamente hacia el vestíbulo donde el revuelo que había provocado la noticia era evidente. Los estudiantes deambulaban sin rumbo formando grupitos que en su mayoría lamentaban lo ocurrido y alguna chica incluso lloraba. Todo el personal que trabajaba en el centro comentaba lo mismo y se cruzó allí con Sara que se marchaba también entre unos cuantos jóvenes y que le dedicó una mirada aviesa.

La retuvo luego Teresa que atravesaba apresuradamente la estancia, como siempre. No recordaba Diana haberla visto moverse calmosamente en ninguna circunstancia y ese día no fue una excepción. Llevaba unos papeles en la mano que debía llevar al despacho del rector, pero al verla la tomó del brazo y la obligó a seguirla para apartarla de los corrillos más próximos con la evidente intención de comunicarle algo sin que la oyeran. Temió Diana que fuera a advertirla de que la policía había vuelto a preguntar por ella, pero no fue así. Se limitó a comentarle gesticulando exageradamente con ambas manos:

—Qué horror, ¿verdad?, ¿Te has enterado?

—Sí, sí.

—Pero era de esperar, porque conducía como un loco ese cochazo imponente que tenía. Nos va a dejar un vacío muy hondo en esta facultad. Le vamos a echar mucho de menos.

—Sí, claro.

Siguió Teresa su camino a paso ligero y Diana consiguió salir del edificio sin que la detuviera nadie más. Soplaba una brisa fresca que agitaba las ramas desnudas de los árboles y que se le caló dentro, aunque no solo por la temperatura reinante. Sentía un frío intenso, una sensación de angustia que no recordaba haber experimentado antes en ninguna ocasión, por lo que se arrebujó en su abrigo y echó a correr hacia la zona donde había aparcado su automóvil, volviendo de cuando en cuando la cabeza como una fugitiva, aunque por fortuna no la había seguido nadie. Aun así, durante todo el trayecto que recorrió hasta que llegó a la calle Santa Engracia, fue dirigiéndole continuas miradas al espejo retrovisor temiendo que alguno de los coches que corrían detrás del suyo por la calzada fuera de la policía.

Tomó el ascensor al llegar a su edificio y cuando la cabina se detuvo en la quinta planta recorrió a la carrera al amplio corredor enmoquetado que daba acceso a los distintos apartamentos. Al pasar por delante del contiguo al suyo, abrió la puerta su vecina, una chica de una edad aproximada a la suya con la que había trabado cierta amistad. Se llamaba Anita y acostumbraba a escuchar a todas horas y a todo trapo música cubana. Ese día asomó la cabeza al pasillo, aparentemente sorprendida al verla.

—¡Ah!, ¿eres tú?

—Sí, he terminado mis clases por hoy— replicó Diana jadeante.

—Pero has salido hace un ratito y acabas de regresar, ¿verdad?, porque te he oído llegar hace un rato.

No era de extrañar que la otra se hubiera confundido, porque con el volumen al que elevaba la música que le gustaba no era posible que se percibiera sus pasos sobre la moqueta del corredor ni el girar de la llave en la cerradura de la puerta de entrada de su casa, por lo que negó con la cabeza.

—No, te habrás confundido.

Las cejas de Anita se elevaron sobre su frente en una muda pregunta que no llegó a formular.

—¿De veras? Pues yo aseguraría…

Sin esperar a lo que pudiera pretender decirle, siguió de largo y entró a toda prisa apartamento. Como la luz del día se filtraba a través de la puerta de cristales de la sala de estar y disipaba en parte la oscuridad del vestíbulo, no encendió la luz, por lo que tropezó con el paragüero. No estaba en el mismo sitio de siempre. Lo colocaba en un rincón que quedaba tras la puerta del piso cundo la abría porque allí no estorbaba el paso, pero cuando penetró en el corto pasillo chocó

con él y lo apartó con un pie para seguir camino hacia la sala de estar y descolgar el teléfono. Necesitaba ver a Noelia de inmediato para hacerle saber que habían encontrado el cuerpo de Marcial y le diera instrucciones sobre lo que debería hacer ella y trató de hacérselo entender a la secretaria que atendió su llamada y que por extraño que pudiera parecer no se alteró lo más mínimo al escucharla. Debía considerar que la circunstancia de que hubiera encontrado la Guardia Civil el cadáver de una persona que había desaparecido en el pantano y de cuya muerte podían acusarla a ella era una cosa muy corriente que sucedía todos los días, porque no se inmutó y le pidió que se calmara.

Le aconsejó, eso sí, que inspirara profundamente y dejara luego escapar el aire, con lo que lograría relajarse, pero, aunque lo intentó repetidamente, no consiguió rebajar la sensación de que un cinturón de hierro le oprimía los pulmones y le impedía respirar, lo que al fin debió entender su interlocutora, porque, aunque a regañadientes. la citó a última hora de esa misma tarde.

—Pero sea usted puntual—le advirtió— porque no recibimos visitas después de la cita que le he dado.

—Descuide

Cuando cortó la comunicación y depositó el auricular en su horquilla, pasó una mano por su frente y trató de controlar su desquiciado ritmo cardíaco preguntándose cuanto tardaría en presentarse la policía en su casa a detenerla y si la recluiría inmediatamente en un calabozo o si le permitiría antes hablar con su abogada. Pese a haberse licenciado en derecho y a poseer amplios conocimientos sobre la normativa que regulaba la familia, desconocía los trámites que conllevaban la detención de una persona, entre otras razones porque hasta la fecha no le había interesado el procedimiento penal ni se había visto involucrada en una situación como la que estaba padeciendo en el presente.

Si al menos pudiese recordar a qué centro pertenecía el distintivo que había encontrado en el cuarto de baño de “La cabaña” la tarde anterior… , se dijo. Porque lo había visto antes y sin duda sería trascendente que le viniera a la memoria porque podría así apartar las sospechas de la policía de ella y desviarlas hacia el dueño de ese emblema. ¿Lo habría perdido en la casita la tonta rubia que la miraba como si ella fuese un reptil venenoso cuando se la cruzaba por la facultad?

Había dejado abierta la puerta de la sala de estar al entrar corriendo en la habitación y en ese momento vio a través del umbral de esta el paragüero al que le había dado un puntapié y que estaba en el centro del pasillito, estorbando claramente. Tardó en darse cuenta de que no estaba donde debía estar. Lo observó con los ojos

entornados. Era un cubo cilíndrico de cerámica del que se había encaprichado en un viaje a Talavera de la Reina que había realizado con Saúl y que quedaba bien en el vestíbulo de él, que era más grande, pese a lo cual a no le había gustado. Por esa razón se lo había llevado Diana cuando se separaron, pero en su pequeño apartamento obstaculizaba el paso al que llegara de la calle, como le había sucedido a ella unos minutos antes, por lo que lo arrinconaba en un rincón detrás de la puerta. No había dejado encendida la calefacción y hacía más bien frío pero notó que unas gotas de sudor le resbalaban por la frente al caer en la cuenta de que en su ausencia había vuelto a entrar alguien en el piso y lo había cambiado de lugar.

¿Pero quién?, se preguntó. ¿El mismo que la seguía por la calle? ¿O sería el que la llamaba por teléfono? Podía con la misma facilidad asaltarla de madrugada cuando estuviese durmiendo.

Reprimió un escalofrío al diciéndose que estaba en peligro y no podía contar con la policía. Lo aconsejable era mantener la mayor distancia posible con las fuerzas de seguridad para que, a ser posible, no se acordara de su existencia. Solo podía contar con Noelia y todavía faltaban unas horas para que pudiera dirigirse a su despacho, por lo que estuvo a punto de echarse a llorar. Lo que le estaba sucediendo colmaba todos los desatinos imaginables y se preguntó si el mundo entero se habría confabulado contra ella para que, impotente, tuviera que enfrentarse a un destino que no era el que le correspondía. Porque ella no había sido. No podía achacársele otra cosa que haberse dejado llevar por la atracción de un seductor que coleccionaba conquistas femeninas como otros coleccionaban sellos. Era como para morirse de risa.

Pero no se rió. Muy al contrario, pensó que, aunque en parte la culpa la tenía ella por estúpida, mucha más la tenía Saúl, por haberle provocado con su egoísmo un ansia desmedida de colmar su soledad, de llenar el amargo hueco que le había dejado dentro, y haber creído que Marcial podía ser la persona idónea para restablecer su equilibrio emocional.

En ese preciso instante y como si le hubiera transmitido el pensamiento a su expareja, sonó el ring ring del teléfono fijo que acababa de colgar y respingó sobresaltada. Pensó en un primer momento que se trataría de su mudo interlocutor, del individuo que marcaba el número de su móvil y no pronunciaba una sola palabra cuando ella respondía, pero recordó a tiempo que no conocía el del aparato que tenía sobre una mesita esquinera, entre el sofá y una butaca. La llamaba siempre al móvil que ahora estaba en poder del inspector Peláez y al que tal vez le impactaran también sus mudas intervenciones telefónicas, como le sucedía a ella cada vez que las oía. Trató de imaginarle amedrentado, pero no lo consiguió.

En la duda y como no las tenía todas consigo, descolgó recelosamente el auricular y articuló débilmente:

—Diga.

Reconoció la voz de Saúl, que sonaba alegre y distendida.

—Diana, ¿eres tú? Te he llamado más de cien veces a tu móvil, que ni tan siquiera daba la señal. ¿Estás bien?

Apartó el aparato de su oído para observarlo extrañada, porque no recordaba que él hubiera manifestado en alguna ocasión ser tan expansivo. Aunque sí, el día que se enteró de que había ganado la cátedra en la facultad de matemáticas de la universidad complutense, manifestó una euforia similar. ¿Le habrían ascendido?

—Sí, claro que estoy bien— mintió, porque no lo estaba—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque he oído por la radio que han encontrado en el pantano el cuerpo de ese profesor, compañero tuyo, y he pensado que te habrías llevado un disgusto. ¿Te lo has llevado?

—Sí, bueno, no. Le conocía poco.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea, lo que evidenciaba que estaba buscando Saúl las palabras oportunas para decirle algo y que no las acababa de encontrar lo que en él era sumamente infrecuente, porque poseía una facilidad dialéctica increíble de la que alardeaba en sus interminables monólogos. Incluso carraspeó antes de proponérselo.

—Yo… lo pasé muy bien la otra noche y me gustaría que lo repitiéramos.

Incomprensiblemente le emocionó oírselo decir. Se sentía tan mal, que cualquier muestra de afecto la conmovía. Aunque había creído estar segura de que la relación que habían mantenido no tenía arreglo posible, en ese instante llegó a dudarlo y musitó:

—Sí… bueno, sí, podríamos repetirlo.

—¿Te parece que te recoja luego, a eso de las nueve, y que vayamos a cenar?

—Vale, de acuerdo.

Se arrepintió en cuanto colgó el auricular. Pensó que era imposible que Saúl se pusiera en su caso, porque no le iba a explicar la situación en la que se hallaba por haber tenido la ocurrencia de haberse citado aquella tarde con Marcial. De decírselo, le dedicaría un insoportable sermoncito en un tono paternal que la irritaba. No necesitaba un padre que la reconviniera. Necesitaba… a alguien que entendiera cómo se sentía y que le prestara un hombro en el que apoyarse. ¿Sería demasiado pedir?

Capítulo 19

Les había dado la niña mala noche. Le estaban saliendo los dientes y habían permanecido Alex y ella hasta la madrugada paseándola por el pasillo de su casa hasta que habían logrado que se durmiera, por lo que esa mañana había llegado Noelia a la oficina bien avanzada la mañana. Flor estaba escribiendo en el ordenador cuando entró en la antesala e interrumpió su trabajo para examinarla. Estaba ojerosa y adormilada, por lo que le preguntó en tono regañón:

—¿Sabes la hora que es? ¿Te pasa algo?

—Sí, lo normal cuando se tiene una hija de la edad de María— repuso ella bromeando. Se encaramó de medio lado en la mesa de la secretaria como si estuviera mortalmente cansada y fijó en la otra sus ojos oscuros al preguntarle—: ¿Ha ocurrido aquí algo de interés? Espero que no.

No le gustaba a Flor darle malas noticias, pero, como no se le ocurrió la forma de posponerlo, le indicó que se bajara de la mesa y tomara asiento en la silla que tenía enfrente de esta, por lo que presintió Noelia lo que vendría a continuación.

—Dime.

—Lo he oído por la radio y…

La interrumpió Noelia antes de que hubiera tenido tiempo de aclarárselo.

—Ya sé. Lo han encontrado, ¿no es eso?

No necesitó Flor que le puntualizara a qué se refería al darlo por hecho, porque en los días precedentes se había alegrado la otra de lo mucho que estaba tardando la Guardia Civil en dar con el cuerpo del profesor desaparecido. Consecuentemente, lo afirmó:

—Sí, esta mañana. Han avisado a su mujer para que efectúe el reconocimiento de los restos y mañana le practicaran la autopsia. Imagino que tu cliente no tardará en llamar y en pedir cita, si es que no la ha detenido ya la policía.

—No creo que lo haga… todavía— consideró Noelia meneando dubitativamente la cabeza y con ella su larga y ensortijada melena oscura—. Querrá actuar sobre seguro y esperar al resultado de la autopsia, que será determinante. Si el informe del forense dictaminase que se hombre ha muerto ahogado, e incluso que había bebido de lo lindo y que, por esa razón y porque estaba como una cuba, habría acabado con su coche en el fondo del pantano, podría archivar la policía el caso y esa chica respiraría tranquila. Y yo también— afirmó tras recapacitar con el ceño fruncido— Yo también— repitió dejando escapar un desalentado suspiro.

La envolvió Flor en una mirada de escepticismo.

—¿Ahogado? Te pasas de optimista. La tarde en la que vino esa cliente a este despacho por primera vez estaba sumamente alterada. Me di cuenta cuando le abrí la puerta. Y luego, cuando la recibiste, me dijiste por la línea interior que había encontrado ella muerto a ese profesor en su casa de la sierra y en un charco de sangre. Recuerda que fue la Guardia Civil, a la que llamé por indicación tuya, la que no halló en el escenario del crimen el menor viso de tal cosa y tú le diste crédito. Es obvio que te equivocaste.

Solía adoptar Flor con ella y también con los otros dos abogados del bufete, sin duda por la diferencia de edad, el papel de una madre sermoneadora, lo que los tres aceptaban sin rechistar, entre otros motivos porque casi siempre tenía razón. Asomó por ello al agraciado semblante de Noelia un mohín de disculpa y replicó:

—Sí, bueno, me equivoqué. Me pareció que esa chica estaba histérica y que el profesor, del que me dijo que era un ligón, podía haber metido la pata con alguna y haber fingido su muerte para no cargar con las consecuencias. Empezó a dudar además cuando insistí en que me dijera si estaba segura de lo que creía haber visto.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Le sonrió Noelia, a la par que se encogía de hombros.

—Defenderla, claro, pero, sobre cómo lo haré, podré contestarte cuando me espabile. No he dormido y siento la cabeza tan embotada como la tuviera rellena de serrín. Los niños no suelen tener en cuenta que sus progenitores tienen que trabajar al día siguiente y la defensa de esa chica va a ser muy complicada, porque hizo todo lo que no debería haber hecho. La autopsia lo dirá, pero supongo que debió de llegar a esa cabaña unos minutos después de que el asesino se cargara al profesor, lo que probablemente testificará el vecino que la vio llegar.

—Y para colmo iría dejando sus huellas a su paso hasta que le encontró muerto— especuló desdeñosamente Flor—. Me pregunto por qué harán esa tontería los incautos que, siendo inocentes, se presentan intempestivamente en el lugar del crimen y van tocando todo lo que no deben. ¿Es una simple tu cliente?

Reprimió Noelia un bostezo.

—No, todo lo contrario. Y no la juzgues tan duramente, porque ninguno sabemos cómo podríamos reaccionar en una situación límite. Además, en este caso no es decisivo que toqueteara el arma homicida, porque la policía no ha encontrado huellas en el candelabro.

—¿Y a qué achacas eso? ¿A qué ha estado mucho tiempo debajo del agua?

Se echó a reír irónicamente ella meneando negativamente la cabeza.

—No, todo el mundo sabe que ni las huellas dactilares ni los restos

de sangre se borran con el agua.

—¿Lo sabe todo el mundo? — se burló la secretaria— Pues no me cuentes a mí entre esa gente tan lista. Cuando me he pinchado un dedo en casa, me he manchado la ropa y la he lavado, he dejado esa prenda impoluta, así que no sé de dónde te sacas que el agua y el jabón no obran milagros.

—A primera vista, sí— admitió ella—. Y en lo que se refiere a las huellas, puedes tener razón en determinados casos. Es obvio que en esta ocasión el asesino las borró, limpió también la sangre del suelo y lo fregó, lo que no implica que su existencia sea indetectable para la policía, tanto en la casita como en el coche, pese a las vueltas de campana que daría éste y que llegó al pantano sin puertas ni ventanillas y sin el profesor en su interior.

—Pero con el candelabro.

—Sí, porque, por lo que he oído, estaba atrapado debajo del asiento del copiloto, que quedó convertido en un montón de hierros retorcidos y no salió despedido, como sí le ocurrió al cadáver.

Mordisqueó Flor pensativamente la punta de el bolígrafo que había cogido y que tenía sobre la mesa e inquirió:

—¿Y en qué vas a basar tu defensa? No tienes más testigos que el vecino y ese no te va a servir de mucha ayuda. Lo único que podrías alegar es que tu cliente, que es una joven delgada y seguramente con poca chicha, no tenía fuerza suficiente para cargar con el muerto y llevarlo hasta su coche, ni tampoco para empujarlo después ella sola hasta la zona escarpada para que se precipitara al abismo.

Lo consideró Noelia en silencio. Se apartó la melena del rostro mientras lo meditaba y terminó por llevarse un dedo al rizo que le caía sobre la frente y enrollárselo en él para darle varias vueltas.

—No lo sé— reconoció–. Aún no lo he pensado y ya te he dicho además que tengo la cabeza como una bota. Por los antecedentes de ese hombre, cabría suponer que lo mató una de sus chicas o incluso la suya propia, que estaría en el mismo caso que mi cliente en cuanto a la falta de fuerza física.

—Tengo entendido que la suya es profesora de gimnasia— le recordó Flor—. No la conozco, pero imagino que estará en forma y que tenía motivos más que sobrados para haberle sacudido un buen guantazo. Puede que fuera a buscarle a la casa de la sierra imaginando que había quedado con alguna de sus conquistas, que se pelearan, que pasaran después a las manos y que terminara ella por estamparle en la cabeza ese candelabro. Sería de lo más normal— terminó de considerar como si pronunciase una sentencia.

—Pero no estaba su coche delante de la casa cuando llegó mi cliente— le recordó Noelia.

—Pues sí que es una lata— se lamentó la secretaria, arrugando la

frente para concentrarse mejor. Se iluminó su semblante de improviso como si hubiera recibido una súbita inspiración y le preguntó—: ¿Y qué sabes de ese vecino?

—Pues… nada, que tiene también una casa en la montaña, algo más arriba que la de la víctima, que también es abogado y un buen civilista, y que le ha estado sustituyendo hasta ahora dando clase en la facultad. ¿Por qué?

—Porque tu cliente no vio ningún otro automóvil delante de la casa que el de su dueño y, por lo que me has contado, creyó oír a alguien escondido dentro de la casa. Pudo ser ese vecino el que bajara hasta esa cabaña andando. Si tenía un lío con la mujer del profesor, se enzarzaron en una pelea y le mató de un golpe, todo encajaría.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí. Pregúntale a ella cuando venga qué relación mantenían ese vecino y la mujer de él.

—Pero Diana no ha llamado todavía, ¿verdad? — le preguntó Noelia esperanzada—. Puede que lo haga mañana o pasado mañana y que para entonces haya dormido yo y esté despejada.

—Lo dudo— masculló Flor entre dientes— así que ve preparándote. Sé que estabas haciendo rogativas para que no apareciera nunca el cuerpo de ese profesor.

—Lo hubiera preferido, sí— admitió ella— aunque las desapariciones son jurídicamente una lata para sus herederos, para sus deudores y hasta para los abogados, que se ven obligados a esperar a que transcurran los plazos que marca la ley para que el juez los declare fallecidos. Únicamente beneficia a sus asesinos, cuando su muerte ha sido violenta.

—Como en este caso— resumió Flor a modo de colofón.

—Sí— admitió ella— como en este caso.

Sonó en ese momento el teléfono que tenía Flor sobre la mesa y atendió esta la llamada. No necesitó Noelia que le aclarara cuando colgó con quien había estado hablando y a quien le había dado cita a las siete de la tarde, pero la secretaria se lo aclaró, aunque sin pronunciar su nombre.

—Está muy nerviosa y es natural. ¿Quieres que te prepare un café?

Tenían una cocinita en el piso, de unas dimensiones mínimas, y Flor se había levantado ya de su mesa con esa intención, pero Noelia la retuvo con un gesto.

—No, no déjalo. Ya me he tomado uno en casa y me tomaré otro con vosotros cuando comamos. Para cuando llegue estaré ya lúcida.

Efectivamente lo estaba cuando se presentó puntualmente Diana, que manifestó estar sumamente inquieta y a quien ella trató de tranquilizar.

—No podemos hacer nada por el momento— le dijo—. Lo que necesito es que me refieras lo que sabes del vecino del profesor, de ese que le ha estado sustituyendo, cubriendo en la facultad el puesto que el otro dejó vacante, y que tiene una casa en la sierra desde la que se ve perfectamente la de la víctima.

La había escuchado Diana atentamente y su semblante dejó traslucir su incomprensión ante la pregunta qué le hacía.

—¿Qué quieres saber? Es un hombre diametralmente opuesto a Marcial. No es frívolo ni faldero ni permite que sus alumnas se tomen la menor confianza con él, aunque es también muy atractivo y también intentan coquetear con él. Creo que le caigo bien y que está intentando ayudarme, aunque ha deducido que esa tarde fui yo la que me presenté en "La cabaña", inmediatamente después de que Marcial fuera agredido. Lo extraño es que no me crucé con ningún coche que viniera en sentido contrario cuando llegué a esa casa— le comunicó con sus grandes ojos color violeta entrecerrados como si estuviera reproduciendo en su mente esos momentos—. Y debería de haberlo hecho, ¿verdad?

Hizo Noelia un gesto vago.

—Eso puede tener varias explicaciones. Puede que el que le mató llegara hasta esa casa andando.

—¿Andando? – sopesó Diana ante esa posibilidad—. No lo creo. Está muy aislada. La urbanización más próxima se encuentra a varios kilómetros y el pueblo aún está más lejos. El que lo hizo tendría que haberse dado una buena caminata por el sendero polvoriento que lleva hasta allí y que continúa después, haciendo eses, hasta la casa de Jaime, de su vecino. Efectivamente me pareció oír ruido detrás de la puerta de la sala de estar cuando me incliné sobre el cuerpo de Marcial, por lo que es posible que el asesino se hubiera escondido allí al oírme entrar. De ser así, también habría tenido tiempo para hacer desaparecer su cuerpo y todo vestigio del delito antes de que llegara la Guardia Civil, a la que avisé. ¿Pero en qué llegó hasta "La cabaña" y en qué se marchó después?

Se la quedó mirando Noelia sin responderle y adivinó Diana lo que estaba pensando, porque la rebatió con más energía de la necesaria.

—No estarás pensando en que fue Jaime, ¿verdad? — se indignó levantando la voz—. ¿Por qué habría de haberlo hecho si apenas se conocían? Además, sabe que fui yo con mi coche aquella tarde a esa casa y a esa hora y no me ha denunciado a la policía. Y estoy segura de que no lo hará.

Levantó Noelia una mano tratando de apaciguarla.

—No estoy insinuando nada, pero entiende que tu mejor defensa sería que la policía encontrara al verdadero culpable y deberíamos ayudarle a que realice ese cometido. ¿Tienes idea de que relación

mantenía el vecino con la mujer del profesor?

Asomó al semblante de Diana una sombra de duda al contestarle:

—Pues no lo sé. Candela es por lo menos quince años mayor que Jaime, pero supongo que eso no sería un obstáculo si ella fuera más agraciada, que no es el caso. Es alta y huesuda, con ademanes bruscos y poco o nada armoniosos.

—Y él es joven, guapo e interesante— aventuró Noelia—. ¿No es así?

—Sí.

—¿Y sacaría él algo con la muerte del profesor? ¿Heredaría ella una fortuna de la que podría disfrutar también él eliminándole y ocupando el puesto que ha dejado libre la víctima?

Lo consideró Diana y terminó por reconocerlo, aunque de mala gana.

—Marcial le ha dejado algunas deudas importantes, pero también había concertado un importante seguro de vida del que Candela es beneficiaria. El saldo es muy positivo en términos económicos, pero no lo creo. Ella estaba tonta por él y puede que también le gustara Jaime o que quisiera tener una aventura con su vecino, aunque solo fuera para resarcirse de los engaños que tenía que soportar de su pareja, pero estoy segura de que ese sentimiento no es recíproco.

La observó Noelia inquisitivamente.

—¿Cómo de segura estás?

Enrojeció Diana y levantó ambas manos, dándole a entender que era más una intuición que un hecho constatable, por lo que consecuentemente no podía explicarlo y la otra sonrió, satisfecha de haber dado en el clavo.

—¿Te ha dicho algo que te permita deducir que la que le interesas eres tú?

Se apresuró Diana a negarlo.

—No, claro que no. Decirme no me ha dicho nada en absoluto, pero eso se nota. En cómo te mira, en cómo te sigue con los ojos y en cómo se hace el encontradizo e intenta alargar los momentos que pasa contigo. Ya sabes.

—Y también en que no ha ido a la policía a decirle que sabe quién es la conductora del coche azul que se presentó en “La cabaña” el día y a la hora de autos, ¿verdad?

—Sí, también— reconoció Diana, desviando la mirada hacia la ventana a través de la cual no se distinguía otra cosa a esas horas que la negrura de la noche—. Y estoy hecha un lío. Ya te he comentado que hace unos meses rompí con un hombre con el que había mantenido una larga relación sentimental. Un erudito muy aburrido y carente por completo de empatía. Ya sé que ellos opinan a que a las mujeres es imposible entendernos, pero no es el caso. Yo soy una

persona absolutamente corriente, sin manías, ni especialmente absorbente. He quedado con él esta noche y…

—Sí, ¿y qué?

—Y nada. No he venido a este despacho a hacerte perder el tiempo con mis problemas sentimentales.

—No, pero puedes contármelos, porque a menudo guardan relación con el caso y me sirven de guía para argumentar la defensa.

—Pues eso— articuló Diana buscando la mejor manera de expresarlo—. Estaba completamente segura de que había adoptado la decisión correcta cuando terminé con él y que nada ni nadie me haría cambiar de opinión, pero ahora…

—Ahora necesitas sentir que puedes contar con alguien incondicional— terminó Noelia por ella—. Que esté de tu parte y que te apoye en cualquier caso.

—Sí, eso es.

—Pues no resuelvas nada ni le des esperanzas por el momento— le aconsejó—, Cuando todo esto termine, esperemos que favorablemente, podrás ver las cosas con claridad.

Parpadeó Diana con los ojos húmedos.

—¿Y crees de verdad que podremos salir a flote de una acusación que mucho me temo que no tardará en producirse?

No lo sabía Noelia. También hubiera dado ella algo por poder asegurárselo taxativamente, pero como su obligación era cargar con ese peso para aligerar el de su cliente, le sonrió.

—Vamos a hacer todo lo posible e investigaremos por nuestra cuenta quien salió beneficiado con la muerte del profesor y quien lo hizo.

Capítulo 20

Esa noche estuvo Saúl especialmente obsequioso. Al menos al principio. La llevó a un mesón del Madrid antiguo donde servían una sopa de queso que sabía que a ella le gustaba, se había afeitado la barba y cortado el pelo como la vez anterior, y se había mostrado afectuoso e interesado por conocer su estado de ánimo tras el fallecimiento del compañero que había muerto. Algo totalmente inusual en él. Pero cuando le aseguró Diana que estaba bien, que ese asunto no le afectaba más que tangencialmente e intentó referirle que lo que le preocupaba era que había notado que un extraño había asaltado su vivienda por dos veces cuando ella estaba ausente, recuperó su actitud de siempre. La de un profesor con una alumna

torpe, a la que hubiera que facilitarle que se aprendiera la lección rebajándose hasta su nivel.

—¿Y lo has denunciado a la policía?

—No— admitió ella, temiendo el rapapolvos que vendría a continuación, en el que como mínimo la tacharía de inconsciente.

—¿Y por qué no?

—Porque necesito que en este momento me deje en paz. El otro día fue a buscarme a la facultad y me llevó a la comisaría para interrogarme sobre la desaparición del profesor de la Prada. No quiero que me dé más la lata hasta que lo hayan encontrado.

—¿Y por qué fue a buscarte precisamente a tí? ¿Es que sabías algo?

—No, claro que no.

—¿Entonces…?

Notó Diana la garganta seca cuando hizo intención de explicárselo de una forma verosímil. Había enarcado las cejas él y la observaba con aire desconfiado.

—Porque, al parecer, un vecino del profesor que tiene en el pantano de San Juan una casa en la montaña, más arriba que la de este, vio que había ido a visitarle el día en el que desapareció una chica en un coche azul, como el mío. Debió enterarse la policía de que yo tenía uno de ese color y me hizo ir a la comisaría para preguntarme que donde estaba yo a eso de las cinco y media de la tarde de aquel viernes.

Se acentuó al oírle la expresión de suspicacia que asomaba a su semblante.

—¿Y dónde estabas?

Estuvo por referírselo, necesitaba tanto desahogarse… Aunque fuera un hombre aburrido era también inteligente y quizás por una vez se diera cuenta de que lo que echaba de menos era un hombro en el que apoyarse. Vaciló sin decidirse, porque, en lugar de comprensión, temió recibir un interminable sermón en el que la acusara de inconsciente por haber quedado con un hombre al que apenas conocía. Consecuentemente, balbuceó:

—Pues en mi casa, ¿dónde iba a estar? Pero no cuento con ningún testigo que pueda corroborarlo. Anita tenía la música a todo trapo, como siempre, y no me oyó llegar a mi piso al término de mi jornada laboral. Los viernes por la tarde no imparto ninguna clase.

—¿Y quién es Anita?

—Es mi vecina, la inquilina del apartamento contiguo. Nos echamos una mano de cuando en cuando.

—¿Y no te oyó llegar?

Se dijo Diana que era posible que sí, cuando había regresado al mediodía, y que probablemente no la hubiera oído salir a eso de las cinco, porque el chachachá que resonaba atronadoramente por el

corredor cuando lo recorría en dirección al ascensor para bajar hasta el portal se lo habría impedido, pero no se quiso arriesgar a que la aludida la contradijera más adelante y eludió la respuesta diciéndole:

—El portero no estaba en el chiscón del portal y no podría corroborar por tanto que no salí de mi apartamento por la tarde. A esas horas estaba durmiendo la siesta. Solo cuento con mi palabra, por lo que prefiero por el momento que la policía se olvide de mí. Cuando averigüe quién le mató podré entonces…

Se interrumpió al advertir que había hablado de más. Había enarcado nuevamente Saúl sus espesas cejas y la miraba con extrañeza.

—¿Cómo que cuando averigüe quien le mató? ¿Es que no ha sido un accidente?

Trató ella de liberarse de la espesa bola de algodón que se le había atragantado en la garganta y carraspeó buscando una respuesta plausible.

—Sí, bueno, no sé. Se comentan muchas cosas.

Curiosamente y en contra de lo que esperaba dejó de interesarle a él el tema y retomó el asunto del allanamiento de morada del intruso para, de paso y como siempre, aprovechar lo que debía considerar una inmejorable ocasión para aleccionarla con su habitual tonillo de profesor.

—Pues lo que tienes que hacer es instalar un buen cerrojo en la puerta de tu piso e incluso una alarma conectada a tu móvil. Es una solución bien sencilla y…

Era lo mismo que le había aconsejado Miriam, por lo que no le dejó que terminara de explicárselo.

—Sí, ya lo sé, pero estoy esperando a que me lo devuelvan.

No debía de haber dicho eso y notó que Saúl volvía a observarla con recelo.

—¿A que te lo devuelvan? ¿Qué es lo que te han quitado?

—El móvil.

—¿Es que te lo han robado? En ese caso deberías comprarte otro, porque no es fácil que lo vuelvas a recuperar.

No se le ocurrió una mentira convincente y optó por decirle la verdad.

—Fue la policía cuando me llamó a la comisaría para interrogarme. Ha tomado declaración a todos los que habíamos tenido alguna relación con el profesor para tratar de averiguar los motivos por los que podía haber desaparecido. El inspector me dijo que me lo devolvería en unos días, pero todavía no lo ha hecho.

—¿Y por qué? — insistió acodándose desconfiadamente en la mesa —. Me has dicho que apenas os conocíais ese profesor y tú.

Aunque la cuestión era muy distinta y no guardaba punto de

contacto con lo que antaño motivaba las reprimendas de él, su gesto era tan similar al de entones, que se sintió transportada a la etapa en la que habían convivido. Habían sido innumerables las ocasiones en las que le regañaba por no saber responderle a las preguntas que le formulaba, casi siempre teóricas, sobre la materia que impartía en la facultad. No tenían nada que ver con la formación profesional de ella, pero eso a Saúl le daba lo mismo. Recordaba con horror una tarde en la que se había empeñado en que le precisara cuál era el valor aproximado del número áureo y luego le había explicado como si fuera tonta de remate que era un número irracional que representaba la igualdad entre la proporción de dos segmentos de diferente longitud y el cociente de la suma de ellos y el segmento con más longitud.

No lo entendió y no supo qué decirle. Se hubiera podido desquitar preguntándole a su vez a él qué podía decirle sobre el censo enfitéutico o sobre el retracto gentilicio, temas que ella dominaba y que a Marcial le sonarían a chino, pero no se le ocurrió. Aguantó el sermón que le dedicó a continuación y se fue después a la cama con la amarga sensación de tener una mente obtusa. La misma que experimentaba ahora en el restaurante. Por esa razón, porque estaba cansada de sus continuas regañinas, repuso:

—Sí, dos compañeros tan solo. Supongo que no me lo habrá devuelto aún, porque estaría esperando que apareciera el profesor— le mintió—. Como ya han encontrado su cuerpo y al parecer se despeñó por el monte y se cayó al pantano de San Juan con su automóvil, me llamará en las próximas horas para entregármelo.

—¡Ah!, bueno— se tranquilizó él. Se repanchigó en su silla, se desentendió del asunto y absolutamente relajado retomó a continuación su tema favorito.

Le habían invitado como ponente a un seminario que iba a versar sobre las teorías exactas de deducción e inferencia basadas en definiciones, axiomas, postulados y reglas que transformaban elementos primitivos en relaciones y teoremas más complejos y disertó detalladamente sobre las cuestiones que iba a exponer hasta que cayó en la cuenta de que se estaba aburriendo ella. Recogió velas entonces y aparentó estar compungido.

—No te interesa, ¿verdad?

¿Cómo hacerle entender de una vez por todas que ella estaba capacitada para las humanidades, pero no para las matemáticas, y que la asignatura que a él le apasionaba estaba fuera de su alcance? Se lo había repetido en innumerables ocasiones, pero él no parecía ser capaz de asimilarlo y con la contumacia de un maestro ante un alumno torpe insistía en explicarle lo mismo una y otra vez. En esa ocasión y, pese a la locuacidad de que gozaba, se quedó además descolocado, como si al haberle privado de la posibilidad de exponer

su tema favorito no supiera qué decir. Le pareció a Diana tan patética su reacción, que le animó resignadamente a que reanudara su explicación sobre su ponencia y fingió escucharle mientras transcurrían lentamente los minutos que faltaban para que terminara la velada y la llevara nuevamente a su casa en un taxi.

Ya al despedirse de él, le sonrió y le dijo que sí, que volverían a quedar en breve, aunque con los dedos cruzados a su espalda, pero respiró aliviada cuando entró en el portal y le perdió de vista, a la par que paradójicamente se sentía mal por el tedio que le había producido, y culpable por no ser capaz de valorarle. No le pareció justo porque él había hecho esa noche lo imposible por agradarla, pero no podía evitar aburrirse como una ostra a su lado.

Una vez llegó a su piso, corrió hacia la sala de estar y se abalanzó a poner en funcionamiento el televisor. Hacía tiempo ya que había transcurrido la hora de los informativos de todas las cadenas, pero podía recuperar en diferido cualquiera de ellos y lo hizo saltándose los innumerables anuncios que intercalaban entre las noticias. Solo efectuó el presentador una escueta mención al descubrimiento que los buzos de la Guardia Civil habían efectuado esa mañana. Probó luego con otra cadena y luego con otra con el mismo conciso resultado y finalmente desconectó el aparato y se acostó, pero tardó en conseguir dormirse.

Dos días más tarde sí comunicaron los medios audiovisuales el informe de la autopsia que le había sido practicada a Marcial. Dictaminaba el forense que había sufrido un traumatismo cráneo encefálico, producido por el golpe que había recibido en la cabeza con el candelabro que había sido hallado en su automóvil, que le había lesionado los centros vitales cardíacos y respiratorios y le habían ocasionado la muerte en el acto. En resumen, que no había fallecido accidentalmente ni de forma natural, sino que se trataba al menos de un homicidio.

Ya lo esperaba Diana. Recordaba como si lo estuviera viendo en ese momento la lividez de su semblante y la sangre que le brotaba de la brecha que tenía en la frente cuando tropezó con su cuerpo. Estaba sentada frente al televisor en la sala de estar de su casa y se sobrecogió de nuevo al revivir el instante en el que se puso de rodillas a su lado y se inclinó sobre su rostro en aquella habitación que se hallaba semi a oscuras y apenas si se distinguían los contornos difusos de los dos sofás entre los que le encontró. Incluso se sintió retroceder a unos instantes antes, a cuando se bajó de su coche y subió los escalones de la veranda aspirando ilusionada el aroma de los pinos. La mecedora se balanceaba aún. Debía de haber acabado de levantarse él de esa butaca para haber entrado en la casa. Quizás hubiera oído ruido dentro, por lo que tal vez pudiera haber evitado la agresión de

la que había sido objeto de no haberse demorado ella inspirando el olor a monte, a la resina de las piñas, de no haber perdido unos segundos preciosos buscando en derredor la intangible presencia de un extraño que sentía próximo y que la había alertado.

Se enjugó el lagrimón que le corría por la mejilla y se puso en pie para apagar el televisor. Tenía que marcharse ya, si no quería llegar tarde a la facultad a dar su primera clase y se dirigió como una autómata a su dormitorio a ponerse el abrigo y a recoger su bolso. Luego salió del piso cerrando la puerta con dos vueltas de llave.

Fue al estacionar su automóvil en una plaza que encontró libre bajo un toldillo de brezo cuando vio un coche de policía esperando unos metros más allá e imaginó lo que se avecinaba. Se bajó de su vehículo y echó a andar con aire despreocupado hacia la puerta del edificio, tal y como le había recomendado Noelia, pero no llegó a subir los escalones por los que se accedía al vestíbulo. Los dos agentes que ya conocía se le acercaron, el de la barba y el otro. En esa ocasión no le preguntaron cómo se llamaba. Lo dieron por sabido y le recitaron sus derechos. Le indicaron luego que se subiera al asiento posterior de su vehículo y la llevaron directamente a la misma comisaría en la que anteriormente la había interrogado el inspector Peláez.

Le permitieron hacer una llamada y oyó a través del hilo la voz impersonal de la secretaria, a la que tampoco le impactó en esa ocasión saber que la habían detenido. Le recomendó, eso sí, que se tranquilizara y le pasó directamente con Noelia, que también insistió sobre lo mismo.

—No te preocupes y sobre todo mantén la calma— le dijo—. Y no digas una sola palabra antes de que esté yo presente, ¿entiendes? ¿Quieres que avise a alguien?

—Sí, por favor, a la facultad. Dile a Teresa, a la secretaria, que… — Se interrumpió vacilante—. ¿Crees conveniente que sepan la verdad?

—No, porque podría perjudicarte. De momento será preferible que digamos que estás indispuesta.

—Pero mi coche está estacionado en la zona de aparcamiento— alegó dudosa—. Lo verán y se extrañarán. Hazme un favor. Llama a Saúl y pídele que lo recoja y que me lo lleve a casa. Te daré el número de su móvil.

Lo anotó Noelia y le dijo:

—De acuerdo, y recuerda sobre todo que no debes decir ni una sola palabra sin que yo esté presente—. Dejó escapar una risita falsa con la intención de quitarle hierro al asunto—, Bueno, puedes saludar a los policías en función de la hora del día y decirles buenos días o buenas tardes, pero nada más. ¿Me has entendido?

—Sí, sí, ¿vas a venir enseguida?

—Lo más pronto posible, sí, en cuanto me avisen de que te van a tomar declaración. Y ánimo.

Cortaron ambas la comunicación. Había cogido Noelia el teléfono en la antesala y cuando colgó el auricular y lo dejó sobre su base intercambió una mirada con Flor que permanecía en silencio.

—Bueno, como esperábamos, la han detenido— murmuró la otra —. ¿Qué vas a hacer ahora?

Se encogió Noelia de hombros como si la respuesta fuera obvia.

—Pues ya te lo puedes imaginar. Primero la asistiré en su declaración ante la policía, después ante el juez y luego, si la acusan de haber matado a ese profesor, la defenderé.

La había escuchado Flor imperturbable e inquirió:

—¿Y qué vas a alegar?

Volvió a encogerse Noelia de hombros.

—No lo sé, aún no lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues tendrás que espabilarte— la regañó la secretaria en el mismo tono que utilizaba su madre con ella cuando iba al colegio y no había hecho los deberes.

—Ya estoy espabilada— protestó Noelia—. De momento ha decretado el juez el secreto del sumario, pero en cuanto me den traslado de los Autos me los empollaré. Lo que tengo que conseguir ahora es que el juez la deje en libertad provisional, con o sin fianza.

—¿Y después?

—Ya te he dicho que la defenderé. Me pregunto que quién pudo ser la persona que llegó andando a “La cabaña” esa tarde. Aunque la autopsia no ha podido determinar la hora de la muerte de ese profesor dado el tiempo que ha transcurrido desde entonces, me comentó Diana que la mecedora que estaba en la veranda de la casa se balanceaba aun cuando llegó ella, a eso de las cinco y media.

—O sea que…— empezó a dilucidar la secretaria.

—O sea que el profesor estaría meciéndose en ella unos segundos antes de que le mataran en la sala de estar y eso acota lo que tengo que averiguar.

Se la quedó mirando Flor escépticamente.

—Sí tú lo dices… A mí me parece que es como buscar una aguja en un pajar.

Capítulo 21

Le propinó Flor unos golpecitos a la puerta del despacho de Noelia y seguidamente hizo pasar a Saúl que entró con el aire de seguridad del que tiene costumbre de hablar en público. Tomó asiento frente a la mesa de ella al tiempo que se sacaba unas llaves del bolsillo y se las ponía sobre la mesa.

—Son las del coche de Diana— le aclaró—. Siguiendo las instrucciones que me dio su secretaria, me pasé por la comisaría para recogérselas, aunque no me dejaron verla. Su automóvil se había quedado aparcado en la zona de estacionamiento de la facultad en la que da clase cuando la detuvieron y quería ella que se lo llevara a su casa, que es lo que hice. Sé que a usted sí le van a permitir entrevistarla y por esa razón se las he traído. Para que se las devuelva.

Asintió Noelia mientras analizaba su semblante. Le había hablado su cliente del que había sido su pareja y del motivo de su ruptura, pero no respondía al estereotipo de intelectual con el que le había imaginado. Había supuesto que sería un hombre desaliñado, enjuto, con el cabello demasiado largo, y con unos ojillos perspicaces ocultos tras unas gafas de concha, pero no reunía ninguna de esas características. Más bien calificaría su aspecto de rudo, aunque iba correctamente vestido con un traje de color gris, bien afeitado y con el pelo corto. Aparentaba unos cuarenta y tantos años y supuso por el color de su piel que debía pasar muchas horas al aire libre. De mediana estatura y muy fornido, poseía un rostro en el que no destacaba ninguna de sus facciones y en el que únicamente llamaban la atención sus dientes blancos y bien alineados cuando sonreía. No llevaba gafas ni parecía necesitarlas y se dijo que a primera vista podría conceptuársele como integrante de un sector de individuos que pasa fácilmente desapercibido.

—Se las devolveré a Diana cuando la entreviste esta mañana— le dijo—. Me ha citado la policía dentro de una hora en la comisaría, porque le van a tomar declaración y como es natural estaré presente. ¿Quiere que le dé algún recado de su parte?

Pareció vacilar. Abrió la boca para decir algo, la volvió a cerrar y finalmente se encogió de hombros.

—Preferiría decírselo yo cuando la dejen en libertad, porque no tardarán en hacerlo, ¿verdad? — inquirió en un tono que denotaba claramente su ansiedad.

—Esperémoslo— replicó ella precavidamente.

—¿No está segura de que la vayan a dejar libre? — se preocupó él —. ¿Es que tienen alguna prueba contra Diana? Por lo que sé, no mantenía con ese profesor otra relación que la de dos compañeros que de vez en cuando coinciden por los pasillos. Es lo que me comentó la otra noche.

Se había inclinado hacia su mesa y esperaba su respuesta con una

desazón que no se molestaba en disimular, pese a lo cual no consideró oportuno Noelia aclararle los motivos en los que se había basado la policía para detenerla. No le habría tranquilizado, sino al contrario, y no estaba además autorizada a revelarle las intimidades de su cliente.

—Tengo el número de su móvil, así que puedo llamarle cuando finalice el interrogatorio para decirle cómo ha ido— repuso evasivamente—. La detuvieron ayer y en el término de setenta y dos horas tiene la policía que ponerla a disposición judicial. Es el juez al que compete tomar esa decisión, así que no cuente con que la dejen libre antes.

—Pero cree que lo hará, ¿verdad? — removiéndose inquieto en su butaca— ¿O es que habían tenido algún enfrentamiento, que desconozco, Diana y ese hombre, que haya motivado unas sospechas infundadas en la policía?

Se encogió evasivamente de hombros Noelia, a la par que se le iluminaba el semblante a Saúl, que continuó diciéndole:

—No sé si lo sabe usted, pero pensábamos casarnos en breve. Llevábamos juntos cinco años, muy felices por cierto, y estábamos buscando una fecha en la que mi trabajo nos permitiera tomarnos un respiro para plantearnos el día de la boda. Su familia vive en Ávila y la mía en Burgos y teníamos que contar con una que les viniera bien a ellos y a nosotros. Pero de pronto… sin previo aviso y sin una razón clara… Me dijo que lo había pensado mejor y que no estábamos hechos el uno para el otro, por lo que debíamos darnos un tiempo para reflexionar. No lo entiendo. Yo no necesitaba meditar nada porque lo tenía muy claro. Y lo sigo teniendo.

Se había pasado una mano por su oscuro y espeso cabello como si le resultara incomprensible la reacción de ella y se preguntó Noelia por qué les resultaría tan difícil a los hombres entender lo que van sintiendo día tras día las mujeres con las que conviven, siendo como era tan sencillo de intuir. ¿Cómo no se habría dado cuenta de que le irritaba profundamente a Diana que se empeñara en darle a todas horas clase de matemáticas como principal y único tema de conversación, en lugar de hablarle de cualquier otro asunto, incluso del tiempo, que era muy socorrido? A poco que se hubiera fijado, habría caído en la cuenta de lo mucho que le fastidiaba, máxime si era una persona inteligente, como parecía serlo. No lo debía ser tanto, por lo que le dijo a continuación:

—Los dos nos hemos dado cuenta últimamente de lo mucho que nos echamos de menos y estábamos en vías de retomar nuestra relación—. Se interrumpió pensando probablemente que había hablado de más y que la abogada que le escuchaba sentada tras su mesa no le interesaban sus intimidades, porque decidió aclararle el motivo por el que se lo decía.

—Quiero que sepa que estoy dispuesto a hacer lo que esté en mi mano por ayudarla, incluso a proporcionarle una coartada y a declarar como testigo que estaba ella conmigo el día en el que mataron a ese hombre.

—Testificar en falso es un delito— le advirtió Noelia en voz baja, como un toque de atención que debería servirle para replanteárselo.

—Sí, bueno, ¿y qué más da? Soy un catedrático con muy buena reputación y el tribunal creería en mi palabra.

Pensó Noelia que de nada serviría alegar que Diana había pasado esa tarde con él, ya que la policía tenía constancia de que, por el contrario, se había citado con Marcial en "La cabaña" el día de autos y que había denunciado el crimen unos minutos después, lo que parecía ignorar él, pero sin aclarárselo se lo agradeció con una sonrisa.

—Lo tendré en cuenta, pero no creo que nos sirviera de ayuda. Aunque, por si acaso, ¿recuerda lo que hizo usted esa tarde? Si estaba dando clase, el fiscal podría aportar el testimonio de algún alumno que contradijera su testimonio, lo que a usted y a mí nos pondría en un aprieto.

Al oírla se quedó pensativo. Era obvio que no lo recordaba y que estaba intentando deducirlo recomponiendo en su mente esa tarde y a qué solía dedicarla.

—No estoy seguro, porque ha pasado mucho tiempo, pero sí, sé que no fui a la facultad de matemáticas porque los viernes no doy clase por la tarde. Probablemente estaría en mi casa corrigiendo los exámenes de mis alumnos o preparando la que debería impartir el lunes siguiente. Soy un entusiasta de la docencia y concretamente de la enseñanza de la asignatura que imparto.

Le brillaban los ojos al referirse a la materia que le apasionaba y estuvo Noelia por aconsejarle que prescindiera en adelante de introducirla en su conversación cuando se reencontrara con Diana si quería arreglar las cosas con ella, pero no se atrevió. Consultó su reloj y le dijo:

—Me va a perdonar, pero tengo que marcharme ya, si no quiero llegar tarde a la comisaría. ¿Quiere que le transmita a Diana alguna cosa?

—Sí, por favor. Dígale que la echo de menos y… repítale lo que le acabo de decir a usted. Que puede contar conmigo incondicionalmente.

Se puso en pie en el acto y salió seguidamente del despacho. Le oyó Noelia alejarse por el pasillo y se levantó a su vez para ponerse el abrigo. Estaba metiendo en su maletín los papeles que consideraba imprescindibles para llevárselos a la comisaría, cuando entró Miriam seguida de Gabriel.

—¿Te vas? — le preguntó la otra.

—Sí, voy a una comisaría a asistir a Diana Lagos en el interrogatorio que le efectuará la policía. Avisaron a Flor ayer.

—Puedo ir yo, si lo prefieres— se ofreció su compañera—. Cuando nos repartimos los cometidos que llevaríamos cada uno de nosotros, me adjudicaste a mí esas diligencias.

—O también puedo ir yo— propuso Gabriel, colocándose con aire sesudo sus gafas de concha sobre el puente de la nariz, que a él sí le conferían el halo de intelectualidad del que carecía el visitante que acababa de marcharse—. Aunque me hayáis reservado los casos civiles que le encargan al despacho, no me vendría mal ir ocupándome de cuando en cuando de alguno penal, aunque solo sea para variar.

—Sobre todo, porque la cliente te pareció muy mona cuando te la tropezaste por el pasillo, ¿verdad? — bromeó Miriam.

Sin captar su tono de chanza, protestó Gabriel en el acto como si le hubiera ofendido y se volvió hacia ella con aire doctoral:

—Eso no tiene nada que ver. Mi intención es que Noelia disponga de más tiempo para que pueda adelantar el estudio del cerro de casos que tiene sobre la mesa y se pueda ir más temprano a su casa a ocuparse de su hija.

Dejó escapar Noelia un hondo suspiro. La niña iba a cumplir pronto un año y se había propuesto dejar la oficina todos los días a las siete de la tarde para volver a su casa a tiempo de jugar un rato con ella antes de acostarla, lo que no siempre conseguía por el exceso de trabajo.

—Gracias, Gabriel— le dijo—. Gracias a los dos, pero me voy a ocupar yo de estar presente en la declaración de Diana. Incomprensiblemente, porque ella no mató a ese hombre, lo tiene todo en su contra. Ya os contaré, cuando vuelva a comer con vosotros tres.

Se despidió de ellos y a continuación de la secretaria y salió a la calle. El día era gris y un aire helado recorría de punta a punta la calle de Serrano cuando se encaminó a tomar el autobús. Apenas si se cruzó con algún aterido transeúnte, que, como ella, la recorría deprisa y con la cabeza baja para defenderse del viento y se levantó el cuello del abrigo y se arrebujó en este hasta que llegó a la parada y se subió al vehículo que debía tomar.

En la comisaría la acompañó un agente joven hasta el despacho del inspector Peláez, al que no conocía, pero que, como solía ser lo habitual, la recibió amablemente. Era un hombre de unos cincuenta años, moreno y delgado, al que le sentaba bien el uniforme que vestía. Le daba prestancia y le proporcionaba un aire de autoridad que se desprendía de su figura y que a Noelia no llegó a intimidarla por la costumbre que tenía de pasearse por las comisarías y de vivir circunstancias similares. Le pidió entrevistarse con su cliente antes de que fuese interrogada, a lo que él accedió.

Le entregó las llaves del coche para que se las hiciera llegar a Diana y sin hacer el menor comentario a ese respecto las metió él en una bolsa de plástico que extrajo de un cajón y en la que vio Noelia el bolso de su cliente. Era indudable que le habían confiscado sus pertenencias mientras permaneciera retenida en los calabozos, pero, como era lo normal, no le hizo el menor comentario a ese respecto. Volvió luego a guardar él la bolsa en el mismo cajón y se acodó en la mesa.

—Ahora pediré que la suban— le dijo mientras la observaba con curiosidad.

Sabía Noelia que aparentaba menos edad de los treinta y dos años que había cumplido, por lo que no le extrañó la pregunta que le formuló él.

—¿Es su primer caso?

—No, claro que no— protestó ella—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se la ve muy joven y este va a ser un asunto difícil de defender. ¿Qué ha pensado alegar? Porque tenemos pruebas de que su cliente fue la única persona que visitó al profesor esa tarde y que, por consiguiente, fue también la única que tuvo oportunidad de matarle.

—¿Usted cree? — replicó ella impasible, como si supiera algo que él ignoraba.

Pretendía así sembrar una duda razonable sobre lo que acababa de decir y asintió él socarronamente, adivinando el motivo y también que la seguridad que pretendía aparentar era pura fachada.

—Sí, no creo que el juez la acuse de asesinato, aunque ¿quién sabe? Puede que fuera su cliente a buscar a ese profesor premeditadamente con la decidida intención de matarle, porque es obvio que se trata de un crimen pasional.

También lo creía Noelia, pero hizo un gesto que no significaba nada.

—Si el juez estima que no concurre esa agravante, le imputarán un delito de homicidio— siguió diciéndole él—. Debió pelearse con el profesor en la casa de este y cuando perdió los estribos le golpeó en la cabeza con lo primero que encontró a mano y le ocasionó la muerte. Lo denunció luego, aunque anónimamente, lo que puede alegar usted ante el juez como atenuante y si se reconoce culpable podría llegar a un acuerdo con el fiscal para obtener una rebaja de la pena.

Se recriminó Noelia en ese momento por haberle aconsejado a Diana que no eliminara de su móvil la denuncia que le había formulado a la policía al salir huyendo de “La cabaña”. Tenía sus motivos, ya que servía para probar que había cumplido con su obligación a ese respecto, pero le impediría negar ahora que hubiera estado allí aquella tarde. No dejó que su semblante lo trasluciera, sino que, por el contrario, manifestó sentirse muy segura de su inocencia.

—Cuando mi cliente llegó ya habían matado al profesor— replicó imperturbable—. ¿Por qué si no les habría llamado a ustedes avisándoles de lo ocurrido? De haberlo hecho ella, habría puesto pies en polvorosa sin alertarles.

Le dio la impresión de que Peláez no la había escuchado, aunque replicó con sorna:

—¿Lo dice porque no encontramos huellas suyas en el candelabro? — Hizo un gesto con el que parecía querer indicar que el motivo era obvio y prosiguió—: No cabe duda de que las limpió a conciencia. Debió frotarlo con detergente, pero sí las hallamos, claras y nítidas, en el respaldo de la mecedora que estaba en la veranda y que es metálico — le aclaró—. Debía de estar él balanceándose en esa mecedora cuando llegó ella. Al parecer era un mujeriego que encandilaba a sus alumnas y también a alguna que otra profesora de la universidad y a esa circunstancia debió de obedecer la discusión que mantuvieron con un final tan trágico. Se habría enterado ella de que no era la única y montaría en cólera.

Hizo Noelia un ademán con el que pretendía decir que lo que había sugerido él no eran más que habladurías.

—¿Y por qué supone usted que a mi cliente le gustaba él? Ella es mucho más joven, es lista además, y le sobran admiradores. No es la clase de chica que se ciega por un galanteador trasnochado y menos aun teniendo en cuenta que se movían los dos en un medio en el que él hacía objeto de sus atenciones a todas las que llevaban faldas. Se me ocurren otras mil personas más sospechosas que mi cliente.

—¿Está pensando en la mujer del profesor? — inquirió él, ahora sin asomo de ironía—. No la hemos descartado… todavía, aunque es mucho menos probable que fuera la autora del crimen. La autopsia no ha podido determinar con precisión la hora de la muerte, porque el cadáver ha sido hallado muchos días después de su defunción, pero la denuncia de su cliente tuvo entrada en nuestras dependencias a las cinco horas y treinta seis minutos de la tarde exactamente. La tenemos grabada y nos aseguró, aunque incoherentemente, que le manaba la sangre a él por una brecha que tenía en la frente cuando le encontró, lo que implica que tenían que haberle matado instantes antes.

—¿Y qué?

—Que el automóvil de doña Candela estaba a esa hora en el garaje, sito en el sótano del edificio en el que vivía con el profesor, como ha declarado el guarda que lo vigila.

—¿Y qué? — repitió ella con altanería.

—Que obviamente no pudo llegar doña Candela a su casita de la sierra corriendo. Se ubica el pantano de San Juan a unos sesenta kilómetros de Madrid y esa casa está en lo alto de una montaña a la que se llega por un camino de tierra que se desvía de la carretera. Ya

sé que es profesora de gimnasia, pero tendría que ser una campeona de carrera, merecedora de una medalla olímpica, para poder haber llegado hasta allí a pie, ¿no le parece?

Esbozó Noelia un gesto desdeñoso.

—¿Lo dice porque no había ningún coche delante de "La cabaña" cuando llegaron sus agentes? ¿Ni tan siquiera el del profesor?

—Y porque un testigo que tiene otra casa, algo más arriba, en la montaña, afirmó cuando se lo preguntamos que esa tarde únicamente había llegado a la cabaña un Renault Clío azul, el de su defendida.

—Que se marchó luego conduciendo con una mano su Clío y con la otra el deportivo de la víctima— sugirió ella burlonamente.

—No, el de la víctima lo empujó antes, para que se precipitara ladera abajo al pantano con el cuerpo del profesor dentro— la rectificó él—. Podríamos pasarnos el día entero discutiéndolo, pero usted tendrá otras cosas que hacer y yo también, así que voy a

pedir que se la suban inmediatamente.

Lo hizo por el teléfono que tenía sobre la mesa y el agente jovencito que la había acompañado hasta el despacho de Peláez la hizo pasar a una sala sin ventanas, desangelada y provista tan solo de una mesa y de varias sillas. Tomó asiento en una de estas y unos minutos más tarde compareció ese agente con otro, llevando entre los dos a Diana. Curiosamente parecía estar serena y, cuando los dos se salieron al pasillo cerrando la puerta su espalda, se dejó caer en la otra silla y clavó sus ojos de color violeta en su rostro.

—¿Me vas a recomendar que me acoja a mi derecho a no declarar? — le preguntó.

—No, mi consejo es que declares exactamente lo que ocurrió, a excepción, claro está, del motivo real por el que fuiste a "La cabaña". Di que te habían hablado de lo hermoso que es ese paraje. Que estabas pensando comprarte un chalé a orillas del pantano y que él se había ofrecido a enseñártelo.

—De acuerdo, ¿qué más?

—Te preguntará con seguridad por el candelabro. Hazte de nuevas. Di que no viste ninguno. Que en la habitación había poca luz y que sufriste además una tremenda conmoción al hallar el cadáver, por lo que no estabas para fijarte en esos detalles tan nimios.

Asintió Diana.

—Sí, ¿y qué más?

Recordó en ese momento Noelia la visita de Saúl y le comentó que la había visitado esa mañana para hacerle saber que le había llevado el coche a Diana a su garaje y que las llave que le había entregado las tenía el inspector. Luego le comentó:

—No da la imagen que había imaginado, sino al contrario. Más que un sesudo profesor, parece un deportista.

—Pero no lo es— le aclaró Diana meneando negativamente la cabeza—. También yo lo pensé cuando le conocí, porque es muy moreno. No había ganado la cátedra todavía y daba clase en un colegio muy caro y muy pijo. No era tan pesado entonces o no me di cuenta yo de que lo fuera. Me pareció natural en aquella época tomarle los temas de la oposición cuando llegábamos los dos a casa, pero lo que no se me ocurrió es que después de ganarla continuara recitándomelos en cuanto me ponía a tiro— Clavó sus ojos en los de Noelia para decirle nostálgicamente—: Y no es solo eso, es que carece por completo de empatía. No capta nada de lo que siento, aunque se lo explique, ni de lo que me gustaría que hiciera él, ni tan siquiera de las cosas más obvias. Le conté en una ocasión que me habían tirado mis alumnos aviones de papel cuando me volví de espaldas a ellos para escribir en la pizarra y le sorprendió que cuando terminé de referírselo me echara a llorar.

Se echó a reír Noelia con ganas, porque para ella era perfectamente comprensible su reacción y se preguntó por qué siendo Diana una chica lista, habría tenido tan mala suerte con los hombres que le habían interesado. Por su experiencia en el despacho sabía que no siempre se enamoraba una muchacha inteligente de un hombre que la mereciera.

—¿Y qué te dijo?

—Nada, me preguntó con extrañeza por qué lloraba.

—¿Y se lo explicaste?

—Lo intenté, pero me interrumpió para soltarme un sermón sobre la inutilidad de las llantinas. Me dijo que, como no servían para nada, lo que tenía que hacer en el futuro era no dar lugar a que me tiraran aviones de papel en cuanto me descuidaba.

—¿Y te dio la receta para conseguirlo?

—No, pero como a él no le silbaban a su paso ni se volvían las chicas a mirarle cuando se las cruzaba por el pasillo, pensaba que no había ninguna razón para que a mí no me ocurriera lo mismo con los hombres.

—Ya— murmuró Noelia aguantando las ganas de reír.

Pensativa se dijo que aunque la atracción entre los dos sexos fuera una cuestión de química entre ambos, no cabía duda de que funcionaba al margen del intelecto de la pareja y también de la empatía que fueran capaces de sentir los que la formaban. De otro modo no habría cometido Diana la estupidez de enamorarse de Saúl ni de dejarse enredar por un hombre marrullero como Marcial. De no haber sido asesinado, no habría durado la aventura entre los dos más de otro par de semanas, lo que probablemente lo habría asimilado como un fracaso y le habría dejado un poso amargo. Máxime viniendo como venía de otra ruptura que traía causa de no haber sido capaz de

catalogar a tiempo la personalidad de él, incompatible con la suya.

—Bueno, sí, pero quizás tenga otras virtudes, la de la fidelidad por ejemplo— le dijo con la intención de disculparle—. Me ha dicho que para él ha sido una sorpresa tu decisión de daros un tiempo para reflexionar. ¿Tienes claro lo que piensas hacer?

Parpadeó la otra con los ojos cuajados de lagrimones.

—Creía tenerlo, sí, pero en estos momentos solo puedo pensar en cómo salir con bien del calabozo y del previsible juicio que me espera.

Le dio Noelia unas alentadoras palmaditas en la espalda.

—Ánimo. Cuando te interrogue el inspector, no admitas que entre el profesor y tú haya habido otra cosa que una amistad muy superficial. ¿Me has entendido? Recuerda que fuiste al pantano porque se había ofrecido a indicarte los chalés que sabía que estaban en venta.

—Sí, claro, es que efectivamente no habíamos pasado de ahí. No conocía yo la existencia de Candela y de no haberle encontrado en el estado en el que me lo encontré, es posible que hubiera pasado el fin de semana con él. Pero no se lo voy a reconocer al inspector. No soy tan tonta.

Capítulo 22

Poco después entró en la estancia el inspector Peláez seguido de otro agente con un ordenador portátil, en el que debía transcribir la declaración de Diana. Noelia seguía sentada al lado de su cliente y el inspector y su compañero lo hicieron enfrente, al otro lado de la mesa.

Diana aparentaba estar tranquila cuando levantó la cabeza al verles. Aunque desgreñada y ojerosa después de pasar dos días con sus correspondientes noches en el calabozo, estaba muy bonita.

Respondió escuetamente a las preguntas del inspector y sin una duda. Tal y como le acababa de recomendar Noelia, le dijo que estaba buscando un chalé en esa zona y que la tarde de autos había quedado con el profesor de la Prada en “La cabaña” para que él se la enseñara y la acompañara a ver desde el exterior los que estaban en venta.

—¿Y a qué hora llegó usted a la casa de la víctima? — le preguntó

Peláez.

—Habíamos quedado a las cinco y media, porque en noviembre anochece pronto y aunque no miré el reloj podría asegurar que era esa hora cuando me bajé del coche— repuso Diana—. Tengo a gala ser puntual.

—¿Y estaba el profesor en la veranda, balanceándose en una mecedora cuando estacionó su vehículo delante de la casa?

—No, no había nadie, lo que me extrañó. Pensé que estaría esperándome allí para subirse a mi coche en cuanto llegara, ya que quedaban pocas horas de luz, pero no vi a nadie ni me contestó cuando le llamé. Como la puerta de la casa estaba abierta, entré, directamente a la sala de estar, que estaba semi a oscuras.

—¿La puerta estaba abierta?

—Entreabierta, diría yo.

—¿Y la sala de estar a oscuras? — inquirió el inspector enarcando las cejas.

—Sí, los postigos de las ventanas estaban cerrados y la única iluminación era la que penetraba por el filo de la puerta.

—¿Y la chimenea estaba encendida?

—No, no lo estaba, lo que me pareció lógico, ya que no íbamos a quedarnos en la casa ni un instante para no perder tiempo. Había quedado en que me esperaría en la veranda para subirse a mi coche en cuanto me viera llegar y empezar el recorrido por las urbanizaciones más próximas. Todas ellas bastante alejadas, por lo que he podido averiguar después.

—Continúe usted.

—Volví a llamarle dentro de esa sala, pero tampoco me contestó nadie y entonces tropecé con su cuerpo. Estaba en el suelo entre los dos sofás que enmarcan la chimenea y en un charco de sangre.

—¿Reseca? — trató él de puntualizar.

La pregunta debió de cogerla desprevenida, porque parpadeó varias veces, antes de que asomara a su semblante un gesto de horror. Fue solo un segundo. Se fue borrando lentamente de su semblante y adoptó seguidamente una expresión imperturbable al responder:

—No lo sé, porque como le he dicho, apenas había luz, pero creo que no—. Se mordió los labios y tras reflexionar rectificó lo que acababa de decir—: No, no estaba reseca, todavía le sangraba la brecha de su frente. Me manché una mano cuando le tomé el pulso en el cuello.

—¿Y qué hizo?

—Pues… me costó reaccionar, pero cuando llegué al convencimiento de que estaba muerto les llamé en el acto a ustedes por el móvil.

—¿En el acto? ¿Desde la misma sala de estar?

Vaciló Diana. Le dio la impresión a Noelia de que esos momentos se confundían borrosos en su memoria, pero se rehízo en el acto y esbozó una temerosa mueca.

—No, porque me asusté, aunque por otro motivo. Creí oír un ruido detrás de la puerta que está al fondo de la habitación, junto a la chimenea. Por esa puerta se accede a un corto pasillo en el que está el cuarto de baño y que termina en la cocina. Los dormitorios se encuentran en el segundo cuerpo de la casa y a mayor altura, pero no llegué a verlos.

—¿Y qué pasó?

—Que me quedé inmóvil, con los miembros agarrotados, esperando a que se repitiera.

—Ya. ¿Y qué hizo?

—Me asusté. Pensé que podía haberse escondido allí la persona que le había matado y cuando ese sonido extraño se repitió, salí corriendo, me subí a mi coche y lo arranqué. Lo detuve en la cuneta antes de llegar a la carretera para avisarles a ustedes.

Asomó al semblante del inspector una expresión de triunfo. Sus penetrantes ojillos brillaron como si la hubiera cogido en un renuncio y se inclinó sobre su mesa para señalarla con un bolígrafo.

—Así que, por lo que me está diciendo, no fue esa la primera vez que ha estado en la cabaña.

—Claro que fue esa la primera vez— protestó Diana—. ¿Por qué lo dice?

—Por cómo ha descrito las habitaciones de las que consta. ¿Cómo sabría en caso contrario a donde daba ese pasillo?

Contuvo Noelia la respiración pensando que acababa de cometer un desliz su cliente. En ese trámite no se permitía a los abogados realizar ninguna intervención por lo que no podía protestar ni efectuar alegación alguna, pero no manifestó Diana sentirse confundida, sino al contrario. Miró a los ojos a Peláez y le sonrió.

—¿Qué por qué? Porque el otro día y con la misma intención de buscar un chalé de mi gusto quedé con otro compañero que tiene también una segunda residencia en el pantano. La suya está algo más arriba que la del profesor de la Prada, pero en la misma montaña y al poco de llegar se presentó Candela Arribas, la pareja de la víctima, que nos pidió que la acompañáramos a la suya, con lo que tuvimos que dejar lo que habíamos planeado para otro día. Candela se encontraba muy afectada y necesitaba desahogarse con alguien, así que bajamos con ella a “La cabaña” donde intentó animarse con una copa de vino y donde la escuchamos. Tuve yo que ir al baño, que es la primera habitación de ese pasillo, pero la puerta de la cocina estaba abierta. Por esa razón conozco la distribución de la planta baja. Cómo era la otra, me la describió la víctima al tiempo que el paraje en el que

está enclavada la casa.

—Ya— murmuró Peláez disimulando su decepción—. Supongo que ese otro compañero con el que quedó esa tarde será el mismo que la vio llegar en su coche a la casa del profesor de la Prada la tarde de autos y que él podrá corroborar lo que acaba de decir.

—Por supuesto. Se llama Jaime Llorente y puede preguntárselo cuando quiera.

Garrapateó Peláez unas notas en un papel que tenía sobre la mesa tomándose más tiempo del necesario para realizar esa operación. Pensó Noelia que iba a dar el interrogatorio por finalizado, pero debía estar demorándose en lo que escribía para ordenar sus ideas y pasar nuevamente al ataque, porque cuando levantó la cabeza brillaba en sus ojos una lucecita nueva y los clavó en el semblante de Diana, que no se inmutó lo más mínimo cuando le dijo:

—No me ha aclarado con detalle lo que hizo usted cuando tropezó con el cuerpo de la víctima. ¿Quiere explicármelo ahora?

Sostuvo ella su mirada y asomó luego a su rostro un gesto de perplejidad.

—¿Qué quiere saber? ¿Qué sufrí una tremenda conmoción? Me quedé arrodillada a su lado con la sensación de estar viviendo una pesadilla de la que no tardaría en despertar. El profesor y yo no nos conocíamos mucho, pero era un compañero de la facultad y me horrorizó verle ensangrentado en el suelo. Me costó trabajo reaccionar. ¿Qué más quiere que le diga?

—Lo que hizo— repuso él imperturbable—. ¿Estaba a la vista el arma del crimen?

Parpadeó Diana como si no acabara de entender lo que le preguntaba.

—No lo sé, ya le he dicho que había poca luz.

—¿No vio entonces un candelabro que andaría por el suelo, cerca del cuerpo de la víctima y que también estaría ensangrentado?

Con el ceño fruncido, fingió ella hacer memoria. Se retiró la melena del rostro y esbozó luego un mohín de duda.

—Pues… pues no podría asegurarlo. La sala de estar estaba revuelta. Noté cuando entré que había cojines por el suelo, porque tropecé con ellos y, pese a la escasa iluminación que había, vi un sillón volcado y me dio la impresión de que en la habitación se había librado una pelea, pero no me fijé en nada en especial. ¿Por qué? ¿Es que ese candelabro por el que me pregunta tiene alguna importancia?

—¿No lee usted los periódicos? — le preguntó secamente.

Asintió ella.

—Sí… cuando tengo tiempo. Y ahora que lo dice… sí, oí en un informativo de la televisión que habían encontrado un candelabro dentro del automóvil de él, cuando lo sacaron del fondo del pantano.

¿Es eso lo que me pregunta?

—Sí— replicó él en tono brusco, que trató de suavizar cuando se inclinó hacia ella sobre la mesa para tratar de precisar otra cosa—. Dígame, ¿Cuándo se desvió de la carretera y tomó el camino que asciende por la montaña y lleva hasta la casa de la víctima, vio venir a algún otro coche en dirección contraria?

Le hubiera gustado a Diana poder darle una respuesta afirmativa, pero no hubiera sido cierta, por lo que meneó negativamente la cabeza.

—No, ese camino estaba totalmente despejado cuando lo tomé.

—Ya.

—¿Y no vio tampoco a nadie que caminara por él?

No la dejó contestarle. Con un ademán con el que parecía querer decirle que no hacía falta, cambió radicalmente de actitud. Adoptó ahora un tono persuasivo.

—¿Sabe que si colabora con nosotros puede obtener una rebaja de la pena? — le insinuó, como si su único deseo fuera ayudarla a salir con bien del espinoso trance en el que se hallaba.

El agraciado semblante de ella traslució sorpresa. Se le quedó mirando con sus ojos color violeta muy abiertos y la boca formando un círculo.

—¿De la pena?, ¿de qué pena? Yo no he tenido nada que ver con la muerte del profesor. Ya le he dicho que quedé en su casa porque se había ofrecido a enseñarme por fuera los chalés que estuvieran en venta y que pudieran interesarme y me lo encontré en el suelo y aparentemente asesinado. ¿Qué más podría haber hecho?

—Podría haberse presentado en la comisaría más próxima y explicar lo que le había sucedido a ese hombre.

—Ya lo hice— protesté enfadada—. Llamé y lo puse en conocimiento del agente que atendió mi llamada, como le consta a usted, ya que se ha quedado con mi móvil y todavía no me lo ha devuelto.

—Ni se lo voy a devolver— replicó él sin alterarse—. Lo aportará el fiscal en el juicio como prueba de que había quedado usted con el profesor en su casa. Tenemos además un testigo que la vio llegar en su coche y que nos ha asegurado que fue la única persona que le visitó esa tarde. Se lo advierto porque lo tiene usted muy mal, aunque esa tarde tomara la precaución de limpiar a fondo el candelabro y de borrar así sus huellas. Las dejó en cambio en la mecedora y en unos cuantos lugares más.

—¿Y qué? — se irritó levantando la voz—. Yo no he negado haber estado allí esa tarde, por lo que no tiene nada de extraño que haya encontrado huellas mías, y si después de salir huyendo de la casa no fui presencialmente a una comisaría a reiterar lo que ya había

denunciado, fue porque no tenía nada más que añadir. Y también para evitarme lo que estoy teniendo que aguantar ahora. Que sospechen de mí, que me hayan encerrado sin ningún motivo en un calabozo y que se sienta usted obligado a advertirme de que me van a juzgar por un delito que no he cometido y por el que, según usted, me van a caer muchos años.

Había terminado de decírselo levantando altaneramente la barbilla y Peláez la observó en silencio durante unos segundos, antes de volverse hacia Noelia.

—Pueden firmar las dos la declaración y ya la avisaremos a usted cuando pongamos a su cliente a disposición judicial.

Salieron las dos al pasillo después de firmar al pie del folio que les alargó el otro agente que la había escrito en el ordenador. Allí esperaban a Diana los dos que la habían subido del calabozo y se despidieron en voz muy baja.

—Has estado muy bien— le susurró Noelia al oído—. Mañana o pasado mañana te llevarán a los juzgados de la Plaza de Castilla y te interrogará el juez. Mantén lo que has dicho hoy. El fiscal estará presente también, pero no dejes que te obligue a contradecirte.

Los dos agentes se habían apartado de ellas lo suficiente como para que pudieran intercambiar unas palabras sin ser oídas y sintió Noelia la mano de la otra en la suya cuando le introdujo disimuladamente un objeto minúsculo.

—Toma— le susurró—. Había olvidado decírtelo, pero lo llevaba en el bolsillo. Lo encontré en la casa de Candela enganchado a la toalla del lavabo. en el cuarto de baño. Pudo proceder de esa habitación el ruido que escuché después de encontrar a Marcial y que lo perdiera el que lo asesinó.

No se atrevió Noelia a echarle una ojeada. Cerró el puño sobre aquella diminuta cosita y notó que tenía un cierre que pinchaba, pero continuó manteniendo estoicamente en su rostro la misma expresión imperturbable. No obstante se permitió el lujo de abrazar a la otra para cuchichearle al oído:

—Descuida, que lo averiguaré. Y ánimo, aguanta como puedas las horas de calabozo que te quedan.

Bajó después en el ascensor y salió a la calle con la sensación amarga que sentía siempre cuando se despedía de un cliente que iba ser bajado nuevamente al calabozo. Habían transcurrido ya más de diez años desde que empezara ejercer la profesión, pero no lograba acostumbrarse. Imaginó cómo pasaría Diana la noche durmiendo en un jergón y se le formó un nudo en la garganta.

Capítulo 23

Llamó Noelia a Saúl en cuanto salió de la comisaría y cuando media hora más tarde llegó a su oficina, al oír el sonido de la llave en la cerradura de la puerta acudió Flor a recibirla llevándose un dedo a los labios. Los acercó luego a su oído para susurrarle:

—Tienes en la sala de espera a un visitante imprevisto. Otro de los profesores de la facultad en la que tu cliente da clase. Este es más joven y más guapo que el que ha venido a verte antes de que te marcharas, pero está mucho más nervioso. Se está paseando por la habitación como si fuera un león enjaulado, pero te advierto que, si le recibes ahora, comeremos a las tantas.

No tenía hambre Noelia, nunca la sentía cuando acababa de despedirse de un cliente, de una cliente en ese caso, a la que iban a encerrar nuevamente en un calabozo, porque se ponía en su piel, e hizo un gesto, con el que quería significar que tener que hacerlo no le suponía ningún contratiempo.

—Eso no es muy grave— replicó—. ¿Te ha dicho cómo se llama?

—Sí, Jaime Llorente.

—¿Y te ha dicho que es un profe?

—Sí.

— Hazle pasar entonces en cuanto llegue yo a mi despacho. No tardo ni un minuto— decidió echando a correr de puntillas en esa dirección.

Tuvo el tiempo justo de quitarse el abrigo y de sentarse tras su mesa. Un instante más tarde entraba él en la estancia con una seguridad similar a la que había manifestado Saúl esa misma mañana. No cabía duda de que la docencia la confería, porque ni tan siquiera aparentó sentirse intimidado por haberse presentado sin cita previa ni se disculpó por ello. Vestía un traje gris y una corbata de cuadritos blancos y rojos, así como unos zapatos relucientes y poseía un abundante cabello castaño, algo alborotado, del mismo color que sus ojos, y una mandíbula firme. Notó Noelia que estaba muy inquieto y tomó asiento frente a ella al tiempo que se presentaba:

—Me llamo Jaime Llorente y doy clase en la misma facultad que Diana Lagos, en sustitución de Marcial de la Prada, que, como usted sabrá, ha fallecido. Vengo a preguntarle por Diana. Me dijo hace días que es usted su abogada, por lo que debe saber dónde se encuentra. Ayer faltó a clase y hoy también. He oído por la radio del coche que habían detenido a una mujer sospechosa de haber asesinado a Marcial y aunque no han dicho su nombre, supongo que se tratará de ella. ¿Me equivoco?

Se había sentado en el borde de la butaca como si la desazón que experimentaba no le permitiera arrellanarse cómodamente y apoyar la espalda en el respaldo y aguardaba su respuesta con verdadera ansiedad. Aparentaba estar angustiado por Diana y por la suerte que pudiera correr si la acusaban del crimen de Marcial.

—Espero que no divulgue usted lo que voy a decirle, porque podría perjudicarla, aunque lo más probable es que no tarden los medios en publicar el nombre de ella— le advirtió con severidad.

—Descuide, no diré ni una palabra— le aseguró removiéndose inquieto en el sillón—. ¿La han detenido?

—Sí. En estos momentos se encuentra en las dependencias de una comisaría.

No quiso precisarle que se hallaba en un calabozo. Sonaba demasiado tétrico, pero sin duda lo adivinó él, porque torció el gesto y se le atirantaron los músculos del cuello mientras ella continuaba diciéndole:

— La brigada de homicidios y desaparecidos investiga la muerte de don Marcial de la Prada y la he asistido en el interrogatorio que le ha efectuado el inspector Peláez, que es el que lleva el caso. Mañana o pasado mañana la pondrán a disposición judicial.

—Sí, ¿y qué?

—Que el juez decidirá después de oírla si considera que concurren o no en su caso indicios de delito y decretará lo pertinente sobre su libertad o prisión, con o sin cargos.

—Eso ya lo sé— la interrumpió ásperamente—. También soy abogado, aunque mi especialidad es el derecho civil y no llevo en el despacho asuntos penales. Lo que quiero saber es lo que cree usted que sucederá. ¿La dejarán libre?

Apoyó calmosamente Noelia la cabeza en el respaldo de su butaca pensando que, tal vez y por mimetismo, consiguiera transmitirle la serenidad que necesitaba y que ella intentaba aparentar.

—Pues en primer lugar, teniendo en cuenta que tenemos la misma profesión, debemos tutearnos— le dijo—. Y en segundo, solo puedo decirte lo que ya te he comunicado. Se ha declarado inocente ante el inspector que la ha interrogado y ha contestado a sus preguntas de una forma clara y convincente. A raíz de la desaparición del profesor te citaron en la comisaría y dijiste que la viste llegar a la casa de la víctima en su coche, lo que ha corroborado porque hubiera sido inútil negarlo, pero ha añadido Peláez, con muy mala intención por cierto, que según declaraste, fue ella la única persona que le visitó esa tarde.

Asintió muy serio.

—Sí, es cierto, pero no me preguntó ese agente si vi a alguien

que llegara a pie.

El semblante de Noelia se iluminó ante esa posibilidad.

—¿Y lo viste?

—No, pero eso no quiere decir que no pudiera haber ocurrido así, porque no estuve toda la tarde sentado en la terraza de mi casa. Tengo un perrazo enorme que no para quieto y lo dejé suelto para que triscara por el monte y…

—¿Y te alejaste de tu casa para ir a buscarlo? — le interrumpió ella con el íntimo deseo de que su respuesta fuera afirmativa.

—No, me había llevado trabajo del despacho y estuve redactando una demanda en la terraza sin moverme, salvo para entrar varias veces en el chalé. Una para hacerme un café, otra para buscar el pienso de Titán para cuando regresara, otra para…

—¿Titán es tu perro? — volvió ella a interrumpirle.

—Sí, es un mastín que pesa casi tanto como yo.

—¿Y para qué más entraste en la casa?

—Pues qué sé yo, para buscar un refresco, para ir al baño… para unas cuantas cosas más de ese estilo. Lo que sí puedo asegurarte es que a la cabaña del profesor no llegó ningún coche más, a excepción del de la Guardia Civil, que se presentó una media hora más tarde de haberse marchado Diana, y algo después el de Candela. Lo habría oído aún dentro de la casa, porque en el silencio del monte el rugido de un motor se amplifica exponencialmente. Los agentes subieron a preguntarme si había visto algo, porque habían recibido una denuncia y bajé con ellos y con Candela a darles allí las explicaciones que me pidieron.

—¿Y qué viste dentro de la cabaña?

—Nada. La sala de estar estaba como siempre, limpia y ordenada. La chimenea apagada, los muebles en su sitio y ni rastro de Marcial.

—¿Tampoco viste sangre en el suelo?

—No, te he dicho que estaba limpio. Es de terrazo y me pareció que lo habían fregado recientemente.

—¿Y en el resto de la casa?

Hizo él un ademán vago con una mano.

—Es muy pequeña, no como la mía, que perteneció a mi abuela y es enorme. Tiene dos plantas y…

Le sonrió como disculpándose por haberse apartado del tema y, contagiada por su gesto, se la devolvió. Captó en ese momento que era un hombre muy atractivo y se dijo que era más que comprensible que Candela estuviera interesada por él, si podía darse pábulo a lo que había creído entrever Diana y se lo había sugerido a medias palabras. Y también que esta última experimentara por él cierta atracción, aunque no estaba muy segura de que ella se hubiera dado cuenta

todavía.

—Comprendo que el tamaño de mi casa y cómo pueda ser te tenga sin cuidado y también que no te sobra tiempo para escuchar mis divagaciones— le dijo él como excusándose—. Te decía que "La cabaña" es muy pequeña y la impresión que me produjo cuando bajé con la Guardia Civil y con Candela es que Marcial tenía previsto pasar allí el fin de semana y supuse que con la chica del coche azul. Además de la comida que tenía en la nevera, había puesto a enfriar una botella de cava y sobre la encimera había dejado dos copas y una fuente con canapés.

—Ya— murmuró Noelia imaginando la escena y el interior de la casa, aunque nunca la había visto.

Parecía estar más calmado y se había arrellanado en la butaca con los ojos entornados como si estuviera reviviendo en su mente aquellos momentos. Con la cabeza apoyada en el respaldo siguió diciéndole:

—Esa casa carece de calefacción. Se accede a los dormitorios por una corta escalera de madera que se inicia en el vestíbulo y en el dormitorio principal había encendido él una estufa eléctrica, supongo que para caldearlo y para que resultara acogedor para su visitante, porque esa tarde hacía en la sierra bastante frío. Candela se indignó al verla, no sé si porque se imaginó lo mismo que yo. El caso es que la desenchufó antes de que entraran los agentes en ese cuarto y recogió también lo que había en la nevera y lo metió en una bolsa de plástico que se llevó, aunque la verdad es que esos dos chicos, que eran muy jóvenes, no manifestaron un especial interés por esos detalles. Iban buscando visos de un crimen y como no hallaron rastro de los hechos que habían sido denunciados, se marcharon enseguida.

—¿Y cómo estaba ella?

—¿Te refieres a Candela? — le preguntó.

—Sí, claro.

—Pues… enfadada, pero también muy inquieta. Estuvo un rato despotricando sobre Marcial, sobre sus infidelidades y sobre las mujeres en general, aunque también lloraba de cuando en cuando. Estuvimos sentados en la sala de estar un buen rato y, cuando se tranquilizó y decidió volver a Madrid, la acompañé hasta su coche y luego regresé a mi casa. Había anochecido ya y no había salido la luna, pero conozco bien el camino y encendí cuando lo necesité la linterna de mi móvil.

—¿Y te acostaste a dormir?

—Bueno, antes encendí la calefacción— repuso, sonriéndole de nuevo— porque me había quedado helado abajo consolando a Candela. Mi abuela la instaló, aunque a mí me suele bastar con encender la chimenea y con taparme en la cama con un edredón, pero

ya te he dicho que esa noche fue especialmente fría. Cenamos enseguida Titán y yo. El perro me estaba esperando en la terraza cuando llegué y después nos fuimos a dormir.

Se la quedó mirando con las cejas enarcadas y pareció adivinar lo que iba a preguntarle, porque se le adelantó:

—No, no oí después el motor de ningún coche acercándose a la casa de Marcial ni ningún otro sonido sospechoso. Duermo como un tronco, pero Titán no, y hubiera ladrado atronadoramente de haber escuchado algo anómalo.

Se calló y se quedó observándola en silencio como si esperara algún comentario por su parte. Finalmente se inclinó impaciente hacia ella.

—Bueno, ya he contestado a todo lo que querías saber, pero ahora soy yo el que necesito que me digas en qué situación se encuentra Diana. ¿Crees que la acusarán de haber matado a Marcial?

—Es probable que sí— replicó Noelia—. Desgraciadamente todo parece perjudicarla. Como te he dicho antes, tú declaración en la comisaría ha sido lo determinante. En cuanto al móvil del crimen, ha deducido el inspector Peláez que habían mantenido los dos una relación sentimental y que, indignada al enterarse de que había sido una más entre otras muchas, discutieron y finalmente le golpeó ella en la cabeza con el candelabro causándole la muerte.

No denotó el semblante de él lo que pudiera estar pensando ni si le había impactado su respuesta. Permaneció impasible y le preguntó simplemente:

—¿Y crees que pudo ocurrir así?

Le chocó que, conociéndola como la conocía y estando tan interesado por ella, como parecía estar, admitiera sin cuestionarla la posibilidad de que hubiera sido la autora del homicidio de Marcial, pero inmediatamente y sin esperar a que le contestara ella recogió velas.

—Perdona, me he expresado mal. El secreto profesional te impide decirme lo que Diana te haya podido contar y lo que quería que supieras es que puedes contar conmigo en lo que le pueda servirte de ayuda. Tanto si fue ella como si fue otra, no cabe duda de que concurren en el autor de la muerte de Marcial muchos atenuantes, porque él se merecía lo que le ocurrió.

Parpadeó perpleja, ya que nuevamente parecía admitir cómo posible que Diana le hubiera agredido en un rapto de furor aunque inmediatamente recuperó su aire imperturbable. En su opinión lo natural hubiera sido que lo cuestionara, al menos en un primer momento, y que asegurara que ponía la mano en el fuego por su inocencia. No lo manifestó sin embargo y en su lugar repuso:

—Pues ya que te has ofrecido, te pediría que corroboraras la

versión que le ha dado ella esta mañana al inspector. Ha declarado entre otras cosas que, cuando hace unos días fue contigo a tu casa del pantano, lo hizo porque te habías ofrecido a enseñarle los chalés que sabías que estaban a la venta, ya que quería comprar uno en esa zona.

Asintió él antes de que hubiera terminado de proponérselo.

—Por supuesto que lo corroboraré, pero lo que quería saber es si consideras que será muy peliaguda su defensa. Dudo de que el tribunal estimara alguna eximente en su comportamiento si la alegaras, pero creo que la atenuante de enajenación mental transitoria encajaría en el relato fáctico y supondría una importante rebaja de la pena.

Volvió a extrañarle la desapasionada manera en la que se expresaba, propia de un abogado respecto de un cliente que no pasara de serlo, pero con el que no le uniera ningún lazo afectivo. No era la propia de un hombre que pretendiera iniciar una relación sentimental con Diana, por lo que le analizó con nuevos ojos. Incluso se preguntó si no habría sido él el que hubiera bajado a pie a la casa de Marcial y hubieran llegado ambos a las manos por cualquier motivo. Incluso por Candela. Notó que también él escrutaba su semblante como si quisiera taladrarlo y conocer sus pensamientos más íntimos y adoptó en el acto un aire impasible.

—Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos. Mañana o pasado mañana declarará Diana ante el juez y esperemos que todo vaya bien.

—¿Puedo llamarte para que me des noticias?

—Por supuesto, pero si me facilitas el número de tu móvil te llamaré yo en cuanto finalice la diligencia.

Se puso Jaime en pie después de que Noelia lo anotara y desde la puerta se volvió para decirle:

—Dile cuando la veas … — vaciló ostensiblemente y por un segundo se quedó encortado. Retomó lo que quería expresar con un esfuerzo, aunque debió de cambiar lo que había empezado a decir por otra frase sobre la marcha—. Dile que le deseo lo mejor y te repito que podéis contar las dos conmigo.

Le oyó alejarse por el pasillo e inmediatamente después entró Flor en el despacho, seguida de Miriam y de Gabriel. Venían los tres con el abrigo puesto y le hicieron gestos de que les imitara.

—Al fin— resopló la secretaria con impaciencia—. Al fin podremos bajar a comer y creo que debemos apresurarnos no vaya a ser que se presente ahora en esta oficina el rector de la universidad, alguno de los bedeles o la señora que limpia los cuartos de baño del edificio, a ofrecerse como testigo o para acusarla de la muerte de ese profesor tan frívolo. He llegado a creer que no se marcharía nunca tu visitante y que hoy ayunaríamos.

Consultó Noelia su reloj y al comprobar lo tarde que era se levantó de la butaca y se puso el abrigo. Cuando caminaban ya por el pasillo le preguntó Miriam:

—¿Qué impresión te ha producido el profesor que se acaba de marchar? ¿Te servirá de ayuda?

No lo tenía claro ella y lo meditó antes de responderle enrollándose en un dedo el rizo que le caía sobre la frente.

—Pues no lo sé. Unas veces me ha parecido que estaba muy preocupado por lo que pudiera pasarle a Diana y en cambio en otras…

—Sí, ¿qué has deducido en esas otras? — quiso saber Gabriel, que era muy práctico pero carecía por completo de imaginación, por lo que consiguientemente necesitaba escuchar las frases completas.

Se encogió Noelia evasivamente de hombros.

—Te repito que no lo sé y puedo estar equivocada, pero ha habido momentos en los que incluso he llegado a pensar que pretendía con sus comentarios que recayeran todas las sospechas sobre Diana y que fingía al ofrecerle su ayuda.

—¿Y por qué? — se extrañó Miriam—. Creía que era un vecino de la víctima al que la policía había dejado al margen de lo ocurrido.

—Sí, por el momento sí— corroboró Noelia—. Lo que me pregunto es si efectivamente no tuvo nada que ver en la muerte del profesor y si su relación con la mujer de la víctima es la que me ha querido hacer creer.

La tomó Flor del brazo mientras atravesaban la antesala meneando dubitativamente la cabeza, a la par que comentaba:

—La he visto a ella en la televisión y me ha parecido poco o nada atractiva. Está flaca como una espina, camina como si fuera un boxeador y debería teñirse el pelo más a menudo porque lo lleva rubio, pero se le ve la raya negra. Considero mucho más probable que al visitante que se acaba de marchar le guste tu cliente. ¿Qué opinas, Gabriel? ¿No te parece que tengo razón?

El aludido no era ningún experto en la materia. Lo suyo era el derecho y a sus veinticinco años frecuentaba más las bibliotecas que las discotecas. Estaba segura la secretaria de que no había ido a ninguna y que de mujeres sabía poco, pero aun así quiso conocer su parecer, a lo que él se resistió.

—No lo sé, ¿cómo quieres que lo sepa? Puede que esa señora, que creo que es profesora de gimnasia, tenga un encanto especial que no salta a la vista, o puede que fuera la heredera de su pareja y que se hubiera compinchado con el profesor para repartirse la pasta. ¿Es ella una rica heredera? — le preguntó a Noelia.

Se tomó esta un tiempo antes de contestarle y lo hizo cuando habían salido ya a la escalera.

—Pues… es posible. Había concertado la víctima poco antes de

morir un importante seguro de vida del que Candela es la beneficiaria. La engañaba él con todas las jóvenes que se le ponían a tiro, por lo que quizás decidiera que liquidándole mataba dos pájaros de un tiro. Se vengaba de él, de paso obtendría una importante suma de dinero que le permitiría vivir como una pachá y la disfrutaría con una nueva pareja más joven y más guapa. Pero ella no pudo ser.

—¿Por qué no?

—Porque su coche estaba en el garaje de su casa cuando mataron a la víctima. Como mucho, sería su cómplice.

—Eso es una bobada— replicó Gabriel— Si lo había planeado, tomaría esa medida para que le sirviera de coartada. Así el portero o el vigilante testificarían que no había salido esa tarde de su casa esa tarde, pero pudo tomar un taxi o incluso hacer autoestop.

Se volvió interesada la secretaria hacia él.

—Sí, pero en ese último caso el dueño del coche la dejaría en la autovía. ¿Cómo habría podido llegar hasta la cabaña del profesor que está al parecer a media ladera de la montaña?

La señaló él con un dedo con su acostumbrado aire doctoral.

—¿Que cómo?, pues escalándola. ¿No es profesora de gimnasia?

Capítulo 24

Una niebla plomiza se cernía sobre Madrid cuando dos días más tarde salió Noelia de su casa y tomó el metro para dirigirse a la Plaza de Castilla. Aún las primeras luces del alba no habían logrado abrirse paso entre sus jirones para alumbrarla, pero ya se asemejaba esa plaza cuando la atravesó a un hervidero de siluetas borrosas que se dirigían a un edificio alto, que en el chaflán frontero parecía presidirla.

También ella corrió y se abrió paso entre el gentío para acceder subiendo unos peldaños hasta el vestíbulo de ese edificio. El carné de colegiada que le mostró al funcionario que se lo pidió la libró de guardar la interminable cola que, apretada y sinuosa, se alargaba por esa entrada, y se encaminó siempre corriendo por un amplio pasillo hacia los ascensores, sitos al fondo, frente a los que se apiñaba, como siempre, una muchedumbre que se introdujo a empellones en el primero que bajó hasta la planta.

No recordaba ni una sola ocasión en la que el ascensor no hubiera iniciado el ascenso con una multitud dentro, después de

luchar por entrar en la cabina a empujón limpio. Todos parecían tener prisa y ella también la tenía. Por esa razón, cuando la dejó una planta más arriba, echó a correr por el largo corredor examinando los números de las puertas de las salas de vistas de los distintos juzgados para dar con la que le interesaba. Se sucedían correlativamente en la pared contraria a la que daba a un patio, pero como la suya estaba cerrada y se oían voces en su interior, se sentó en el banco de piedra adosado bajo la ventana a esperar a que le llegara el turno.

El banco estaba frío. Una luz turbia penetraba por esa ventana que tenía a su espalda y se adueñaba del pasillo tiñéndolo de gris. Contagiaba su tristeza, la sensación de que aquel era un mundo diferente. Y lo era, aunque ya no le impactaba. Antaño sí. Cuando designada por el turno de oficio había asistido por primera vez a un detenido en su declaración ante el juez, le sobrecogió la visión del lamentable estrato social al que pertenecía la mayor parte de los delincuentes que esa mañana habían sido puestos a disposición judicial por la policía. Lo desconocía. No tenía antes idea de que existiera, hasta el día en el que se había estrenado en un juzgado, pero de eso hacía mucho tiempo y la costumbre de moverse en ese ambiente la había endurecido. Además, de intervenir en esas diligencias se ocupaba ahora Miriam, aunque con Diana había hecho ella una excepción.

En el extremo contrario del corredor en el que se hallaba el ascensor en el que había subido, había otro que comunicaba directamente con los calabozos, sitos en el sótano, por lo que giró la cabeza en esa dirección esperando ver aparecer por allí a Diana de un momento a otro.

Poco después vio detenerse la cabina de ese ascensor en la planta, se abrió la puerta y salieron por esta dos guardias civiles llevando entre ellos a un chico joven con pinta de gitano. Los tres se encaminaron a su encuentro aunque se detuvieron antes de llegar, delante de la puerta de la sala de Vistas contigua la que a ella le correspondía, en la que seguidamente entraron.

Ahogó Noelia un bostezo al tiempo que salía un hombre desharrapado de la sala ante la que montaba guardia, acompañado por su abogado. Conocía a este último, que se le acercó a saludarla, lo que la distrajo durante unos segundos y no vio acercarse a Diana, entre otros dos agentes de la Guardia Civil, hasta que los tuvo encima.

Aunque con profundas ojeras, la chica parecía tranquila y le sonrió antes de entrar con ella y con los agentes en la sala de Vistas. Estaba en semi penumbra. Por el ventanal del fondo se filtraba una macilenta claridad y delante y tras su mesa, se hallaba sentada la juez, que era una mujer bajita y rechoncha con el cabello rubio. A lado estaba la fiscal, que, al contrario que la otra, era alta y delgada y

poseía una larga melena oscura. El secretario judicial ocupaba una mesa contigua.

Aún se sentía en la sala el sopor que se suele respirar a las primeras horas del alba o eso le pareció a Noelia cuando tomó asiento en el lugar que le estaba destinado, mientras Diana avanzaba entre los dos agentes hacia la mesa de la juez y permanecía en pie, pero notó que esta no experimentaba la menor somnolencia cuando empezó a interrogar a la detenida. Su mirada era inquisitiva, aunque paciente, y la escuchó con suma atención. Las preguntas que le formuló fueron similares a las que le había hecho el inspector Peláez dos días antes y las contestó ella sin una duda. Su relato, en el que reprodujo la versión que le había recomendado Noelia que expusiera, tenía tantos visos de verosimilitud, que suscitó en la juez una clara incertidumbre sobre su culpabilidad.

—¿De modo que fue esa tarde a la casa de la sierra de la víctima para que la ayudara a averiguar qué chalés se vendían en la zona? — insistió cuando Diana terminó de referírselo.

—Sí, señora.

—Y cuando entró en la casa vio que habían agredido a la víctima y que esta se hallaba ya sin vida, caída en el suelo de la sala de estar. ¿Había algún otro coche cuando usted llegó?

—Solo el del profesor, estacionado delante de la casa.

Aunque la veía del revés, le pareció a Diana que la fotografía que la juez tenía sobre la mesa había sido tomada desde el polvoriento camino que desde la carretera llevaba a “La cabaña” y en la que podía verse la fachada de la casa con su veranda y la mecedora. Sin duda la habrían hecho los dos agentes que se presentaron poco después de que ella denunciara la muerte de Marcial y sintió de pronto una aguda nostalgia al rememorar el momento en el que al bajarse del coche vio esa mecedora y notó que aún la impulsaba un ligero balanceo. Ilusionada, había pensado que él la había estado esperando allí sentado y que tenía por delante un atrayente fin de semana.

Qué estúpida había sido, se dijo. Posiblemente esa aventura no habría tenido una duración superior a esos dos días y hacía tiempo ya que la imagen de él se le había borrado por completo de la mente. Era su vida anterior lo que añoraba, la época en la que aún no le había conocido y sus días transcurrían lentos y rutinarios entre el instituto en el que daba clase y el piso en el que vivía con Saúl. Tenía que aguantar entonces sus interminables monólogos matemáticos, pero no se le desbocaba el pulso como ahora cuando a lo lejos distinguía la imagen de un policía, ni padecía el temor de que al primer descuido se derrumbara el mundo sobre su cabeza.

La juez observaba la fotografía y debió formarse una idea de lo escarpado del lugar en el que estaba enclavada, porque le preguntó:

—¿Y hay alguna urbanización o algún otro chalé por las inmediaciones?

También Diana se lo había preguntado durante las largas horas que había permanecido encerrada en el calabozo. La casa de Jaime se hallaba a una distancia prudencial de la de Marcial y podía recorrérsela a pie, pero no había visto ninguna más por los alrededores. La juez esperaba su respuesta y replicó:

—Hay otro, más arriba, al que se accede por el mismo camino y es posible que haya cerca alguno más, pero no lo sé.

—¿Y algún autobús que suba por ese camino vecinal, que puedan utilizar los pasajeros a los que el autobús de línea deje en la carretera?

—Tampoco lo sé, pero creo que no.

Asintió la juez con sus perspicaces ojillos fijos en Diana.

—¿Y qué hizo usted cuando encontró a la víctima?

Era la misma pregunta que le había hecho el inspector Peláez y no había sabido expresar al responderle todo el horror que sintió en aquel instante. Tampoco ahora, porque no era fácil, fue capaz de traducirlo en palabras.

—Pues… me quedé como idiotizada y tardé unos segundos en llegar a asimilar que estuviese muerto. Había poca luz en la habitación, pero, pese a ello, advertí por el color de su cara que había muerto. Aún le corría por la frente un hilillo de sangre, y creo que me quedé mirándole sin querer creer lo que veía. No sé cuánto tiempo transcurriría, pero sí, sé que me sacó de mi estupor el ruido que creí oír detrás de la puerta de esa habitación y…

—¿Qué clase de ruido? — le interrumpió la juez.

Frunció los labios Diana titubeando.

—Pues yo diría era muy leve. Sonó como si alguien caminara de puntillas por un pasillo que arranca de la sala de estar y termina en la cocina.

Intercambió la juez una mirada con la fiscal, susurraron algo en voz muy baja y luego le dijo ella a Diana.

—Bien, hemos quedado en que oyó o creyó oír que había alguien cerca, ¿qué hizo entonces?

—Me asusté y salí corriendo de la casa, me subí a mi coche y no me detuve hasta que llegué a la última curva del camino que lleva a la carretera. Allí me salí al arcén y llamé a la Guardia Civil para denunciar lo que había visto, aunque no dije mi nombre.

—¿Por qué no?

Se encogió Diana de hombros.

—Pues no lo sé, para evitarme complicaciones. Ya les había dicho todo lo que sabía y no iba a poder darles más detalles si acudía presencialmente a una comisaría.

—Ya.

Volvió a cuchichear la juez con la fiscal y esta última le dijo:

—Consta la denuncia que formuló en el móvil que le ha retenido la policía. Y también que efectivamente había quedado esa tarde con la víctima, aunque no con qué finalidad.

Se giró nuevamente hacia la fiscal y las dos intercambiaron impresiones en voz muy baja hasta que la juez se dirigió a ella para decirle que había tomado la decisión de decretar su libertad con cargos y con la obligación de comparecer ante el juzgado el día primero de cada mes.

No añadió que seguiría instruyendo el sumario mientras tanto y que la acusaría del delito de homicidio de Marcial si obtenía una prueba determinante de su culpabilidad, pero lo hizo Diana por su cuenta y se giró de medio lado para buscar a Noelia con los ojos y envolverla en mirada emocionada en la que había también una sombra de preocupación. Seguidamente firmaron las dos la declaración que les tendió el secretario y que Noelia leyó previamente y salieron al pasillo como si tuvieran alas en los pies.

Ya no era grisácea la luz que se filtraba por el ventanal bajo el que había estado sentada Noelia, o al menos no se lo pareció a ninguna de las dos. La mañana seguía siendo tristona y otoñal, pero un mustio rayito de sol alumbraba ahora el corredor y lo sintieron como un optimista presagio de que aquella pesadilla estaba llegando a su término.

Los dos agentes habían salido antes y se hallaban ya ante la puerta del ascensor por el que habían subido de los calabozos cuando ellas entraron en la secretaría del juzgado y recuperaron las pertenencias de Diana. Luego enfilaron el pasillo y se encaminaron hacia el extremo contrario de este.

—¿Qué crees que va a pasar ahora? — le preguntó Diana, cuando recapacitó, tras los primeros momentos de euforia y empezó a preocuparse nuevamente por su futuro, — Me ha dejado libre la juez por el momento, hasta que se celebre el juicio y no se me ocurre qué vas a poder alegar si la policía no encuentra al autor del crimen. Debía estar escondido detrás de la puerta del pasillo, pero no sé cómo pudo llegar hasta la casa. No tengo coartada ni cuento con testigos a los que puedas citar para que declaren a mi favor. Aunque carezco de experiencia en procedimientos penales, sé lo bastante de derecho como para intuir que mi defensa va a ser complicada. ¿Qué has pensado hacer?

Como aún no se lo había planteado Noelia, se resistió a darle una respuesta.

—Lo pensaré cuando me den traslado del sumario y para eso aún falta mucho. Tienes que volver mañana a la facultad y retomar tus

clases como si no te hubieran detenido. Y ¡Ah!, se me olvidaba decirte que además de Saúl, vino a verme también anteayer Jaime Llorente, que se ofreció a servirte de ayuda en lo que necesites.

Habían alcanzado ya la puerta del ascensor y Diana pulsó el botón de llamada esbozando un gesto de reproche.

—¿Cómo que se ha ofrecido a testificar en mi favor? Fue él el causante de mi detención al declarar ante la policía que mi coche, conducido por mí, había sido el único que había llegado esa tarde a la casa de Marcial. Por su culpa he tenido que soportar dos días interminables con sus correspondientes noches encerrada en un calabozo.

—Se limitó a contestar a lo que le preguntó el inspector Peláez — replicó Noelia saliendo en su defensa, ya que se dijo que estaba la otra siendo injusta con él—. Creo que por aquel entonces ni tan siquiera te conocía y además no dijo más que la verdad. La persona que mató a Marcial debió llegar andando y él no la vio.

Dejó escapar Diana una risita sarcástica.

—¿Andando? Se ve que no conoces el pantano ni esa zona.

—Estás equivocada. He tenido varios casos relacionados con ese entorno y por esa razón lo he visitado y, por cierto, me ha parecido muy bonito. En otoño es espectacular.

—Sí lo es— admitió de mala gana Diana—. Pero lo que ahora necesito es que me aconsejes lo que debo hacer.

Consultó Noelia su reloj y repuso:

—Si estás a tiempo de ir a dar tu clase en la facultad deberías presentarte, procurando aparentar que tu detención ha sido un error de la policía.

—Preferiría ir a mi casa y darme una ducha— alegó Diana—. El calabozo en el que he pasado la noche no es precisamente un hotel de lujo.

—Como quieras, lo dejo a tu elección. Llama entonces a la secretaría, di que has tenido una indisposición o cuéntale la verdad, lo que prefieras, y mañana recupera tu vida de siempre.

Una sombra de contrariedad veló el agraciado semblante de Diana.

—No quiero ni pensar en cómo me van a recibir mis alumnos— susurró—. Habrá corrido la voz de mi detención y es posible que ahora, además de lanzarme aviones de papel a la espalda, me canturreen por lo bajo alguna cancioncilla de presidiarios que venga a cuento.

Capítulo 25

No se sintió con ánimos para ir a la facultad hasta la mañana siguiente y así y todo con bastante recelo y no pocos nervios. Como si se presentara a un examen oral sobre una materia que no había tenido tiempo de estudiar y temiera que el tribunal se despachara con una agria reprimenda y un suspenso.

Debía de haber corrido la voz de que la habían detenido y que había sido retenida por la policía durante los días que había faltado, porque nada más entrar en el vestíbulo se sintió seguida por la mirada de todos los presentes. De los alumnos, que en grupos numerosos se dirigían a sus correspondientes aulas charlando y riendo y enmudecieron al verla aparecer, de los profesores que lo atravesaban en dirección a esas mismas aulas y apretaron el paso para no tener que detenerse a hablar con ella porque no sabían qué decirle, y hasta de los ordenanzas con los que se cruzó que también procuraron esquivarla y continuar su camino como si no la hubieran visto.

Se percibía, no obstante, una calma tensa. Se palpaba en el aire como si se hubiera enrarecido durante los días que había pasado en el calabozo de la comisaría. Todos cuchicheaban a su paso, aunque en voz muy baja, procurando que no oyera lo que decían y nadie se le dirigió mientras realizaba su recorrido habitual hacia la sala de profesores y desde allí hasta el aula donde iba a dar su primera clase de la mañana. Se preguntó si sus alumnos la recibirían con una pitada o si saldrían en desbandada al pasillo cuando entrara dejándola con la palabra en la boca y se detuvo unos metros delante de la puerta para acopiar el valor que le faltaba y enfrentarse a su reacción. Estuvo tentada de dar media vuelta, marcharse a su casa y llamar desde allí a la secretaria, a Teresa, alegando cualquier excusa, pero en ese momento salió Flora del aula contigua. La miró, hizo un primer intento de fingir que no la había visto, luego fue a saludarla con un ademán para seguir de largo, y finalmente debió pensarlo mejor porque se detuvo a cierta distancia sin mirarla directamente a la cara.

—¡Hola!, ¿estás bien?

—Sí, bueno, no— balbuceó Diana—. Estoy pasando un mal momento como imagino que sabrás y en estos momentos me siento como una apestada de la que todo el mundo se aparta.

Lo consideró Flora en silencio y debió de llegar a la conclusión de que era injusto el trato que la otra estaba teniendo que soportar, porque se le acercó con otro gesto. Incluso le sonrió amistosamente.

—¿Qué te ha pasado? — le preguntó en un susurro—. ¿Por qué te han detenido? ¿Es cierto que has tenido algo que ver con la muerte de Marcial?

Lo negó ella vigorosamente con la cabeza.

—No, claro que no. Es que se han juntado un cúmulo de casualidades, todas desfavorables para mí.

—Si, ¿cuáles?

—¿Te comenté que quería comprarme un chalé en el pantano? — empezó a inventar Diana rápidamente siguiendo las directrices que le había marcado Noelia.

El reseco semblante de la otra manifestó sorpresa.

—¿A mí? No, claro que no, ¿por qué?

—Porque llevaba tiempo pensándolo. Incluso había pensado dejar el piso que alquilé cuando me separé de Saúl o e irme a vivir allí. Está lo bastante cerca de Madrid como para que me afincara en la sierra y viniera en coche a la facultad todos los días— empezó a referirle.

Le contó punto por punto la versión que había ideado la abogada y notó la incredulidad con la que la acogía Flora, que replicó con acritud:

—A mí no me cuentes cuentos. Reconoce que quedaste con él esa tarde, como tantas otras antes que tú, porque no sabías que existía Candela y te creíste sus zalamerías. Recuerdo perfectamente la conversación que mantuvimos el lunes siguiente al de su desaparición. ¿Qué sucedió en realidad? ¿Qué cuando llegaste a su casa le habían matado ya?

Asintió ella con desánimo.

—Sí, lo denuncié anónimamente a la policía, que no me creyó porque cuando llegaron al escenario del crimen ya no estaba él ni su coche y además habían ordenado la habitación y borrado las manchas de sangre.

—Pero te repito que al lunes siguiente no me dijiste nada— protestó acusatoriamente Flora con un mohín recriminatorio—. Estuvimos hablando de él y de ese asunto en la sala de profesores y no hiciste la menor alusión a lo que ahora me estás diciendo que ocurrió.

Aún no había hablado Diana con Noelia la mañana a la que la otra se refería, pero pensó que podía servirle de excusa y replicó:

—Porque me lo aconsejó mi abogada. Me recomendó que no dijera una palabra para que la policía no sospechara de mí. Me advirtió que si llegaba a sus oídos que había sido yo la denunciante, podía interpretar que había tenido algo que ver con la muerte de Marcial, por lo que no debía decirle nada a nadie, ¿comprendes?

Notó que no la convencía y que la observaba ahora recelosamente.

—También estuvimos especulando sobre los motivos de su desaparición y me seguiste la corriente, aun sabiendo que le habían matado y que le habían arrojado al pantano dentro de su coche— le recordó—. ¿También te lo aconsejó tu abogada? — inquirió con

retintín.

—Sí, porque la policía sospechó de mí desde el principio por culpa de Jaime. Tiene una casa en la montaña, más arriba de la de Marcial, y me vio llegar en mi coche. Lo declaró así en comisaría cuando le interrogaron y por esa razón me detuvieron el otro día. La juez que lleva el caso y que instruye el sumario me tomó declaración ayer y comprendió en el acto que la policía había cometido una equivocación y me dejó libre.

Analizó Flora su rostro como si pretendiera llegar hasta lo más recóndito de sus pensamientos para cerciorarse de si le había dicho la verdad. Debió llegar a la conclusión de que se había callado parte de la historia, porque objetó suspicazmente:

—Bueno, sí, pero a mí puedes reconocerme que te embaucó Marcial, como a todas, y que creíste que contigo iba en serio. ¿A qué sí?

Como Diana no le contestó, continuó diciéndole:

—No te culpo por ello, porque a mí me lo hizo creer también, aunque yo sí sabía que Candela era su pareja desde hacía muchos años. Pero me aseguró el muy imbécil que la iba a dejar porque era yo la única que le importaba y también estuve a punto de ir a buscarle a su cabaña cuando me citó allí. Casualmente, porque me lo dijo Teresa, me enteré a tiempo de que era su picadero particular y le mandé un mensaje a su móvil en el que le decía que lo sentía, pero que me había salido un plan mejor esa tarde.

—¿Y qué hizo?

—Nada. No se me volvió a acercar. Desde entonces me saludaba desde lejos cuando me veía por el pasillo. Me sustituyó enseguida por Teresa, la secretaria, y a esta por Sara, esa alumna rubia que te mira mal—, Estudió benévolamente su expresión y se le acercó un poco más para preguntarle en un susurro—: ¿Le mataste tú? A mí puedes decirme la verdad, puedes confiar en mí porque nunca te traicionaría. Marcial se merecía lo que le pasó. Abusó impunemente de la confianza de todas las mujeres que tenía cerca y engañó a la suya propia siempre que le dio la gana. Si no le mataste tú, probablemente lo haría Sara, que fue su última conquista el curso pasado y a la que se quitó de encima cuando te conoció a tí.

Cabía en lo posible que hubiera sido esa chica, pensó Diana. Y si la policía encontraba alguna prueba que la incriminara, podría ella volver a respirar tranquila, libre de toda sospecha, pero la suposición de la otra no acababa de encajarle porque la aludida no disponía de automóvil y no consideraba factible que hubiera escalado la montaña a pie. Se mesó dubitativamente su melenita y decidió pedirle a Noelia que averiguara sus antecedentes.

—¿Cómo se llama esa chica? — le preguntó a Flora.

—¿Quién, Sara?

—Sí, también es alumna tuya.

—¡Ah!, sí, se llama Sara Lapuente—. Y sin imaginar lo que Diana estaba pergeñando, añadió:

—Sé que vive con sus padres y que veranea con ellos en una casa que tienen también en el pantano. En invierno va poco la familia, porque hace frío, pero tengo entendido que ella sí pasa allí fines de semana con sus amigos. Es una chica muy independiente, además de guapa, y la aventura que mantuvo con Marcial duró bastante más que las anteriores que le he conocido. De hecho y como ya te he comentado, le dio la boleta él cuando empezó el curso y llegaste tú.

—¿Y cómo sabes todo eso?

Dejó escapar Flora una risita sarcástica, ausente por completo de alegría.

—Lo de la casa que sus padres tienen en las proximidades del

pantano me lo dijo ella, del ligue con Marcial lo averigüé yo, porque tengo ojos en la cara, y de que intentó él sustituirla contigo también lo noté yo. Por esa razón traté de advertirte. Cuando hace unos meses llegaste a esta facultad me pareciste una ingenua, sin experiencia ninguna de la vida. Me dio la impresión de que no se te había cruzado anteriormente ningún don Juan de la calaña de Marcial y traté veladamente de alertarte.

Ciertamente no había conocido a ninguno tan seductor ni que derrochara tanta experiencia con las mujeres— reconoció Diana. Acertaba siempre con el comentario oportuno e incluso adivinaba su estado de ánimo, sus inquietudes y sus deseos durante el corto tiempo que mantuvieron una aparente amistad, de la que faltó poco para accediera a un estadio más íntimo, se dijo. Era tan distinto a Saúl. Tan comprensivo tan protector… Como si ella fuera un objeto delicado al que hubiera que defender de todo lo que de sórdido tiene la vida. Y en aquellos días necesitaba tanto sentirse querida …

Meneó la cabeza para borrar su imagen de su mente. Creía haberla olvidado ya, pero no era así. Podía analizarle ahora, aunque no sentía ya nada por él. Flora la observaba compasivamente como si compartiera el desengaño que debía creer que aún le dolía, aunque no experimentaba ese sentimiento. Lo que predominaba ahora en su interior era el miedo al futuro y también en ese instante, ante la puerta del aula, una sensación nueva, la del pánico escénico de tener que enfrentarse a sus alumnos sin saber cómo iba a ser recibida.

Debió adivinarlo Flora, porque le dio unas palmaditas en la espalda.

—Ánimo, que no será tan grave. Y cuando termines, vendré a buscarte o ve tú para que tomemos algo en la cafetería. Quiero que todos te vean conmigo y sepan que te apoyo incondicionalmente. Marcial era un frescales y tanto si lo hiciste tú como si fue otra, tuvo lo que se merecía.

Se apartó de ella y enfiló el pasillo. La siguió Diana con la vista, hasta que comprendió que no podía seguir plantada allí eternamente, ante la puerta de cristales a través de la cual veía la algarabía de los jóvenes, e inspiró oxígeno. Luego levantó la barbilla y finalmente entró en el aula con paso firme y la naturalidad del que está realizando su cometido habitual y sabe que va a ser bien recibida.

La acogió un silencio denso, casi sorprendente. Ni una risita ni un murmullo, absolutamente nada. Los chicos habían ido a ocupar su sitio en los bancos y se subió a la tarima, se sentó tras su mesa, y afrontó sus miradas. Permanecían inmóviles en sus largos pupitres de madera barnizada que iban ascendiendo escalonados hacia el fondo de la larga estancia. No vio en los ojos de los estudiantes otra cosa que curiosidad, como si se estuvieran preguntando qué habría de verdad

en lo que habían sabido por los noticiarios de la televisión y si realmente y, como en las películas, habría estado encerrada en un calabozo. Esa versión tenía bastante de novelesca y notó que alguno se debatía entre la prudencia y el deseo de preguntárselo. Prevaleció el sentido de la prudencia en todos ellos y se limitaron a escucharla con más interés del que manifestaban a diario.

A pesar de ello experimentó Diana un inmenso alivio cuando la hora de la clase llegó a su término y se levantó, dándola por finalizada. Acostumbraban los jóvenes a adelantársele y a salir en tromba al pasillo entre risas y chirigotas mientras ella recogía sus papeles, pero ese día no se movieron de sus asientos ni pronunciaron una sola palabra hasta que la perdieron de vista. Supuso mientras se encaminaba hacia la cafetería que aprovecharían los minutos que mediaban hasta que comenzara la clase de derecho penal, que era la siguiente y que debería serles impartida por Nemesio, que era el profesor, en elucubrar toda clase de teorías sobre la muerte de Marcial y hasta era posible que le preguntaran a él cuál era la pena más probable que podía caerle, pero se olvidó por completo de los chicos y de lo que podrían estar maquinando cuando entró en el alargado espacio oval en el que se ubicaba la cafetería de la facultad. Se sintió recibida por un silencio sepulcral. Todos los que se hallaban en las mesas se volvieron a mirarla. Los que estaban subidos a las banquetas de la barra giraron hacia ella la cabeza con las cejas enarcadas, los camareros que con las bandejas en alto atravesaban la estancia, se detuvieron a observarla con la curiosidad reflejada en sus pupilas. Unos segundos horribles en los que, además de sentirse el centro de atención, experimentó Diana la absurda sensación de acabar de hacer su entrada en el escenario de un teatro ante un sinfín de espectadores y no saberse el papel que debería empezar a recitar.

Por fortuna Jaime y Flora, que estaban en una de las mesas, se levantaron en el acto y corrieron a su encuentro y lo mismo hizo Fabián que también estaba con ellos pero que tardó más en reaccionar. Flora la abrazó como si no la hubiera visto antes y con claras manifestaciones de júbilo. Jaime y Fabián le estamparon sendos besos en las mejillas y la acompañaron a la mesa que ocupaban. Casi instantáneamente recuperó el local el ruidoso ambiente que había roto ella al entrar y trató de aparentar que no había captado la expectación que había producido su llegada entre los asistentes y, lo que era más importante, que no tenía nada que ocultar.

—¿Cómo estás? — le preguntó Jaime preocupado, como si se sintiera culpable del calvario que había vivido en las últimas horas.

—Como cabía esperar— replicó Diana, reprimiendo el deseo de echarle en cara que había sido por culpa de él por lo que había pasado dos días interminables encerrada en un calabozo.

—Llamé ayer a tu abogada, que me dijo que todo había salido bien e intenté luego hablar contigo sin recordar que ya no tienes móvil — siguió diciéndole él—. ¿Cuándo te lo va a devolver el inspector?

Se encogió de hombros ella, como quitándole importancia.

—No lo sé, pero es igual, porque me compraré otro en cuanto me quede un rato. Me van a dejar en paz hasta que se celebre el juicio, pero no creo que Peláez me lo entregue antes, porque piensa que el fiscal querrá aportarlo como medio de prueba de que había quedado yo con Marcial aquella tarde.

—Eso en el supuesto de que se abra la fase del juicio oral, que es mucho suponer— opinó Fabián con su bonachona sonrisa—. Es posible que cuando el juez concluya la instrucción del sumario sobresea la causa por falta de pruebas, porque no hay ninguna determinante contra ti.

—Es lo más probable— corroboró Jaime, aunque le pareció a ella que sin ninguna convicción. ¿Cuáles tienen en realidad? No han encontrado huellas tuyas en el candelabro y aunque las dejaste en la mecedora eso solo significa que estuviste en la casa y la rozaste o te apoyaste en ella antes o después de entrar, no que atentaras contra la vida de Marcial.

—Claro— convino Flora—. No prueba nada más.

Fabián dio luego su opinión con la que la otra estuvo de acuerdo y Diana escuchó aparentemente lo que comentaban aunque sin prestarles atención. Algo que había dicho Jaime instantes antes le había sonado raro. Se había referido a una cosa que no podía saber, ¿pero qué era?

Le vino de pronto a la memoria y analizó cuidadosamente y una por una sus palabras. ¿Cómo se habría enterado él de que había encontrado la policía sus huellas en el respaldo de la mecedora? Desde el ángulo del que desde su casa podía verse “La cabaña” no quedaba visible la veranda, porque la ocultaba la inclinación del tejado y ella no lo había sabido hasta que se lo había dicho Peláez cuando la interrogó dos días antes. A Jaime no le había visto ni había hablado con él hasta ese momento en el que le habían cedido una silla en su mesa. ¿Estaría él en otro lugar más próximo cuando llegó ella a la casita de Marcial y se bajó de su coche? ¿Quizás entre los pinos que cercaban el claro en el que se ubicaba la casita? ¿O…? Había sentido una presencia cerca, aunque no había visto a nadie.

Lo miró con ojos nuevos, pero no quiso creer lo que había empezado a sospechar. No podía haber sido él. Era un hombre demasiado atrayente para ser un asesino. La estaba mirando ahora con una chispita que brillaba en el fondo de sus ojos castaños y que traslucían una evidente preocupación. Tenía que haberle matado una de las múltiples conquistas de Marcial y, casi con seguridad, Sara.

Tenía que decírselo a Noelia, porque podría averiguar cuando le dieran traslado del sumario lo que había declarado esa chica ante la policía y donde se encontraba aquella fatídica tarde. ¿Sería ella la que se había escondido en el cuarto de baño y había perdido la insignia de un centro escolar al enganchársele en la toalla del lavabo?

Capítulo 26

Ni tan siquiera le pidió cita a la secretaria un par de semanas más tarde y se presentó en la oficina de Noelia en cuanto llegó a su casa y acabó de comer. Flor le abrió la puerta y le señaló la sala de espera.

—Le diré que ha venido usted— le dijo tan solo como si estuviera acostumbrada a que los clientes de su jefa se presentaran cuando les viniera en gana.

—¿Y podrá recibirme? — le preguntó Diana, recriminándose interiormente por no haber llamado previamente.

Impasible, se giró hacia ella la secretaria para responderle:

—Se lo preguntaré.

Salió de la antesala y se encaminó taconeando hacia el pasillo que se iniciaba allí y en el que por la primera puerta se accedía al despacho de Noelia. Regresó a la sala de espera antes de que Diana hubiera tenido tiempo de sentarse.

—Pase usted— le dijo—. El primer cliente está citado dentro de cinco minutos, pero todavía no ha llegado, así que la atenderá ahora mismo.

Sin darle tiempo a que se lo repitiera, atravesó Diana la antesala y propinó unos golpecitos con los nudillos a la puerta. Cuando oyó a la otra autorizándola a entrar, la empujó. Noelia estaba sentada tras su mesa sobre la que tenía un abultado cerro de papeles que estaba consultando y de los que levantó la mirada cuando la otra se sentó frente a ella.

—¿Cómo estás? — le preguntó—. ¿Cómo te recibieron tus compañeros y tus alumnos? ¿Fue muy terrible tu reincorporación?

Se lo decía tomándoselo a broma y ella asintió, rememorando como se fue desarrollando aquella mañana en la que se sintió observada recelosamente por todas las personas con las que se cruzó, incluso por los camareros de la cafetería.

—Pues sí, fue bastante terrible. Se producía un incómodo silencio por dondequiera que pasara y todos me miraban con curiosidad o con sospecha. O con las dos cosas— terminó en el mismo

tono de guasa—. Pero parece que después se han ido acostumbrando a verme y ya no chismorrean a mi paso. Yo he venido a preguntarte si hay algo nuevo y a hacerte una pregunta. ¿Sabes si Peláez ha vuelto a interrogar a Jaime Llorente? Ya sabes, el compañero que tiene una casa en la montaña, a mayor altura que la de Marcial. El que me vio llegar aquella tarde y lo declaró así en la comisaría.

—Ya sé quién es Jaime Llorente. Vino a verme para preguntarme por ti cuando te detuvieron— repuso ella—. ¿Por qué?

—Porque el otro día dijo una cosa que me intrigó, ya que, en mi opinión, no la podía saber.

Se lo refirió y Noelia hizo un gesto con el que le quitaba importancia a lo que la otra le decía.

—Bueno, sí, pero no veo qué signifique nada. Han podido publicarlo los medios o… no sé, me parece irrelevante, aunque me alegro de que hayas venido. Acaban de notificarme el Auto de conclusión del sumario y…

—¿Y qué?

—Que eso significa que la juez ha finalizado la fase de instrucción y que el juicio, si se decreta Auto de procesamiento contra ti, se va a celebrar antes de lo que pensaba.

—¿Y qué vas a alegar?

—Aún no lo sé, pero prepararemos antes tu declaración. Creo que lo mejor sería que repitieras lo que le dijiste al inspector Peláez en la comisaria y a la juez en el juzgado, porque cuando te oí me sonó muy verosímil. He pensado citar como testigo a Jaime Llorente y…

—¿A Jaime? — protestó Diana— ¿Y qué esperas que diga? Testificará que desde su terraza vio que la única persona que visitó a Marcial esa tarde fui yo y no creo que eso me ayude. Además…

Levantó Noelia una mano para interrumpirla.

—Es que no tenemos otros testigos y él se ha ofrecido a echarte una mano. He estado tratando de averiguar a qué centro escolar puede pertenecer la insignia que encontraste en el cuarto de baño de la cabaña sin resultado positivo. Lo único que sé es que no es un distintivo de tu facultad, por lo que en principio cabría suponer que no era de Marcial.

—¿No? — inquirió Diana interesada.

—No, ni tampoco del gimnasio en el que trabaja Candela, por lo que podría haberla perdido la persona que oíste detrás de la puerta de la sala de estar que daba al pasillo.

—O sea, que la llevaba el que mató a Marcial y se le enganchó en la toalla del cuarto de baño.

— Podría ser y con el mismo fundamentos podríamos descartar también a Flora, a Teresa, a Sara y a Jaime Llorente, pero me parece muy precipitado hacerlo. Cualquiera de ellos podría haberlo llevarlo

prendido de la solapa por otro motivo que no conozcamos. Porque había sido de su padre, de su primer novio o el primer regalo de sus abuelos. Caben miles de posibilidades, así como miles de asociaciones y de peñas que los utilizan. Además no tenemos tiempo.

Al oírla, respingó Diana precipitadamente.

—¿Por qué? ¿Es que crees que el juicio puede estar al caer?

No quiso Noelia darle una respuesta clara para no inquietarla y porque además tampoco lo sabía. Los tribunales de justicia solían ser lentos, la media de los procedimientos penales estaba entre ocho meses y un año, aunque en ocasiones, raras, su tramitación era inusualmente rápida. Se limitó a hacer un gesto vago y a sonreírle. Luego, para cambiar de conversación le preguntó:

—¿Y cómo te ha ido últimamente? ¿Has vuelto a salir con tu exnovio?

Asintió Diana con la cabeza, aunque evidentemente decaída.

—Sí, un par de veces. Y también con Jaime, que me invitó a cenar una noche—. Fue a añadir algo, pero se mordió los labios y desvió los ojos hacia la ventana.

—¿Qué ibas a decir? — inquirió Noelia.

—No, nada. No creo que tengas tiempo para escuchar mis problemas sentimentales, pero estoy hecha un lío.

—¿Por qué?

—Porque no sé cómo hacerle entender a Saúl que lo nuestro se acabó y que no hay marcha atrás posible y porque, aunque me gustaría llegar con Jaime a algo más, no acabo de fiarme de él, ya te lo he comentado.

—¿Crees que pudo ser él el que matara a Marcial?

—No lo sé— reconoció—. La otra noche, mientras estábamos cenando, le llamó Candela al móvil y por lo que le contestaba me pareció entender que pretendía quedar con él al día siguiente.

—Eso no significa nada— replicó Noelia—. Que ella esté interesada por él no avala necesariamente que sea el autor de la muerte de su pareja ni tampoco su cómplice.

—Ya lo sé— admitió ella—. Pero es que he estado dando vueltas al asunto y he llegado a la conclusión de que es el único que tuvo oportunidad. No me crucé con ningún coche por el camino que lleva hasta su casa y solo él pudo llegar a pie a “La cabaña”. Imagino que se pelearían. Volcarían la butaca, tirarían al suelo los cojines y la leña de la chimenea y en un rapto de furor cogería Jaime el candelabro y le asestaría un golpe en la cabeza a Marcial. Te lo repito para que te replantees la conveniencia de citarle como testigo—. Una sombra veló su semblante mientras le decía—: Y créeme que lo siento. Daría algo por tener la certeza de que no tuvo nada que ver.

—Tú misma me has dicho que esa chica, Sara, vive con sus

padres que tienen una casa en las orillas del pantano— objetó Noelia —. También pudo ella llegar a la cabaña andando. Y otros que no conocemos, en moto y hasta en bicicleta.

Lo consideró Diana con el ceño fruncido y cuando llegó a la conclusión de que podía haber sido así se animó ostensiblemente. Se había estado debatiendo entre la duda y el deseo de que el asesino de Marcial fuera un extraño o que al menos no hubiera sido Jaime, porque, aunque le había costado reconocérselo a sí misma, le había gustado desde el día en el que le conoció. Además de un físico atrayente, era enérgico y tenía una personalidad fuerte, por lo que no se dejaba amilanar por sus alumnos, que le respetaban, lo que ella valoraba mucho. Inimaginable le parecía que alguno se hubiera atrevido a tirarle un avión cuando les daba la espalda, como a ella. Incluso había visto a través de la puerta de cristales del aula donde les daba clase, como se achicaban en sus bancos cuando paseaba su mirada sobre ellos para elegir uno al que hacerle una pregunta sobre el tema del que se tratara.

Pero temía equivocarse por tercera vez y en esta ocasión tendría consecuencias más graves que en las dos anteriores.

—¿Tú crees? — insistió deseando que se lo confirmara—. Esa chica me dirige miradas asesinas cuando me la cruzo por el pasillo o nos encontramos por cualquier lugar del edificio. Si hubiera sido ella y pudieras demostrarlo, terminaría al fin esta pesadilla.

Al rememorar los angustiosos días que estaba viviendo se le llenaron los ojos de lágrimas por lo que Noelia temió que enganchara una llantina y se removió inquieta en su butaca.

—Bueno, bueno, vamos a esperar a que me den traslado de las actuaciones y entonces trazaremos la línea de defensa. ¿Me permites que te dé un consejo?

—Sí, claro.

—Si estás segura de que no quieres volver con tu expareja, no dejes que se forje falsas ilusiones y házselo saber. En cuanto al otro, ve con pies de plomo. Te llamaré en cuanto haya alguna novedad.

Acababa de sonar el timbre de la puerta, de lo que dedujo Diana que había llegado la primera visita de la tarde y que la estaba despidiendo, por lo que se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió hacia ella para decirle:

—Gracias por haberme recibido sin haber pedido cita. Y, sí, avísame en cuanto sepas algo nuevo. No le te lo vas a creer pero a veces deseo que el juicio que tenemos pendiente se celebre cuanto antes.

Se alejó por el pasillo y Noelia se acodó en la mesa y apoyó la barbilla en una de sus manos, a la par que se decía que ella, por el contrario, preferiría que se postergara lo más posible y darle así

tiempo a la policía para que encontrara al culpable. Flor, que entró unos segundos más tarde en su despacho, la encontró con la mirada perdida y expresión de desánimo. Venía a preguntarle por el motivo por el que Diana hubiera atravesado la antesala sonándose la nariz y reprimiendo las lágrimas, pero al verla tan decaída decidió satisfacer su curiosidad más adelante.

—¿Qué te pasa? Ya ha llegado el cliente que había citado y deberías poner otra cara más optimista. No creo que se haya hundido el mundo porque te haya notificado el procurador de los tribunales el Auto de conclusión del sumario. ¿O sí? Se ha dado el juzgado demasiada prisa en esta ocasión, pero antes o después tenía que suceder. ¿Se lo has dicho a ella?

—No.

—¿Es que lo ves muy mal?

—No sé— repuso ella lacónicamente—. Cuando me den traslado de las actuaciones te contestaré.

—Por regla general empiezas a ponerte nerviosa cuando te notifican el Auto de procesamiento y ese todavía no ha llegado, así que considero prematuro que te anticipes— le recordó maternalmente —. Puede que no lo dicte el juzgado hasta dentro de un mes o de un año, así que, olvídalo y sonríeme.

Lo intentó ella, aunque tan solo consiguió esbozar una mueca.

—Gracias Flor. No sé qué haría sin ti.

No acertó, sin embargo, la secretaria en sus buenos deseos. Una semana más tarde se presentó el procurador en el despacho y, además de ese Auto, le dejó sobre la mesa el sumario, así como el escrito de calificación provisional del fiscal. Noelia había tenido una Vista en la Audiencia Provincial y cuando entró en la antesala y vio la cara de circunstancias de Flor ató cabos inmediatamente.

—Han acordado ya la apertura del juicio oral— afirmó más que preguntó.

—Sí— repuso la otra.

Intentó ella tomárselo a broma e inquirió:

—¿Puedo entonces empezar a ponerme nerviosa ya?'

Asintió Flor muy seria.

—Sí, pero yo te recomendaría que te lo tomaras con clama. Hace ya un montón de años que ejerces la profesión. Diez exactamente, por lo que va siendo hora de que te vayas acostumbrando.

—Si— admitió Noelia—. Tiene razón Gabriel cuando me dice que me involucro demasiado en los casos de mis clientes y me recita el aserto con el que el profesor de derecho procesal nos recomendaba cómo debíamos tomárnoslos los abogados.

—¿Y qué es lo que os decía ese profesor?

—Que los juicios hay que defenderlos como propios y que perderlos como ajenos.

—Pues tenía toda la razón, así que aplícate el cuento.

Levantó ambas manos ella en un ademán de impotencia.

—Lo intento, no vayas a creer que no lo intento, pero hasta la fecha no lo he conseguido.

Capítulo 27

Empezaba a sentirse la llegada de la primavera cuando entró Flor en el despacho sin llamar con los nudillos y evidentemente nerviosa. Noelia levantó la mirada de los Autos que releía y parpadeó perpleja, porque la secretaria jamás perdía la compostura ni se alteraba fácilmente.

—¿Te pasa algo? — le preguntó.

Aunque desde el pasillo no se oía lo que se hablaba en dentro de la habitación, se le acercó Flor para susurrarle al oído:

—Están ahí los dos.

—¿Quiénes están y dónde? — inquirió Noelia sin comprender.

—El novio de tu cliente, mejor dicho, el exnovio, el que te trajo las llaves de su coche, y el otro, el guapete que aspira a serlo y que quieres citar como testigo. Están los dos en la sala de espera, sentaditos en el mismo sofá.

Arqueó ella las cejas sin comprender lo que le decía.

—¿Te refieres a Jaime Llorente? ¿Cómo sabes que aspira a ser novio de Diana?

—Porque soy muy lista— replicó Flor guiñándole un ojo—. Lo que he venido a decirte es que están sentados el uno junto al otro y que como tardes mucho en recibirles lo mismo se cuentan sus cuitas y se mosquean al enterarse de que corren los dos detrás de la misma chica.

Se acodó Noelia en la mesa luchando por entender lo que le estaba advirtiendo, aunque evidentemente lo estaba haciendo en tono de chanza.

—¿Me estás diciendo que has citado a la misma hora a Saúl Menéndez y a Jaime Llorente?

Asintió Flor con los ojos brillantes.

—Sí.

—¿Y por qué lo has hecho?

—No les he citado a la misma hora, es que don Saúl Menéndez ha llegado tarde y don Jaime Llorente demasiado pronto.

—Pues haz pasar inmediatamente a uno de los dos—— decidió Noelia—. Pero date prisa.

—Ya voy, ya voy— se apresuró Flor, echando a correr hacia la puerta—. Luego, cuando se vayan, me dices cuál te gusta más para tu cliente.

Se lo comentaba en broma, pero Noelia no estaba de humor. Cuando se avecinaba la Vista oral de un juicio cualquier cosa la hacía saltar, por lo que le soltó un estufido.

—No seas gansa y date prisa.

Instantes más tarde entraba en el despacho Saúl, al que la secretaria había citado a petición de él y sin habérselo comentado a Noelia. Estaba serio, evidentemente preocupado, lo que no trató de disimular, sino que por el contrario, se apoyó en la mesa de ella con ambas manos y se le dirigió en un tono claramente recriminatorio:

—Esperaba su llamada y me ha extrañado no recibirla— le dijo como si le estuviera pidiendo cuentas por no haberlo hecho—. Por esa razón me he adelantado yo y he venido a verla para recordarle que me ofrecí como testigo. Por Diana he sabido que su juicio está al caer y quiero ayudarla como lo que crea usted más conveniente. Ya le dije en su momento que estoy dispuesto a declarar que ella estaba conmigo la tarde en la que mataron al profesor.

Se lo quedó mirando Noelia sin pestañear. Había estado toda la tarde estudiándose los Autos y notaba la cabeza embotada. Como además tenía un carácter irascible y no soportaba que la reconvinieran, estuvo a punto de mandarle salir del despacho con cajas destempladas, pero recordó a tiempo que estaba él tan preocupado como ella, o probablemente más aún, y se limitó a replicarle en tono monocorde:

—Sí, ya lo sé, pero creo haberle dicho que no serviría de nada que procurara usted proporcionarle una coartada. La policía tiene pruebas de que esa tarde fue ella a buscar a la víctima a la casa que tenía en la sierra, porque había quedado él en indicarle los chalés que se vendían en esa zona, ya que Diana quería adquirir uno.

Las tupidas cejas de Saúl se elevaron escépticamente sobre su frente.

—¿Qué Diana quería comprarse un chalé? No es posible.

—¿Por qué no es posible? — replicó Noelia, volviendo a irritarse ante la incredulidad con la que había acogido su bien hilada invención. En su opinión era perfectamente verosímil y soslayaba el verdadero motivo, que no favorecía precisamente a su cliente.

—Porque no tenía dinero. Cuando nos separamos, daba clase en un instituto y disponía de unos ingresos más bien exiguos con los que a duras penas hubiera llegado a fin de mes si hubiera vivido sola. No es posible que en los dos meses largos que habían transcurrido desde

entonces y en los que había cambiado el trabajo en ese instituto por el de la universidad, hubiera ahorrado tanto.

Esbozó ella un gesto vago para no tener que discutírselo.

—Eso no puedo decírselo, porque tendría ella que autorizarme antes. Lo cierto es que le gustaba la zona del pantano y como había pensado trasladar allí su residencia permanente, quedó esa tarde y con esa intención con don Marcial de la Prada. La policía tiene pruebas de que llegó a la casa de él, que estuvo dentro unos minutos y de que les avisó después de que le había encontrado muerto, porque la denuncia que efectuó quedó grabada en su móvil.

Se la quedó mirando claramente consternado. Se mesó su oscuro cabello como si no se le ocurriera como salvar el escollo que le acababa Noelia de poner de manifiesto y se dejó caer luego derrengado en la butaca.

—Pero entonces… ¿Qué va a alegar en su defensa? ¿Cómo va a poder demostrar que no fue ella la que le mató? Tendrá usted que hacer algo— protestó, levantándole la voz.

Había recibido Noelia a muchos familiares de los procesados en los días que antecedían a la Vista del juicio y todos habían manifestado los mismos nervios e incluso algunos la habían increpado cuando les había alegado que no poseía una varita mágica con la que lograr el milagro de que el tribunal declarara inocente a su pariente. Como Saúl, estaban demudados, hundidos ante la posibilidad de que pudiera ingresar en prisión, por lo que Noelia no le tuvo en cuenta su salida de tono. Se limitó a levantar ambas manos con las palmas hacia abajo, en un gesto con el que pretendía transmitirle que debía serenarse.

—Acabo de recibir los Autos y estoy analizándolos con calma, por lo que aún no puedo decirle en qué me voy a basar. Le agradezco su interés, pero no le serviría a ella de ayuda que le citara. No fue usted testigo presencial ni por aquel entonces mantenían una relación próxima. ¿Qué podría declarar sobre los hechos que se enjuiciarán? Nada en absoluto.

—En ese caso asistiré al juicio y me sentaré entre el público— le advirtió él en tono desafiante.

Parecía querer decirle que más le valdría que su defensa estuviera a la altura de lo que Diana merecía, lo que la indignó. Tuvo que volver a repetirse que se comportaba de una forma tan sumamente inconveniente por lo preocupado que estaba por la chica y que debía disculparle. Siempre resultaba difícil el trato con los allegados del encausado y ella tenía poca paciencia. Máxime porque la responsabilidad de conseguir un pronunciamiento judicial favorable recaía exclusivamente sobre ella y ya sentía ese peso sin necesidad de que él se lo recordara. Le escuchó por esa razón aparentemente

impasible y en cuanto se le presentó la primera oportunidad se levantó para darle a entender que el tiempo de su visita había terminado.

Aun así se despidió a regañadientes. Todavía se permitió el lujo de hacerle otras tantas recomendaciones y, cuando al fin salió al pasillo y cerró la puerta tras él, dejó escapar Noelia un suspiro de exasperación. Y lo peor era que todavía tenía que recibir al otro, se dijo resignada. Probablemente la amenazaría también con las penas del infierno si no sacaba a Diana del atolladero en el que se hallaba, por lo que cabía en los posible que colmara su paciencia, bastante exigua por cierto, y le mandara a un sitio feo, imposible de pronunciar por una abogada de su prestigio.

Pero esa vez tuvo suerte. Más que retador, Jaime parecía desalentado y, teniendo además la misma profesión que Noelia, no le exigió imposibles. Nada más entrar, se dejó caer en la butaca, se mesó repetidamente el cabello, igual que había hecho el otro, y luego se la quedó mirando como si estuviera calibrando la dosis de confianza que podía depositar en ella. Como también era abogado, podía ponerse en su caso sin dificultad. Le dio por esa razón y sin rechistar los datos que necesitaba y cuando ensayaron las respuestas que debería dar a sus preguntas y a las que suponía que le haría el fiscal, se inclinó hacia ella e inquirió preocupado:

—¿Cómo lo ves?

Se encogió Noelia de hombros.

—Esperemos que todo vaya bien.

Le dedicó él una apagada sonrisa.

—Por supuesto. Diana sería incapaz de matar a nadie, pero si hubiera sido ella la que en un arrebato le hubiera golpeado causándole accidentalmente la muerte tampoco merecería que la condenaran, porque él se lo habría ganado a pulso. Cada fin de semana aparecía con una chica distinta. No sería de extrañar que una de ellas se tomara la justicia por su mano.

—¿Y las recuerdas?

Lo meditó él durante unos segundos y acabó por menear negativamente la cabeza.

—No, a la mayoría no. Desde mi casa no se les ve la cara. Únicamente he reconocido a una que precisamente es ahora alumna mía y porque tiene una melena larga y rubia. Se llama Sara Lapuente y antes del verano era su visitante más asidua, pero no te serviría para desviar hacia ella los cargos que pesan sobre Diana porque el día de autos no fue a “La cabaña” o yo al menos no la vi.

Se levantó antes de que Noelia diera la visita por finalizada y desde la puerta se volvió hacia ella.

—Suerte— le dijo—. Espero y deseo que en el juicio estés inspirada y que el fiscal no dé una en el clavo.

Salió después silenciosamente del despacho y Noelia volvió a analizar el grueso fajo de folios grapados que tenía sobre la mesa, tomando notas de cuando en cuando. Lo hacía por costumbre, aunque no las necesitaba y no acostumbraba a consultarlas durante el juicio, pero le hacía sentir que había consultado meticulosamente los Autos y que no había dejado ningún cabo suelto.

Esa noche lo comentó en su casa con Alex. Llegó cuando él le estaba dando de cenar a la niña y le sustituyó de inmediato, no sin que él se resistiera.

—Necesitas tomarte un respiro— le dijo—. Date una ducha que te despeje y yo la acostaré mientras tanto.

—De eso nada— protestó ella—. He tenido una tarde horrible y me merezco como desquite poder ocuparme un ratito de María.

—Como quieras. Después, cuando esté dormida me cuentas cómo te ha ido.

Se lo refirió cuando después de cenar tomaron asiento en el sofá de la sala de estar. Alex la conocía bien y sabía que, más que cansada, estaba malhumorada e irritable, como le sucedía invariablemente la víspera de la Vista oral de un juicio, por lo que se limitó a preguntarle:

—¿Y qué te han parecido los dos visitantes que has tenido esta tarde? ¿Estaban muy nerviosos?

Con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá rememoró ella el rato en el que habían permanecido en su despacho y la conversación que habían mantenido

—Sí, aunque a su exnovio se le notaba más. Ha perdido los estribos un par de veces y casi se ha permitido el lujo de amenazarme si no sacaba la defensa de Diana a flote.

—Imagino lo que le habrás contestado— bromeó Alex que sabía cómo reaccionaba ante las amenazas, aunque las que recibía fueran veladas—. ¿Te has acordado de sus muertos o te has contentado con ponerle firme a él? Imagino que le habrás dado un buen repaso y que habrá salido de tu despacho con la cabeza gacha después de pedirte mil perdones.

A su pesar, se echó a reír Noelia.

—Ni una cosa ni la otra. He hecho un esfuerzo por ponerme en su pellejo y le he disculpado, porque salta a la vista que la adora. Si el tribunal la declarara inocente y después del juicio ella le dijera que lo mejor sería que dejaran de verse, sería para él un rudo golpe. Pero es que no entiende que a Diana le aburre.

Se acarició Alex el cogote con un cómico gesto de incomprensión.

—¿Me dijiste que habían vivido juntos cinco años?

—Sí.

—¿Y se ha dado cuenta ella después de tanto tiempo de que no es un tipo divertido? La convivencia y la rutina van parejos. Debería comprenderlo tu cliente, sobre todo si tiene otras cualidades que equilibren la balanza.

—No es solo que sea un matemático plúmbeo— alegó Noelia pensativa—. Es que no la entiende en absoluto.

Al oírla se echó a reír con ganas.

—¿Y qué? ¿Crees que hay algún hombre que entienda a su mujer? Puede que uno entre cien y pese a ello hay parejas que cumplen las bodas de oro y hasta las de platino. Quizás, cuando todo esto haya pasado, podrías explicárselo a él. Podrías decirle que la escuche, que trate de adivinar lo que piensa y que no vuelva a explicarle nada que tenga que ver con la asignatura de la que es catedrático, ni tan siquiera las cuatro reglas.

—No soy una consejera matrimonial— protestó ella—. Además si a Diana le gusta más el otro, no seré yo quien le ponga objeciones.

—No, claro— admitió Alex—. ¿Pero qué sabes de ese otro? Solo que era vecino del muerto, que aparentemente era muy amigo de su mujer y que tiene una casa a un tiro de piedra de la víctima. ¿Ha manifestado en algún momento que esté interesado por tu cliente?

Enfurruñada, volvió a encogerse de hombros.

—Te repito que no soy una consejera matrimonial. A mí no me lo ha dicho y si se lo ha insinuado a Diana, ella no me lo ha comentado. Bastante tengo yo con defenderla, como para que tenga que meterme además a casamentera. Eso se lo dejo a Miriam. Se dio cuenta al decírselo que él no pretendía otra cosa que distraerla para que, al menos durante un ratito, dejara de pensar en su dichoso juicio y por primera vez se preguntó si no se pondría tan pesada con las cuestiones que se derivaban de su profesión como Saúl con la suya y giró la cabeza hacia Alex para averiguar lo que pudiera estar pensando. Debió adivinarlo él, porque le pasó un brazo sobre los hombros y le sonrió, al tiempo que contestaba a lo que pasaba por la mente de ella:

—Para nada. No conozco a ese individuo, pero te adelanto que no tienes con él el menor punto de contacto. Hasta cuando me sueltas un rollo jurídico y hasta cuando te enfadas, lo que te ocurre muy a menudo, tienes gracia.

Capítulo 28

Estaba Miriam esperándola, sentada en un banco ante la

puerta de la sala de vistas con Diana, cuando llegó Noelia corriendo despendolada con su flotante toga negra colgando de los hombros. Era la primera vez que llegaba tarde. Habitualmente, cuando tenía un juicio, llegaba a la Audiencia Provincial antes de que hubieran abierto la puerta y tenía que pasearse por la calle a la espera de que llegara ese momento, pero esa mañana había sido distinto. María había estado llorando toda la noche a intervalos regulares y aunque Alex había sido el que se había levantado para pasearla en brazos por el pasillo, ella no había conseguido pegar un ojo. Se habían dormido las dos, no obstante, cuando empezaba a amanecer y como consecuencia no había oído el despertador. Por esa razón había tenido que levantarse sobresaltada al abrir los ojos y comprobar la hora que era en el reloj que tenía sobre la mesilla, se había duchado con agua helada sin esperar a que se templase y se había dado luego una auténtica carrera para arreglarse y para salir luego atropelladamente de su casa.

Por fortuna había encontrado un taxi en la esquina de su calle, que la había dejado ante la puerta de cristales de la Audiencia. Una vez allí, había entrado corriendo en el vestíbulo del edificio, se había abierto paso a empujones hasta la sala de togas y, en cuanto le habían entregado una de su talla, se la había echado sobre los hombros de cualquier manera y jadeante y despeinada había llegado a su destino en el preciso instante en el que el agente judicial voceaba el juicio que iba a celebrarse a continuación y que era el suyo.

Miriam se levantó del banco al verla aparecer y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Menos mal que has llegado. Estaba preocupada al no saber qué te había pasado, porque sueles ser extremadamente puntual y me estaba temiendo que no llegaras a tiempo con lo que me hubiera visto obligada a sustituirte.

Llevaba efectivamente su compañera de despacho la toga sobre su ropa de calle, porque acostumbraba a acompañarla en las vistas. Sentada junto a ella la animaba en los momentos cruciales, dándole alentadoras pataditas con el pie, lo que Noelia le agradecía. También le advertía con un codazo que debía dejar de enrollarse un rizo en un dedo y hacerlo girar dentro de él hasta que le colgaba lacio y sin brillo sobre la frente. Constituía para ella una especie de desahogo y acudía a ese ademán con demasiada frecuencia y siempre que el fiscal conseguía embarullar a su defendido o cuando tenía lugar cualquier otro imponderable. A su lado, Miriam se mantenía alerta y procuraba evitarlo con disimulo en cuanto la veía hacer el intento, para que no desmereciera con esa especie de tic nervioso la digna compostura que debía mantener Noelia como letrada de la defensa.

Diana estaba muy nerviosa y se puso en pie también cuando la vio llegar. La ayudó a meter los brazos en las mangas de la toga y le

atusó los alborotados rizos que le resbalaban sobre la frente. Se apartó luego unos centímetros para pasarle revista y terminó por darle su aprobación. Las empujó luego hacia la puerta de la sala de vistas, por la que salía ya el público que había asistido al juicio que acababa de celebrarse y que se dispersaba por el pasillo, la mayoría en dirección al ascensor, seguidos por el letrado de la defensa y por el acusado, que fueron los últimos.

Era el suyo el segundo juicio que se celebraba en esa sala esa mañana, por lo que ya estaban los tres magistrados que formaban parte del tribunal sentados tras su mesa, al fondo de la misma, y el fiscal en la suya, a la izquierda de la de aquel. Miriam y Noelia fueron a tomar asiento, enfrente de la del fiscal, y Diana fue a situarse en el lugar que le indicó el agente judicial, delante de los bancos destinados al público, en una silla que había sustituido el tradicional banquillo, que hacía tiempo que estaba ya en desuso.

Tras las cuestiones previas, le preguntó el presidente del tribunal a Diana si se declaraba culpable o inocente de los cargos que se le imputaban, a lo que ella contestó sin una vacilación que se declaraba inocente. Seguidamente le concedió el presidente la palabra al fiscal, que era un hombre de mediana edad, muy enjuto, con una barba canosa y recortada y un enorme bigote también canoso, que, como era preceptivo, empezó pronunciando la frase ritual:

—Con la venia de la sala—. Luego volvió la cabeza hacia Diana, que vestía un traje de chaqueta verde claro y estaba muy bonita con su melenita castaña enmarcándole el rostro y le dijo—: Refiera a este tribunal lo que sucedió la tarde del diecisiete de noviembre último cuando llegó usted a la casa de que la víctima era propietaria en el término municipal de San Martín de Valdeiglesias. ¿Qué hora sería?

No tuvo Diana que reflexionar sobre ello y repuso con voz clara:

—Las cinco y media. Habíamos quedado el profesor de la Prada y yo a esa hora y soy muy puntual.

—¿Y de qué se conocían ustedes?

—Dábamos clase los dos en la facultad de derecho Fray Luis de León, que es una universidad privada. y nos habíamos citado en la casa de él para que me enseñara los alrededores del pantano de San Juan, para….

—Consta esa cita en sus respectivos móviles— afirmó el fiscal interrumpiéndola— Los hemos aportado como prueba de que habían quedado en ese lugar a la hora que acaba usted de puntualizar ¿Con qué motivo habían quedado ustedes?

También ahora contestó Diana sin vacilar. Había ensayado el interrogatorio con Noelia en el despacho de esta y se sabía de memoria las respuestas que debía dar.

— Tenía intención yo de adquirir un chalé al que trasladar mi residencia, ya que vivo en un piso alquilado en Madrid, muy pequeño y caro. Está esa zona de la sierra oeste lo bastante cerca del recinto universitario como para que pudiera desplazarme hasta allí en mi coche por las mañanas para cumplir con mi trabajo y él se ofreció a ayudarme, enseñándome donde se ubicaban los más asequibles.

—Ya. ¿Y estaba esperándola él fuera de la casa cuando usted llegó?

—No, no vi a nadie cuando me bajé del coche y le llamé. Como no me contestó, empujé la puerta que estaba entreabierta y le encontré dentro, en la sala de estar, en el suelo, muerto, y en un charco de sangre.

—¿Está segura? — inquirió él señalándola con un bolígrafo.

—Claro que lo estoy— afirmó Diana con aplomo.

Se mesó él su barba entrecana, se inclinó hacia ella sobre la mesa y le dijo acusatoriamente:

—¿No es más cierto que estaba aguardándola porque iban a pasar la tarde juntos, que se pelearon dentro de la sala a la que ha aludido y que cuando perdió usted los estribos le golpeó en la cabeza con uno de los dos candelabros que vio sobre la repisa de la chimenea?

Aparentemente tranquila, se le quedó mirando ella con sus claros ojos de color violeta y meneó negativamente la cabeza.

—Desde luego que no. ¿Por qué había de haberme peleado con él? Teníamos poca relación, pero cuando me describió esa zona de la sierra y me dijo que los precios de los chalés entraban dentro de mi presupuesto, fue cuando se me ocurrió que podría mudarme a uno de ellos y tener así una vivienda más grande que la actual y en un lugar más tranquilo y más bonito.

—Ya— masculló incrédulamente el fiscal—. Así que, según dice, apenas se conocían ustedes dos.

Esbozó Diana un gesto vago.

—Ya le he dicho que dábamos clase en el mismo centro a alumnos de distinto curso. A veces nos encontrábamos por el pasillo y como es natural nos saludábamos, pero poco más.

—Pues no es eso lo que se constata en los mensajes que se enviaron a sus respectivos móviles ni por el testimonio de otras personas de su mismo centro escolar, que testificarán seguidamente. Según el testimonio de estas últimas, se les veía juntos a todas las horas en las que su trabajo se lo permitía y no solo por los pasillos como ha dicho. También en la cafetería y a la salida de su jornada laboral. La relación que mantenían era mucho más estrecha de lo que nos ha querido hacer creer y cuando llegó a sus oídos que la víctima simultaneaba la suya con la de otras mujeres fue a su casa a pedirle

cuentas. Discutieron, agarró usted uno de esos candelabros y le golpeó con él en la cabeza causándole la muerte. ¿No fue así?

Sostuvo Diana su mirada y levantó ligeramente la voz.

—Claro que no. Cuando entré yo en su casa, aunque la habitación estaba casi a oscuras, ya noté que se había mantenido allí una contienda. Estaban los muebles volcados, los cojines del sofá y los leños de la chimenea rodando por el suelo, pero así y todo no se me ocurrió que pudieran haberle matado. Era un hombre amable que se llevaba bien con todo el mundo, o eso creía yo.

—¿Y qué fue lo que hizo?

— Me arrodillé a su lado y cuando comprobé que no respiraba salí corriendo y llamé a la Guardia Civil para avisarles. De haber sido yo la que le hubiera matado habría salido huyendo y no hubiera presentado una denuncia.

Hizo el fiscal un teatral gesto de escepticismo levantando la mano en la que sostenía el bolígrafo.

—Eso es lo que pretende hacernos creer, ¿pero no es más cierto que, por el contrario, lo que hizo fue cargar con el cadáver, introducirlo en su automóvil y arrojarlo montaña abajo para que cayera al pantano y desapareciera de la vista de todos?

—¿Yo? — protestó ella con la expresión de sorpresa que había ensayado con Noelia en el despacho de esta—. ¿Me cree capaz de levantar en peso a un hombre que por lo menos pesaría setenta y cinco kilos y de empujar luego su automóvil hasta el borde del abismo y de arrojarlo ladera abajo con él dentro?

Calibró el con la mirada la fuerza física que cabía suponer que podría tener la acusada, cuya silueta era extremadamente esbelta, y no debió llegar a una conclusión satisfactoria para sus intereses, porque no insistió. Se limitó a decir:

—Así que afirma usted que no lo hizo.

—Claro que no. Su coche estaba delante de la casa cuando llegué y seguía estando en el mismo sitio cuando me monté en el mío y salí corriendo.

—Y tampoco fregó el suelo de la casa ni colocó los muebles en su lugar, ¿verdad? — insistió irónicamente.

—No, por supuesto que no. Llegué a “La cabaña” a las cinco treinta y debí marcharme como muy tarde a las cinco treinta y cinco. En cuanto me repuse lo suficiente del susto como para recuperar el uso de mis piernas.

—Ya— masculló sarcásticamente el fiscal—. Nos ha contado una historieta muy hábil, es una lástima que no se sostenga, como demostraremos.

Se había repanchingado en su asiento dando el interrogatorio por finalizado y el presidente del tribunal le dio la palabra a la

defensa, por lo que se aprestó ésta a recalcar que no había intimidad alguna entre Marcial y Diana y que el único motivo por el que había quedado su cliente con él era para que la ayudara a encontrar otro lugar en el que residir.

—Con la venia. Ha dicho usted que estaba buscando una casa nueva a la que mudarse— empezó diciéndole Noelia—. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo en el piso que ocupa actualmente cuando quedó con la víctima en su casa de la sierra?

—Pues… unos dos meses largos. Me había mudado allí temporalmente y ni tan siquiera había abierto muchas de las cajas en las que había guardado los libros, la vajilla los juegos de café y otras muchas cosas, porque, como he dicho, no pensaba permanecer en ese apartamento más tiempo del imprescindible.

—¿Y desechó ese proyecto después de la agresión de que fue objeto la victima?

—No, no. Lamenté lo que le había ocurrido, pero mi decisión estaba tomada y unos veinte días más tarde quedé con otro de los profesores que también tiene una casa en el pantano para que me enseñara los que sabía él que estaban a la venta.

—O sea, que lo que motivó la cita que concertaron la víctima y usted y días más tarde con ese otro compañero, fue la de que la ayudaran a encontrar un chalé que estuviera a su alcance para trasladarse a vivir en él, ¿no fue así?

—Sí— aprobó Diana.

—¿Y se peleó usted con la víctima el día de autos o discutió con ella por cualquier razón?

Meneó vigorosamente Diana la cabeza en sentido negativo.

—No, claro que no. Estaba muerto cuando llegué a su casa y le vi.

—Está bien, no hay más preguntas.

Empezó seguidamente el interrogatorio de los testigos del fiscal y el agente judicial llamó en primer lugar a Candela. No estaba obligada a declarar por ser la pareja de hecho de Marcial, pero se había ofrecido voluntariamente y después de prestar juramento ocupó la butaca destinada a los testigos.

El fiscal le pidió que dijera su nombre.

—Me llamo Candela Arribas González.

—¿Y qué parentesco le unía con la víctima?

—Llevábamos cinco años viviendo juntos, aunque no llegamos a casarnos, porque Marcial consideraba que era un trámite inútil.

—¿Lo opinaba usted también?

Se retiró ella su rubia melena de su anguloso rostro y pareció considerarlo arrugando la frente, pero terminó por asentir.

—Sí, nuestra relación difería mucho de la que se entiende

tradicionalmente por la de un matrimonio. Nos queríamos, pero ya acordamos en su día que duraría lo que decidiéramos que durara y que mientras tanto no nos exigiríamos nada el uno al otro.

Levantó el fiscal escépticamente una ceja. Debió pensar que lo que acababa de afirmar carecía de sentido, porque quiso que se lo puntualizara con mayor exactitud

—¿Quiere decir que no se exigían mutuamente fidelidad?

Asintió ella con una sonrisa.

—Efectivamente. Marcial hacía su vida y yo la mía, aunque en otros aspectos fuéramos una pareja como muchas otras.

Vaciló ahora el fiscal, que sí debía de ser un hombre tradicional y que por unos instantes se quedó descolocado antes de hacerle la siguiente pregunta:

—¿Le constaba entonces a usted que la víctima mantenía relaciones íntimas con otras mujeres?

La sonrisa no se borró del semblante de Candela al responderle afirmativamente, sino que por el contrario, se le ensanchó. Le pareció a Noelia que estaba disfrutando escandalizándole, aunque dudaba mucho de que fuera cierto lo que le estaba asegurando y que se tomara a gala las libertades que se tomaba la víctima con el sexo contrario.

—Sí, claro. Yo sabía que para Marcial era como un juego que no afectaba a sus sentimientos. Ninguna de ellas le importó nada. Las utilizaba porque satisfacían su ego y como distracción. Después de un corto tiempo las dejaba, aunque lo más frecuente era que las sustituyera por otras.

Intercambió el fiscal una disimulada mirada de estupefacción con los miembros del tribunal. Probablemente se habían considerado hombres de mundo los cuatro, que a lo largo de su vida profesional habían visto de todo y que no creían que nada ya pudiera sorprenderles, lo que sin duda esa mañana se replantearon. También Miriam y Noelia observaron a Candela sin pestañear, aunque esta última adivinó que era una estrategia del fiscal encaminada a demostrar que a Marcial le había matado la acusada por celos. Lo que también le pareció obvio fue que éste no esperaba que la testigo fuera capaz de reconocer con tanta frescura que hubieran sido una pareja que mantenían una relación tan abierta como la que acababa de exponer.

Le hubiera gustado a Noelia poder aclararle al tribunal que no era cierto lo que Candela aseguraba. Diana la había visto llorar y lamentarse de las infidelidades de él, pero cuando se le presentó la oportunidad procesal de ponerlo de manifiesto pensó que no merecía la pena insistir sobre ese tema ya que no afectaba demasiado a la línea de defensa que se había trazado.

En ese momento retomó el fiscal su interrogatorio y le preguntó a Candela:

—¿Conocía usted a la acusada?

Giró ella la cabeza hacia esta, la contempló durante unos segundos con la cabeza ladeada para acabar asintiendo.

—Sí, aunque por aquel entonces no personalmente. Vi en el móvil de Marcial que había quedado con ella en "La cabaña" aquel viernes, el de su muerte. Solía pasar él allí los fines de semana con sus chicas y aquel día se lo dejó encendido sobre la mesa de la sala de estar de nuestra casa mientras se duchaba para marcharse a la sierra. La citaba a las cinco y media de la tarde y le mandaba el plano del lugar en el que estaba enclavada la casa para que no se perdiera, aunque a mí me dijo que iba a visitar a unos amigos que tenían un chalé en la sierra de Guadarrama.

Le pareció a Noelia que esas palabras se quedaban flotando en el aire de la sala y en el silencio denso que le siguió. Quizás su duración no excediera de unos pocos segundos, pero notó que habían producido el impacto que buscaba la acusación y para comprobarlo giró la cabeza hacia el público, que en los bancos de madera situados en el fondo opuesto de la sala al del tribunal asistía al interrogatorio. En la primera fila de esos bancos distinguió a Saúl. No tenía, nada de extraño ya que le había advertido que estaría presente en la Vista. Lo que sí llamó su atención fue su expresión de estupefacción, de absoluta sorpresa. Acababa de enterarse al parecer de que la chica con la que creía estar a punto de reanudar su relación anterior había tenido por los mismos días, al menos en la versión que pretendía probar el fiscal, sus más y sus menos con otro. No debía ni tan siquiera haber pasado por su imaginación que Diana pudiera ser tan ligera de cascos como para mantener un romance con un hombre casado y lamentó de veras ver cómo, abochornado, agachaba la cabeza y la hundía entre los hombros.

Notó que también Diana se quedaba como en suspenso. Aunque lo tenía a su espalda y fuera de su vista, debió de intuir su presencia y lo que estaba sintiendo. Probablemente se estaba diciendo que aunque fuera un pelmazo, no se merecía haberlo sabido de esa forma ni en esos momentos, máxime porque estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella y se había ofrecido incluso a proporcionarle una coartada testificando en falso.

Pensó Noelia que el mundo no era justo ni existía lógica alguna en la atracción entre los sexos, pero relegó esas consideraciones para mejor ocasión para atender a lo que en ese instante le estaba preguntando el fiscal a Candela.

—Ha dicho usted que antes de que falleciera la víctima no conocía personalmente a la acusada, de lo que puede deducirse que sí

la conoció después. ¿Puede aclarárnoslo mejor?

Giró Candela a medias la cabeza para dirigirle una aviesa mirada a Diana, que se la sostuvo impasible, y repuso:

—Sí, fue una tarde en la que todavía no había recuperado la Guardia Civil el cuerpo de Marcial, aunque sí su coche. Fui a nuestra casa de la sierra a apagar la luz, que se había quedado inadvertidamente encendida, y al ver que salía humo por la chimenea de la casa de un vecino que es abogado, subí a pedirle consejo jurídico sobre unos problemas que tenía. La acusada estaba con él.

Volvió nuevamente Noelia la cabeza hacia el público y vio como Saúl se ponía en pie en el banco que ocupaba y salía arrastrando los pies de la sala.

Capítulo 29

Acababa de finalizar el interrogatorio del fiscal a Candela y el presidente del tribunal le concedió la palabra a la defensa. Como no había sido aquella testigo presencial ni podía aportar ningún dato fehaciente a los hechos, se limitó Noelia a intentar desmontar la tesis del fiscal, que pretendía probar la existencia de una relación sentimental entre Diana y Marcial para basar en esa circunstancia el motivo del crimen, que no era otro que el que ella le hubiera matado por celos.

Candela tenía en ese momento una expresión hosca, como si estuviera rememorando la tarde en la que encontró en casa de la sierra de Jaime a este con Diana y se la hubiera aguado la joven. Buscó por esa razón cuidadosamente las palabras. Miriam mantenía su brazo a unos centímetros del suyo, presta a impedir su imperioso deseo de llevarse un dedo al rizo que le caía sobre la frente, por lo que se sujetó esa mano con la otra y se dirigió a la testigo:

—Ha dicho usted que conoció a la acusada en la casa que don

Jaime Llorente tiene en la sierra, a mayor altura en la montaña que la de ustedes. ¿Le dijo ella a qué había ido allí?

Ciertamente no había sido Diana, sino Jaime, y no esa tarde, sino varios días después, pero no debía de recordarlo ella con exactitud, porque repuso:

—Sí, quería comprarse un chalé a orillas del pantano y le había pedido ayuda a él para encontrar uno que estuviera a la venta y dentro de sus posibilidades— repuso con cierta reticencia—. Al menos fue eso lo que me dijo.

—¿Y no la creyó usted?

—Sí, ¿por qué no había de creerla? Estaban los dos en la sala de estar tomando chocolate caliente junto a la chimenea encendida y no me pareció que tuvieran prisa por salir a corretear por las inmediaciones, porque hacía bastante frío.

—¿Era muy tarde ya?

—No, serían las cuatro de la tarde o quizás las cinco. El sol no había empezado a declinar, pero, como le he dicho, la temperatura era muy baja.

—No le parecería extraño entonces que trataran de entrar en calor antes de iniciar el recorrido que habían proyectado, ¿verdad?

—No, claro que no— repuso disimulando su contrariedad.

—¿Y no le dijo su marido aquel viernes que había quedado con una compañera de la facultad por el mismo motivo? ¿Para ayudarla a buscar el chalé que deseaba adquirir?

Torció Candela el gesto y meneó negativamente la cabeza.

—No, ni tan siquiera que fuera a pasar el fin el fin de semana a "La Cabaña" y que volvería el domingo por la noche. Ya he dicho que lo que me dijo fue que iba a visitar a unos amigos que tenían un chalé en Guadarrama, pero no le creí. Yo me quedé en nuestra casa descansando y fue esa misma tarde cuando me llamó la policía para comunicarme que se había recibido una denuncia de que habían agredido a Marcial en la cabaña y me presenté allí con ellos.

—No le consta entonces a usted que su marido y la acusada tuvieran otra relación que la de dos compañeros de trabajo que se echan una mano cuando uno se lo solicita al otro.

Vaciló ahora ella ostensiblemente.

—No estábamos casados Marcial y yo— replicó con acritud—. No era mi marido. Y no, no sabía nada de la acusada, ni siquiera que existía, hasta que la conocí aquella tarde en casa de Jaime Llorente, pero él no desperdiciaba ninguna ocasión cuando tenía cerca una chica joven, ya me entiende.

—Que él lo pretendiera no significa necesariamente que ella estuviera de acuerdo— matizó suavemente Noelia—. Y puede retirarse porque no tengo más preguntas que hacerle.

El agente judicial llamó seguidamente a Sara Lapuente, también como testigo de cargo, y entró la chica en la sala con la cabeza alta y muy segura de sí misma. Era una joven realmente bonita, con su esbelta y bien proporcionada figura, y su larga melena rubia que le caía hasta media espalda. Prestó juramento y tomó asiento después en la butaca que Candela había dejado libre.

Tras identificarse a instancias del fiscal, manifestó que era alumna de tercer curso de la facultad de derecho Fray Luis de León, que don Marcial de la Prada le había dado clase hasta su desaparición de la asignatura de Derechos Reales y que parecía mantener con la acusada una relación más estrecha que la de meros compañeros de trabajo.

—¿En qué se basa para hacer esa afirmación? — inquirió el fiscal.

En que desde que se inició el curso y llegó ella, se les veía juntos a todas horas. Les oí además quedar en verse esa tarde en la casa de él. Estábamos en el pasillo e íbamos a entrar ya en clase y ellos dos estaban bajo la ventana y un poco apartados. Me acerqué yo a hacerle a él una pregunta sobre el tema que iba a exponer esa mañana y escuché con toda claridad lo que don Marcial le decía. Le iba a enviar a su móvil un plano para que no se perdiera y localizara la casa de madera que tenía junto al pantano de San Juan.

—¿Y qué le contestó ella?

—Que se presentaría allí a eso de las cinco y media.

—¿Nada más?

—No, pero en otras ocasiones sí le oí a él decirle cosas que manifestaban cierta intimidad entre ellos. Aunque no solo a la acusada — añadió tras unos segundos de vacilación—. Don Marcial era… extremadamente afectuoso con las mujeres.

—¿Diría usted que más de lo normal?

—Sí, por supuesto que sí— replicó con un rencor mal disimulado.

—¿Diría usted que con su galantería pudo hacerle concebir a la acusada falsas ilusiones sobre el futuro de los dos?

Volvió la chica la mirada hacia Diana y clavó en ella sus ojos, fríos como el hielo.

—Estoy segura de que sí. No había más que fijarse en cómo acogía ella su presencia y sus piropos. Trataban de fingir que no eran más que dos compañeros, pero a la legua se notaba que solo trataban de cubrir las apariencias.

Dio el fiscal por finalizado su interrogatorio y el presidente del tribunal le concedió la palabra a la defensa. Estuvo tentada Noelia de renunciar a ese derecho porque le pareció arriesgado que Sara siguiera incidiendo sobre un asunto que no favorecía a su cliente, pero cuando

sus miradas se cruzaron y vio en sus ojos azules el resentimiento que le inspiraba Diana, sintió que se le reavivaba el deseo de pasar al contraataque y se inclinó sobre la mesa para dirigirse a la testigo.

—Ha dicho usted que era alumna de don Marcial de la Prada y que este daba clase a los estudiantes de tercer curso. ¿Había sido también alumna suya en los dos cursos anteriores?

Negó ella con la cabeza agitando en exceso y con coquetería su rubia melena.

—No, él solo enseñaba Derechos Reales, que es una asignatura de tercero.

—¿Y no mantuvo con él durante esos dos años anteriores ningún tipo de relación?

Vaciló ostensiblemente Sara. Abrió la boca, la volvió a cerrar y terminó por encogerse de hombros.

—Bueno… sí. Me lo encontraba a veces por los pasillos y nos saludábamos.

—Y también se lo encontraba en la cafetería y desayunaban juntos, ¿verdad? Y también se veían en ocasiones en la casa que él tenía en la sierra, junto al pantano de San Juan, ya que sus padres tienen un chalé en el que veranean, ¿no es cierto?

—Sí, bueno, sí— reconoció a regañadientes.

—¿Me equivoco al afirmar que existía entre ustedes una amistad que excedía de la de un profesor con una alumna?

—Protesto— manifestó el fiscal levantando la voz—. La relación que pudiera mantener la víctima con la testigo es irrelevante en el caso que aquí se enjuicia.

—Solo trato de acreditar que la actitud de la víctima con mi defendida era la misma que la que mantenía él con muchas de sus alumnas— alegó Noelia.

El presidente desestimó la protesta y Sara repuso que efectivamente coincidían a menudo en la facultad y también a veces en la sierra y Noelia insistió, aun a riesgo de que el tribunal le llamara la atención.

—¿Diría usted que desde que se inició el curso y llegó la acusada al centro docente Fray Luis de León se enfrió la relación entre la víctima y usted?

Los ojos claros de la testigo relampaguearon indignados.

—El profesor de la Prada se dejaba llevar fácilmente por lo que para él constituía una novedad. No es de extrañar por tanto que la acusada creyera que iba en serio con ella y reaccionara cómo reaccionó.

—Podría aclararnos lo que acaba de decir— le pidió Noelia en un tono que no dejaba traslucir nada—. ¿Ha querido insinuar que en los últimos días también se había enfriado la amistad de la víctima

con mi defendida?

—No, en absoluto, todo lo contrario.

—¿Qué ha querido decir entonces cuando ha afirmado que no es extraño que mi defendida reaccionará cómo reaccionó?

Se mordió los labios Sara, y no debió encontrar una respuesta plausible, porque se encogió de hombros.

—Nada, no he querido decir nada.

—Está bien, no hay más preguntas.

Se levantó la chica de la butaca y fue a sentarse taconeando en uno de los bancos del público. Noelia la siguió fastidiada con los ojos. No había obtenido con su interrogatorio lo que pretendía y se lo susurró a Miriam al oído.

—He estado fatal, ¿verdad? Me hubiera ido mejor si hubiera renunciado a preguntarle.

—Bueno, no siempre se acierta, pero puedes resarcirte con el siguiente— la animó su amiga y compañera de despacho.

El agente judicial llamaba ya al siguiente testigo del fiscal y volvieron ambas la cabeza hacia la puerta de la sala por donde esperaban verle aparecer y por donde entró seguidamente un chico joven que llevaba un uniforme de Guardia Civil y que prestó juramento. A preguntas del fiscal manifestó que el día de autos recibieron una denuncia anónima de una mujer que parecía estar muy nerviosa en la que manifestaba que habían asesinado a don Marcial de la Prada en su residencia de la sierra, conocida como “La cabaña” y que les reenvió con su móvil un plano con su localización, por lo que un compañero y él habían acudido inmediatamente al lugar de los hechos

—¿Cuánto tiempo tardaron ustedes en llegar a esa cabaña? — inquirió el fiscal.

—Pues… aproximadamente media hora.

—¿Y qué encontraron en la casa?

—Nada. La puerta estaba cerrada con llave, pero como se trataba de un delito flagrante y no necesitábamos consiguientemente ser autorizados por un juez para entrar, forzamos la cerradura y pasamos a una sala de estar, que estaba vacía y en perfecto orden. Era en esa habitación donde la denunciante había manifestado que había encontrado ella el cadáver.

—¿No vieron un charco de sangre en el suelo, entre los dos sofás?

—No señor. No había ningún cadáver, ni sangre en el suelo.

—¿Ni tampoco que tuviera el aspecto esa habitación de que se hubiera librado allí una batalla?

—No señor. Al contrario. La sensación que nos produjo fue que no había estado nadie en la casa esa tarde. Los postigos de madera de

las ventanas estaban cerrados y la chimenea apagada. Puedo añadir que hacía allí dentro un frío muy considerable.

—¿Y el automóvil de la víctima? ¿Estaba estacionado delante de la casa?

—No señor. No había ningún coche delante ni por las inmediaciones.

—¿Y qué hicieron entonces?

—Inspeccionar la vivienda, pero no hallamos nada de interés. A los pocos minutos se presentó la esposa de la víctima, a la que habíamos avisado y que estaba muy preocupada, y subimos con ella a buscar a un vecino, cuyo chalé se halla a mayor altura en la montaña y desde la que se ve esa cabaña y lo que sucede en ella. Nos dijo que la víctima había recibido esa tarde a una chica que conducía un coche azul y que se había marchado enseguida. Bajó luego con nosotros a la casa de madera y le dio ánimos a la esposa, que, como he dicho, estaba angustiada.

—¿Y no vio ese vecino llegar a ningún otro coche esa tarde?

—Nos aseguró que no, que la joven del coche azul fue la única persona que recibió la víctima.

—¿Y con lo que nos ha referido dieron por finalizado el atestado?

Meneó el joven negativamente la cabeza.

—No señor, cuando días más tarde tuvimos conocimiento de la desaparición de la víctima, realizamos nuevamente una inspección en esa cabaña y detectamos con luminol rastros de sangre entre los dos sofás, en el lugar en el que la denunciante había dicho que había encontrado el cadáver.

Dio el fiscal por finalizado su interrogatorio y el presidente del tribunal le dio la palabra a la defensa, por lo que buscó Noelia cuidadosamente las palabras que debía pronunciar.

—Obra en las actuaciones que esa joven del coche azul es mi defendida— le dijo—, que la denuncia la hizo desde su móvil, que se lo requisaron ustedes, y que han sido aportados como prueba tanto ese móvil como el de la víctima. Supongo que por el GPS de la acusada han podido después geolocalizar los movimientos que realizó aquella tarde.

Asintió el agente como si la respuesta fuese obvia.

—Sí, claro, por supuesto que sí.

—¿Y saben qué fue lo que hizo?

—Por supuesto. Llegó esa tarde a la cabaña a las cinco y treinta conduciendo su automóvil y no permaneció dentro de la casa más de un par de minutos porque seguidamente puso en marcha nuevamente su coche y enfiló el camino de regreso. A las cinco treinta y cinco lo detuvo y cursó la denuncia que recibimos, desde ese camino. Se desvía

de la autopista y sube hasta la casa de madera y sigue hasta la del vecino. Es el único que lleva hasta esos chalés.

—¿Y qué hizo después la acusada?

—Tomó la carretera de regreso a Madrid y se fue directamente a su casa, sita en la calle Santa Engracia, de donde no volvió a salir hasta el lunes siguiente.

Se retrepó Noelia en su asiento con un inaudible suspiro de satisfacción y una alentadora patadita de Miriam.

—¿Ha dicho usted que no estuvo dentro de la casa más de un par de minutos?

—Sí, señora. Exactamente ciento veintitrés segundos.

—¿Y cree usted posible que en ese corto espacio de tiempo hubiera podido la acusada desembarazarse del cuerpo de la víctima y borrar las huellas del crimen?

—Protesto— arguyó el fiscal—. La defensa está pidiéndole su opinión al testigo. No ha quedado acreditado además que esa habitación estuviera en desorden.

El presidente del tribunal admitió la protesta, por lo que, tras recibir una alentadora patadita de Miriam, solicitó Noelia efectuar la pregunta de otra forma.

—Está bien— aprobó el presidente.

Se acodó Noelia sobre la mesa y se inclinó hacia el joven.

—Ha dicho usted que mediante luminol detectaron huellas de sangre entre los dos sofás de la sala de estar de la casita de la víctima cuando retomaron la investigación.

—Sí señora, sí. En el lugar exacto en el que la acusada denunció que había encontrado a la víctima.

—Y que sin embargo el día de autos el suelo, que es de terrazo, estaba aparentemente limpio e incluso recién fregado.

—Efectivamente.

—Es obvio, por consiguiente, que alguien lo hizo y que no pudo ser mi defendida. Que tuvo que ser otra persona que dispuso de un lapso de tiempo superior.

—Protesto— alegó nuevamente el fiscal— la pregunta de la defensa es sugestiva.

El presidente la admitió también, pero Noelia se retrepó satisfecha en el respaldo de su asiento.

—Está bien, no hay más preguntas

Había terminado el turno de los testigos del fiscal y comenzado el de la defensa. Solamente había aportado Noelia uno a la lista que iba unida a su escrito de calificación provisional y el agente judicial llamó a Jaime Llorente, que entró en la sala con paso rápido y decidido. Parecía sentirse cómodo cuando prestó juramento y tomó asiento en la butaca que le estaba destinada. Después giró la cabeza

hacia la letrada de la defensa sin el menor asomo de nerviosismo y ella le preguntó:

—¿Puede decirnos lo que vio desde su casa de la sierra la tarde del día diecisiete de noviembre último?

Asintió él, volviéndose hacia el tribunal para explicarlo.

—Mi casa está en lo alto de la montaña y desde mi terraza se ve perfectamente la de don Marcial de la Prada que cae a media ladera. Como era viernes fui a pasar el fin de semana a la sierra y cuando llegué, a eso de las cuatro y media de la tarde, ya estaba el automóvil de mi vecino estacionado delante de su cabaña. Tenía un Ferrari rojo descapotable muy llamativo, pero él debía de estar ya dentro de la vivienda, porque no le vi.

—¿No había ningún otro coche por las cercanías?

—No.

—¿Y qué pasó después?

—Me había llevado trabajo y me salí a la terraza. Tengo una mesa de hierro forjado allí, así que coloqué sobre ella mi ordenador portátil y empecé a escribir la demanda de un cliente. Una hora más tarde apareció por el camino un Renault Clío de color azul, su conductor lo estacionó junto al deportivo delante de la cabaña y de él bajó una joven que entró en la casa de Marcial y salió inmediatamente después. Se montó nuevamente en su coche y se marchó.

—¿Y no regresó después?

—No.

—¿Está seguro?

—Sí, completamente.

—¿Puede decirnos si se encuentra en esta sala la conductora de ese coche azul?

Se volvió él a medias antes de contestarle y clavó su mirada en Diana.

—Sí, es la acusada.

—¿Y qué hizo ella cuando salió de “La cabaña”?

—Ya he dicho que tomó el camino que lleva a la autovía. Vi que se detenía un instante en la cuneta, un par de minutos tan solo. Luego se incorporó a los automóviles que circulaban por la carretera y no regreso.

—Y cuando esa joven se marchó, ¿dónde estaba el deportivo rojo del dueño de la cabaña?

—En el mismo sitio. No lo había movido nadie. Seguía estando al pie de los escalones por los que se sube a la veranda de la casa. Yo seguí escribiendo, pero al oír un estrépito dentro de mi casa entré a comprobar qué había sucedido. Tengo un perro enorme, un mastín, y había tirado al suelo una botella de vino que había dejado sobre la mesa de la sala de estar. No se había roto, por la que la llevé a la

cocina y la metí en la nevera.

—¿Y luego volvió a salir a la terraza?

—Sí, unos cinco minutos más tarde.

—¿Y que vio usted?

—Que ya no estaba el deportivo de Marcial delante de su casa, por lo que pensé que se había marchado a Madrid, dado que la chica del coche azul no se había quedado con él.

—¿Vio usted a alguien antes o después de que pudieran haberlo arrojado por el precipicio?

—No, tuvieron que hacerlo durante el lapso de los cinco minutos, más o menos, que fui con la botella a la cocina. Y tampoco oí el motor de un automóvil aproximándose a la casa de la víctima. Al cabo de una media hora se presentó un coche de la Guardia Civil, que subió luego a mi casa a preguntarme si había visto algo. Después llegó Candela Arribas, a la que habían llamado los agentes.

—¿Y cómo interpreta usted los hechos que acaba de referir?

El fiscal protestó en el acto alegando que la defensa estaba pidiendo su opinión al testigo y el tribunal la admitió, por lo que Noelia solicitó hacer la pregunta de otra manera.

—Veamos. Ha dicho usted que cuando llegó a su casa de la sierra ya estaba el coche de su vecino delante de la suya, pero que no vio ningún otro, exceptuando el de la acusada, que se presentó una hora más tarde.

—Sí.

—¿Podía estar la víctima en su casa con alguna persona a la que hubiera recibido y que hubiera llegado a pie hasta allí?

Volvió a protestar el fiscal, alegando que la pregunta era sugestiva, pero el presidente la inadmitió y le pidió al testigo que la contestara, lo que hizo este:

—Sí, por supuesto que sí. Mi casa es la que está más próxima a la suya, pero hay otras muchas a una relativa distancia, que se puede recorrer andando.

—Bien, ha declarado el agente de la Guardia Civil que ha testificado anteriormente que tienen constancia por el GPS del móvil de la acusada que cuando esta se marchó seguía estacionado el deportivo de la víctima en el mismo lugar y que ella no regresó. Tuvo que ser por consiguiente otra persona la que cargara con el cuerpo de don Marcial de la Prada, lo introdujera en su automóvil y arrojara este por la ladera hasta que cayó al pantano — afirmó Noelia, llevándose un dedo a su rizo predilecto y recibiendo a continuación un manotazo de Miriam.

El fiscal protestó en el acto.

—La defensa está llegando a conclusiones gratuitas que no han sido probadas.

El presidente inadmitió la protesta y Noelia le recordó que su defendida había oído que había alguien más en la casa, que se había escondido cuando ella entró.

El presidente la concedió la palabra al fiscal, que trató de que Jaime reconociese que únicamente Diana había visitado a la víctima aquella tarde, pero él no se avino a admitirlo. Remachó que no había permanecido ininterrumpidamente en el terraza de su casa y que en los lapsos de tiempo en los que había estado en la cocina de su casa y en la sala de estar encendiendo la chimenea podían haber llegado a la casita de la víctima, sin que él se hubiera enterado, otras personas, tanto en automóvil como andando.

Se celebró seguidamente la prueba pericial y el agente judicial llamó al médico forense que le había practicado la autopsia a Marcial. Se ratificó este en el dictamen que obraba en el sumario, de acuerdo con el cual había muerto la víctima en el acto a consecuencia de un golpe que había recibido en la cabeza, que le había producido una lesión craneoencefálica. Puntualizó luego una serie de precisiones técnicas sobre la brecha que el cadáver presentaba en la cabeza y el candelabro que había aparecido en el coche, en el que la policía había detectado sangre, pese a que había sido fregado concienzudamente, de lo que podía deducirse sin error posible que constituía este el arma homicida.

Faltaba el trámite de conclusiones y cuando el presidente del tribunal le dio la palabra al fiscal modificó este las provisionales que había formulado en su escrito de calificación e introdujo en los hechos la posible existencia de un cómplice de la acusada que hubiera borrado las pruebas del delito después de que se hubiera marchado esta. Era tan absurda esa posibilidad, que Noelia, disfrutó poniéndolo de manifiesto y elevó las suyas a definitivas afirmando la inocencia de su defendida y solicitando para ella la libre absolución.

Por esa vez, Miriam la dejó que se enrollara un rizo en el dedo y cuando finalizó su alegación le susurró al oído:

—Has estado colosal.

Capítulo 30

No vio Noelia a Saúl cuando salieron de la sala. El presidente del tribunal había declarado el caso visto para sentencia unos instantes antes y con un rumor sordo se había levantado el público de sus bancos para salir al pasillo, donde se fue disgregando Ellas tres lograron un aparte retirándose hacia el fondo del corredor, mientras el público se dirigía hacia el ascensor, en el extremo contrario de aquel. Diana abrazó a Noelia con los ojos llenos de lágrimas. Miriam las abrazó a las dos y después Diana abrazó a Jaime cuando se les acercó, sonriente y evidentemente satisfecho.

—Te lo agradeceré toda la vida– le dijo llorosa—. Si me absuelven, será gracias a tí.

—Espero que sí, que lo valores en lo que se merece y que me lo agradezcas todas las mañanas— replicó él guasonamente—. No he dicho más que la verdad al responderle al fiscal y a Noelia.

—Pero tu testimonio ha sido determinante— le alabó Miriam—. El tuyo y el del agente de la Guardia Civil, que detectó todos los movimientos que realizó Diana aquella tarde por el GPS de su móvil. No sabía que pudiera yo estar tan fichada por llevar uno en el bolso. De ahora en adelante lo apagaré cuando me encuentre en una situación comprometida— terminó de decir riéndose.

Mientras los demás seguían comentando el juicio, buscó Noelia con los ojos a Saúl. Había esperado encontrarle a la salida y que, pese a la conmoción que había experimentado al enterarse de las andanzas de Diana con la víctima desde que se habían separado, querría hablar con ella y desearle lo mejor. Había dado por hecho que, pese a todo, haría lo posible por olvidar lo que conceptuaría como un desliz y que le propondría una vez más que se dieran una nueva oportunidad. Probablemente le dedicaría antes un larguísimo sermón sobre la moralidad y la fidelidad que se debe una pareja, aunque, como en su caso, esa pareja se hubiera roto con anterioridad y ese discursito estuviera fuera de lugar, pero no cabía duda de que se había equivocado ella. Quedaba tan solo en el pasillo un reducido grupo de desconocidos entre los que no se encontraba él, lo que comprobó no sin cierta extrañeza.

Aunque quizás hubiera sido una suerte que se hubiera marchado antes de que finalizara la Vista, pensó, porque no le pareció que Diana le echara de menos, sino al contrario. Se había retirado unos pasos con Jaime y hablaban los dos en voz muy baja, pero como si estuvieran solos en aquel pasillo tan concurrido. Saúl hubiera sido un tercero en discordia de haberla esperado a la salida y aún conservaba Noelia en su retina su expresión de estupefacción, la

decepción sin límites que traslucía dentro de la sala al enterarse de que Diana se había citado con la víctima, con la intención probablemente de pasar con él el fin de semana. Se dijo que, aunque aburrido y sin imaginación, debía ser él una buena persona. El tipo de hombre que no llega a conocer nunca a su mujer, pero pese a ello le disculpó, porque pensó que no tenía la culpa de ser así.

Candela se les acercó también, después de abrirse paso a empujones entre la gente y aparentó interesarse por el estado de ánimo de Diana, aunque de inmediato trató de acaparar a Jaime, de lo que también se dio cuenta Noelia.

Salía en ese instante de la sala el joven agente que había testificado como testigo del fiscal. Se había sentado al término de su declaración entre el público y se dirigió ella a su encuentro para felicitarle por el concienzudo análisis que habían hecho del móvil de Diana, a lo que él le dio las gracias con una sonrisa.

—No he sido yo, sino los agentes de la científica— le dijo—. Yo me presenté en esa casa de madera con mi compañero en cuanto nos enteramos de la denuncia que había efectuado la acusada, porque tenemos encomendada la vigilancia de los chalés que están en esa margen del pantano. Opino lo que ha alegado usted, que es, imposible que en los ciento veintitrés segundos que estuvo dentro de la casa tuviera tiempo la acusada de borrar todo vestigio de lo que había sucedido allí y de deshacerse además del coche de la víctima con él dentro. Me alegro por ella y por usted.

—Y yo le repito las gracias por la ayuda que nos ha supuesto su testimonio.

Ufano, volvió a sonreírle él.

—Me llamo Jacobo Giner. Si puedo ayudarle en algo, no dude en llamarme al puesto.

Le dio el número de teléfono de este y cuando ella lo apuntó se marchó por el pasillo en unión de las personas que habían asistido a la Vista y volvió ella a unirse al grupo del que había salido y en el que Candela trataba de retener a sus componentes.

— No, no os vayáis todavía— les decía—. No me habéis dicho qué impresión habéis sacado y cuál es vuestro vaticinio sobre la sentencia que dictará el tribunal. Tenéis que tener en cuenta que yo no he visto cómo se ha desarrollado el juicio ni lo que ha declarado el agente de la Guardia Civil en base al análisis que habrá realizado el departamento correspondiente sobre el móvil de Diana. ¿Por qué no vamos a tomar algo y lo comentamos?

Notó ella la escasa aceptación con la que fue acogida su propuesta. Diana había torcido el gesto, lo mismo que Jaime y Miriam se apresuró a buscar una excusa.

—Tenemos que volver al despacho, donde la secretaria y otro

compañero nuestro nos estarán esperando para comer— le dijo a Candela—. Pero te daré antes mi opinión. Creo que ha salido todo inmejorablemente bien y que a Diana la absolverán. Ese agente ha descrito con todo lujo de detalles los movimientos que realizó ella aquella tarde y ha puntualizado que solo estuvo dentro de la cabaña un par de minutos. Que luego cogió su coche y se marchó a su casa y Jaime ha declarado que el deportivo de Marcial seguía estacionado en el mismo lugar cuando ella se marchó.

—O sea, que tuvo que ser otra persona la que lo arrojó al pantano— le explicó Jaime —. Los dos agentes de la Guardia Civil se presentaron una media hora más tarde y durante ese lapso de tiempo la persona que le mató se deshizo del cadáver, fregó el suelo de la sala de estar, la puso en orden, y se marchó sin que nadie le viera. No deja de ser curioso.

—La única persona que podía haber visto a esa persona eres tú — apuntó Noelia incisivamente—. ¿Qué hiciste cuando se marchó el coche azul?

Se acarició él el cogote con los ojos entrecerrados, esforzándose por hacer memoria.

—Pues… creo que estuve jugando en la terraza con Titán, con mi perro.

—¿Y no se te ocurrió mirar hacia abajo? — protestó Candela.

Meneó él negativamente la cabeza.

—No, no podía imaginarme…

Le pareció a Noelia que se sentía incómodo con el sesgo que tomaba la conversación, porque trató de desviarla y se volvió hacia ella para insistir en pedirle su opinión sobre cuál podría ser el veredicto más previsible del tribunal, pero no quiso crearles falsas expectativas a los presentes y respondió precavidamente:

—Creo que deberían absolverla, porque no hay pruebas concluyentes contra ella y las pocas indiciarias que hay no acreditan que fuera la autora de la muerte de Marcial, pero no debemos cantar victoria antes de tiempo. Esperemos que en una semana o en dos como máximo, se dicte sentencia y si coincide su pronunciamiento con el que deseamos, entonces sí que iremos a celebrarlo.

—Pero…— empezó a decir Candela.

Debía estar deseando Jaime quitársela de encima, porque le dijo a Diana:

—He venido en coche y tengo que ir a la facultad, pero os puedo dejar a alguna por el camino.

Le pareció obvio a Noelia que a esas horas no tenía intención de dirigirse al centro escolar al que había aludido y que lo que pretendía era librarse de Candela, pero no efectuó el menor comentario y se despidió de los demás diciéndoles que Miriam y ella

iban a tomar un taxi. Lo encontraron en la esquina de la calle y durante el recorrido que efectuaron hasta su despacho le preguntó Miriam:

—¿Has visto a Saúl entre el público?

—Sí.

—¿Y te has dado cuenta de la cara que ha puesto cuando se ha enterado de que Diana había tenido sus más y sus menos con la víctima?

—Sí, sí me la he dado.

Filosóficamente se encogió Miriam de hombros.

—A mí me ha dado una pena horrible el pobre hombre. Lo siento de veras, pero puede que haya sido mejor así. Diana no estaba dispuesta a volver con él y él no se enteraba o al menos no quería saberlo, porque salta a la vista que esa chica está tonta perdida por Jaime y que él le corresponde, ¿no lo crees tú?

Miriam era una casamentera, pero Noelia no tenía tan claro que él sintiera lo mismo por la aludida, por lo que hizo un gesto vago.

—No lo sé. No he acabado de forjarme una opinión clara sobre ese hombre.

—¿Por qué no?

—Te repito que no lo sé. Solo le he visto en el despacho y durante unos pocos minutos en los que ha manifestado estar muy inquieto por la suerte que pudiera correr ella. En mi opinión, el tribunal la declarará inocente por falta de pruebas, pero seguiremos sin saber quién fue la persona que mató a Marcial. La policía continuará investigándolo y… puede que sea uno de esos crímenes en los que la identidad del culpable no se averigüe nunca— Frunció pensativamente los labios y añadió—: No dejo de darle vueltas a que la casa de Jaime es la que está más cerca.

Iban las dos sentadas en el asiento posterior del taxi y Miriam giró sorprendida la cabeza hacia ella.

—¿Qué quieres decir? ¿No estarás pensando que fue Jaime el que se cargó a Marcial? ¿Imaginas que tenían alguna cuenta pendiente los dos y que esa tarde bajó andando la cuesta, se la reclamó, se pelearon, cogió el candelabro y se lo estampó en la cabeza?

Hizo Noelia un gesto dubitativo.

—No tengo la menor idea, pero no me negarás que si condenaran a Diana quedaría él libre de toda sospecha.

—¡Bah! — refunfuñó Miriam—. Tienes una mente absolutamente retorcida. ¿Por qué habría de haberle matado él? Por Candela, desde luego no. Es por lo menos diez años mayor que él y carece de todo atractivo. Aunque a mí también me ha dado la impresión de que esa señora le persigue, ¿pero qué sacaría él si se dejara querer?

Apoyó la cabeza Noelia en el respaldo del taxi con una sonrisa escéptica.

—No me hagas caso, porque no lo sé. No soy adivina y además el ser humano es muy complejo. Para algunos, para muchos— se corrigió— el dinero es lo más importante y Candela es la beneficiaria de un seguro de vida de Marcial bastante cuantioso, que se está ocupando Jaime de que se lo hagan efectivo.

Se echó a reír Miriam con ganas.

—¿Y qué piensas? ¿Qué entre los dos se han cargado a Marcial? Heredará el dinero ella, pero él no sacará otra cosa que el cobro de su minuta por los servicios prestados. ¿O es que crees que tiene intención Jaime de casarse con Candela y mandarla al otro mundo en la noche de bodas para así heredarla? Te repito que se le nota a la legua que la que le gusta es Diana. ¿De verdad no lo has notado?

Reconoció Noelia que la otra tenía razón.

—Claro que lo he notado, pero ya te he dicho que no he llegado a calarle a fondo y puede que a pesar de todo opte por el dinero de Candela. Mientras que la policía no descubra quien es la persona que asesinó a Marcial, no me quedaré tranquila. Me dio Diana una insignia, que puede pertenecer a una asociación, a una peña futbolística, a un centro escolar, a un gimnasio o a otras muchas agrupaciones, que podría haber perdido la persona que llegó a la cabaña antes que Diana y que mató a Marcial, pero no he conseguido averiguar su procedencia.

—¿Y por qué crees que podía llevarla el que le mató?

—Porque no es un distintivo de la facultad Fray Luis de León ni del gimnasio donde trabaja Candela, o sea que no era de los dueños de la casa, y lo encontró Diana enganchado en la toalla del cuarto de baño, por lo que me parece plausible que pudiera habérsele caído de la solapa a esa persona que se le adelantó a ella.

—¿Por qué? — repitió Miriam sin comprender.

—Porque sí, porque es obvio. ¿Qué harías tú si hubieras matado a Marcial en su casa con un candelabro y quisieras borrar tus huellas de ese chisme?

—Limpiarlas.

—Sí, claro, ¿pero con qué? La habitación más próxima a la sala de estar es el cuarto de baño, de modo que, teniendo en cuenta que al que lo hizo no le sobraba el tiempo, lo más práctico sería frotar el candelabro con el papel del inodoro o con su propio pañuelo de papel.

—Sí, ¿y qué?

—Que tendrías que limpiar también la sangre del suelo y lavarte después las manos. ¿O no?

—Sí, bueno, supongo que sí, aunque yo probablemente saldría a escape de la casa y, si había ido andando, no pararía hasta llegar a

la mía.

—También es una posibilidad— admitió Noelia— por eso pienso que la persona que le mató no pudo llegar muy lejos antes de que se presentaran los agentes. ¿Cuánto crees que pudo tardar en arrojar el coche montaña abajo con Marcial dentro, fregar el suelo y colocar los muebles de la sala de estar en su sitio? Por lo menos media hora, ¿no? Es el tiempo que transcurrió hasta que llegó el coche de la Guardia Civil y encontró la casa limpia y en orden.

—¿Por eso piensas que fue Jaime? — le preguntó Miriam preocupada.

—No sé si fue él, pero es el que en principio tuvo más posibilidades.

—Pero en ese caso deberíamos advertir a Diana. El que ha matado una vez tiene menos prejuicios que los demás en repetir su hazaña.

Reflexionó Noelia con los ojos entrecerrados.

—Lo haría, si estuviera segura, pero no lo estoy.

Capítulo 31

Recibió Noelia la sentencia un viernes, diez días más tarde. Se la envió por e-mail el procurador al ordenador de Flor y ésta la imprimió y con los papeles en alto, enarbolándolos como una bandera, entró sin llamar en el despacho de su jefe.

—Mira lo que te traigo, chica— le anunció triunfalmente desde el umbral—. Aunque seas una agorera y en la víspera del juicio nos metas a todos el corazón en un puño, a veces, yo diría que casi siempre, ganas el juicio. Así que, enhorabuena.

Se lo decía guasonamente y sin moverse de la puerta, por lo que Noelia se levantó de un salto de la butaca, echó a correr hacia ella, y le arrebató los papeles. Le echó una rápida mirada al pronunciamiento judicial y luego, más tranquilizada, regresó a su sillón y leyó la sentencia detenidamente para acabar arrellanándose en su asiento y apoyar la cabeza en el respaldo con un hondo suspiro de satisfacción.

—Menos mal— musitó.

—¿Pero es que lo dudabas? — se extrañó la secretaria— Aunque seas un cenizo en grado superlativo, me dijiste que había salido todo inmejorablemente bien. Bueno— se corrigió— lo de inmejorablemente fue Miriam la que me lo dijo. Tú te limitaste a

admitir que tu testigo no se había salido del guión que pergeñaste y que el agente de la Guardia Civil había estado muy a punto. Lo que tienes que hacer ahora es llamar a tu cliente y darle la buena noticia.

Se lo decía en el tono maternal que solía adoptar con ella y con Miriam en esas ocasiones y Noelia se lo agradeció con una sonrisa. Se marchó silenciosamente la secretaria cerrando la puerta del despacho a su espalda y ella, suponiendo que estaría Diana dando clase, cogió su móvil y le envió un mensaje comunicándole la buena noticia.

Efectivamente estaba ésta en ese instante preguntándole a un alumno que estaba sentado en un banco de la última fila del aula qué atribuciones le confería la patria potestad a los padres sobre los hijos. El chico se había puesto en pie. Rojo como un pimiento y con cara de susto debía de esperar que le llegara la inspiración que le faltaba. Resultaba obvio que no acababa de recibirla y terminó por arriesgarse a tartamudear unas incoherencias que poco tenían que ver con la cuestión, pero en ese momento oyó ella el tintineo de su móvil que indicaba que acababa de recibir un mensaje por lo que le echó una disimulada ojeada al aparato. Lo tenía sobre su mesa y pudo leer con facilidad las dos palabras que podían verse nítidamente en la pantalla:

—Absuelta. Enhorabuena.

En un primer momento estuvo a punto de dar un par de brincos y hasta se olvidó de donde estaba, pero cuando regresó al presente y enfocó de nuevo con los ojos a aquel pobre muchacho que estaba pasando un rato infame, parpadeó perpleja y se preguntó qué podría pasarle para tener aquella expresión. Aún aturdida, no insistió y le dijo que podía sentarse. Lo hizo ella a su vez para releer el mensaje y asegurarse de que no se había equivocado y que lo había entendido bien.

Notó el desconcierto de los empollones de la primera fila de bancos, extrañados de que hubiera acogido con tanta benevolencia el tartamudeo de su compañero que no había dado una en el clavo, pero se sentía tan feliz, tan liberada, que le comunicó a sus alumnos que esa mañana no les haría más preguntas, lo que la mayoría agradeció.

Le reenvió el mensaje al móvil de Jaime, que también estaba en clase en ese momento. Desde el día en el que se había celebrado el juicio habían aprovechado todos los minutos que les quedaban libres en la facultad para verse, e incluso habían salido a cenar el único fin de semana existente desde entonces, lo que Diana había valorado porque implicaba que había tenido que renunciar él a pasarlo en la sierra, que, como sabía, era lo que más le gustaba. Le había animado mucho el apoyo que le prestaba y el interés que leía en sus ojos. Y le emocionó también que apenas unos segundos después de haberle enviado la noticia, recibiera su felicitación.

—Enhorabuena. Tenemos que celebrarlo por todo lo alto.

Pero no le encontró cuando al finalizar su clase salió al pasillo. Sus alumnos abandonaban atropelladamente su aula, pero Jaime no estaba dentro. Vio en cambio a Flora que venía a su encuentro por el corredor y que sin duda había notado la asiduidad con la que ellos dos procuraban aprovechar cualquier circunstancia para estar juntos, porque le dijo, no sin cierto retintín:

—Está en el despacho del decano. No sé si sabes que tiene intención de renunciar a seguir dando clases aquí. Ha ido a decirle que continuará no obstante hasta que le encuentren un sustituto.

No tenía Diana la menor noticia y parpadeó extrañada.

—¿Qué se marcha? ¿Y por qué se marcha?

—Porque no puede atender debidamente los asuntos de su despacho, que es lo que le importa. Aceptó suplir a Marcial porque creyó que sería una cosa temporal, pero ya no hay razón para que siga cubriendo su ausencia.

—Pues no me ha dicho nada— se quejó ella.

—No, claro que no. Bastante tienes tú encima como para tener que escuchar los problemas de los demás.

Al oírla y ser consciente de que ya no los tenía, volvió a experimentar la misma placentera sensación que le había producido el mensaje de Noelia y respiró hondo. Era extraño no sentir ya aquel espantoso peso sobre su cabeza que la había acompañado durante los últimos meses y le comunicó la noticia a Flora, que la abrazó y que le propuso que fueran a la cafetería a celebrarlo.

—Me alegro mucho de que todo se haya aclarado, porque el otro día me llamó Candela y me dijo que estaba preocupada por ti— le dijo la otra.

Se habían sentado las dos en una mesa bajo una ventana a través de la cual se veía como reverdecían los árboles que crecían en la zona ajardinada y frunció Diana el ceño al escucharla.

—Que estaba preocupada, ¿por qué? Ha sido providencial que aquella tarde llevara el móvil en el bolso y que aquel inspector tan malhumorado que me detuvo me lo confiscara. No sabía yo que las fuerzas de seguridad pudieran geolocalizar los movimientos de sus poseedores con tanta precisión por la memoria de esos chismes, porque ha sido decisivo el testimonio del agente de la Guardia Civil que citó el fiscal. Candela estaba en la sala después de prestar declaración y le oyó también. En opinión de mi abogada, de Jaime y de todos, me exculpaba, por lo que no entiendo que siguiera considerando ella que la sentencia sería condenatoria.

Hizo Flora un gesto como disculpándola.

—Bueno, ya sabes que desde que ha muerto Marcial anda un poco desquiciada. Me dijo que, aunque Jaime había intentado ayudarte al responder a las preguntas de tu abogada, no había estado

en absoluto acertado, porque se notaba mucho que habían ensayado el interrogatorio entre los dos y que lo habían ideado para favorecerte y que el tribunal creyera que eras inocente.

Parpadeó Diana perpleja.

—Bueno, sí, pero lo hacen todos los abogados con los detenidos y con sus testigos antes del juicio y él me ha asegurado que no dijo más que la verdad. Declaró lo que verdaderamente vio desde la terraza de su casa.

Analizó el reseco semblante de la otra y abrió la boca sorprendida, porque, aunque no le hizo el menor comentario, adivinó lo que estaba pensando.

—¿Es que Candela cree que fui yo? — inquirió con una voz más aguda de la suya habitual—. ¿Cómo es posible que suponga tal cosa después de haber oído el testimonio de ese agente y el de Jaime? ¿O es que no se enteró de lo que declararon?

Vaciló Flora antes de decidirse a aclarárselo.

—Sí, pero ya sabes. Cuando se enteró de que tenías un coche azul y de que la policía te había detenido, te incluyó como una más entre las chicas que iban a pasar el fin de semana con Marcial a "La cabaña" y dio por hecho que fuiste tú la que le golpeó con uno de los dos candelabros que estaban sobre la repisa de la chimenea cuando él te dio a entender que eras una más.

—¿Qué dio por hecho que…? — empezó a decir, pero se interrumpió, porque le había chocado algo que había dicho la otra. No podía estar al tanto de esa circunstancia, si no había estado en "La cabaña", por lo que se la quedó mirando con sospecha.

—¿Cómo sabes tú que el candelabro con el que le mataron estaba con su pareja sobre la repisa de la chimenea? — le preguntó.

Vaciló ostensiblemente la otra. Se mordió los labios y replicó con voz apenas audible:

—Por los noticiarios de la televisión y por los periódicos. Todos lo han dicho.

Meneó Diana negativamente la cabeza.

—Que yo recuerde, ninguno se ha referido al lugar que ocupaban en la sala de estar ni que hubiera dos sobre esa repisa—. Flora la miraba ahora inexpresivamente, pero una lucecita se encendió de improviso en su cerebro y se abrió paso en entre sus confusas ideas hasta que la respuesta a la pregunta que le había formulado se le hizo inteligible— Tú también fuiste con él a "La cabaña", al menos un fin de semana, ¿verdad? — la acusó incrédulamente.

Enrojeció Flora, bajó luego la cabeza y empezó a dar vueltas y más vueltas con la cucharilla en su taza de café.

—¿Por qué crees eso? — musitó con un hilo de voz.

—Porque tú misma te has descubierto. Pero no es asunto mío—

le aseguró—. Marcial era como era, capaz de embaucar a cualquier mujer. ¿Lo sabe Candela?

Roja como un pimiento y sin levantar la cabeza contestó Flora:

—No.

—Pero me dijiste en una ocasión que descubriste a tiempo que no era más que un don Juan y le dejaste plantado.

Dejó escapar Flora una risita floja.

—Sí, pero de que era un don Juan me di cuenta después, cuando el fin de semana siguiente hizo como que no me veía y le vi salir de la facultad con Teresa. No se lo dirás a nadie, ¿verdad? — le pidió en un susurro y sin levantar los ojos hacia ella.

—No, descuida. Y no te juzgo porque corrieras esa aventurilla, porque también yo estuve a punto de hacer la misma estupidez.

—Pero yo no le maté— le aseguró Flora.

—Ni yo tampoco. Lo que sí he notado es que a Candela le caigo como una piedra y debería de haberse convencido ya de que la culpable fue otra persona, que se me adelantó.

—Ponte en su caso— le recomendó la otra—. Aunque ahora está forrada de dinero, se ha quedado sin el hombre con el que ha convivido durante muchos años y sin Jaime, al que en mi opinión le había echado el ojo.

—¿Está ahora forrada de dinero?

—Sí, Jaime ha conseguido ya que le paguen el seguro, ¿tampoco te lo ha contado? Se os ve mucho juntos y creía que teníais los dos mucha confianza.

También lo había creído Diana y se preguntó cuántas cosas más le habría ocultado. En ese momento le vio entrar por la puerta de la cafetería y dirigirse sonriente hacia la mesa que ocupaban las dos. Se notaba que se sentía tan eufórico como ella y se sentó a su lado como si Flora no estuviera presente.

—Me alegro mucho, muchísimo— le dijo—. Había llegado a creer que este momento no llegaría nunca.

—Yo también la he felicitado— le comentó la otra, que debió sentir que estaba de más porque al verle llegar se había levantado—. Hoy es viernes y dentro de un rato se marchará todo el mundo corriendo de la facultad, por lo que no es el momento oportuno de celebrarlo, pero lo haremos sin falta el lunes. ¿Os parece bien?

Ninguno de los dos pareció haberla oído, por lo que se encogió ella de hombros y se acercó a la barra, donde pagó su consumición. Luego salió de la cafetería sin volver la cabeza.

Como si fuera el eco de Flora, cuando se quedaron solos le hizo él la misma proposición:

—Tenemos que celebrar que por fin vamos a poder dormir tranquilos. No imaginas lo mal que lo he pasado pensando que mi

testimonio no le pareciera al tribunal lo suficientemente convincente, pero ya ha pasado todo y se me ha ocurrido…

—¿Qué?

—Que podría demostrarte hoy mismo lo buen cocinero que soy.

—¿Cómo?

—Podríamos ir a la sierra a celebrarlo en mi casa. Te recogeré con el coche y así conocerás a Titán, a mi perro. Para mí es importante que te caiga bien.

—¿Porque tu exnovia no lo soportaba?

Se echó a reír con ganas y con cierta picardía.

—Bueno, sí. ¿Qué te parece?

Nada podía haberle apetecido más a Diana, aunque por un instante se preguntó si la visión de "La cabaña" desde la terraza de la casa de él no empañaría con su recuerdo lo que pretendían festejar. Pero para esa tarde tenía otros planes, por lo que replicó:

—Hoy no puedo. Tengo que ir al despacho de Noelia a recoger la sentencia y a pagarle su minuta, así que podríamos dejarlo para mañana. ¿Pero estás seguro de que sabes guisar? En caso contrario puedo hacerlo yo.

—De eso nada. Te chuparás los dedos, ya lo verás.

Salieron juntos del edificio poco después y se dirigieron hacia la zona de aparcamiento mientras Jaime le comentaba bromeando lo anticuada que era la cocina de Villa Isabela, que era como se llamaba su casa de la sierra, que llevaba el nombre de su abuela. Ninguno de los dos se fijó en el coche gris que estaba aparcado junto a la acera ni en su conductor, que bajó la ventanilla al verlos pasar para escuchar lo que decían.

Capítulo 32

Había amanecido un día radiante y cuando enfilaron la carretera de los Pantanos fue admirando Diana el reverdecer de la naturaleza a través de la ventanilla del automóvil de Jaime. El largo invierno había quedado atrás y con él se había llevado la angustia que la había atenazado desde la tarde en que había realizado ese mismo trayecto en su propio coche. También entonces lo había recorrido estúpidamente ilusionada, pero lo que sentía esa mañana era distinto. Veía el mundo con ojos diferentes, como si se hubiera convertido en otro y ella se hubiera reencarnado en una chica eufórica y optimista, sin el lastre que había condicionado su existencia durante tantos meses.

La tarde anterior se había presentado en la oficina de Noelia, que la había recibido durante los dos minutos de que dispuso entre la despedida de un cliente y la llegada del siguiente, y a la que le agradeció sus servicios y el interés que se había tomado en su defensa. Le comentó asimismo que había quedado con Jaime en celebrar su absolución al día siguiente en Villa Isabela con una comida íntima y como la otra se la quedó mirando en silencio, esperando sin duda que se explayara algo más, le aclaró que estaban saliendo juntos últimamente.

—Creo que esta vez no me he equivocado— añadió con un brillo singular en la mirada—. Y que él siente lo mismo. Es posible que mañana… Ya te lo contaré. Porque seguiremos en contacto, ¿verdad?

Le sonrió Noelia, diciéndose que tenía que darle la noticia a Miriam, que era una casamentera, y que se alegraría al enterarse.

—Por supuesto— repuso—. No dejes de tenerme al corriente.

Jaime la había recogido en su casa esa mañana. Llevaba a su enorme perrazo en el asiento posterior de su automóvil, que se bajó del vehículo detrás de su dueño para recibirla, meneando alegremente el rabo cómo si estuviera encantado de conocerla. Luego dejó que le acariciara e incluso se frotó la cabeza contra sus pantalones, antes de volver a ocupar su lugar en el vehículo como si fuera un pasajero más.

—Si le mimas mucho, se pondrá muy pesado— le dijo él mientras arrancaba el motor—. Aunque es muy grande, en cierto modo es como un bebé cariñosón— Le dirigió una mirada de soslayo y le preguntó—: ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

—Como un ceporro— contestó guasona—. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

Sonrió él y sin apartar los ojos del trayecto que recorrían murmuró en voz muy baja:

—Ni yo tampoco.

Le sonó tan cálida su voz, tan sugerente, que enrojeció como si fuera una adolescente en su primera cita y se rebulló inquieta en su asiento. Para romper la tensión que flotaba en el ambiente, dijo lo primero que se le ocurrió:

—Hace un día estupendo.

—Estupendo, sí— corroboró él—. Podremos comer en la terraza, aunque…—. Se volvió a mirarla él de refilón—. Espero que no te traiga malos recuerdos el panorama que se divisa desde allí. Se ve el pantano, pero también la cabaña de Marcial. Otro día, cuando esa pesadilla esté olvidada, podremos bajar hasta el embarcadero y dar un paseo en el barquito que tengo allí amarrado.

Asintió Diana apretando los párpados, como si con ese gesto pudiera borrar esa casita de su mente y trató nuevamente de desviar la conversación por otros derroteros.

—Me parece bien, pero descríbeme ahora como es tu chalé.

—Ya lo viste, ¿no?

—No. No pasé de la sala de estar, que me pareció muy grande y…

—Y un poco desangelada, ¿no? — comentó risueño.

—Bueno… sí.

—Para Titán y para mí no tiene peros, pero, si no opinas lo mismo, dejaremos que la llenes de cojines y de todos esos enredos que os gustan tanto a las mujeres. Me pregunto si el motivo de que disfrutéis matándoos a limpiar reside en que podéis así quejaros del mucho trabajo que os da.

—No siento el menor deseo de desriñonarme pasando el aspirador ni me divierte especialmente sortear muebles inútiles, te lo puedo asegurar, pero creo que hay un término medio entre una habitación que se asemeja a una almoneda y otra en la que ulula el viento al recorrerla de un extremo a otro por lo vacía que está. Resultaría más íntima con algún que otro adorno.

—¿Con unos candelabros sobre la repisa de la chimenea? — inquirió guasón. Se dio cuenta de que acababa de meter la pata al aludir a unos objetos de "La cabaña" asociados a la muerte de Marcial y cambió atropelladamente de tema—. Me preguntabas como es mi casa y te la describiré. Lo mejor es la terraza, desde donde se domina un panorama de ensueño. En la planta baja, además de la habitación que ya conoces, hay otra llena de polvo en la que mi abuelo tenía su despacho. Después de su muerte mi abuela no se atrevió a ponerla en orden porque estaba repleta de papeles y yo tampoco me he sentido nunca capaz. Debería hacerlo y utilizarla en vacaciones para trabajar, pero hasta la fecha no he tenido tiempo ni ganas.

—¿Y qué más hay?

—La cocina y un cuarto de baño al que no le funcionan las cañerías, por lo que hay que utilizar el de la planta de arriba.

—¿Y por qué no llamas a un fontanero?

Se echó a reír con ganas.

—Es una buena pregunta, pero no te va a gustar la respuesta. Porque siempre lo voy posponiendo para otro día y como Titán no se ha quejado y no solemos tener visitas…

—¿La de Candela tampoco? — inquirió incisiva.

Le pareció que le contrariaba que se lo preguntara, pero evadió contestarle y durante el resto del trayecto se limitó a referirle recuerdos de su infancia acaecidos en aquella casa, en la que su abuela había sido la protagonista.

Una hora más tarde abandonaban la autovía y tomaba Jaime el polvoriento camino que tan bien recordaba Diana y que dando vueltas y revueltas ascendía hasta lo alto de la montaña. Al doblar un recodo

avistaron de frente “La cabaña”. Su tejado sobresalía entre los árboles y en la veranda no estaba ya la mecedora que se balanceaba aquella tarde cuando llegó. No había nada. Parecía una casita abandonada, invadida de hierbajos, a punto de ser engullida por la espesa vegetación que crecía a su alrededor y a Diana le produjo una sensación de absoluta soledad.

Debió notarlo él, porque aceleró y la dejaron atrás. Tras unas cuantas curvas más alcanzaron el final de ese camino y con este el chalé al que se dirigían, en el que la primavera lucía sus mejores galas. La enredadera que crecía asida a la fachada la cubría de flores rojas de un intenso colorido, y otra con campánulas azules entoldaba la pérgola sombreando la terraza. También los sauces que se arracimaban en derredor de la vivienda habían reverdecido y dejaban colgar nostálgicamente sus ramas hasta el suelo, balanceándolas al compás de la brisa. Le pareció a Diana que la imagen que ofrecía parecía haberse escapado de un cuadro impresionista y notó la satisfacción con la que Jaime acogió la sensación que le produjo.

—No es como la recordaba— musitó ella—. En aquella ocasión estábamos en pleno invierno y además había oscurecido ya. Ahora… ahora es bonita de verdad tu casa.

—Ya te he dicho que la terraza es lo mejor— le recordó él—. Pero por dentro podría serlo también con un poco de imaginación… femenina— añadió guasonamente.

Se bajó a continuación del automóvil y, mientras lo hacía ella, ayudó a Titán a salir del asiento posterior de este y sacó a continuación del maletero una bolsa en la que debía llevar los ingredientes de la comida.

La prepararon entre los dos, mientras Titán correteaba por los alrededores, pero se presentó inmediatamente en la terraza cuando empezaron a comer, reclamando su parte. Cuando terminaron lo que Diana consideró un festín, le preguntó Jaime si quería tomar café.

—Sí, pero puedo ayudarte a prepararlo— le dijo.

—Nada de eso— protestó él—. Hoy eres mi invitada, así que aprovéchate, porque el próximo día será distinto.

—¿Me sacarás del armario de la limpieza el aspirador para que te deje la casa como una patena? — se burló ella.

—No, porque no tengo aspirador. No al menos de esa clase. Tengo un robot, al que le das un botón y se desplaza autónomamente de un sitio para otro absorbiendo el polvo. Pero quédate aquí, que voy a hacer café. No tardaré.

Entró dentro de la casa y oyó Diana como atravesaba la sala de estar y seguía camino hacia la cocina que se hallaba al fondo de un pasillo que arrancaba allí. El sol que caldeaba el ambiente adormilaba y apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento y cerró los ojos.

Se estaba tan a gusto en aquella terraza… Tan solo se oía el piar de los pájaros y el rumor de la brisa entre las ramas de los árboles. Sobre todo, las de los sauces, que se balanceaban y parecían gemir a cada acometida. Titán se había alejado nuevamente corriendo entre los árboles y pronto le perdió de vista.

Había evitado antes acercarse al borde de la planicie en la que estaba enclavada la casa con los árboles que la rodeaban y se preguntó qué sentiría si se aproximaba a ese costado para echarle una ojeada a la casita que ahora era de Candela. Quizás ya nada, pensó. Quizás aquello no fuera ya más que un mal recuerdo y su visión no le produjera impacto alguno. Pero esperaría a que volviera Jaime con el café y después de tomárselo podrían dar un paseo para comprobarlo. Con él no vería fantasmas. ¿Pero por qué no regresaba?

Consultó su reloj y comprobó sorprendida que había transcurrido más de media hora desde que se había marchado a la cocina, un tiempo excesivo para la tarea que iba a acometer. Necesitaba además ir al baño, por lo que se levantó para ir a buscarle y que le indicara donde se encontraba el que podía utilizar, ya que le había dicho que el de la planta baja no estaba disponible. Entró en la sala de estar. Estaba en penumbra y se detuvo escudriñando los rincones al notar una sensación extraña. Se respiraba un ambiente denso y el silencio era absoluto. No se percibía cercana la presencia de él y debería oírsele trasteando en la cafetera. La puerta tras la que se iniciaba el pasillo que llevaba a la cocina estaba cerrada y se dirigió hacia ella para abrirla. El sol entraba a raudales por el ojo de buey que en lo alto del muro lo iluminaba y lo recorrió impaciente.

—Jaime— le llamó.

No le contestó nadie. En la cocina no estaba cuando entró, pese a que vio sobre la encimera la cafetera eléctrica con la jarrita llena del oscuro líquido que había preparado. ¿Pero dónde estaba él? En los azulejos blancos y cuadrados de las paredes se reflejaba una silueta y respingó sobresaltada hasta que se dio cuenta de que era la suya e intentó reírse de sí misma, aunque no lo consiguió.

—Jaime— volvió a llamarle.

La única respuesta fue el silencio. Solo lo rompía el suave rumor de la brisa, envuelta en el olor a campo que entraba por la ventana abierta y, desconcertada, se dio una vuelta completa sobre sí misma antes de retroceder nuevamente hacia el pasillo.

—Jaime— le gritó empezando a asustarse—. ¿Dónde te has metido? Necesito ir al baño urgentemente. No te habrás marchado de jarana con Titán y te habrás olvidado de mí, ¿verdad?

Le pareció que el eco de su voz se expandía por el pasillo y recorría luego la sala de estar para salir al campo y perderse a lo lejos, pero trató de sobreponerse. No le consideraba capaz de haberse

escondido para gastarle una broma, porque no tenía ninguna gracia. Nerviosa retrocedió sobre sus pasos y llegó al vestíbulo. Allí comenzaba la escalera de madera que llevaba a la planta superior y decidió subir a esta, diciéndose que no le resultaría difícil dar con el cuarto de baño. Después bajaría de nuevo y le encontraría, porque no podía haber ido muy lejos. Quizás hubiera salido por la puerta de atrás que había visto en la cocina, aunque no se le ocurría para qué. Quizás a acopiar leña para encender la chimenea, aunque no sentía por el momento deseos de trasladarse a la sala de estar. El sol estaba en lo más alto y la temperatura era inmejorable en la terraza, se dijo, mientras ascendía ligera los peldaños.

El rellano de la planta superior estaba a oscuras y fue tanteando la pared más próxima hasta que dio con el conmutador de la luz y cuando esta se encendió parpadeó deslumbrada. Vio varias puertas que estaban cerradas y abrió la primera que encontró a mano, que también estaba a oscuras. Era un dormitorio con dos camas gemelas, por lo que salió nuevamente al corredor y probó con la siguiente. Acertó esa vez, porque sí era el baño que buscaba. Estaba alicatado con azulejos azules, tenía echados los postigos de la ventana y su aspecto era muy anticuado, pero en cuanto cumplió con el objetivo que perseguía salió al pasillo. Le pareció oír un ruido que no supo identificar detrás de la puerta que seguía a la del baño y pensó que sería Jaime el que lo producía y que habría subido a buscar algo. Quizás fuera ese su cuarto y estuviera dentro cogiendo un jersey o algún recuerdo que quisiera enseñarle, por lo que la golpeó con los nudillos.

No obtuvo respuesta e insistió. Luego aguzó el oído. Nada. Solo el murmullo del viento entre las ramas de la enredadera, que debía entrar por alguna ventana abierta.

—Jaime— le llamó una vez más—. ¿Se puede saber dónde te has metido?

¿Le habría ocurrido algo? — se preguntó— ¿Se habría dado un golpe con alguno de los trastos que probablemente habría arrumbado en esa casa y estaría ahora caído en el suelo e inconsciente? La idea la estremeció. Tenía que encontrarle y abrió la puerta de la estancia de donde había creído que procedía el sonido. La ventana tenía los postigos de madera cerrados y estaba a oscuras, por lo que encendió la luz. Era un dormitorio de regulares dimensiones, con una cama de matrimonio cubierta por una colcha roja y un armario adosado a la pared de enfrente, pero allí no estaba.

Abrió los postigos de la ventana y el sol de la tarde penetró a través de los cristales iluminándola y alegrándola con sus rayos. Daba a la fachada lateral y por ella se veían los sauces que, apretujados, resistían los embates del vendaval que se había levantado ahora. La

rama de uno de esos árboles golpeaba la ventana y a eso obedecía el ruido que había oído antes, por lo que los cerró, se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Creía haberla dejado abierta cuando había entrado en la habitación, pero ahora estaba cerrada y, cuando asió el picaporte y lo hizo girar, la hoja de madera no cedió bajo su mano. Lo intentó de nuevo con el mismo resultado infructuoso y empezó a alarmarse. La había encerrado, ¿pero por qué? Que se escondiera era una estupidez de pésimo gusto, pero que encima le impidiera salir de aquella habitación le parecía incalificable, por lo que pateó la puerta para hacérselo comprender y luego le llamó a gritos sin obtener respuesta ni percibir su presencia en el pasillo.

¿Qué pretendería con ello? — se preguntó, cuando al cabo de un rato se dejó caer cansada en la cama. Habría sido un día inolvidable si no se le hubiera ocurrido estropearlo con esa patochada. Porque debía tratarse de eso, de una majadería impropia de una persona adulta.

Se levantó para arremeter otra vez contra la puerta y cuando se convenció de que sus esfuerzos eran inútiles y no podía echarla abajo, decidió que no le iba a dejar que se saliera con la suya. Si había creído que con esa añagaza la obligaría a permanecer allí el resto de la tarde o incluso a pasar la noche en esa casa, estaba muy equivocado. Había visto unos instantes antes que la ventana no tenía reja, por lo que quizás pudiera escapar por ella.

Abrió nuevamente las maderas y el sol le hirió los ojos, pero tras parpadear y guiñarlos durante unos instantes logró atisbar el exterior y entonces los abrió estupefacta sin querer creer lo que veía. El coche de Jaime seguía estando en el mismo lugar, pero al lado de este había ahora otro gris oscuro. Podía ver la matrícula desde el lugar en el que se hallaba y al distinguir los dos ochos con los que terminaba la relación de números sintió un aldabonazo en el pecho, a la par que su ritmo cardíaco se lanzaba a una desenfrenada carrera. Incrédulamente enfocó nuevamente la matrícula, con la sensación de estar viviendo una pesadilla de la que no tardaría en despertarse.

Porque lo reconoció sin género de dudas. Era el mismo vehículo cuyo conductor la había estado observando en la plaza de Chamberí aquella mañana y el que la había seguido más de una vez al salir de la facultad.

Como desmadejada retrocedió de espaldas hasta la cama y se dejó caer sentada. Luego trató de razonar. Tenía que salir de la habitación en la que se hallaba sin que la viera ese individuo que por alguna razón que no se le alcanzaba debía de haberse compinchado con Jaime para encerrarla en ese dormitorio. ¿Pero para qué?, se preguntó empezando a sudar de miedo.

¿Sería tal vez el dueño de ese coche el que había matado a Marcial y temía que ella le descubriera y consecuentemente le denunciara? En ese caso era posible que pretendiera eliminarla, aunque ella no le había visto aquella tarde ni consiguientemente podía identificarle.

¿Y qué tendría que ver Jaime con ese tipo? — se preguntó pasando una mano por su frente—. Había sido una tonta al dar por supuesto que compartía sus sentimientos y que por esa razón la había invitado a su chalé, pero sin duda se había equivocado. ¿Estaría implicado en la muerte de Marcial? De ser así, ahora que la habían absuelto, era posible que la considerara un peligro y hubiera decidido mandarla al otro mundo fingiendo un accidente. De hecho, si se largaba a Madrid dejándola encerrada, no vendría nadie a socorrerla y se moriría de hambre.

Lo meditó y llegó a la conclusión de que Jaime no podía ser esa clase de persona, pero aun así estuvo a punto de echarse a llorar. Solo se permitió a sí misma dos lagrimones que le corrieron por las mejillas, pero se los limpió con el dorso de la mano diciéndose que no podía permitirse una debilidad tan inútil en unos momentos en los que necesitaba agudizar el ingenio. Tenía el móvil en el bolso y lo que tenía que hacer era llamar inmediatamente a la policía.

Se echó mano al hombro. Solía llevarlo en bandolera, pero se dio cuenta en ese instante de que se lo había dejado en la terraza y entonces sí que derramó unos cuantos lagrimones más, hasta que se dijo que aún podía escapar por la ventana. Bruscamente le quitó la colcha a la cama, la tiró al suelo y desgarró la sábana que fue anudando hasta formar con ella una hila larga, que ató a la pata metálica del somier. Con el extremo contrario en la mano se acercó a la ventana y volvió a abrirla en el preciso momento en el que el individuo que había llegado en el coche gris atravesaba la terraza y entraba en su campo de visión. Estaba de espaldas, pero aun así se apartó en el acto de la ventana y, retrocedió para dejarse caer nuevamente en la cama. Allí se quedó quieta, absolutamente inmóvil. Tenía que esperar a que el intruso se apartara de esa esquina de la terraza desde donde la vería cuando se descolgara hasta el suelo de tierra que tenía a sus pies.

Capítulo 33

Escuchaba pacientemente Noelia al hombre canoso y barrigón que tenía sentado enfrente, al lado de su hijo, un adolescente que

mantenía la cabeza baja y no había abierto la boca hasta el momento. Era el chico un cliente de Miriam, que estaba en cama con un gripazo, y con anterioridad y pese a que ese día era sábado, le había citado esa tarde en el despacho porque el lunes siguiente iba a celebrarse la Vista del juicio en el que iba a ser procesado por desórdenes públicos y por robo. Por esa razón le había pedido el favor a Noelia de que le recibiera ese día y también que la sustituyera dos días más tarde en la Vista, si no le bajaba la fiebre.

El muchacho seguía sin pronunciar una sola palabra y el padre le estaba refiriendo por segunda vez la manifestación en la que había participado su hijo en la que, en unión de unos amigos, habían roto el escaparate de una tienda de telefonía y se habían llevado todos los móviles que habían encontrado, siendo seguidamente detenidos por la policía.

No parecía estar muy preocupado por la multa a la que, como mínimo, sería condenado el chaval, que había participado en acciones similares, pero que carecía de antecedentes. Su apariencia y la forma en la que se expresaba era la un hombre muy adinerado y debía de haber malcriado a su retoño hasta extremos indecibles. Al parecer, le había llevado a un exclusivo colegio privado, carísimo, en el que se codeaba con los hijos de personajes influyentes y en el que repetía por segunda vez el último curso.

Le oía Noelia medio adormilada, porque él no parecía que necesitara que interviniera en la conversación. Le bastaba por lo visto con acapararla por completo él, sin tener en cuenta que era sábado y que la única razón de que les hubiera recibido durante el fin de semana residía en preparar el interrogatorio de su hijo para la Vista que se avecinaba.

Tampoco el chico se sentía a gusto. Dejaba escapar frecuentes bostezos y su gesto era insolente. Pese a ello, creyó oportuno Noelia interrumpir al padre y crear un clima de confianza con su hijo, ya que a fin de cuentas era este el cliente al que debería defender si Miriam no mejoraba de su gripazo, por lo que le sonrió y le preguntó:

—¿Y cómo te va en el colegio? ¿Practicas algún deporte?

Se encogió él de hombros.

—No.

—¿No te gusta ninguno?

—No.

—¿Y qué haces en los ratos libres?

Clavó en su rostro una mirada descarada y repuso:

—Pues lo normal, mensajeo por el móvil.

—¿Con tus amigos?

—Sí, claro.

—¿No tienes amigos en el instituto?

—Sí, es con ellos con los que mensajeo en clase. Lo que nos cuenta el profe es muy aburrido— replicó mientras se apartaba del rostro el cabello, más largo de lo habitual.

Vestía el muchacho unos vaqueros con estratégicos rotos en las rodillas y una camiseta blanca bajo una chaquetilla también vaquera y mientras se lo decía se llevó una mano a la solapa, ademán que Noelia siguió con la vista. Llevaba una insignia prendida en esta que ella observó sin el menor interés, pero con la intención de establecer algún nexo con él se la señaló e inquirió:

—¿Es de tu colegio?

—Sí.

—Ya. ¿Y la lleváis todos?

—Sí, y también los profes. Se enorgullecen de dar clase en ese centro y se la cuelgan de la solapa incluso después de haberse jubilado.

La observó Noelia de nuevo con poco interés, pero de improviso sintió como una especie de fogonazo en el cerebro y se preguntó dónde la había visto antes. El padre había tomado nuevamente la palabra. Seguía hablando y hablando, pero no escuchó lo que decía, porque se sintió transportada a la puerta de la sala de la comisaría donde Peláez acababa de tomarle a Diana declaración. Le entregaba su cliente un objeto diminuto y le decía que creía que lo había perdido el asesino de Marcial en el cuarto de baño de “La cabaña”.

Parpadeó para enfocar el que llevaba el chico en la chaqueta y disimuladamente abrió un cajón de la mesa y sacó el que la otra le había entregado ese día para compararlo con el de él. Era igual. Pero entonces…

Lo entendió todo de golpe y se quedó inmóvil tratando de asimilarlo. Se dijo que tenía que librarse de sus visitantes y llamar a Diana al móvil. Tenía que decirle que sabía quién había matado a Marcial y por qué y advertirla para que llevara cuidado.

Sin previo aviso se puso en pie y el padre y el chico se la quedaron mirando desconcertados.

—Pero oiga…— empezó el padre.

—Nos veremos el lunes en la puerta de la sala donde se celebrará la Vista— le interrumpió ella a toda prisa—. Tengo una reunión importante y se me hace tarde, así que…

Les empujó al pasillo, les obligó a caminar apresuradamente hasta la antesala delante de ella y allí les abrió la puerta que daba a la escalera. Cuando consiguió cerrarla a su espalda, echó a correr hacia su despacho, cogió su móvil y marcó el número de Diana. Oyó hasta diez timbrazos y luego se cortó la llamada. Lo intentó de nuevo con el mismo resultado infructuoso y otras dos veces más, hasta que se dio por vencida. ¿Dónde se habría metido?, se preguntó. Sabía que había

ido a pasar el día con Jaime en la sierra, ¿pero por qué no contestaba?

Marcó a continuación en su agenda el número de él y también lo oyó sonar repetidamente sin que lo atendiera. Desistió desalentada y dejó el aparato sobre su mesa, observándolo con el ceño fruncido. Inquieta, se llevó un dedo al rizo que le caía sobre la frente y una vez que se lo hubo enrollado en él le dio vueltas frenéticamente buscando una idea salvadora. Se le ocurrió de pronto y buscó en el móvil el número que le había dado Jacobo Giner, el agente de la Guardia Civil que había declarado en el juicio como testigo de cargo, para el caso de que le necesitara. Se puso otro agente que le pasó la llamada a su compañero.

—¿Qué se le ofrece, doña Noelia? — inquirió el joven, que pareció alegrarse de que le recordara—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Pues sí, necesito que me haga un favor— repuso ella atropelladamente—. Tengo motivos para creer que sería conveniente que usted o quien corresponda, se dé una vuelta por la margen izquierda del pantano. Concretamente, que le eche un vistazo a "La cabaña" y al chalé que se halla más arriba, a "Villa Isabela".

—¿Por qué? — se extrañó él—. ¿Es que ha vuelto a ocurrir algo allí y quiere presentar una denuncia?

—No, no, no tengo constancia de que haya ocurrido nada, es solo un presentimiento.

Aunque no podía verle, por el tono con el que le contesto le imaginó mesándose el cogote con perplejidad.

—¿Tiene un presentimiento? ¿Qué clase de presentimiento?

—Eso da lo mismo— replicó impaciente—. Temo que pueda volver a suceder lo que ocurrió aquella tarde en "La Cabaña". ¿No podría acercarse por allí?

Le pareció que vacilaba ostensiblemente antes de volver a oír su voz.

—Si lo que me pide no obedece a un problema concreto, tendría que autorizarme mi jefe.

—Pues pídale esa autorización, pero por favor dese prisa.

◆◆◆

Había dejado Diana abierta la ventana y oyó distintamente los pasos del intruso cuando entró este en la sala de estar. Por un instante temió escucharlos seguidamente por la escalera y se quedó como en suspenso, aguardando. Pero no. Ahora salía nuevamente a la terraza y aún a riesgo de que la viera sacó medio cuerpo fuera para averiguar qué estaba haciendo. Llevaba un fardo al hombro y bajaba con él los escalones de la veranda para encaminarse hacia su coche. Lo estaba introduciendo en el maletero y, cuando lo arrojó dentro y al caer se giró a medias, vio Diana que no se trataba de un bulto inanimado, sino de un hombre. No podía distinguir su rostro, pero vestía un pantalón vaquero y una camisa de cuadros azules y blancos.

¡Era Jaime! Lo reconoció por su ropa. Parecía estar inconsciente y tenía sangre en la camisa.

Un confuso torbellino de sentimientos contrapuestos acabó de confundirla. Por un lado y sobre todo, le alarmó el estado en el que se hallaba. Denotaba que el desconocido le había agredido y pretendía al parecer llevárselo en su coche, quizás para arrojarlo al pantano, pero al mismo tiempo sintió un infinito alivio al comprender que no estaba compinchado con ese tipo ni había sido él el que la había encerrado.

Tenía que salir de allí, tenía que impedir que le hiciera algo irremediable, por lo que cogió nuevamente la improvisada soga que había fabricado con la sábana y se acercó cautelosamente a la ventana. El otro acababa de arrancar su automóvil gris y tomaba el camino por el que había venido, por lo que la arrojó fuera, se encaramó al antepecho y se descolgó, apoyando los pies contra la fachada. hasta que cayó sobre la tierra blanda. Luego echó a correr hacia la terraza.

Se subió al poyete que la circundaba y oteó el trayecto que realizaba el coche del desconocido. Había tomado éste varias curvas y terminó por enfilar directamente el tramo que conducía a “La cabaña”, donde estacionó el vehículo. Vio que se bajaba de él para abrir directamente el maletero, pero no para sacar a Jaime. Lo que extrajo fueron unas latas de las que Diana supuso que contenían gasolina u otro acelerante, porque con ellas en la mano subió los escalones de la veranda y entró en la casa después de trastear en la cerradura. Pensó que le iba a prender fuego y probablemente con Jaime dentro.

No esperó a comprobar si era esa su intención. Echó a correr hacia el coche de Jaime que, como recordaba, tenía la llave de contacto puesta, y arrancó el motor para realizar el mismo trayecto que había seguido el otro, aunque paró el motor antes de llegar al calvero en el que estaba enclavada la vivienda para dejarlo oculto

entre un grupo de árboles.

No había llegado a ver a ese tipo sacando a Jaime del maletero, porque se había escondido detrás de un de un frondoso pino cuando el intruso había salido a la veranda, pero sí que había vuelto a subirse a su coche y tomaba el mismo camino por el que había venido, sin duda para regresar a por ella a "Villa Isabela".

Cuando se perdió en el primer recodo, echó a correr como una exhalación hacia la casa, tropezó con la raíz de un árbol y se cayó, pero se levantó y alcanzó la veranda jadeante. La puerta estaba entreabierta como aquella tarde y entró sin detenerse en la sala de estar con el corazón golpeteándole dentro del pecho. Un humo denso la envolvía. Iba invadiendo ya la habitación convirtiendo el aire en irrespirable, por lo que se tapó la boca y la nariz con los faldones de su blusa, luchando por distinguir algo entre aquella nube grisácea. Tenía que encontrarle y sacarle de allí antes de que le alcanzara el fuego, pero no veía a su alrededor más que bultos imprecisos y con los ojos llorosos empezó a toser. Tropezó con una butaca y luego con otro mueble que no llegó a identificar y de improviso se vio envuelta en una nube de humo más densa, que supuso que procedía del pasillo que llevaba a la cocina. Dedujo que habría allí una ventana abierta y que la impulsaba la brisa que procedía de esa habitación aventando una luminosidad extraña. El fuego avanzaba ya y no tardaría en arrasar la casa. A trompicones llegó hasta lo que averiguó al tacto que era un sofá y se cayó sentada en él. En ese instante le oyó toser. Estaba en el suelo, en el mismo sitio en el que había encontrado a Marcial aquella tarde y, aunque apenas si podía verle, adivinó que estaba intentando incorporarse, por lo que trató de apremiarle para que lo hiciera.

—Jaime, estoy aquí. La casa está ardiendo. Tenemos que salir y yo no puedo contigo porque debes pesar mucho. Tienes que levantarte.

Se arrodilló a su lado palpando el bulto que apenas distinguía. Tirando de uno de sus brazos logró que se sentara mientras las llamas alcanzaban el otro sofá. Olía a gasolina, pero sobre todo a un humo que picaba en la garganta y le pasó un brazo bajo los hombros.

—Vamos, Jaime, vamos— le animó.

Intentó levantarle y cuando se convenció de que era inútil le tumbó de nuevo. De espaldas a él le agarró por los tobillos, levantó sus pies hasta la altura de sus caderas, y le arrastró por el suelo hasta el vestíbulo de la casa, a lo que intentó contribuir Jaime ayudándose con las manos. Creyó Diana que se le iban a partir las lumbares y en el umbral se dejó caer a su lado de rodillas, extenuada, luchando por recuperar el aliento. El humo le impedía ver su rostro, pero oyó su voz entre carraspeos y entre toses.

—Creo que… creo que si me ayudas podría ponerme a gatas.

¿Puedes…?

No esperó a que terminara la frase. Con un esfuerzo ímprobo, tiró de sus brazos hasta que consiguió sentarle nuevamente y luego que se pusiera en pie. Apoyado en ella salieron los dos a la veranda y bajaron los escalones. Solo les faltaba recorrer un par de metros para apartarse de la casa, que ardía ya por los cuatro costados hasta el tejado, para ponerse a salvo. Con un esfuerzo más lograría subirlo al coche, pero en ese instante vio que regresaba el automóvil del desconocido por el camino. Sin duda había comprobado que ella se había escapado por la ventana y enfilaba ya la recta final que conducía directamente a "La cabaña", por lo que les alcanzaría antes de que pudiera lograr su objetivo. Consiguió dar unos pasos más tirando de Jaime. Estaban ya lo suficientemente apartados de la casita como para que no les alcanzase el fuego, por lo que le dejó caer al suelo y, aunque no llegó a plantearse lo que podría hacer contra el desconocido si la atacaba, se dispuso a enfrentarle.

Se bajó este del coche y se les acercó. No era un desconocido. Era Saúl, que se le aproximó con su condescendiente expresión de siempre, con la que le hacía sentirse tonta de remate, porque no entendía sus disquisiciones matemáticas. Bajó él la mirada hacia Jaime, que estaba intentando levantarse del suelo y sonrió con un sarcasmo que atirantaba sus facciones y que Diana no le había visto nunca.

—Así que te has escapado— le reprochó, como si ella fuera una niña que mereciera un castigo.

—Sí, por supuesto que me he escapado— replicó retadora. Y aunque era obvio, le preguntó con los ojos centelleantes—: ¿Has sido tú?

—Sí, claro.

—¿Y por qué?

La envolvió en la mirada que le reservaba para hacerle comprender que no daba el nivel mínimo de inteligencia y repuso:

—Para que no me estorbaras.

—¿Por qué soy idiota y tú listísimo? — le gritó furiosa—. ¿Qué te ha hecho Jaime, si puede saberse?

—¿Que qué me ha hecho? — replicó pausadamente, mesándose la barbilla en la que empezaba a apuntarle la barba, como si le hubiera propuesto un intrincado problema de cálculo—. Ha tratado de interponerse entre tú y yo, lo mismo que el otro, y no podía consentirlo, ¿No lo entiendes? Te he estado vigilando durante todo el tiempo que ha transcurrido desde que me dejaste. Mi trabajo en la facultad me deja mucho tiempo libre y he podido advertir que sigues teniendo una cabeza de chorlito. Primero pretendiste enrollarte con aquel profesor idiota que se creía un don Juan y luego con este otro

con el que ibas a pasar el fin de semana, así que…

Se quedó mirándole con la boca abierta.

—¿Fuiste tú? — le interrumpió.

Esbozó él un gesto desdeñoso.

—No me dejaste otra salida. Estaba esa mañana aparcado en el estacionamiento de tu facultad esperando a que salieras y le oí comentar a una rubia, que iba acompañada por un enjambre de chicos y que pasó por delante de mi coche, que habías quedado esa tarde con ese profesor en "La cabaña", que era una casa de madera que estaba en uno de los márgenes del pantano de San Juan. No me costó mucho localizarla.

—¿Y viniste a matarle?

—No— repuso displicente—. Vine a decirle que no se entrometiera. Que tú y yo habíamos retomado nuestra relación y que nos íbamos a casar.

Inspiró ella profundamente, preguntándose de donde se habría sacado esa idea tan absurda e insistió:

—¿Y qué pasó?

—Que se echó a reír. Me dijo que si estaba seguro yo de que era esa tu intención y luego me enseñó la puerta. Entonces le grité y él me contestó en el mismo tono. Le agarré por el cuello y él me largó un puñetazo. Seguimos gritándonos, nos peleamos, y cuando estábamos cerca de la chimenea cogí un candelabro que estaba sobre la repisa y se lo descargué en la cabeza.

—Ya— murmuró Diana con un soplo de voz—. Y un instante después llegué yo, ¿no fue así?

—Sí.

—Y te escondiste en el cuarto de baño, donde perdiste el distintivo de ese colegio tan pijo donde estuviste dando clase antes de ganar la cátedra de la universidad.

—Sí.

—Y cuando salí huyendo, montaste a Marcial en su coche y lo arrojaste al pantano con el candelabro dentro, después de borrar tus huellas de él. Luego fregaste el suelo de la sala de estar, la ordenaste y te largaste antes de que llegara la Guardia Civil.

—Sí.

—¿Y por qué no vi tu coche delante de la casa, si llegaste antes que yo?

—Porque lo escondí entre unos árboles para que ese tipo no estuviera sobre aviso y tener así oportunidad de advertirle lo que te he dicho. Pensé que podía tener una escopeta de caza y pegarme un tiro si me veía acercarme, porque supongo que le habrías hablado de mí.

Lo decía con una suficiencia que le irritó y le observó despreciativamente.

—Pues no, no le había hablado de ti. Tú y yo habíamos terminado para siempre unos meses antes, así que podías haberte ahorrado esa visita que le hiciste, en la que terminaste con la vida de un semejante que no te había hecho nada.

Le observó preguntándose si sería el mismo hombre que con el que había convivido durante tanto tiempo y al que había creído conocer, porque le pareció un extraño. No había manifestado, o ella no lo había advertido, que fuera un individuo tan posesivo como para no admitir que lo que había existido entre los dos se había roto para siempre. ¿Qué más habría hecho con la intención de que volviera a su lado?

—¿Eras tú el que me llamabas al móvil y no decías una sola palabra cuando me ponía al aparato?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Quería oír tu voz.

—¿Y el que me seguías por la calle?

—Sí, necesitaba saber a dónde ibas.

—¿Y el que entraste en mi apartamento, al menos dos veces?

—Sí. Quería sentirte entre las cuatro paredes en las que vivías.

Se le aproximó un par de pasos con su expresión habitual de profesor ante una alumna estúpida, pero había también en sus ojos un brillo extraño que Diana no le había visto antes.

—No sabes lo que quieres— gruñó—. No eres más que una chiquilla malcriada a la que he tenido que resolver hasta los problemas más sencillos y voy a tener que seguir haciéndolo hasta que la muerte nos separe. Aunque antes tendré que ocuparme de que ese que está en el suelo no pueda volver a acercársete.

Giró Diana la cabeza hacia Jaime. Estaba procurando levantarse, pero era evidente que se tambaleaba y que no podría resistir un enfrentamiento con Saúl, por lo que buscó con la mirada algo con lo que pudiera defenderle del otro y defenderse. Vio una rama de árbol en el suelo y la agarró para blandirla ante él, pero la agarró por el cuello antes de que pudiera golpearle y le oprimió la garganta rodeándosela con las dos manos. Le faltaba el aire y empezó a ver turbio. Se estaba ahogando. De improviso sintió que la soltaba y boqueó inspirando el oxígeno que le faltaba, al tiempo que se caía sentada. Jaime había recogido la rama que se le había caído a ella y había alcanzado con ella a Saúl en el estómago. Con un gemido se dobló este sobre sí mismo y luego se enderezó para lanzarse sobre el otro. Jaime vacilaba sobre sus pies y fue a atacarle Saúl con una expresión de furor que Diana no le conocía. Pensó que iba a acabar con él y después con ella, que esos serían los últimos segundos que le quedaban de vida y que no podía impedirlo, pero entonces vio a Titán

que venía corriendo por el camino. Jaime se había interpuesto y esperaba la acometida de Saúl, que intentó apartarle para llegar hasta ella, pero en ese momento se le abalanzó el mastín y lo derribó. Ya en el suelo se ensañó con él. Le desgarró los pantalones e impidió que se levantara con unos amenazadores gruñidos con los que le advertía que lo lamentaría si lo volvía a intentar.

No llamó Jaime a su perro ni le ordenó que se apartara del otro. A duras penas se mantuvo en pie y dejó que cumpliera con su papel de cancerbero, lo mismo que ella. A lo lejos se oía ya el sonido del motor de un automóvil y unos instantes más tarde vieron aproximarse a un coche de la Guardia Civil, del que se bajó un agente al que ya conocían, seguido de otro que debía ser su compañero. Ambos se hicieron cargo en el acto de la situación nada más mirar lo que quedaba de "La cabaña", convertida ya en un montón de pavesas humeantes, y se llevaron a Saúl detenido en cuanto Jaime les explicó lo que había sucedido.

Cuando ese coche se perdió en la lejanía, ayudó Diana a Jaime a subirse al asiento del copiloto de su automóvil y se sentó ella al volante. Con la lengua fuera, Titán ocupó su lugar de siempre. Parecía satisfecho de su actuación y había recibido antes menando el rabo las afectuosas muestras de cariño de los dos.

—¿Cómo estás? ¿Qué te ha hecho ese imbécil?

Tenía él una brecha en la frente y se la señaló.

—No lo sé, estaba en la cocina preparando el café y… es lo último que recuerdo. No sé por dónde entró ese tipo, pero debió de sacudirme con algo, porque deduzco que perdí el conocimiento y… después, recuerdo que oí tu voz. ¿Era ese hombre el profesor con el que viviste unos cuantos años?

—Sí.

—Pues qué mal gusto— bromeó él.

Le acarició Diana la mejilla con una mano negra de humo.

—Era un pelmazo, sí, pero nunca hubiera pensado que perteneciera a ese gremio de tipos que matan a sus mujeres ante el aviso de que les dejen y de que se vayan con otro—. Analizó la herida de su frente y añadió—: Te llevaré ahora mismo a un hospital. ¿No te parece sorprendente que apareciera la Guardia Civil tan oportunamente? Se lo contaré a Noelia, a la que dejaré perpleja.

Capítulo 34

Unos días más tarde se lo referían a Noelia en su despacho. Llevaba él un apósito que le cubría la frente, pero, aunque tosía y tenía aún la garganta irritada por el humo que había respirado en "La cabaña", su expresión no podía ser más optimista. Estrechó enérgicamente la mano de la abogada como si quisiera transmitirle su agradecimiento y luego tomó asiento en una de las butacas que tenía enfrente de su mesa, mientras ella se acariciaba con disimulo la mano dolorida.

También Diana tosía. Abrazó a la otra, antes de referirle entre carraspeos como la había encerrado Saúl en aquel dormitorio de la planta superior de "Villa Isabela", cómo se había descolgado por la ventana, y cómo había logrado sacar a Jaime de la cabaña y librarle así de las llamas que avanzaban hacia ellos, tirando de sus pies, en la misma posición que un jumento uncido a su carro.

—Aún me duelen los riñones una barbaridad— le comentó riéndose, llevándose una mano a la zona de su cuerpo a la que había aludido—. Luego se volvió hacia él para preguntarle—: ¿Cuánto pesas?

—¿Por qué?

—Porque cuando te encontré en el suelo de la sala de estar, entre los dos sofás, pensé que me hubiera venido bien contar con una grúa que te levantara del suelo y te llevara en volandas hasta la veranda, en lugar de tener que hacerlo yo.

Se echó a reír Jaime con ganas.

—Peso setenta y cinco quilos, ¿pero por qué hasta la veranda? Es de madera y ardía también cuando me sacaste a rastras y cuando el matón que tuvo a bien abrirme la cabeza regresó en su coche, dispuesto a mandarnos a los dos al otro mundo. No ha quedado nada de "La cabaña".

—Solo cenizas en el lugar en el que estaba enclavada— corroboró Diana—. No sé si Candela lo habrá sentido, porque nunca le gustó la casa. Sé que ha dejado el gimnasio en el que trabajaba y que ha abierto otro en el que da clase ella, porque me lo ha dicho Flora, una compañera—. Giró la cabeza hacia él para decirle, siguiéndole la broma—: Me hubiera bastado con que la grúa cargara contigo hasta la veranda, porque allí conseguí que te enderezaras, pero bien mirado hubiera sido todavía mejor que te dejara junto a tu coche. Hubiéramos podido salir de pira y dejar a Saúl con dos palmos de narices.

La envolvió él en una mirada de ternura.

—No sé si te he dado las gracias en lo que las merece.

—No, en lo que las merece no, pero es igual. Regálame un linimento para que me de unas friegas y, en cuanto vuelva a estar en forma, lo olvidaremos. Porque espero y deseo no volver a tener durante mi existencia una experiencia semejante. Y no volver tampoco

a ver a Saúl en mi vida. Además de un maltratador psicológico, que consiguió convencerme de que yo era retrasada mental, es un animal. Me hubiera matado si me hubiera negado definitivamente a volver con él, una vez que lo hubiera entendido, porque en ese tema resultó ser bastante obtuso—. Se inclinó luego hacia Noelia para preguntarle —: ¿Qué sabes de él?

—Que está en prisión provisional, acusado del homicidio del profesor de la Prada y de la tentativa de asesinato de vosotros dos. Tendrá que indemnizar también a Candela por haberle quemado la casita de madera que heredó ella del profesor— le aclaró Noelia.

Lo aprobó Diana con un gesto.

—Pues espero también que le caigan muchos años.

—Esperémoslo— corroboró— la otra—. Lo que no acabo de entender es el motivo de que estuvieras con él durante tanto tiempo. Como has dicho, era un maltratador. ¿No te diste cuenta?

Desvió Diana su nostálgica mirada hacia un punto indefinido que solo ella parecía ver e hizo un ademán de incomprensión.

—Tampoco lo entiendo yo— reconoció—. Le conocí en ese colegio tan prestigioso y tan caro en el que daba clase, antes de ganar la cátedra. Acompañaba yo esa tarde a una amiga que pretendía que admitieran a su hijo y él nos ayudó a realizar los trámites. Parecía allí ser tan importante…

—Tanto que aguantaste a su lado cinco años y permitiste que te anulara— le reprochó Noelia— Desgraciadamente es muy frecuente y también lo es que encima la víctima se considere la culpable—. Al ver la expresión compungida de Diana, dejó de reprochárselo y le dijo —: Tampoco entiendo que no identificaras el distintivo de ese colegio. Verías a menudo que lo llevaba Saúl mientras viviste con él.

Se encogió Diana de hombros.

—Sí, también yo me lo he preguntado, pero lo cierto es que no me fijé. Sé que solía llevarlo en la solapa y que se ufanaba mucho de haber pertenecido al claustro de ese colegio, pero es muy pequeñito y hay cientos como ese.

Bajó los ojos hasta las manos que mantenía en su regazo y permaneció unos instantes pensativa. Cuando los levantó hacia el rostro de la otra traslucía nuevamente la animación que había perdido al recordarlo.

—No te lo vas a creer, pero sucedió como en las películas— le comentó —. Creo que nos hubiera matado Saúl a Jaime y a mí si no llega a aparecer oportunamente Titán, que es su perro. Le derribó e impidió que se levantara del suelo hasta que providencialmente se presentó un coche de la Guardia Civil, ¿no es sorprendente?

Le sonrió Noelia rememorando los momentos angustiosos en los que había tratado de localizarles, llamándoles a su móvil sin obtener

respuesta, y sin duda asomó a su rostro lo que pasaba por su mente, porque Diana lo escudriñó intrigada.

—¿Fuiste tú la que les avisó?

—Bueno… sí— reconoció.

—¿Y cómo supiste que había sido Saúl el que había matado a Marcial aquella tarde en "La cabaña"? No lo había premeditado. Se enteró al parecer de que me había citado con él y se presentó en la casa antes de que llegara yo, pero a Jaime sí que pretendió asesinarle a sangre fría e imagino que también a cualquier otro con el que hubiera empezado a salir.

—No va a haber ningún otro— la interrumpió guasonamente él, que luego se lo explicó a Noelia en el mismo tono—: Lo nuestro es definitivo. Ya lo había decidido antes, pero, después de la aventura que hemos corrido, no voy a dejar que se me escape esta chica.

—¿Por qué no me creías capaz de descolgarme hasta el suelo por la ventana de una segunda planta? — inquirió ella riéndose.

—Por eso también. Me has dejado deslumbrado con tu alarde, pese a que me hayas destrozado las sábanas de la cama que habían sido bordadas por mi abuela o puede que por mi bisabuela y eran una reliquia. En el fondo te lo agradezco— añadió en tono de chanza—. Tengo cerros de ellas en la casa y no me caben en los armarios.

—¿Y por qué más? — le preguntó burlona.

Entornó él los ojos como si estuviera reflexionando intensamente.

—¿Me preguntas qué es lo que más me gustó de todo?

—Sí.

—Lo mejor fue como me sacaste arrastrando de "La cabaña", que poco después se desplomó, convertida en cenizas. Además de regalarte ese linimento, espero poder agradecértelo de ahora en adelante todas las mañanas en cuanto suene el despertador.

—Por supuesto que sí— corroboró Diana en el mismo tono de broma.

—¿Y qué vas a hacer ahora? — le preguntó Noelia a Jaime.

—¿Además de comprarle el linimento? — inquirió riéndose él —. Ya le he advertido al decano que tiene que buscar un profesor que ocupe el puesto que voy a dejar libre—. He descuidado mucho en los últimos tiempos mi despacho y no me seduce lo más mínimo seguir dando clase a unos chicos que no escuchan mis explicaciones y a los que solo les interesa participar en todos los botellones posibles.

—Pero no me has contestado a lo que te he preguntado antes— le interrumpió Diana dirigiéndose a Noelia—. No nos has dicho como supiste que había sido Saúl el que había matado a Marcial ni por qué imaginaste que corríamos peligro esta tarde.

Esbozó ella un gesto vago.

—No lo adiviné, entre otras razones porque no tenía datos suficientes. Lo temí tan solo y le pedí el favor a Jacobo Giner de que se acercara por precaución a las dos casas, porque sí imaginé el motivo por el que tu expareja había matado a la víctima y pensé que por la misma razón podía intentar matar a Jaime. Es que esa tarde recibí a un chico que estudiaba en ese colegio tan pijo en el que Saúl había dado clase. Me lo habías contado tú y comprobé que el distintivo que llevaba en la solapa era idéntico al que habías encontrado en el cuarto de baño de "La cabaña". Até cabos y aunque no tenía ni mucho menos la seguridad, llamé a Jacobo. Me devolvió la llamada al día siguiente para preguntarme cómo había sabido que iba a ocurrir lo que efectivamente sucedió.

—¿Y qué le contestaste?

—Nada, me pareció demasiado complicado para referírselo— Observó a la otra, a la que le preguntó a su vez—: ¿Y qué vas a hacer tú?

—Voy a empezar a llevar en el despacho de Jaime los asuntos de familia que le encarguen, y cuando termine el curso me despediré de la facultad. Dar clase a adolescentes es muy duro—. Se mordió los labios vacilante. Debía de estar buscando las palabras oportunas, porque intercambió antes de pronunciarlas una mirada con Jaime, que asintió sonriéndole. Entonces se volvió hacia Noelia para decirle—: También yo tengo mucho que agradecerte y espero que sigamos viéndonos. Quería decirte también que si dentro de un tiempo nos casamos, nos gustaría que asistieras a la boda.

Asintió Noelia y se levantó para despedirles con un abrazo, temiendo que si Jaime volvía a estrecharle la mano necesitara a continuación solicitar cita con el traumatólogo.

—Contad con ello. Avisadme con tiempo, porque no faltaré.